



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**EL CONCEPTO DESTINO MANIFIESTO: SU
ORIGEN Y SU FASE HISTORIOGRÁFICA**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN HISTORIA

P R E S E N T A:

Gonzalo García Meza

ASESOR: DR. JAVIER RICO MORENO



Ciudad Universitaria, Cd. Mx. 2020



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi mamá y a mi papá, con infinito amor e infinita gratitud.

A todas las personas que hacen y han hecho de la Universidad Nacional Autónoma de México un espacio de pensamiento crítico, solidaridad, amor y libertad.

Al pueblo trabajador de México, cuyo esfuerzo cotidiano hace posible la educación pública en el país.

Agradecimientos

A Martha Sofía, mi mamá. Contigo aprendí que el amor y la responsabilidad son elementos necesarios para darle sentido al camino que van haciendo mis pasos.

A Leobardo, mi papá. Contigo aprendí a hacerme responsable de mis actos y a asumir sus consecuencias.

A Martha, mi hermana. Gracias por ser mi eterna amiga y mi eterna cómplice. Te amo, Mish.

A toda mi hermosa familia, en especial a Abraham, a Alberto, a Amalia, a Berenice, a Claudia, a Emiliano, a Fany, a Fernando, a Jorge Alberto, a Liliana, a Luis, a mis Lupitas, a Martín, a Teresa, a Teresita de Jesús, a Salvador, a Sebastián. Gracias por todo su amor y porque con ustedes aprendí el valor de la solidaridad, del trabajo, de la dignidad y de la honestidad.

A César, mi hermano. Gracias por tu apoyo incondicional. Nde reho che ahahápe!

A Pebas, mi hermano. Gracias por tu amistad incondicional.

A Samuel, mi hermano, porque aunque a veces no estés siempre estás presente.

A Yxa. Gracias por tu calidez, por escucharme, por tu infinita compasión y porque contigo aprendí que el sufrimiento es una elección y que el mundo siempre se está transformando, que “cambia, todo cambia”.

A Mirian, por todo lo vivido, por todo lo aprendido, por no dejar de luchar por un mundo digno y justo y, sobre todo, por tanto amor compartido. Seguiremos insistiendo en construir desde el amor. Tlazocamati miac!

A Mar, a Ceci, a Diego, a Elena, a Frida, a Bárbara, a Ángel. Gracias por las risas, por las reflexiones, por los aprendizajes y por todos los buenos momentos dentro y fuera de Filos.

A Iveth y a Sandra. Gracias por su amistad y porque están conmigo a pesar del tiempo y de la distancia.

A Ía y a Irasema. Gracias por su apoyo. Sus palabras siguen cobrando sentidos insospechados.

A Urania, por ayudarme a conocerme mejor a mí mismo y ayudarme a comprender que todo pasa.

A Mariana, a Pablo, a Karla, a Iván, a Irasema, a Carmina, a Anuar, a Alex, a Jorge, a Gaby, a Fer, a Lupita, por hacer de los últimos meses en el Colmex un tiempo lleno de risas, reflexiones y aprendizajes.

A Amélie, por todos los buenos momentos y por tomarte el tiempo de leerme. Merci beaucoup !

A Javier Rico Moreno, mi asesor y maestro. Muchas gracias por toda su confianza, por todo su apoyo, por todo su tiempo y por ayudarme a llevar esta nave a buen puerto. Gracias también por todas sus enseñanzas.

A Guillermo Zermeño Padilla. Gracias por confiar en mi trabajo, por su apoyo, por sus comentarios y por formar parte de esta tesis.

A Rebeca Villalobos Álvarez, a Andreu Espasa de la Fuente y a Mauricio Molina Cerisola. Gracias por su tiempo, por sus comentarios y por su crítica. Sus respectivas lecturas enriquecieron esta tesis en más de un sentido.

A Fabiola García Rubio. Gracias por tus enseñanzas y por aquellas apasionantes clases de historia de Estados Unidos.

A la Universidad Nacional Autónoma de México, a la Facultad de Filosofía y Letras y al Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras. Muchas gracias por todo lo aprendido en sus aulas y por todos los encuentros y desencuentros habidos en ellas.

A la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea y a todas las maravillosas personas que conocí en Vitoria-Gasteiz, por permitirme ampliar mis horizontes. Eskerrik asko!

A todas mis maestras y maestros, gracias por todas y cada una de sus enseñanzas.

A Perla Chinchilla Pawling, a Gustavo Toris Guevara y a todo el seminario de Formas Discursivas de la Universidad Iberoamericana, así como al Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, en particular a Toño, Alicia, Rodrigo, Víctor, Carlos, Áurea y David, por confiar en mi trabajo y permitirme enriquecer mi experiencia.

A quienes ya no están, pero me siguen acompañando, gracias.

Son los prejuicios no percibidos los que con su
dominio nos vuelven sordos hacia la cosa de
que nos habla la tradición.

Hans-Georg Gadamer. *Verdad y Método*

Índice

Introducción	7
Capítulo 1. La creencia del pueblo elegido y su misión	21
1.1. La raíz teológica de la creencia del pueblo elegido	21
1.2. La herencia de la modernidad	31
1.3. La creencia del pueblo elegido hacia 1845	48
Capítulo 2. El expansionismo estadounidense: 1783-1848	54
2.1. La ideología expansionista	54
2.2. La Doctrina Monroe (1823-1845)	67
2.3. El expansionismo estadounidense en la “época del hombre común” (1828-1848)	74
Capítulo 3. John Louis O’Sullivan y el concepto de destino manifiesto	102
3.1. John Louis O’Sullivan (1813-1845)	102
3.2. La ideología de John L. O’Sullivan y su idea de <i>destino</i>	112
3.3. El concepto de destino manifiesto (1845)	129
Capítulo 4. El destino manifiesto en la historiografía estadounidense: 1927-2013	138
4.1. La historia profesional estadounidense: una breve semblanza a partir del principio de la objetividad	142
4.2. El concepto “destino manifiesto” en la historiografía estadounidense (1927-2013)	155
Conclusión	177
Anexo 1. Los expansionistas estadounidenses	186
Documentos consultados y bibliografía	209

Índice de mapas

Mapa 1 “Las trece colonias británicas de América del Norte en 1775”	57
Mapa 2 “La compra de Luisiana y las exploraciones estadounidenses al oeste del Río Misisipi, 1803-1807”	61
Mapa 3 “El Tratado Adams-Onís (1819)”	62
Mapa 4 “El desalojo de los indígenas”	65
Mapa 5 “Elecciones presidenciales, 1828”	77
Mapa 6 “Elecciones presidenciales, 1832”	78
Mapa 7 “Elecciones presidenciales, 1836”	79
Mapa 8 “Elecciones presidenciales, 1840”	80
Mapa 9 “Elecciones presidenciales, 1844”	81
Mapa 10 “Exploración y asentamientos: 1800-1820”	84
Mapa 11 “Exploración y asentamientos: 1820-1835”	85
Mapa 12 “Exploración y asentamientos: 1835-1850”	86
Mapa 13 “La república de Texas, 1836-1845”	93
Mapa 14 “Oregon 1818-1846”	95
Mapa 15 “Negociación de la frontera mexicano-estadounidense (1845-1848)”	98
Mapa 16 “Expansión territorial estadounidense, 1783-1898”	100

Introducción

Todas las personas somos potencialmente libres, pero ¿quién de nosotros lo es en verdad? Lejos de ser una condena, o la culminación de un proceso de emancipación, la libertad se ejerce cada día, o no se ejerce. Nada es definitivo. Sin embargo, aunque no estemos sujetos a ningún destino, pertenecemos a una tradición particular y estamos determinados por ella. Si ésta pasa desapercibida a nuestra conciencia nos convertimos en autómatas, en esclavos de los pre-juicios que heredamos de nuestra tradición.¹ La libertad implica entonces la toma de conciencia de nuestros pre-juicios pero, sobre todo, la complicada labor de limitar su influencia en nuestro quehacer cotidiano. Hermosa y difícil tarea la de hacernos cargo de nosotros mismos, y al mismo tiempo, hacernos responsables del mundo del que formamos parte. Entonces, ¿no es el destino una forma de llamar a la renuncia a hacernos responsables de nuestra propia existencia? Si el destino existe, es en todo caso como concepto, y sólo como concepto podemos asimilarlo.

Los significados que en principio tiene el mundo para nosotros los heredamos de la tradición histórica de la que formamos parte desde el instante mismo de nuestro nacimiento. Los seres humanos nos encontramos en un estado interpretativo propio de nuestra generación, de nuestra época y de la sociedad a la que pertenecemos. Este estado constituye el mapa de nuestra existencia, al cual leemos desde de un horizonte histórico-cultural particular que traza de antemano las posibilidades de nuestra manera de ver el mundo, de comprenderlo. El horizonte delimita nuestro estado interpretativo. Es el lugar particular, situado en el espacio-tiempo, desde donde vivimos e interpretamos la realidad y con ella a la historia.

Por medio del lenguaje, el cual está integrado en parte por conceptos, expresamos la visión que heredamos de nuestra tradición, nuestro estado interpretativo. Así, como seres históricos y sociales que somos, no otorgamos significados a las cosas desde la nada, pues

¹ Aquí, un pre-juicio no es un juicio falso sino, como lo establece la propia etimología de la palabra, un juicio previo, una anticipación. Esta anticipación, que puede ser verdadera o falsa, no es casual, ya que la heredamos de la tradición histórico-cultural (lingüística) particular de la cual formamos parte. Por lo tanto, todo pre-juicio es siempre histórico. *Vid.*, Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método I. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, 8ª ed., trad. de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca, España, Ediciones Sígueme, 1999, p. 335-338. El tipo de alienación derivada de la inconciencia sobre los pre-juicios, y su influjo sobre nosotros, no implica la inexistencia de las relaciones de poder, sean estas de clase, de raza, de género o de cualquier otra índole. De hecho, los pre-juicios constituyen en parte estas relaciones de poder.

nos encontramos inmersos en un mundo de significados expresados como pre-juicios de nuestra tradición a través de un determinado lenguaje. De ahí que el mundo nos parezca, de antemano, significativo. Nuestras creencias son por eso producto de nuestra historia, y constituyen el mundo en que nacemos, pues implican para nosotros la realidad misma. Desde que venimos al mundo contamos con ellas sin detenernos a pensarlas, pues las heredamos de una tradición histórica particular.

Muy a pesar de concebirse a sí misma como una civilización única, nueva, sin parangón en la historia humana, y encargada de construir un mundo nuevo, la cultura estadounidense ha sido heredera de la cultura moderna anglosajona. Por eso, el estado interpretativo de los estadounidenses, hacia 1845, tenía raíces históricas que podemos rastrear, por lo menos, hasta el siglo XVI, durante la génesis misma del mundo moderno. A pesar de que ésta herencia histórica está implícita en el concepto de destino manifiesto, los orígenes de éste último han sido ignorados e incluso han sido encubiertos. Pero para llegar a estas conclusiones, que desde ahora adelanto, tuve que recorrer un camino largo.

Al comenzar esta investigación mi objetivo era dar cuenta de la visión que los soldados estadounidenses tenían sobre México durante la invasión de 1846-1848 pero, sobre todo, quería explicar por qué los invasores tenían tales o cuales prejuicios y concepciones del país y de los mexicanos. La historiografía especializada en el destino manifiesto que había consultado hasta ese momento señalaba que, en términos generales, el destino manifiesto era una de las razones por las cuales los mexicanos eran vistos por los invasores anglosajones como escoria. Sin embargo, pronto percibí que no había una definición clara de lo que era el destino manifiesto, pues mientras algunos autores apuntaban que se trataba de una doctrina, otros sostenían que era más bien una creencia y otros más una justificación, o una simple frase. Si el destino manifiesto había condicionado la visión estadounidense sobre México y los mexicanos, había que aclarar qué era el destino manifiesto para poder entender y explicar estas ideas. Fue entonces que intuí que el sentido del destino manifiesto había sido dado por sentado por esta historiografía, por lo que una pregunta simple, pero fundamental, vino entonces a mi mente: ¿qué es el destino manifiesto?

Esta pregunta me llevó a indagar directamente en el texto en el que fue acuñado el destino manifiesto: “Annexation”, un artículo publicado en julio de 1845 en una revista llamada *The United States Magazine and Democratic Review*, y escrito por un tal John Louis

O'Sullivan. Mi sorpresa fue grande cuando, al leer este artículo, me percaté de que destino manifiesto eran apenas dos palabras con las que O'Sullivan expresó, como si fuera una certeza, sus anhelos y sus expectativas expansionistas. Lo sorprendente no fue la relación del destino manifiesto con el expansionismo, sino la ausencia de lo que la historiografía especializada que yo había leído hasta entonces había apuntado; en "Annexation" no había nada que justificara las afirmaciones de que destino manifiesto era una doctrina, ni una filosofía, ni una creencia, y ni siquiera una justificación. ¿Entonces, por qué los historiadores habían afirmado con tanta seguridad todas estas cuestiones?

Por aquellos días, como parte de un curso de Filosofía de la historia de la licenciatura en Historia, leí el ensayo del historiador alemán Reinhart Koselleck titulado "Innovaciones conceptuales del lenguaje de la Ilustración", publicado en el libro del mismo autor que lleva por nombre *Historias de conceptos*. Nunca había leído a Koselleck, y si en general me sorprendió el alcance de sus palabras, su propuesta sobre el potencial semántico de los conceptos me sugirió sin querer que, si destino manifiesto había expresado una cosa en el texto de O'Sullivan, y otras tantas en la historiografía, era porque tenía un potencial semántico que le había permitido transformarse a lo largo de su historia. La historia de todo concepto suele estar velada por los significados que éste va adquiriendo a lo largo de los años. Así, el sentido original de los conceptos se encuentra, generalmente, encubierto por sus nuevos significados, sobre todo por aquellos que se tornan hegemónicos en determinadas épocas. Esto es una de las consecuencias del potencial semántico propio de cada concepto. Reflexionando estas cuestiones, intuí que el destino manifiesto era justamente eso, un concepto.

Los conceptos son un tipo específico de palabras a los que podemos describir como redes semánticas porque se caracterizan por sintetizar una pluralidad de significados. Esta variedad de significados, la cual es expresada de forma simultánea a la enunciación del concepto mismo, manifiesta la diversidad de experiencias históricas de las comunidades que lo han configurado, así como las expectativas de futuro de dichas colectividades. Por eso, los conceptos condensan no sólo una pluralidad de significados sino también de temporalidades. Una palabra se convierte en concepto cuando en ella se cristalizan una serie de significados,

de experiencias históricas y de expectativas de futuro.² Como veremos a lo largo de esta tesis, el concepto de destino manifiesto sintetizó una serie de experiencias históricas del pueblo angloamericano y de la joven república estadounidense pero, sobre todo, expectativas de lo que se vislumbraba como el futuro de los Estados Unidos de América.

Los conceptos sirven para expresar de forma lingüística nuestra experiencia del mundo. Por eso, fungen como herramientas teóricas que nos son útiles “para comprender el sentido” del accionar de los seres humanos en él.³ En otras palabras, los conceptos “son los instrumentos por medio de los cuales asimamos intelectualmente al mundo” y damos cuenta de él.⁴ No es casual que John Louis O’Sullivan haya acuñado el concepto de destino manifiesto para interpretar la anexión de Texas a Estados Unidos y la efervescencia expansionista experimentada por una parte de la sociedad estadounidense durante la década de 1840. Tampoco sorprende que las y los historiadores estadounidenses que a partir del siglo XX han estudiado la expansión territorial de Estados Unidos hayan utilizado dicho concepto con la intención de explicar ese fenómeno de la historia yanqui.

Por un lado, los conceptos son indicadores de la realidad a la que pertenecen. Por el otro, son un factor de cambio de dicha realidad. La transforman porque condensan y canalizan expectativas de las comunidades a las que pertenecen y, en ese sentido, las modifican. Y sirven como indicador de la realidad porque revelan experiencias y expectativas de otros tiempos, las cuales pueden persistir en el presente.⁵ Esto significa que los conceptos “articulan las experiencias de una sociedad y las cambiantes expectativas de sus miembros” y al mismo tiempo “contienen y encauzan el devenir histórico de dicha sociedad”.⁶ Como veremos a lo largo de esta investigación, el concepto de destino manifiesto tenía implícitas experiencias históricas del pueblo angloamericano y de la república estadounidense que seguían vigentes hacia 1845, año de su acuñación. Asimismo, advertiremos que las

² José Javier Blanco Rivero, “La historia de los conceptos de Reinhart Koselleck: conceptos fundamentales, Sattelzeit, temporalidad e histórica”, *Politeia. Revista de Ciencias Políticas*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, Venezuela, v. 35, n. 49, julio-diciembre, 2012, p. 7. Elías José Palti, “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’ –las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano”, *Anales*, Instituto Iberoamericano, Universidad de Göteborg, Göteborg, n. 7-8, 2004-2005, p. 71.

³ *Ibid.*, p. 73.

⁴ José Javier Blanco Rivero, *op. cit.*, p. 7.

⁵ *Ibid.*, p. 7, 10 y 20.

⁶ Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel, “Historia conceptual. Actualidad, relevancia, nuevos enfoques”, en Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (coords.), *Lenguaje, tiempo y modernidad. Ensayos de historia conceptual*, Santiago, Chile: Globo Editores, 2011, p. 13.

expectativas expresadas en este concepto encauzaron, al menos en parte, los discursos historiográficos del siglo XX que dieron cuenta de la expansión estadounidense de mediados del siglo XIX.

Por último, con respecto a los conceptos, sostenemos que estos se definen por “su capacidad de trascender su contexto originario y proyectarse en el tiempo”.⁷ Esto se debe, como se dijo arriba, a su característico potencial semántico. Sin embargo, hay otra importante razón que explica esta cualidad de los conceptos: “Los hechos sociales, la trama extralingüística rebasa al lenguaje en la medida en que la realización de una acción excede siempre su mera enunciación o representación simbólica. Ello explica por qué un concepto, en tanto que cristalización de experiencias históricas, puede eventualmente alterarse, frustrar las expectativas vivenciales en él sedimentadas, ganando así nuevos significados”.⁸ De ahí que, aunado a su potencial semántico, el concepto de destino manifiesto se haya mantenido vigente hasta el día de hoy en la historiografía estadounidense, donde distintas generaciones de historiadores se han aproximado al pasado desde diferentes horizontes históricos.

Como señalé arriba, la lectura de la obra de Koselleck me ayudó a intuir que el destino manifiesto era un concepto. Gracias a este encuentro, y a las reflexiones que motivó, decidí dejar de lado la investigación sobre los invasores estadounidenses y su visión de México y los mexicanos, y aprovechando lo que hasta entonces había leído y escrito, reorienté la investigación hacia el sentido del destino manifiesto. Para comprobar mi hipótesis de que éste era un concepto, me propuse analizar las obras de historia en las cuales el destino manifiesto fuera objeto de estudio y confirmar o desmentir así que los historiadores utilizaban destino manifiesto, efectivamente, como un concepto. Escuchando una afortunada recomendación, decidí acotar la investigación sólo al análisis de la historiografía estadounidense, dejando para otra ocasión el estudio del destino manifiesto en la historiografía hispanoamericana.

Ahora bien, ¿por qué llevar a cabo una investigación sobre el destino manifiesto, desde México, en pleno siglo XXI? Hay, por lo menos, cuatro motivos que justifican la realización de esta tesis. El primero de ellos responde a una necesidad coyuntural. Con la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca, México y los mexicanos nos encontramos ante

⁷ Elías José Palti, *op. cit.*, p. 72.

⁸ *Ibid.*, p. 73.

un escenario complejo. Las creencias providencialistas implícitas en el concepto de destino manifiesto forman parte del pensamiento político estadounidense. Por lo tanto, el estudio del origen de dicho concepto, y la comprensión de sus diferentes significados, servirá para comprender, al menos en parte, el sentido profundo de los discursos de políticos como Trump, cuya base social aún cree, en buena medida, que forma parte de una sociedad única, por no decir elegida.

En ese sentido, las actuales relaciones entre México y Estados Unidos no son una mera confrontación entre el presidente estadounidense y México. De lo que se trata es del desencuentro entre una parte de la sociedad estadounidense, aquella que llevó a Trump a la Casa Blanca, y lo que representa para ella su vecino país del sur. ¿Por qué este grupo de estadounidenses votó por un sujeto como Trump y qué papel ha jugado México en el juego político del presidente de Estados Unidos? La búsqueda de los orígenes del concepto de destino manifiesto, así como el estudio de su fase historiográfica, implican el examen de una serie de creencias que, en mayor o menor medida, y con sus respectivos matices y transformaciones, siguen vigentes en la sociedad estadounidense, como aquella del pueblo elegido y su misión providencial. Por eso, el análisis del concepto de destino manifiesto es también un acercamiento a la sociedad contemporánea de los Estados Unidos. Comprender entonces estas etapas del proceso semántico del destino manifiesto representa una oportunidad para entender también, al menos en parte, a ese sector de la sociedad que ha fungido como la base sociopolítica de Trump. Tarde o temprano, Trump saldrá de la Casa Blanca. Sin embargo, cuando esto suceda, aquella porción de la sociedad estadounidense seguirá ahí y nosotros seguiremos siendo sus vecinos.

La segunda razón que motiva y justifica esta investigación es la escasez de trabajos que den cuenta del carácter conceptual del destino manifiesto. Asimismo, hasta donde sé, no hay obras de historiografía que hayan indagado el origen del concepto ni que hayan abordado la fase historiográfica del proceso semántico del destino manifiesto. De ahí la necesidad de estudiar dicha problemática, sin perder de vista que los sentidos del destino manifiesto están intrínsecamente relacionados con la historia de Estados Unidos.

En tercer lugar, es necesario entender el siglo XIX estadounidense, y en particular sus procesos históricos ligados al destino manifiesto, como el expansionismo, porque sólo así podremos comprender las bases históricas del encumbramiento de Estados Unidos como

potencia mundial a partir del siglo pasado. Sin la comprensión de dichos procesos nos será imposible entender la relación asimétrica que existe hoy en día entre México y su vecino del norte.

Finalmente, esta investigación se justifica por la constante necesidad de explorar nuestro carácter lingüístico desde una perspectiva histórica. Como bien se sabe, el ser humano es un ser histórico, y como tal, utiliza palabras cuyos sentidos van cambiando a lo largo del tiempo para expresar lo que piensa y lo que siente, y para comunicarlo. Por tales motivos, el estudio de la historia del destino manifiesto representa una buena oportunidad para exponer un caso de la transformación de los conceptos que utilizamos para dar cuenta de un aspecto de la realidad presente o pasada. Asimismo, esta es una buena ocasión para mostrar cómo nuestra experiencia y nuestro conocimiento del mundo y de nuestra historia cambian también a través de las transformaciones del lenguaje, de los cambios que sufren los conceptos.

Como ya lo he anticipado, el objeto de esta investigación es el destino manifiesto, o más bien, el proceso semántico del concepto de destino manifiesto. En otras palabras, se trata del proceso a partir del cual nació y se ha transformado el significado de este concepto. A pesar de su simpleza, la pregunta que motivó esta investigación (¿qué es el destino manifiesto?) implica una complejidad ligada a la respuesta sugerida (es un concepto). Esta respuesta supone, si no la imposibilidad de definir al destino manifiesto, sí por lo menos la dificultad de hacerlo, pues como los conceptos son entes históricos, estos no se ciñen a definiciones estáticas. De hecho, a los conceptos, como a cualquier ente histórico, hay que explicarlos más que definirlos. Por eso, el concepto de destino manifiesto no tiene un significado definitivo ni estático, sino que, por el contrario, es dinámico, pues cuenta con un notable potencial semántico. Los lectores de esta investigación podrán juzgar si he logrado explicar, por lo menos en parte, el concepto de destino manifiesto.

Es preciso mencionar que esta investigación sólo aborda dos etapas del proceso semántico del destino manifiesto: 1) la de su origen, es decir, desde sus raíces históricas hasta su acuñación, en 1845, por parte de John Louis O'Sullivan, y 2) su fase historiográfica, o sea, a partir de que la historiografía hizo de él un objeto de estudio; esto aconteció en julio de 1927, cuando fue publicado el artículo del historiador estadounidense Julius W. Pratt, "The Origin of Manifest Destiny", en la revista *The American Historical Review*. El otro momento

de dicho proceso corresponde a la apropiación del concepto por parte de la prensa y de los políticos estadounidenses, a partir de 1846, durante los debates en torno a la ocupación del territorio de Oregon y la invasión a México (1846-1848). La razón por la cual no he abordado esta segunda etapa de la historia del destino manifiesto es simple; sin un acceso amplio a la prensa estadounidense publicada entre 1846 y 1848, ni a los discursos políticos estadounidenses de dicho periodo, ni a los documentos que recogen los debates del Congreso de Estados Unidos anteriores a 1873, era imposible realizar una investigación al respecto. Si bien he podido consultar algunos materiales que me han permitido sostener que, en efecto, hay una segunda fase del proceso semántico del destino manifiesto, cuyo escenario fue justamente la prensa y los discursos políticos, este ha sido un acercamiento más bien parcial y limitado. Por lo tanto, profundizar en esta etapa de la historia del concepto tendrá que ser tema de otra investigación que pueda complementar las conclusiones de este trabajo.

En síntesis, el destino manifiesto es un concepto que fue acuñado en 1845 por John L. O'Sullivan, el cual expresó las expectativas expansionistas de su autor, y en el cual estaba implícita la creencia del pueblo elegido, su destino y su misión. A partir de enero de 1846, este concepto fue utilizado para legitimar la expansión territorial de Estados Unidos, o para criticarla, tanto en la prensa como en los discursos políticos estadounidenses. Por su parte, la historiografía hizo del concepto un objeto de estudio a partir de 1927, y desde entonces, se ha valido de él para dar cuenta del expansionismo estadounidense del siglo XIX, e incluso del subsecuente imperialismo de Estados Unidos. Dicho concepto ha sido transformado por los historiadores estadounidenses, al menos por los que he revisado en esta tesis, en la medida en que lo han usado con la intención de explicar la historia de nuestro vecino país del norte. Sin embargo, lejos de servir para exponer y explicar los procesos expansionista e imperialista de Estados Unidos, este concepto ha ayudado a encubrir el pasado porque sus significados han sido sobreentendidos y dados por sentado de antemano. Si O'Sullivan fue presa de los pre-juicios de su época, los historiadores estadounidenses han sido víctimas de los pre-juicios que su disciplina ha tenido en diferentes épocas.

En síntesis, los objetivos de esta investigación han sido los siguientes: en primer lugar, se ha planteado analizar, describir y explicar el origen del concepto de destino manifiesto, así como su etapa historiográfica. Asimismo, se ha proyectado exponer el potencial semántico del concepto de destino manifiesto. En consecuencia, se ha propuesto

también analizar y describir las creencias e ideas que dieron forma al concepto. Finalmente, la investigación ha tenido el objetivo de dar cuenta de los significados que la historiografía le ha dado al concepto susodicho.

Para lograr dichos objetivos se han analizado algunos de los artículos escritos por O'Sullivan entre 1837 y 1845, incluido por supuesto "Annexation", que fue donde acuñó el concepto de destino manifiesto. Asimismo, para poder reconstruir su horizonte histórico-cultural, y parte de su biografía, y ofrecer así una explicación del origen y los sentidos del concepto se ha hecho una lectura crítica de la historiografía pertinente para esa tarea, así como de algunos testimonios de la época de O'Sullivan, como cartas, discursos políticos, diarios y artículos de la prensa. Por otro lado, para dar cuenta de la tercera fase de la historia del concepto, se han analizado los libros y artículos que forman parte de esta etapa del proceso semántico del destino manifiesto. De dicho estudio se han identificado los diversos significados que el concepto ha tenido en la historiografía estadounidense. Finalmente, para situar en su propio horizonte histórico a la historiografía que ha transformado el concepto de destino manifiesto, se ha hecho una lectura crítica de los dos tomos de la obra de Peter Novick, *Ese noble sueño*, así como de la entrevista otorgada por el historiador estadounidense John Coatsworth a los integrantes del Proyecto de Historia de los Estados Unidos del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, y publicada en la revista *Secuencias*, de dicha institución, bajo el título "¿Hacia dónde va la historiografía norteamericana?".

Los textos de O'Sullivan que han sido analizados para esta investigación se encuentran disponibles en el repositorio digital de la Universidad de Cornell (Estados Unidos) llamado *The Making of America*. Asimismo, algunos artículos historiográficos consultados están disponibles en diversas revistas electrónicas en su idioma original. Sin embargo, buena parte de la historiografía y de los testimonios de la época de O'Sullivan que he revisado puede ser consultada en diversas bibliotecas de la Ciudad de México, sobre todo en la amplia red de la Universidad Nacional Autónoma de México, aunque también en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y en El Colegio de México.

Por supuesto que hay libros y artículos que abordan al destino manifiesto y que no he incluido en esta historia. Esto no ha sido ni una falta de cuidado ni mucho menos una falta intencional. Desafortunadamente, sólo he podido consultar los libros disponibles en las diversas bibliotecas de la Ciudad de México, así como el material electrónico de consulta

abierta disponible en Internet. En consecuencia, el cuarto capítulo de la tesis, relativo al destino manifiesto en la historiografía estadounidense, está, por lo pronto, incompleto.

Ya que he mencionado a la historiografía consultada para esta investigación, vale la pena detenernos en uno de los libros aquí revisados para apuntar desde ahora un detalle en torno al origen del destino manifiesto, el cual ha implicado un problema para la realización de esta tesis. En el 2001 fue publicada la obra *Mistress of Manifest Destiny: A Biography of Jane McManus Storm Cazneau, 1807-1878*. En él su autora, Linda S. Hudson, sostiene que quien acuñó el concepto de destino manifiesto fue una mujer llamada Jane McManus y no John L. O'Sullivan, ya que ella habría escrito el artículo "Annexation".⁹ Asimismo, Hudson señala que otros dos textos atribuidos a O'Sullivan habrían sido escritos en realidad por McManus; se trata de "The Course of Civilization" y "The Great Nation of Futurity". Aunque toda la historiografía relativa al destino manifiesto que he podido consultar, incluida la biografía de O'Sullivan escrita por Robert D. Sampson, y publicada en 2003, sostiene que O'Sullivan acuñó el concepto,¹⁰ es pertinente concederle el beneficio de la duda a Hudson. Sin embargo, la historiadora guarda silencio respecto al hecho de que el concepto de destino manifiesto no fue difundido con la publicación de "Annexation", sino que se popularizó cinco meses después, a partir de un artículo escrito por O'Sullivan titulado "The True Title" y publicado el 27 de diciembre de 1845, en el diario *The New York Morning News*. Esto significa que más allá de la polémica en torno al origen del destino manifiesto el concepto fue difundido por la pluma de O'Sullivan y no por la de McManus. El silencio de Hudson en relación a este hecho resulta extraño. De cualquier forma, siguiendo la línea establecida por Julius W. Pratt en 1927,¹¹ respaldada por los historiadores posteriores, y reiterada por Sampson, el biógrafo de O'Sullivan, quien publicó su libro dos años después de que Hudson hiciera lo propio, sostendré, al menos por ahora, que fue éste quien acuñó el concepto de destino manifiesto, y quien escribió los artículos susodichos.

⁹ Linda S. Hudson, *Mistress of Manifest Destiny: A Biography of Jane McManus Storm Cazneau, 1807-1878*, Austin, Texas State Historical Association, 2001, p. 45-68.

¹⁰ Robert D. Sampson, *John Louis O'Sullivan and his Times*, Kent, Ohio, The Kent State University Press, 2003, p. XIV, <https://www.questia.com/read/109346530/john-l-o-sullivan-and-his-times> (consulta: 19 de agosto de 2017).

¹¹ Julius W. Pratt, "The Origin of 'Manifest Destiny'", *The American Historical Review*, The American Historical Association, Washington D.C., v. 32, n. 4, July 1927, p. 795-798.

Cabe mencionar que esta investigación no es una biografía de O'Sullivan, sino una historia del destino manifiesto entendido como concepto. En ese sentido, la posibilidad de que Jane McManus haya sido quien acuñó dicho concepto no cambia el hecho de que tanto ella como O'Sullivan compartían una serie de creencias y una ideología ligada al Partido Demócrata, como lo deja ver el propio libro de Hudson. A final de cuentas, ambos formaron parte del mismo horizonte histórico-cultural e incluso del mismo círculo político. Por lo tanto, más allá de la polémica en torno a la autoría del destino manifiesto, el concepto, en su acepción original, expresó las creencias vigentes de la época en que fue acuñado, así como la ideología de los demócratas estadounidenses de las décadas de 1830 y 1840. No está demás reiterar que esas creencias y esa ideología eran compartidas tanto por McManus como por O'Sullivan. Por eso, aunque no es menor la polémica abierta por Hudson, es hasta cierto punto irrelevante en la historia del concepto de destino manifiesto. De cualquier forma, no quería dejar de mencionar este detalle, a fin de establecer con claridad uno de los problemas a los que me he enfrentado durante la realización de esta investigación.

Por otro lado, es importante señalar algunas cuestiones en torno al texto de mi tesis. Aunque a lo largo del mismo utilizo indistintamente los nombres “del pueblo elegido”, “del destino” y de “la misión”, para hablar de la creencia estadounidense de la que se nutrió el concepto de destino manifiesto, se trata en realidad de tres aspectos de una sola creencia: la del pueblo elegido, su destino y su misión. En consecuencia, no debe asumirse que, al referirme de una u otra forma a la susodicha creencia, estoy hablando de fenómenos diferentes, pues no es así.

Asimismo, cuando me refiero a “la historiografía estadounidense”, o a “los historiadores estadounidenses”, lo hago por un sentido práctico. Vale la pena advertir que no hablo en realidad de toda la producción historiográfica de Estados Unidos, la cual es por demás inabarcable, ni de todos los historiadores de ese país, sino de las obras de historiografía o historiadores estadounidenses relacionados con el destino manifiesto y analizadas en esta investigación.

Por su parte, cuando hablo de americanos o de América, no me refiero ni a los estadounidenses ni a su país, sino a los naturales del continente y al continente mismo. Para referirme a nuestros vecinos del norte utilizo las palabras “estadounidense” y “Estados Unidos”, o en su defecto, “yanqui”. Asimismo, al hablar de “los hombres” y de “los

estadounidenses”, no estoy ignorando ni consciente ni inconscientemente a las mujeres estadounidenses. Como apuntó alguna vez Paulo Freire, no hacer un uso inclusivo del lenguaje es perpetuar de cierta forma la ideología y la dominación machista. Sin embargo, el uso de los sustantivos y de los gentilicios masculinos en esta historia se debe a la ausencia de las mujeres, es decir, a la evidente e histórica marginación en la que vivieron las estadounidenses durante el periodo de tiempo que aborda esta investigación, y que a pesar de las conquistas que ellas han ganado en las últimas décadas, se sigue manteniendo en gran medida en Estados Unidos y en el mundo entero.

Para hacer más fluida la lectura de la tesis he traducido al español los fragmentos citados a lo largo del texto que originalmente hayan sido escritos en inglés, transcribiendo en las notas al pie las versiones en su idioma original. En algunos casos, he citado directamente traducciones al español, por lo que no en todas las citas hay versiones en inglés de los textos referidos.

Por otro lado, como verá el lector a lo largo del texto, no me he referido a los documentos consultados o analizados como “fuentes”. Esto no es ninguna casualidad. Sin pretender encontrar el hilo negro de nada, he considerado necesario hacer una crítica al concepto de “fuente” en el contexto del trabajo del historiador. De otra forma, seguiremos perpetuando los vicios del historicismo y del positivismo, en sus diferentes versiones, en el marco de la ciencia histórica. De las fuentes brota el agua, pero de los documentos no mana conocimiento histórico. Los testimonios de una época permiten al historiador fundar su interpretación en un marco de referencia acotado a los propios límites de los documentos en cuestión. La “fuente” guardará silencio, y sólo hablará hasta que el historiador la cuestione con inteligencia y audacia, pero no dirá nada más de lo que pueda decir. Por eso, considero pertinente referirme a las supuestas fuentes como “testimonios de la época”, “bibliografía”, “hemerografía” o simplemente como “documentos”, según sea el caso.

El primer capítulo de la tesis es un análisis de la creencia del destino y la misión del pueblo elegido, de sus raíces históricas, desde la teología calvinista, pasando por el llamado “mito de la Modernidad”, y hasta los pensamientos ilustrado, romántico, racista y nacionalista. Este capítulo concluye con una descripción de dicha creencia hacia 1845, fecha en que fue acuñado el concepto de destino manifiesto.

Por su parte, en el segundo capítulo se ofrece un análisis de la ideología expansionista estadounidense, así como de la Doctrina Monroe, cuyos sentidos se encuentran implícitos en el concepto de destino manifiesto. Asimismo, en este apartado se describe el proceso expansionista de Estados Unidos durante la llamada “época del hombre común” (aproximadamente entre 1828 y 1849), sin dejar por ello de hacer referencia a los episodios del expansionismo estadounidense anteriores a dichos años. Entre otras cuestiones, este periodo de la historia yanqui se caracterizó por la hegemonía política que ejerció el Partido Demócrata, sobre todo a través de su figura más carismática: Andrew Jackson. Este segundo capítulo se encuentra enriquecido con mapas que ilustran la expansión territorial estadounidense. Tanto el primero como el segundo capítulo ofrecen un panorama del horizonte histórico-cultural de John Louis O’Sullivan.

Aunque esta investigación no es una biografía de O’Sullivan, he considerado necesario detenerme en los detalles pertinentes de su vida para explicar el origen del concepto de destino manifiesto. Por lo tanto, en el capítulo 3 hago una descripción general de la vida de dicho escritor estadounidense, la cual se detiene en el momento inmediatamente posterior a la acuñación del concepto de destino manifiesto. En consecuencia, mi descripción biográfica de O’Sullivan se detiene en 1846, cuando comienza la segunda etapa de la historia del concepto. Por otro lado, en este apartado se expone también un análisis de la ideología de O’Sullivan a partir de la revisión de algunos de los artículos escritos por él. En este punto se pone especial atención a la idea general de destino expresado por O’Sullivan, con la intención de entender mejor las implicaciones del destino manifiesto. El capítulo termina con un análisis del concepto de destino manifiesto y con una descripción de su significado original.

En el capítulo cuatro se exponen las diferentes acepciones que el concepto de destino manifiesto ha tenido en la historiografía estadounidense; se trata, por supuesto, de la historiografía que ha estudiado al destino manifiesto, es decir, aquella que desde 1927 ha hecho de él un objeto de estudio, o que lo ha utilizado como un concepto. Para contextualizar esta exposición se ofrece primero una descripción general de la historia de la historia profesional estadounidense, tomando como eje narrativo la relación de la disciplina histórica con el principio de conocimiento conocido tradicionalmente como objetividad.

Finalmente, se presenta un anexo sobre los expansionistas estadounidenses. Se trata de un índice de nombres de personas y publicaciones periódicas relacionadas con el expansionismo de Estados Unidos, acompañado de una breve descripción de cada uno de ellos. Este apéndice amplía la información sobre los expansionistas estadounidenses y dota, al menos en parte, de nombres y apellidos al fenómeno de la expansión territorial de Estados Unidos que va de finales del siglo XVIII a mediados del siglo XIX.

No quisiera terminar esta introducción sin antes hacer una última reflexión. Como cualquier ser humano, John L. O'Sullivan nació, creció y se formó en un entorno lingüístico específico. Su horizonte angloparlante lo hizo poseedor de los saberes que eran el producto de la historia del idioma inglés, los cuales implicaban no sólo el uso de conceptos determinados sino una actitud frente al mundo, frente a la existencia, frente a la historia y frente al futuro. Con la acuñación del destino manifiesto O'Sullivan no creó ni un programa ni una doctrina política, sino que le dio sentido a una idea, pero no de la nada, sino desde un horizonte histórico cultural particular, abrevando de las creencias e ideas vigentes en él. Las y los historiadores que han estudiado al destino manifiesto, y que a su vez lo han utilizado como concepto, también han sido herederos de pre-juicios específicos transmitidos por medio del lenguaje. E intentando explicar el expansionismo y el imperialismo de Estados Unidos, más bien han contribuido a su encubrimiento a través del uso irreflexivo de dicho lenguaje. Por lo tanto, han sido herederos de una tradición que, en cierta medida, ha pasado desapercibida para ellos. ¿Qué nos hace diferentes a estos estadounidenses? ¿No será que, en el fondo, compartimos con ellos no sólo el hecho de ser seres lingüísticos, sino también la ceguera frente a los pre-juicios de nuestra tradición, transmitidos a nosotros por medio del lenguaje?

1. La creencia del pueblo elegido y su misión

Pues el mundo es todo mío, pero los tendré a ustedes como un reino de sacerdotes, y una nación que me es consagrada.

Éxodo. 19:5-6

Es bien posible que el pacto de alianza que algunos afirman que existe entre dios y los hombres no contenga nada más que dos artículos, a saber, tú nos sirves a nosotros, vosotros me servís a mí.

José Saramago. *Caín*

1.1. La raíz teológica de la creencia del pueblo elegido

Aunque en los albores de 1845, más de un estadounidense codiciaba las tierras al oeste de las Montañas rocallosas, pocos podrían haber asegurado con plena certeza que, en apenas tres años, las fronteras de los Estados Unidos de América se extenderían hasta las playas del océano Pacífico, entre el estrecho de Juan Fuca y el paralelo 32, al sur de la bahía de San Diego. Por las inmensas praderas del oeste al que hoy llamamos estadounidense, las manadas de búfalos aún se desplazaban libremente, mientras los diferentes pueblos indígenas nacían, cabalgaban y morían al ritmo de una naturaleza que sería abrumada, poco después, por el paso terrible de la civilización occidental.

En aquella época, convergían en los Estados Unidos hombres y mujeres de diferentes credos, campesinos y obreros, esclavos y hombres “libres”, señores de la tierra y acaudalados banqueros, todos con intereses distintos y expectativas diversas. En una época revolucionaria, racionalista y secularizadora, los estadounidenses creían en un grandioso destino para su tierra, escrito por Dios desde la eternidad. Esta creencia extraordinaria, compartida por el

mosaico multicolor que era la sociedad yanqui, se venía gestando desde hacía siglos, y los estadounidenses fueron sus herederos históricos.¹

Para entender esta creencia, de la cual se nutrió el concepto “destino manifiesto”, hace falta sumergirse primero en el insondable mar de la historia.² Es necesario escudriñar en el devenir estadounidense, en su raigambre teológica, y en sus raíces modernas, para luego volver a 1845 y describir dicha creencia en el marco del horizonte histórico-cultural de John Louis O’Sullivan.³

La creencia de ser un pueblo elegido no ha sido exclusiva de los Estados Unidos. Desde la antigüedad, los judíos, los chinos, los griegos y los mexicas, por mencionar algunos casos, se asumieron como pueblos elegidos y, como tal, justificaron el sometimiento de otros o, por lo menos, pretendieron ser un modelo de civilización para el resto del mundo. Ya en el Occidente moderno, más de un país se ha concebido como portador de una misión divina. Tómese como ejemplo los casos de España, Rusia, Francia y Gran Bretaña. Que para el siglo XIX, este último país y los Estados Unidos compartieran la creencia de ser naciones elegidas, no fue ninguna coincidencia, pues éste último heredó de su antigua metrópoli, junto con el idioma inglés, sus creencias providencialistas.⁴

¹ Robert Walter Johannsen, *To the Halls of the Montezumas: The Mexican War in the American Imagination*, New York, Oxford University Press, 1985, p. 49-50. Albert Katz Weinberg, *Destino Manifiesto: el expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, trad. de Anibal C. Leal, Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 24-28, 381 y 382. Edward McNall Burns, *The American Idea of Mission. Concepts of National Purpose and Destiny*, New Brunswick, New Jersey, Rutgers University Press, 1957, p. 30. Para ampliar el sentido de “creencia” utilizado aquí *vid.* José Ortega y Gasset, “Ideas y creencias”, en José Ortega y Gasset, *Obras completas*, 12 v., Madrid, Revista de Occidente, 1966, v. V, p. 384-388. Sobre el carácter social de las creencias y su vigencia *vid.* José Ortega y Gasset, *Historia como sistema*, Madrid, Espasa-Calpe, 1971, p. 19.

Aunque el uso del término “yanqui”, para denominar a los estadounidenses del siglo XIX, podría parecer anacrónico, esta palabra se emplea, de hecho, desde mediados del siglo XVIII. *Cfr.* Merriam-Webster, *Yankee* (sitio web), the Merriam-Webster.com Dictionary, <https://www.merriam-webster.com/dictionary/Yankee> (consulta: 6 de febrero de 2019). He decidido utilizar esta palabra a lo largo del texto para evitar el uso excesivo del gentilicio “estadounidense”. Si bien podría haber usado las palabras “americano” o “norteamericano” como sinónimos de estadounidense, éstas son inadecuadas porque América es un continente, no un país (Estados Unidos), y Norteamérica es, en todo caso, una región de dicho continente.

² El “destino manifiesto” es un concepto y por eso lo escribí entre comillas. Por una cuestión práctica sólo lo he entrecorillado la primera vez, pues éste se repite muchas veces a lo largo de todo el texto. De ahora en adelante, cuando escriba destino manifiesto sin comillas, me estaré refiriendo a dicho concepto. Esto sólo variará cuando cite a algún autor, o el título de alguna obra, donde se consigne el concepto de forma diferente.

³ “Horizonte es el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde un determinado punto.” Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método I. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, 8ª ed., trad. de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca, España, Ediciones Sígueme, 1999, p. 372.

⁴ Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 3 y 4. Norman Graebner (ed.), *Manifest Destiny*, Indianapolis, H.W. Sams, 1968, p. xv. Reginald Horsman, *La raza y el Destino Manifiesto: orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*, trad. de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 111-113, 118, 119, 134 y 147. Liah Greenfield, *Nacionalismo: cinco vías hacia la modernidad*, trad. de Jesús Cuéllar Menezo,

Desde su independencia, los estadounidenses han concebido a su país como la nación cristiana por excelencia, considerándola moralmente superior a todas las demás.⁵ De hecho, al creerse el pueblo elegido de Dios, los estadounidenses supusieron que había una relación intrínseca entre la supuesta voluntad divina y la historia de los Estados Unidos. Por lo tanto, hacer una separación tajante entre religión y política no es funcional para percibir la raíz providencialista de las creencias estadounidenses.⁶

Si bien los discursos políticos de la primera mitad del siglo XIX estadounidense expresan ideas democráticas y republicanas, hay también en ellos un sentido providencialista de la historia y del futuro, además de abundantes referencias a Dios. Por lo tanto, lejos de ser una versión meramente secular de cristianismo reformado, aquellas expresiones políticas estadounidenses seguían siendo teleológicas, y teológicas, aunque con un cuantioso vocabulario alusivo al republicanismo y a la libertad.

Tómese como ejemplo de lo anterior la afinidad entre los siguientes discursos, siendo el primero de ellos obra de un colono puritano del siglo XVII y, el otro, de un político estadounidense de la década de 1820: "... el Señor espera más de ti que de los otros pueblos... tú serás un pueblo especial, un pueblo único, y no habrá como tú en toda la tierra"; Estados Unidos es "La tierra elegida de la libertad, viñedo del Dios de la Paz; y nosotros, sus campesinos, elegidos por la voluntad invisible de la Providencia, para trabajar el suelo y alimentar a las naciones hambrientas con los frutos de la independencia".⁷ Como lo habrá

Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005, p. 82-91. Anders Stephanson, *Manifest Destiny: American Expansionism and Empire of Right*, New York, Hill and Wang, 1996, p. XII y 4. Enrique Dussel, *1492. El encubrimiento del Otro: Hacia el origen del "mito de la Modernidad"*, La Paz, Bolivia, Plural editores/Universidad Mayor de San Andrés, 1994, p. 21, 22, 40-48, 56-61. Edgar Gabaldón Márquez, *Los destinos manifiestos: exploración histórica de la doctrina, mítica y milenial, que ha promovido y justificado los imperialismos*, Caracas, Casuz, 1977, p. 13, 23 y 144.

⁵ Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 5, 6 y 214. Begoña Arteta, *Destino manifiesto. Viajeros anglosajones en México (1830-1840)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco/Ediciones Gernika, 1989, p. 14.

⁶ Harold Bloom ha planteado que, a pesar de la diversidad religiosa que existe en Estados Unidos, hay una creencia común, una "religión americana" que subyace a la heterogeneidad de credos. Esta creencia es compartida por todas las confesiones presentes en dicho país, y puede resumirse de la siguiente manera: los estadounidenses son interlocutores directos de Dios, y Éste los ama, a cada uno de ellos, de forma íntima e individual. *Cfr.* Harold Bloom, *La religión americana*, trad., de Damián Alou, Madrid, Taurus, 2009, p. 11-14. Si nos atenemos a lo anterior, tendríamos que sostener que la pluralidad de iglesias en Estados Unidos no ha debilitado, a lo largo de la historia, la creencia del pueblo elegido.

⁷ El primer texto data de 1651, y es del colono puritano Peter Bulkeley. El segundo es de 1827, y pertenece a David Trimble, representante del estado de Kentucky en el Congreso de Estados Unidos. Ambos discursos se encuentran citados en Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 119 y 127. Para ver otros discursos similares, tanto de la época colonial angloamericana, como de la primera mitad del siglo XIX estadounidense *vid. ibid.*, p. 22, 23, 118 y 123. Juan Antonio Ortega y Medina, *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México,

notado el lector, a pesar de los casi dos siglos que separan un texto del otro, ambos parecen tomados, si no de la misma época, sí por lo menos de tiempos con creencias similares.

Religión y política constituían un solo sistema dentro de las comunidades calvinistas, tanto en el viejo continente como en el Nuevo Mundo. Aun con las transformaciones que implicó la introducción de un lenguaje político de tipo democrático y republicano, en comunidades herederas del *ethos* calvinista, como lo fue el caso estadounidense, para el siglo XIX las creencias religiosas y políticas seguían constituyendo un solo sistema, aunque diferente, claro está, al de los calvinistas de la época de las trece colonias británicas de Norteamérica.⁸

Aunque suelen identificarse las creencias providencialistas estadounidenses con los dogmas puritanos, la base de dichas creencias es más bien calvinista. De hecho, la confesión puritana era, teológicamente hablando, un calvinismo radical. Calvinistas eran también la mayoría de las iglesias presentes en las colonias británicas de América del Norte, como el presbiterianismo y el anglicanismo. Así, si se considera que sólo las colonias de Nueva Inglaterra eran dominadas por los puritanos, se entenderá que el fundamento de las creencias angloamericanas era la teología calvinista, en sus diferentes expresiones (anglicana, presbiteriana, puritana).⁹

De lo anterior podemos deducir la influencia decisiva del Antiguo Testamento en la configuración de la creencia del pueblo elegido y su destino, pues no debe olvidarse que ya

Alianza Editorial Mexicana/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, p. 16. María del Rosario Rodríguez Díaz, *El Destino manifiesto en el discurso político norteamericano*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, p. 95. Ralph Waldo Emerson, *The Young American* (sitio web), Emerson Central, <http://www.emersoncentral.com/youngam.htm>. (consulta: 6 de septiembre de 2016). Anders Stephanson, *op. cit.*, p. XII. Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 65 y 80. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 49.

⁸ Cfr. Juan Antonio Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 94 y 99. Vid. Adam Gomez, “Deus Vult: John O’Sullivan, Manifest Destiny, and American Democratic Messianism”, *American Political Thought: A Journal of Ideas, Institutions and Culture*, The University of Chicago Press Journals, Chicago, v. 1, n. 2, Fall 2012, p. 238. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 5 y 6.

Entiéndase por *ethos* el “uso, costumbre o comportamiento automático” así como el “carácter, personalidad individual o modo de ser”. Bolívar Echeverría, *La Modernidad de lo barroco*, 2ª ed., México, Era, 2000, p. 37.

⁹ Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 4. Juan Antonio Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 93-95. El puritanismo fue la confesión protestante que más influyó en las creencias estadounidenses de la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, el hecho de que la aplastante mayoría de las iglesias presentes en las colonias británicas de Norteamérica tuvieran una base teológica calvinista facilitó la difusión y la consolidación de los presupuestos puritanos en lo que después serían los Estados Unidos de América.

Por otro lado, no debe olvidarse que Nueva Inglaterra no fue ni una colonia ni un estado de la Unión, sino que ha sido una región al noreste de la misma, constituida desde el periodo colonial, y actualmente comprendida por los estados de Maine, Nuevo Hampshire, Vermont, Massachusetts, Rhode Island y Connecticut.

los judíos de antaño se consideraban un pueblo elegido. Aunque en su conjunto, la Biblia constituyó un modelo moral, político, social y hasta económico para las comunidades calvinistas, sus creencias fueron influenciadas en mayor medida por el Antiguo Testamento. Por lo tanto, no resulta extraña la formación de una creencia que consideró como elegidos del Señor a quienes formaban parte de las susodichas congregaciones religiosas, en oposición a los réprobos, los no elegidos, que solían ser los individuos ajenos a aquellas comunidades.¹⁰

Esta creencia se consolidó, en buena medida, gracias al dogma fundamental del calvinismo, a saber, el de la doble predestinación. Este principio establecía que, desde y para siempre, Dios había dividido a la humanidad en elegidos y réprobos. Sólo los primeros gozarían de la salvación eterna, efectuada a través de la crucifixión de Jesucristo, en tanto que los segundos, los no elegidos o réprobos, habrían sido condenados al infierno. En términos generales, los calvinistas se consideraban a sí mismos elegidos.¹¹

La principal forma de glorificar a la Providencia por parte de las comunidades calvinistas era por medio del *calling*, es decir, aceptando el destino que Dios les habría impuesto, resignándose a él y abrazándolo con fe. Por lo tanto, aquellas congregaciones consideraron al trabajo y a la riqueza fines en sí mismos, así como símbolos de gracia y salvación. En consecuencia, el calvinista esgrimió el éxito material como signo evidente de elección divina, y más temprano que tarde, se convenció a sí mismo, a través de su prosperidad mundana, de ser un elegido de Dios.¹²

¹⁰ Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 7-10. Juan Antonio Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 85. Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 11. En términos generales, el Antiguo Testamento de las Biblias cristianas corresponde al *Tanaj*, el libro sagrado de la religión judía.

¹¹ La doble predestinación es el “eterno decreto de Dios, por el que ha determinado lo que quiere hacer de cada uno de los hombres”. Juan Calvino, *Institución de la religión cristiana*, 2 t., trad. de Cipriano de Valera, Madrid, Visor Libros, 2003, t. II, p. 728 y 729. El dogma de la doble predestinación fue consolidado, en la teología puritana, entre 1618 y 1619, en el sínodo de Dort. *Vid.* Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 83.

¹² George H. Sabine, *Historia de la teoría política*, 3ª ed., trad. de Vicente Herrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 288. Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 30. Juan Antonio Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 15, 64, 71-73, 83, 84, 87, 88 y 91. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 8, 12 y 13. Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 120. Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, trad. de Luis Legaz Lacambra, Madrid, Sarpe, 1984, p. 156 y 157.

Según la doctrina luterana, el *Beruf* o “profesión” es “aquello que el hombre ha de aceptar porque la providencia se lo envía, algo ante lo que tiene que “allanarse... esta idea determina la consideración del trabajo profesional como misión, como la misión impuesta por Dios al hombre”. *Ibid.*, p. 100. En el mundo anglosajón, el *Beruf* luterano ha sido conocido como *calling*. Éste fue integrado a la teología calvinista por las generaciones de creyentes posteriores a Calvino. A través del *calling*, el calvinista estimó “su progreso, su éxito y su perfeccionamiento en el mundo como signos patentes de salud, de elección”. Esto proporcionó “al hombre puritano una confianza ilimitada en sí mismo” y fue el “origen de su complejo de superioridad”. *Vid.* Juan Antonio Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 98, 99 y 102.

Como supuestos elegidos, los calvinistas consideraron que el mundo era un espacio que debía ser regenerado, y que en él había que construir un nuevo edén. Así, al amparo de estos y aquellos dogmas, entre los siglos XVII y XVIII, miles de británicos calvinistas fundaron sus colonias en las costas norteamericanas. No es gratuito que aquellas personas creyeran que Dios les había otorgado el Nuevo Mundo como patrimonio.¹³

Retomando todo lo que se ha dicho hasta ahora, podemos establecer que los británicos legitimaron su colonización en las creencias providencialistas que los estadounidenses heredarían después. Tanto unos como otros creyeron que Dios estaba detrás de sus respectivos procesos históricos, haciendo de Él, y no del capricho de los hombres, el motor de la historia. Por su parte, el principio de la doble predestinación marcó la forma en que estos pueblos de tradición calvinista se vieron a sí mismos (elegidos) y al resto de la humanidad, a la cual consideraban réproba, no elegida.¹⁴ Así, la creencia del pueblo elegido sobrevivió, no sin cambios, al avance indetenible de los siglos.

En términos generales, la creencia estadounidense del destino y la misión puede sintetizarse en los siguientes puntos: 1) Dios reservó el Nuevo Mundo para que fuera el escenario donde se realizarían los principios de democracia y libertad, y la nación estadounidense sería la elegida por Él para el cumplimiento de dicha tarea; 2) Estados Unidos debe proclamar la libertad, no sólo dentro de sus propias fronteras, sino a lo largo y ancho de la tierra, sobre todo entre los pueblos considerados como oprimidos política y/o económicamente; 3) la “Unión americana” es un ejemplo de equidad para el resto del mundo, pues sólo allí hay igualdad de oportunidades para todos, más allá de la condición de nacimiento de cada quien; 4) Estados Unidos, que es el hogar de la democracia más perfecta que la humanidad haya conocido jamás, debe de enseñar esta doctrina al mundo entero y defenderla dondequiera que corra peligro; 5) la nación estadounidense es pacífica, y por lo tanto, las guerras en las que ésta participe serán necesarias y justas; 6) la cultura estadounidense es la más elevada forma de vida a la que los seres humanos pueden aspirar.

¹³ *Ibid.*, p. 18, 41, 51 y 84.

¹⁴ *Ibid.*, p. 28-31 y 43. José Fuentes Mares, *Génesis del expansionismo norteamericano*, México, El Colegio de México, 1984, p. 58. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 11 y 12.

En consecuencia, los estadounidenses están llamados a difundir las “bendiciones” de su modo de vida por todo el orbe.¹⁵

En función de estos puntos podemos establecer que la creencia del pueblo elegido implicaba la idea de una misión encomendada por la Providencia. Ya el *ethos* calvinista tenía como uno de sus fundamentos la concepción de una misión, a saber, la de regenerar espiritualmente a la humanidad, corrompida por el pecado original, o en el peor de los casos, la de eliminar a quienes, a causa de la doble predestinación, fuera imposible regenerar. Los colonos británicos, que como ya se sabe, eran calvinistas teológicamente hablando, creyeron poder regenerar al mundo de las prácticas corruptas de la vieja Europa, construyendo un nuevo paraíso en las tierras americanas.

Para los estadounidenses, esta regeneración tendría que ser moral y política, que no por ello menos espiritual, y se efectuaría instaurando en el mundo el gobierno republicano, la democracia, el cristianismo (calvinista) y el capitalismo. Aunque en el tránsito del periodo colonial angloamericano a la construcción de la nación estadounidense cambió el sentido de la misión, se mantuvo, como parte de la creencia del pueblo elegido, la certeza de que éste tenía, justamente, una misión que cumplir.¹⁶

Por otro lado, la concepción de la misión se nutrió del derecho natural, sostenido por la generación de la independencia como un argumento para romper políticamente con la Corona Británica. Ya desde la época colonial, los calvinistas apelaron a un “título más válido” para legitimar la fundación de las colonias. Para los calvinistas, este “título” provenía

¹⁵ Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 125, 348 y 349. María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 20. Adam Gomez, *op. cit.*, p. 236 y 237. Juan Antonio Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 120. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 129. Entre este capítulo y el siguiente describiré de manera puntual la forma en que todos estos elementos se fueron integrando en la creencia del destino y la misión estadounidenses. Por ahora sólo mencionaré estos rasgos elementales de dicha creencia.

¹⁶ William Earl Weeks, *Building the Continental Empire: American Expansion from the Revolution to the Civil War*, Chicago, Ivan R. Dee, 1996, p. 63. Frederick Merk, *Manifest Destiny and Mission in American History: A reinterpretation*, New York, Vintage, 1966, p. 3 y 4. Juan Antonio Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 94. María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 20. Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 18. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 49 y 50. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 21. Aunque el dogma de la doble predestinación limitó sobremanera la evangelización calvinista en el Nuevo Mundo, sí hubo tal. *Cfr.* Frederick Merk, *op. cit.*, p. 33 y Juan Antonio Ortega y Medina, *La evangelización puritana en Norteamérica. Delendi sunt indi*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

de Dios mismo y, por lo tanto, consideraron que contaba con mayor legitimidad que cualquier legislación humana. El derecho natural era de hecho una derivación del derecho divino.¹⁷

Como dijimos previamente, la generación que hizo la independencia apeló al derecho natural para justificar la emancipación política de los Estados Unidos. En otras palabras, los llamados Padres Fundadores de la república estadounidense no legitimaron la independencia a partir de fundamentos legales, sino apelando a derechos supuestamente concedidos por Dios. Sin embargo, mientras los insurgentes no opusieron el derecho divino o natural a los derechos legales, los estadounidenses de generaciones posteriores, como los expansionistas de la década de 1840, sí lo harían.¹⁸ De hecho, como veremos más adelante, tanto la Doctrina Monroe como el concepto de destino manifiesto serán expresiones de iusnaturalismo, o apelaciones a “leyes superiores”, utilizadas para justificar los intereses particulares de sectores específicos de la sociedad estadounidense.¹⁹

Así, con el paso de los años y el fortalecimiento del nacionalismo, el derecho natural, que en principio era considerado como algo inherente a todo el género humano, fue arrogado, discursivamente hablando, por los estadounidenses. En otras palabras, el bien de la humanidad fue juzgado por éstos como el bien de Estados Unidos y, por lo tanto, la idea de misión se afianzó en la mentalidad yanqui como un elemento exclusivo de la nación estadounidense. Por supuesto que este cambio implicó la destrucción del igualitarismo implícito en el derecho natural, pues al asumirse como un pueblo elegido con una misión, los estadounidenses llegaron a la conveniente conclusión de que sus derechos particulares equivalían a los de la única humanidad auténtica. En consecuencia, cuando hubo alguna contradicción entre los intereses estadounidenses y los de otros países, afirmar aquellos significó negar éstos últimos. No es que los estadounidenses quisieran soslayar el derecho internacional. Su intención era supeditarlos a las leyes divinas y naturales, cuando no estuviera en armonía con los intereses de las barras y las estrellas, claro está.²⁰

¹⁷ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 12, 29 y 132-135. Bolívar Echeverría (comp.), *La americanización de la modernidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América del Norte/Ediciones Era, 2008, p. 54.

¹⁸ Para conocer a detalle quienes eran los expansionistas estadounidenses *vid. infra*. “Anexo 1. Los expansionistas estadounidenses”, p. 186.

¹⁹ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 132-135, 144 y 332. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 96.

²⁰ *Ibid.*, p. 25, 46, 49-51, 134, 135 y 154.

Un ejemplo de lo anterior es el texto de Thomas Paine titulado *Common Sense* (1776), donde su autor consideró que el interés de los colonos angloamericanos, además de estar auspiciado por Dios, era “la causa de toda la humanidad”. Lo es también la siguiente declaración de Thomas Jefferson: “imposible no darse cuenta de que estamos actuando para toda la humanidad. Nuestra nación es la última y mayor esperanza del mundo”.²¹ El gobierno del propio Jefferson, después de comprar Luisiana en 1803, les negó a los pobladores de origen francés, español, africano, indígena y mestizo que habitaban dicho territorio, los mismos derechos de que gozaban los ciudadanos estadounidenses. Ironías de la historia: Jefferson, quien otrora invocó los derechos naturales de los angloamericanos, se los negó años después a aquellos cuyo error fue vivir en unas tierras que fueron vendidas, sin haberlos consultado, a unos nuevos amos que sufrían de amnesia.

Ya en la década de 1840, el senador Stephen A. Douglas, de Illinois, se refirió a “una misión por realizar... una de progreso en las artes y en las ciencias... en el desarrollo y el avance de los derechos humanos en todo el mundo”. Se refería, por supuesto, a la misión particular de los Estados Unidos. Que las creencias cambien, en general de forma paulatina y hasta inconsciente influyó en el hecho de que, para hablar de su destino y su misión así como del interés nacional, lo que sea que eso significara, los estadounidenses siguieran empleando la jerga del derecho natural.²²

Aunque el sentido misionero de la creencia del destino estadounidense era etnocentrista, tuvo también una faceta “pacifista”. Ésta fue expresada, por ejemplo, en Nueva Inglaterra durante la invasión estadounidense a México (1846-1848). En esos años, muchos novoiñgleses repudiaron la violencia ejercida por su gobierno, a través del ejército, contra la República Mexicana. Aquellos estadounidenses consideraron que la hostilidad hacia México contravenía la supuesta superioridad moral estadounidense y su misión de regenerar al

²¹ “The cause of America is the cause of all man kind [sic].” *Vid.* William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 9. Las palabras de Jefferson se encuentran citadas en María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 38.

²² Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 46, 47 y 50. Frederick Merk, *op. cit.*, p. 264. “mission to perform... of progress in the art and sciences... in the development and advancement of human rights throughout the world.” Citado en Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *Manifest Destiny and Empire: American Antebellum Expansionism*, College Station, Texas, University of Texas at Arlington, 1997, p. 16.

Los hombres como Jefferson y Douglas estaban convencidos de que, en el cumplimiento de su misión divina, los Estados Unidos se convertirían en la primera potencia mundial. *Ibid.*, pp. 16 y 17. Este sentido práctico de la creencia del destino y la misión ya estaba presente en la teología calvinista, que consideró al éxito mundano como el símbolo inconfundible de que un individuo era elegido de Dios. *Vid.* Ortega y Medina, *Destino manifiesto...*, p. 87 y 88, y Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 49.

mundo a través de los ejemplos de la libertad y la democracia.²³ Desafortunadamente, el etnocentrismo presente en la faceta misionera de la creencia del destino estadounidense implicó un rechazo a las culturas que fueran ajenas a los valores angloamericanos. En el peor de los casos, este etnocentrismo supuso una cruzada contra el otro, es decir, una guerra contra cualquiera que rechazara el sistema estadounidense, como sucedió con los indígenas y con los hispanoamericanos.²⁴

Hacia la década de 1820, hubo en Estados Unidos un fenómeno social y religioso conocido como el segundo Gran despertar (*Great Awakening*). En términos generales, este movimiento pugna por una renovación moral a través de valores tradicionalmente vinculados con las confesiones calvinistas, como la laboriosidad y el ahorro. De hecho, la creencia de que Dios favorecía a Estados Unidos se reforzó en las décadas de 1820 y 1830, en buena medida gracias a la actualización de creencias religiosas protestantes promovidas por el segundo Gran despertar. Por otro lado, este movimiento concebía que el fin del mundo estaba cerca, y que el nacimiento de la nación estadounidense era prueba de ello. En estas circunstancias, la misión estadounidense tenía una importancia total para los creyentes, quienes consideraban que había que difundir la buena nueva, o sea, la democracia, la libertad y el gobierno republicano más allá de las fronteras de la Unión, ante el inminente retorno de Jesucristo y el subsecuente fin del mundo.²⁵

Aunque hacia 1840 los estadounidenses consideraban que su país tenía un destino y una misión particulares, no hace falta pensar mucho para llegar a la conclusión de que esta creencia teleológica implicaba, necesariamente, al resto del mundo. Según las connotaciones teológicas de aquella creencia, el porvenir estadounidense afectaría a los demás pueblos de la tierra, pues la potestad divina no se limitaría a un solo país, sino que tocaría al género humano en su conjunto, aun cuando sus únicos elegidos fueran los estadounidenses. Por lo tanto, el destino estadounidense formaría parte de un plan divino que incluiría al planeta entero.

²³ Peter Guardino, *La marcha fúnebre: una historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, trad. de Mario Zamudio Vega, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Grano de Sal, 2018, p. 32.

²⁴ Ortega y Medina, *Destino manifiesto...*, p. 111, 112 y 119.

²⁵ William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 63, 64, 69 y 70. María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 73.

1.2. La herencia de la modernidad

Como hemos establecido arriba, cuando el calvinista creía estar haciendo algo en favor del género humano, no lo hacía pensando realmente en todos y cada uno de los hombres y mujeres que habitaban el planeta, sino sólo en la comunidad de elegidos, o sea, en las propias congregaciones calvinistas. Con la influencia del nacionalismo, la creencia del pueblo elegido y su misión pasó de las viejas comunidades religiosas a la comunidad imaginada de la nación, en este caso la estadounidense. Sin embargo, de forma paralela a los dogmas religiosos, y aún antes de la invención del nacionalismo, otras creencias modernas nutrieron a aquella desde el siglo XVI. Como ya ha sido apuntado con anterioridad, no se puede entender la historia del continente americano sin tomar en cuenta el advenimiento de la modernidad, la cual engloba, por supuesto, el devenir de los Estados Unidos, cuyas raíces son, de hecho, modernas.²⁶

En términos muy generales, podemos apuntar que, en parte, la modernidad ha sido un proceso de racionalización de la existencia en su totalidad. Ésta ha implicado una serie de innovaciones y discontinuidades contrapuestas a la tradición y, sobre todo, opuestas a un concepto tan importante para el mundo medieval como el de *autoridad*. Esto último inclinó al individuo moderno a preferir lo nuevo por sobre lo antiguo, a imaginar el futuro con entusiasmo, y a mirar el pasado con cierto desdén.²⁷

La modernidad no fue, por supuesto, un fenómeno homogéneo, pues Europa, el espacio donde ésta nació, era de hecho heterogénea, como lo sigue siendo hoy en día. En los albores del mundo moderno, las diferentes regiones del continente europeo eran histórica, geográfica y culturalmente distintas. Estas diferencias fueron delineadas, al menos en parte, por la cristianización de los espacios europeos durante la Antigüedad tardía. Mientras que la penetración del cristianismo encontró mayor resistencia en la zona mediterránea de Europa,

²⁶ Edmundo O’Gorman, “¿Tienen las Américas una historia común?”, en Edmundo O’Gorman, *Historiología: teoría y práctica*, estudio introductorio y selección de Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1999, p. 18.

Entiéndase por nación “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana [...] Es imaginada porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión”. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, trad. de Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 23 y 49.

²⁷ Henri Lefebvre, *Introducción a la modernidad*, Madrid, Técnos, 1971, p. 171. Bolívar Echeverría, *Modernidad y blanquitud*, México, Ediciones Era, 2010, p. 13.

donde existía una densidad civilizatoria importante desde la Antigüedad, al norte del continente aquel se asentó sobre bases culturales menos densas. En consecuencia, las sociedades cristianas del norte estuvieron mucho menos ligadas a formas complejas de civilización y, por lo tanto, tuvieron un menor grado de mestizaje cultural con los grupos humanos allí presentes (celtas y germanos). Así, la modernidad se asentó sobre bases histórico-culturales diferentes, dando como resultado distintas modernidades, tanto en el sur como en el norte o noroeste de Europa, desde el siglo XVI.²⁸

Hacia el siglo XVII, la modernidad del noroeste de Europa sufrió un proceso de bifurcación a causa de la colonización británica de América del Norte. Esta nueva modernidad, a la que podemos llamar “americana”, no se encontró frente a una densidad cultural que le impidiera desenvolverse hasta sus últimas consecuencias, como sí lo hicieron las modernidades europeas. Mientras que en el Viejo continente, así como en el mundo colonial hispánico, las modernidades europeas tuvieron que coexistir con formas de civilización fuertemente arraigadas, en las colonias británicas de Norteamérica la modernidad se desarrolló en un ambiente cultural sencillo. Allí, apenas la Biblia, o su interpretación calvinista, fungió como la base de la organización social, política y hasta económica de los colonos.²⁹

Por otro lado, las condiciones en las que se desarrolló la modernidad americana, sobre todo, sus circunstancias geográficas y naturales, fueron peculiares. En el Nuevo Mundo, las comunidades calvinistas se encontraron con una naturaleza abundante, es decir, con una riqueza poco usual de medios de producción naturales. Así, estas congregaciones, abocadas al trabajo compulsivo en su búsqueda de éxito intramundano que las evidenciara como elegidas, hallaron un medio natural favorable, justamente, para el trabajo y la producción. No fue casual que desde la mirada providencialista de los colonos calvinistas, el Nuevo Mundo haya figurado como una tierra otorgada a ellos por gracia divina.³⁰

²⁸ Bolívar Echeverría (comp.), *op. cit.*, p. 22 y 23. Según la propuesta teórica de Bolívar Echeverría, han existido cuatro *ethé* o “modos de ser” modernos. Uno de ellos, el llamado *ethos* “realista”, ha sido afín a la modernidad capitalista, la cual constituye uno de los fundamentos de la historia estadounidense. La “modernidad americana”, como la llama Echeverría, modernidad desarrollada en Estados Unidos, sería una forma radical de la modernidad capitalista. *Vid.* Echeverría, *La modernidad de lo barroco...*, p. 38 y 39.

²⁹ Bolívar Echeverría (comp.), *op. cit.*, p. 21. Aunque la modernidad del noroeste de Europa se desarrolló en un espacio con menor densidad cultural que el del sur del continente, aún allí encontró mayor resistencia que la que encontraron en Norteamérica las comunidades anglo-calvinistas.

³⁰ *Ibid.*, p. 27. Echeverría, *Modernidad y blanquitud...*, p. 98. Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 12 y 13.

He aquí una paradójica afinidad entre este *ethos* moderno (capitalista) y las creencias religioso-providencialistas de las confesiones calvinistas que dieron pie a la creencia del pueblo elegido y su misión: por un lado, la alta productividad del calvinista, su “éxito intramundano”, lo colocó como un individuo moderno (capitalista); por el otro, este éxito era considerado como un signo evidente de la gracia divina, como la prueba de ser un elegido. Con el paso de los años, esta afinidad entre calvinismo y modernidad capitalista se extendió también a los rasgos étnicos de los individuos en cuestión, es decir, que se terminó identificando a los burgueses blancos como personas modernas y elegidas, sentando así las bases del posterior pensamiento racista, como veremos más adelante.³¹

La idea de la guerra justa o “mito de la Modernidad” también está implícita en la creencia del pueblo elegido y su misión.³² Básicamente, este mito, al que de antemano hay que señalar como etnocéntrico, establece que la cultura occidental es superior a las demás, las cuales son calificadas como bárbaras e incapaces de servirse del propio entendimiento sin la intervención del hombre “civilizado”. Así, cualquier agresión cometida contra el supuesto bárbaro será presentada como una forma de emanciparlo, pues sólo a partir de esa violencia, el “incivilizado” se civiliza, se moderniza. De tal forma, el agresor se convierte no sólo en inocente sino en emancipador, en tanto que la víctima es considerada culpable de la violencia ejercida contra ella, pues es consecuencia de su propia barbarie y, sobre todo, de su negativa a “civilizarse”. De hecho, desde esta perspectiva, la guerra contra el “bárbaro” se justifica en tanto que es concebida como una forma de civilizar y modernizar. Esta es la cara irracional de la modernidad, que por un lado fue un proceso de racionalización de la existencia, pero que justificó al mismo tiempo una violencia irracional contra el otro, el “bárbaro”, el no occidental y no moderno.³³

Al amparo de este mito, el colono británico, primero, y el pionero estadounidense, después, se abalanzaron sobre las tierras “salvajes” del Nuevo Mundo con la intención de extender a ellas la civilización. En este proceso, el anglosajón estuvo dispuesto a eliminar a

³¹ Echeverría, *Modernidad y blanquitud...*, p. 59.

³² A partir de este punto me referiré a la modernidad capitalista americana sólo como modernidad. El lector sabe de antemano que, siguiendo la propuesta teórica de Bolívar Echeverría, consideramos a la modernidad americana como una forma radical de la modernidad capitalista. *Vid. supra*, nota 28, p. 32.

³³ Enrique Dussel, *1492 el encubrimiento del otro: hacia el origen del mito de la modernidad*, Santafé de Bogotá, D.C., Anthropos, 1992, p. 101, 104-106, 115 y 124. Echeverría, *La Modernidad de lo barroco...*, p. 150. Echeverría, *Modernidad y blanquitud...*, p. 51.

cualquiera que se interpusiera en su camino, ora la naturaleza, ora los indígenas y los españoles o hispanoamericanos. Y esto porque, según la lógica del mito de la modernidad, “la muerte de los indios masacrados, los rebaños exterminados y los bosques arrasados se opaca ante lo principal: la ‘muerte y resurrección’ del hombre excepcional que supo tomar sobre sí, fundadoramente, la responsabilidad y la tarea de matar y abatir a los unos y talar a los otros”. En ese sentido, el anglosajón moderno es considerado “Un héroe de alcances ‘meta-éticos’ cuya acción injustificable se perdona por la magnitud inaudita de lo alcanzado con ella”,³⁴ a saber, civilizar las tierras “salvajes”.

Aunque el mito de la modernidad ha sido utilizado por todos los pueblos colonialistas del Occidente moderno, en el caso estadounidense hubo una compleja síntesis entre aquel y otras creencias modernas y religiosas, cuya amalgama fungió como fundamento de la creencia del pueblo elegido y su misión. Por lo tanto, la creencia estadounidense tiene raíces comunes con el resto del Occidente colonialista, pero no debería de entenderse como una mera dilatación de los dogmas calvinistas, pues al mismo tiempo es una expresión particular del colonialismo occidental moderno y de la religiosidad occidental moderna.

Así, aunado a los dogmas calvinistas, el mito de la modernidad implicó que la violencia contra el “bárbaro” fuera considerada justa y también necesaria, pues era consecuencia de la voluntad divina expresada como destino. Asimismo, este mito ha tenido resultados fatales para los estadounidenses, pues de la mano de la ética calvinista, y particularmente del dogma de la doble predestinación, ha facilitado la configuración de barreras psicológicas entre ellos y los pueblos que no son ni han sido anglosajones ni modernos. Sin duda alguna, en el mejor de los casos, estas barreras han dificultado la comprensión entre unos y otros.

Por otro lado, la Ilustración influyó en las creencias estadounidenses que terminaron por nutrir el concepto de destino manifiesto. Aunque el pensamiento ilustrado no fue homogéneo, éste se distinguió, en términos generales, por tener los siguientes ejes básicos: la razón, la experiencia empírica y la idea del progreso. En síntesis, el pensamiento ilustrado

³⁴ Bolívar Echeverría (comp.), *op. cit.*, p. 42. Como lo ha demostrado Pekka Hämäläinen en su libro *The Comanche Empire*, las tierras que los estadounidenses invadieron, ocuparon y colonizaron en lo que hoy es el medio oeste y el suroeste de Estados Unidos eran todo menos un espacio virgen e incivilizado. *Cfr.* Pekka Hämäläinen, *The Comanche Empire*, New Haven & London, Yale University Press/Southern Methodist University, The William P. Clements Center for Southwest Studies, 2008, p. 1-17, 141-291 y 342-361.

postuló que la razón debía ser el fundamento del accionar humano, que la experiencia empírica tenía que ser la materia prima elemental de dicha razón, y que existía la esperanza de que, ilustrado por el uso de su razón, el hombre progresara, mejorando así sus condiciones materiales y morales.³⁵

En los Estados Unidos, la Ilustración se desarrolló entre 1765 y 1815, aproximadamente. Por lo tanto, la independencia, así como los primeros años del proceso de formación de la nación estadounidense, coincidieron con la irrupción del pensamiento ilustrado en el horizonte histórico-cultural de los yanquis. De hecho, el derecho natural que, como vimos, estuvo implícito en la creencia del pueblo elegido y su misión, fue defendido por el pensamiento ilustrado, y era “la doctrina común de los tiempos”, o el “equipaje espiritual” (cultural) de la época.³⁶

No es raro entonces que la generación que hizo la independencia haya tenido arraigadas las ideas ilustradas y que, como heredera de la Ilustración, rechazara la tradición y expresara una profunda fe en el progreso. Imbuido en esa forma de ver el mundo, John Adams, uno de los llamados “Padres fundadores” de la nación estadounidense, le escribió una carta a George Wythe en 1776, año que fue declarada la independencia de los Estados Unidos. Dice parte de la carta: “Tú y yo, mi querido amigo, fuimos enviados al mundo en un tiempo en que los grandes legisladores de la antigüedad hubieran deseado vivir [...] ¿Cuándo, antes de la época presente, tres millones de personas han tenido el pleno poder y la justa oportunidad para formar y establecer el más sabio y más feliz gobierno que la sabiduría humana ha podido crear?”³⁷

La idea ilustrada del progreso constituyó un sistema teleológico, pues dotó de un sentido al devenir, a saber, el irreversible y gradual perfeccionamiento del género humano. En los Estados Unidos, el pensamiento ilustrado promovió un progresismo radical, pues supeditó los otros principios ilustrados y modernos a la idea del progreso. En fecha tan temprana como 1751, Benjamín Franklin escribió un panfleto titulado *Observations*

³⁵ Adrienne Koch (ed.), *The American Enlightenment: The Shaping of the American Experiment and a Free Society*, New York, George Braziller, 1965, p. 36 y 37.

³⁶ *Ibid.*, p. 19. Ortega y Medina, *Destino manifiesto...*, p. 108.

³⁷ “You and I, my dear friend, have been sent into life at the time when the greatest lawgivers of antiquity would have wished to live [...] When, before the present epoch, had three millions of people full power and a fair opportunity to form and establish the wisest and happiest government that human wisdom can contrive?” Citado en Adrienne Koch, *op. cit.*, p. 28.

Concerning the Increase of Mankind, donde predecía la futura grandeza de las colonias británicas de Norteamérica, las cuales, según él, llegarían a ser el centro del imperio. En 1765, John Adams expresó que el futuro de las aún colonias angloamericanas era la “apertura de un gran proyecto diseñado por la Providencia para la iluminación de los ignorantes y la emancipación de la parte esclavizada de la humanidad en toda la Tierra”.³⁸

Asimismo, la obtención de la independencia fue considerada por más de un patriota no sólo como una señal divina, sino como una señal de progreso.³⁹ De entre ellos, el ministro presbiteriano Lyman Beecher manifestó lo siguiente:

El tiempo ha llegado cuando el experimento se está llevando a cabo; si el mundo va a ser emancipado y volverse feliz... Si esto ha sido el designio del Eterno de establecer una poderosa nación con un completo goce de la libertad civil y religiosa, donde todas las energías del hombre encontrarán una gran esfera de acción y estímulo... dónde se podría hacer dicho experimento sino en este país! [...] La luz de tal hemisferio subirá hacia la Eternidad; arrojará sus rayos más allá de las olas; brillará en la oscuridad, y siendo comprendido despertará deseos, esperanzas y trastornos hasta que el mundo sea libre.⁴⁰

Hacia el final de sus días, Thomas Jefferson, quien presencié el ocaso de la época colonial, y formó parte de la lucha por la independencia y los primeros años de la república estadounidense, escribió lo siguiente en una carta:

he observado esta marcha de la civilización partiendo de la costa, y que pasó sobre nosotros como una nube de luz, aumentando nuestro conocimiento y mejorando nuestras condiciones, hasta tal punto que en este momento estamos aquí más avanzados en materia de civilización que los puertos marítimos lo estaban cuando yo era muchacho. Y nadie puede decir dónde se detendrá este progreso. Mientras tanto, la barbarie ha retrocedido ante el paso firme de las mejoras y con el tiempo, confío yo, desaparecerá de la tierra.⁴¹

³⁸ Bolívar Echeverría (comp.), *op. cit.*, p. 33 y 34. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 3. “the opening of a grand scheme and design in Providence for the illumination of the ignorant, and the emancipation of the slavish part of mankind all over the earth.” Citado en Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 11.

³⁹ María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 36, 38 y 41. Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 122 y 123. Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 14.

⁴⁰ Elvira Pérez Seoane, "El mormonismo: reflejo de una sociedad", en *El Destino manifiesto en la historia de la nación norteamericana (6 ensayos)*, México, Universidad Iberoamericana/Editorial Jus, 1977, p. 57.

⁴¹ Carta de Thomas Jefferson a William Ludlow, 6 de septiembre de 1824, citada en Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 121. Unos años antes, en 1813, John Adams le había escrito a Jefferson lo siguiente: “Nuestra república pura, virtuosa, animada del espíritu de bien público, perdurará eternamente, gobernará el globo y perfeccionará al hombre”. Citado en Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 426.

El optimismo de estadounidenses como Jefferson y Adams no se explica sólo por las creencias y por ciertas ideas de la época, sino que responde también al crecimiento económico y demográfico de su país, los cuales tuvieron lugar desde finales del siglo XVIII, pero sobre todo a partir de 1815, fecha en que terminó la guerra contra Gran Bretaña iniciada en 1812. Para ilustrar estos fenómenos podemos citar los siguientes datos:

Aunque la generación de la independencia consideraba que las guerras eran inevitables, los conflictos bélicos fueron interpretados, durante la primera mitad del siglo XIX, como un medio civilizador, una herramienta del progreso que no sólo beneficiaría al agresor, sino también al agredido. Un ejemplo de lo anterior es la actitud asumida por una parte de los invasores estadounidenses de México, entre 1846 y 1848. Aquellos hombres creyeron que estaban liberando a sus vecinos del sur y que, en manos estadounidenses, México sería regenerado. Desde esta lógica, los soldados yanquis actuaban como agentes del progreso y de la voluntad divina. Es evidente entonces que la idea del progreso se imbricó muy bien, tanto con la creencia calvinista de la regeneración como con el mito de la modernidad.⁴²

Es cierto que había estadounidenses que se oponían al uso de la espada como medio para hacer progresar tierras consideradas bárbaras, como las mexicanas. Sin embargo, éstos concebían, y en eso coincidían con el resto de sus compatriotas, que el comercio sería una forma en que Estados Unidos llevaría el progreso a otros pueblos. Como se verá después, durante la susodicha invasión a México, los que se opusieron a ella creían que se debía civilizar a este país no con violencia, sino por medio del comercio.⁴³ De una u otra forma, y en conjunción con las creencias calvinistas y el mito de la modernidad, a partir de las ideas

tras el final de dicho conflicto, la tasa de crecimiento económico de Estados Unidos pasó de 0.4 %, en las décadas anteriores, a casi 1% en los años posteriores. *Vid.* Charles Sellers, *The Market Revolution: Jacksonian America, 1815-1846*, New York, Oxford University Press, 1991, p. 20. Lo que era un país eminentemente rural a inicios del siglo XIX sufrió importantes cambios económicos y sociales entre 1815 y 1850, los cuales fueron de la mano de la construcción de una amplia red de caminos, canales y vías férreas, la industrialización de la producción manufacturera, la expansión del comercio y la colonización de nuevas tierras en el oeste. Este fenómeno socio-económico es conocido como la “Revolución en el mercado”. *Vid.* Sean Wilentz, “Society, Politics and the Market Revolution, 1815-1848”, en Eric Foner (ed.), *The New American History. Revised and Expanded Edition*, Philadelphia, Temple University Press, 1997, p. 62.

Cabe mencionar que, a pesar de sus ideas de progreso y libertad, o más bien como su contracara, Jefferson era un esclavista, no sólo ideológicamente sino en los hechos, pues a lo largo de toda su vida tuvo centenares de esclavos. *Vid.* William Cohen, “Thomas Jefferson and the Problem of Slavery”, *The Journal of American History*, Oxford University Press, n. 3, 1969, p. 510. Antoni Domènech, *El eclipse de la fraternidad: una revisión republicana de la tradición socialista*, Barcelona, Crítica, 2004, p. 62. Eric Foner, *The Story of American Freedom*, New York, WW Norton, 1999, p. 32 y 35.

⁴² Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 239 y 240. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 31. Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 318. Por supuesto que esta postura no fue la de todos los estadounidenses que marcharon hacia México. Hubo quienes concebían la expansión territorial como una reivindicación de la supremacía blanca sobre el resto de las razas (los indígenas, los negros y los mestizos mexicanos). Por otro lado, muchos de los invasores estadounidenses, ya estando en México, lejos de “liberar” a la población mexicana ejercieron contra ella todo tipo de violencias. *Vid.* Peter Guardino, *op. cit.*, p. 31, 34, 38, 39, 112, 113, 129-133 y 142.

⁴³ William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 64 y 65. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 54.

ilustradas más de un estadounidense creyó que México era un lugar incivilizado al que había que regenerar.

Así como el pensamiento ilustrado no fue homogéneo, tampoco lo fue la reacción frente a él. Aunque muchos estadounidenses abrazaron las ideas ilustradas, hubo también reacciones románticas que cuestionaron sus postulados. En el tránsito entre los siglos XVIII y XIX, la influencia del romanticismo se sintió con fuerza en los Estados Unidos, sobre todo en el rechazo al universalismo ilustrado y en el enaltecimiento del carácter peculiar de la cultura angloamericana. Al exaltar las particularidades del ser estadounidense, el pensamiento romántico reforzó la creencia del pueblo elegido y su destino y misión.⁴⁴

El romanticismo ganó adeptos a lo largo y ancho de la Unión, sobre todo durante los primeros treinta años del siglo XIX, aunque variando su influencia de región a región. En el norte, principalmente en Nueva Inglaterra, el interés romántico adquirió tintes intelectuales y morales, y estuvo influido por el pensamiento alemán y francés, pero sobre todo por las obras de Thomas Carlyle y Samuel Taylor Coleridge y sus ideas sobre la superioridad de la cultura anglosajona. Por su parte, en el sur tuvieron mayor eco los textos de sir Walter Scott y sus connotaciones aristocráticas.⁴⁵

Antes del desarrollo pleno del pensamiento racista los románticos utilizaron el término *anglosajón/a* para referirse de forma idealizada a la cultura, a la tradición y a la historia de los pueblos de habla inglesa. Los románticos estadounidenses, quienes heredaron el concepto de los británicos, y en menor medida de los alemanes, se asumieron como herederos de aquella antigua e idílica tradición anglosajona, y consideraron que la semilla de las instituciones democráticas estadounidense se encontraba en ella, la cual se remontaba, supuestamente, hasta el siglo XI de nuestra era, antes de la invasión normanda de Inglaterra. De hecho, muchos de los hombres de la generación que luchó por la independencia de Estados Unidos admiraban el supuesto modelo político y social de los antiguos anglosajones.

⁴⁴ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 47. Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 14 y 15. En el fondo, lejos de poner en jaque a las ideas de la Ilustración, la reacción romántica las reforzó, pues no cuestionó la validez de la filosofía de la historia planteada por el pensamiento ilustrado, ni la valoración dogmática que éste configuró en torno a la razón. *Vid.* Hans-Georg Gadamer, *op. cit.*, p. 338-344.

⁴⁵ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 94-97, 222-224 y 230. En 1840 se leyó lo siguiente en la *The United States Magazine and Democratic Review*: Thomas Carlyle es “uno de los escritores más extraordinarios de la época”. Por su parte, la *North American Review* publicó lo siguiente: una “gran razón de que Carlyle sea generalmente bien recibido en este país por aquellos a quienes no gusta su estilo ni admiran su modo de pensar es que manifiesta una gran amistad a su raza”, la raza anglosajona. *Ibid.*, p. 226 y 227.

No deja de ser curioso que los estadounidenses concibieran con tanto desdén al pasado y a la tradición, y al mismo tiempo, que algunos de ellos apelaran a un pasado cuasi mitológico para ensalzar su propia estirpe.⁴⁶

Con el paso de los años, el concepto *anglosajón* adquirió connotaciones racistas, las cuales fueron expresadas por los estadounidenses, sobre todo, para compararse con otros pueblos y para denostarlos. A caballo entre el romanticismo y el racismo, los colonos anglosajones de Texas, que no eran sino estadounidenses por nacimiento, historia y cultura, consideraron que la independencia texana (1836) representaba una victoria del linaje anglosajón sobre la “tiranía hispánica”. Un año antes, en un libro titulado *Yemassee*, el poeta William Gilmore Simms se refirió a la civilización anglosajona de la siguiente manera: “La conquista y el imperio son los grandes principios guías de su existencia, y el salvaje debe ingresar en su séquito, o ella pasará sobre él implacablemente en su progreso”.⁴⁷

Hacia los años enmarcados entre 1815 y 1850 hubo un empalme entre el romanticismo y el racismo en los Estados Unidos. De hecho, el racismo ayudó a consolidar las ideas particularistas que los románticos estadounidenses habían establecido previamente y, al mismo tiempo, éste se nutrió del pensamiento romántico, sobre todo en lo referente a la “grandeza anglosajona”, así como en el desprecio hacia otros pueblos, a los cuales el racismo ayudó a deshumanizar, discursivamente hablando, de forma paulatina. Lo que para los románticos había sido admiración y exaltación de las tradiciones y las instituciones anglosajonas (pre-normandas), para los racistas fue el enaltecimiento de la raza blanca. Hacia la década de 1840, el racismo devino una de las creencias dominantes de la época, y más de un estadounidense pregonó entonces, abiertamente y sin tapujos, la supuesta superioridad anglosajona.⁴⁸

⁴⁶ *Ibid.*, p. 14, 15, 21-44, 50, 117, 135 y 229. La contradicción susodicha denota de alguna manera las propias contradicciones que había entre las ideas románticas y las ilustradas. Por otro lado, vale la pena mencionar que, hacia la década de 1840, el término “anglosajón/a” se convirtió en un lugar común en los Estados Unidos. Un personaje clave en su popularización fue el congresista de Virginia John Randolph. *Vid. ibid.*, p. 136 y 286.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 39, 232 y 293.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 36, 37, 44, 93, 94, 165-259 y 290. Ya en 1818, el diplomático estadounidense Caleb Cushing expresó que la igualdad absoluta era tan falsa como indeseable, porque la Providencia había dotado de habilidades superiores a la raza anglosajona. A finales de la década de 1830, el mismo Cushing señaló que tarde o temprano los indígenas de Norteamérica serían abrumados por la civilización blanca. Por su parte, durante la invasión estadounidense a México (1846-1848), el voluntario de Pennsylvania, Thomas Barclay, consideró que la superior raza anglosajona terminaría por imponerse a los mexicanos, como lo había hecho frente a ellos en Texas, y como lo había conseguido frente a los indígenas. *Vid. Robert W. Johannsen, et al. (eds.), op. cit.*, p. 25, 26 y 55.

Sólo como un botón de muestra de la aceptación del racismo, léase el siguiente fragmento de la *Memoir on Slavery*, publicada en marzo de 1838: “Que el negro africano es una variedad inferior de la raza humana es creo yo, generalmente admitido hoy”.⁴⁹ Como si los ecos del mito de la modernidad y la doble predestinación calvinista no hubieran bastado para motivar la edificación de barreras mentales y físicas entre los estadounidenses y los demás pueblos de la Tierra, tanto el romanticismo como el racismo coadyuvaron a la formación de una creencia etnocentrista, la de un pueblo (raza) elegido con un destino y una misión particulares.

A pesar de la evidente retroalimentación entre el romanticismo y el racismo en los Estados Unidos, podemos vislumbrar los orígenes de este último mucho antes. Desde el nacimiento del mundo moderno, los ingleses tenían una idea de superioridad basada en un etnocentrismo cultural, en sus creencias religiosas y en la supuesta supremacía de sus instituciones políticas, mas no en la raza. Si bien el negro, el indio y el español (y por extensión el hispanoamericano) fueron considerados por los ingleses inferiores desde el periodo colonial, el principio discriminatorio no era de índole racial. Hacia el siglo XVII, a partir del dogma teológico de la doble predestinación, y del fracaso de la evangelización británica de Norteamérica, los calvinistas concibieron que los pueblos indígenas eran réprobos, “agentes del demonio”, y que en consecuencia eran susceptibles de ser destruidos, o por lo menos, de ser segregados.⁵⁰

Sin embargo, no podemos omitir que fue una casualidad la que marcó sobremanera la historia del racismo. El hecho de que las comunidades calvinistas, útero del capitalismo moderno y del pensamiento racista, estuvieran integradas casi exclusivamente por personas étnicamente blancas, procedentes del noroeste de Europa, fue algo fortuito. Con el paso de los siglos, estas comunidades llegaron a considerar la blancura étnica de sus miembros como un signo de salvación, junto con el éxito intramundano. Esto fue consecuencia de que los supuestos elegidos, que no eran sino miembros de las congregaciones calvinistas, eran en su abrumadora mayoría blancos. A la larga, esta correlación entre ser blanco, tener éxito material y ser un elegido, a la que podemos llamar *blanquitud*, devendría un factor

⁴⁹ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 198.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 143, 145, 147 y 148. Ortega y Medina, *La evangelización puritana...*, p. 37, 38, 46, 47, 68-70, 125-131, 227, 228, 254, 272 y 274.

importante, desde la perspectiva racista, en la constitución de los individuos como seres “civilizados”, modernos, capitalistas y “elegidos”.⁵¹

Aunque el pensamiento ilustrado estadounidense pareció ser más optimista con respecto a los indígenas, a los negros y a los hispanos, no dejó de ser etnocentrista, pues creyó que éstos sólo podrían progresar si se “civilizaban”, es decir, si adoptaban el modo de vida anglosajón. Sin embargo, en el ocaso del siglo XVIII, el sentido universalista de las ideas optimistas de la Ilustración comenzó a menguar, dando paso a un racismo en donde aquellos planteamientos progresistas fueron vinculados, exclusivamente, a la raza caucásica o blanca, en detrimento de los otros grupos humanos. De hecho, el racismo dio al traste con la idea de que la humanidad constituía una sola raza, pues postuló que existían varias, todas con características y capacidades diferentes. Sobra decir que la raza caucásica fue considerada por los propios racistas como superior a todas las demás.⁵²

A lo largo de la historia humana han existido diversas formas de discriminación. Sin embargo, el racismo ha sido una invención de los pueblos colonialistas del Occidente moderno, utilizada para justificar la explotación y/o la destrucción de otras colectividades. Por medio de esta autojustificación, los racistas han responsabilizado, a quienes consideran inferiores, por sus adversidades. Esto quiere decir que, en la mentalidad racista, el africano era esclavizado y el indígena exterminado por una cuestión “natural”: ambos eran racialmente inferiores al hombre blanco. Durante el siglo XIX, los estadounidenses convivieron en mayor o menor medida con esas otras colectividades, representadas por los pueblos indígenas, los esclavos y libertos negros y los hispanoamericanos. A través del racismo, la sociedad blanca estadounidense se dio a sí misma certezas en una época de cambios constantes y de confrontación, permitiéndole conjugar sin aparente contradicción

⁵¹ Echeverría, *Modernidad y blanquitud...*, p. 60-63. Bolívar Echeverría (comp.), *op. cit.*, p. 23. Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 310. Más que una cuestión étnica, aunque en buena medida lo sea, la *blanquitud* es un modo de ser, un *ethos* que se identifica con el capitalismo moderno. En palabras de Bolívar Echeverría, la *blanquitud* es “... la visibilidad de la identidad ética capitalista en tanto que está sobredeterminada por la *blancura* racial que se relativiza a sí misma al ejercer esa sobredeterminación”. *Vid.* Echeverría, *Modernidad y blanquitud...*, p. 62.

⁵² Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 69-72, 74, 79, 80, 82, 129-132, 136-142, 151, 152, 164, 186, 187, 203, 204, 288, 406 y 409. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 63 y 64. Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 52 y 53. El desprecio anglosajón hacia los pueblos indígenas de América, y hacia los negros, ha sido comparable con su menosprecio por el mundo latino. *Vid.* Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 99 y 100. Vale la pena mencionar que el término “caucásico” fue introducido, para referirse a la raza blanca, por el naturalista alemán Johann Friedrich Blumenbach (1752-1840), quien postuló que el Monte Cáucaso, en Georgia (Europa del este), era el lugar de origen de la raza blanca. *Vid. ibid.*, p. 77.

las ideas de democracia y libertad con hechos como la esclavitud de los negros, el despojo de las tierras indígenas y mexicanas y el exterminio de los pueblos originarios.⁵³

El uso de esta justificación es evidente en declaraciones como la de Andrew Jackson, que como presidente de los Estados Unidos, estableció lo siguiente en 1830: “¿Qué hombre bueno preferiría un país cubierto de bosques y ocupado por unos pocos miles de salvajes, a nuestra extensa República, llena de ciudades, poblados y granjas prósperas, embellecidas con todas las mejoras que el arte puede inventar o la industria ejecutar, ocupada por más de 12 millones de personas felices, llenas de todas las bendiciones de la libertad, la civilización y la religión?”⁵⁴

Es evidente que el racismo ha sido otro infame capítulo en el libro del mito de la modernidad. Sin embargo, sería un error decir que el pensamiento racista fue creado de un día para otro, como si se tratara de una mera cortina de humo. Éste fue el resultado de una compleja tradición intelectual moderna, desarrollada, como hemos visto, desde el siglo XVI, en el seno del Occidente colonialista. Así, el racismo estadounidense se desarrolló a partir de centenarias estructuras de pensamiento, y de las creencias de una civilización particular, a saber, la anglosajona-calvinista-moderna, naciendo como tal durante el siglo XIX. Hacia la década de 1840, y hasta bien entrado el siglo XX, el racismo constituyó una ideología hegemónica en los Estados Unidos, y en consecuencia, tanto la creencia estadounidense del destino y la misión del pueblo elegido, como el concepto de destino manifiesto, se nutrieron de él.⁵⁵

Es claro que quienes configuraron y difundieron el pensamiento racista en los Estados Unidos tenían intereses diversos. En parte, el racismo fue esgrimido como respuesta al problema de la identidad nacional. Si bien es cierto que la Unión norteamericana se definió, desde la época de su independencia, como una entidad política diferente a las monarquías europeas, los estados y las regiones que la conformaban mantuvieron identidades propias que

⁵³ *Ibid.*, p. 68, 77, 142, 144, 147, 197, 286, 291, 294, 295, 314, 315, 406 y 407.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 278.

⁵⁵ Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 187. Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 11, 15, 16, 43, 132, 133, 200, 210, 211, 242, 243, 261, 284 y 285.

Entre las décadas de 1830 y 1840 fue creada la frenología, una disciplina pseudocientífica dedicada al estudio de cráneos humanos, cuya finalidad era probar científicamente la superioridad de la raza blanca. En el decenio de 1840, esta pseudociencia se popularizó sobremedida, rebasando por mucho las fronteras del mundo académico. *Vid. ibid.*, p. 82-91, 147, 172, 194-201, 204-206 y 214.

eran diferentes entre sí. Por lo tanto, es discutible afirmar que existía una sola identidad nacional estadounidense antes de la Guerra civil o de secesión (1861-1865).⁵⁶

Sin embargo, también es verdad que aquellas identidades regionales no eran radicalmente distintas, pues tenían una base cultural común heredada de la tradición histórica de los colonizadores británicos. Entre los rasgos más significativos que compartían las susodichas identidades, podemos destacar el idioma inglés, que era la lengua de la mayoría de los primeros ciudadanos estadounidenses, así como las creencias cristianas derivadas de la teología calvinista. Asimismo, había en el seno de la sociedad estadounidense un sentimiento generalizado de superioridad y de autosatisfacción.⁵⁷

Antes de la invención del nacionalismo, las comunidades religiosas de la modernidad temprana fungieron como importantes marcos de identidad para los pueblos de Occidente. De hecho, las diferentes confesiones que se conformaron a partir de la Reforma protestante, incluida la católica, constituyeron comunidades imaginadas pre-nacionales. Aunque el nacimiento del pensamiento nacionalista anunció en parte el crepúsculo del pensamiento religioso como rector de la vida de las sociedades occidentales, las naciones fueron las herederas, como marcos de identidad, de las comunidades religiosas de antaño.⁵⁸

En los Estados Unidos, sin embargo, ocurrió un fenómeno peculiar. A pesar de la ausencia de una confesión religiosa hegemónica que aglutinara las diferentes identidades regionales, de la libertad de culto, y de la convivencia de varias confesiones cristianas, las creencias religiosas no menguaron ante el arribo paulatino del pensamiento nacionalista.⁵⁹ Por el contrario, éstas pervivieron en las diferentes identidades estadounidenses anteriores a la Guerra civil, nutriéndolas y dotándolas de un carácter particular. No es casual que los regionalismos estadounidenses estuvieran cargados de un providencialismo semejante al de la mentalidad cristiana.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 69. Frederick Merk, *op. cit.*, p. 57 y 58. La amplia difusión de la prensa estadounidense ayudó a consolidar la idea de una comunidad imaginada en todo Estados Unidos. Vid. Fabiola García Rubio, *El Daily Picayune de Nueva Orleans durante los años del conflicto entre Estados Unidos y México, 1846-1848: su postura ante la guerra y su recepción en la prensa mexicana*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2004, p. 20. Por otro lado, la comunidad imaginada de Estados Unidos se configuró en buena medida a partir de ideas racistas y machistas, es decir, como una comunidad de y para varones blancos. Vid. Foner, *The Story of American Freedom...*, p. 69-79.

⁵⁷ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 128.

⁵⁸ Benedict Anderson, *op. cit.*, p. 29. Para ver una definición de “comunidad imaginada”, *vid. supra*, nota 26, p. 31.

⁵⁹ Cabe reiterar que, salvo las minorías católicas que vivían en Estados Unidos durante las primeras décadas del siglo XIX, todas las confesiones que allí coexistieron tenían una base común de creencias protestantes.

Así, lo que para otras naciones en formación fue un vacío dejado por las viejas creencias religiosas, para el caso estadounidense fue un sincretismo entre éstas y el nacionalismo. Por lo tanto, lejos de desaparecer, el pensamiento teológico sobrevivió, en los Estados Unidos, en forma de regionalismos con rasgos comunes entre sí, y después de la Guerra de secesión, en un nacionalismo propiamente dicho. No es gratuito que el concepto destino, cargado de connotaciones religiosas, sobreviviera en los discursos nacionalistas del siglo XIX estadounidense.⁶⁰

Antes de continuar conviene advertir dos cuestiones. Primero, que con lo dicho hasta ahora en torno al nacionalismo no pretendo perpetuar la idea del excepcionalismo yanqui que tanto ha dificultado la comprensión de la historia de Estados Unidos. Sin embargo, es un hecho que el nacionalismo estadounidense estuvo intrínsecamente ligado a una religiosidad que impera hasta nuestros días. Allí, la nación no suplantó llanamente a la comunidad religiosa, sino que sentó sus bases sobre aquella, y aún como nación, continuó siendo percibida como una comunidad de elegidos cuyo *telos* estaba, supuestamente, trazado por Dios mismo.⁶¹ En segundo lugar, aunque se ha dicho que es discutible afirmar que hubo un nacionalismo estadounidense antes de 1865, por fines prácticos me referiré, a partir de ahora, al nacionalismo yanqui, en singular. Cabe mencionar que lo que me interesa resaltar del pensamiento nacionalista son los rasgos comunes que compartieron las diferentes identidades regionales en los Estados Unidos, durante la primera mitad del siglo XIX, pues éstas tuvieron un impacto evidente en el concepto de destino manifiesto. Queda el lector advertido que no es ignorancia ni ineptitud lo que me lleva ahora a hablar del nacionalismo estadounidense, y no de los regionalismos o proto-nacionalismos estadounidenses.

El nacionalismo ha sido un fenómeno propio de la modernidad, el cual ha servido como el principal marco de identidad de millones de personas alrededor del mundo, durante los últimos dos siglos. Tanto en los Estados Unidos como en otras latitudes, la concepción

⁶⁰ Benedict Anderson, *op cit.*, p. 29 y 210. Liah Greenfield, *op. cit.*, p. 578. Es significativo el hecho de que la Declaración de independencia de 1776 hiciera referencia al “pueblo” y no a la “nación”. Este último concepto apareció, en el discurso político estadounidense, hasta 1789, en la Constitución federal promulgada ese año. *Vid.* Benedict Anderson, *op cit.*, p. 101, nota 53.

⁶¹ En términos generales, el excepcionalismo estadounidense es la idea de que Estados Unidos no es sólo el país más rico y poderoso del mundo, sino que es política y moralmente diferente, mejor, al resto de las naciones de la Tierra. *Vid.* Godfrey Hodgson, *The Myth of American Exceptionalism*, New Haven and London, Yale University Press, 2009, p. 10, <https://ebookcentral.proquest.com/lib/unam/reader.action?docID=3420632&query=> (consulta: 7 de agosto de 2018).

nacionalista del mundo ha implicado una clara distinción entre la comunidad nacional, un nos-otros, y lo extranjero, un vos-otros (ustedes), con una marcada exaltación de lo propio, lo nacional, en detrimento de lo otro, lo de afuera. En el caso estadounidense, los planteamientos nacionalistas reforzaron el etnocentrismo del *ethos* moderno, calvinista, ilustrado-romántico y racista de la sociedad angloamericana.⁶²

No es ningún secreto el hecho de que las naciones han sido invenciones del mundo moderno. Tampoco es novedad establecer que el “nacionalismo no es el despertar de las naciones a la autoconciencia”, sino otra invención, que pretende la existencia de “naciones donde no” las hay. La nación estadounidense fue un invento de los promotores de la independencia, el cual fue útil no sólo para justificar la emancipación política con respecto a la Corona Británica, sino para el subsecuente ejercicio del poder arrogado por aquellos tras la obtención de la independencia.⁶³

En principio, el nacionalismo estadounidense fue cimentado sobre la animadversión hacia un enemigo común: la Corona Británica. Sin embargo, la característica fundamental del nacionalismo de Estados Unidos no fue la antipatía hacia otros pueblos. A diferencia de aquellos nacionalismos que fundamentaron la existencia de la nación en un pasado idílico, los yanquis pusieron mayor énfasis en el porvenir. No fue fortuito que la creencia en el destino estadounidense estuviera tan arraigada entre ellos hacia 1845, pues las creencias providencialistas heredadas del calvinismo se vieron fortalecidas por el nacionalismo que, como aquellas, vislumbraba con desbordado optimismo el porvenir, en este caso, de la nación estadounidense.⁶⁴

⁶² Benedict Anderson, *op. cit.*, p. 19 y 36.

⁶³ Las citas consignadas en este párrafo se encuentran en *ibid.*, p. 21 y 24. Para las referencias sobre la independencia *vid.* Howard Zinn, *La otra historia de los Estados Unidos*, trad. de Toni Strubel, México, Siglo XXI, 1999, p. 63-82.

⁶⁴ William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 11 y 31. Kenya Bello, “The American Star: El Destino Manifiesto y la difusión de una comunidad imaginaria”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 31, enero-junio 2006, p. 36.

Un claro ejemplo del desdén estadounidense por el pasado es la obra del poeta Ralph Waldo Emerson. *Vid.* Ralph Waldo Emerson, “Nature”, en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *The Encyclopedia of the Mexican-American War: A Political, Social, and Military History*, 3 v., Santa Barbara, California, ABC-CLIO/Gale Virtual Reference Library, 2013, v. III, p. 767, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>. (consulta: 5 de diciembre del 2016).

Entre 1776 y 1865, el nacionalismo en Estados Unidos fue bastante flexible, pues no se tenía una clara definición de lo que era ser estadounidense. Recordemos que, en esos años, los regionalismos y las identidades estatales limitaban un potencial sentimiento nacionalista. Sin embargo, comparándose con el resto del mundo, los estadounidenses se concebían a sí mismos como superiores. Este sentimiento, evidente y exacerbado en coyunturas como la guerra con Gran Bretaña (1812-1815) y la invasión a México (1846-1848), no deja de parecer contradictorio ante las disputas regionales de la época, aunque en realidad no lo es tanto. En un país conformado por realidades diferentes, una estrategia para determinar lo que eran los Estados Unidos fue justamente diferenciarse de otros pueblos, sobre todo de aquellos a quienes se consideraba inferiores, como los españoles y sus descendientes hispanoamericanos.⁶⁵ A la larga, este sentimiento de autocomplacencia y rechazo por los otros sería reforzado por el desigual crecimiento económico de Estados Unidos con respecto a sus vecinos de Hispanoamérica.

Sin embargo, había elementos comunes en la heterogénea sociedad estadounidense, además del idioma y de las creencias religiosas. En términos generales, los estadounidenses creían que su nación representaba una absoluta novedad entre los países del mundo, sobre todo en un sentido político, social, económico y hasta espacial (territorial). Esto último por encontrarse en un continente inmenso, supuestamente desierto y dispuesto por Dios para ser explotado por ellos. Asimismo, los estadounidenses pensaban que su república tenía una misión especial, dictada también por la Providencia.⁶⁶

Por su parte, las creencias racistas sirvieron a los estadounidenses para legitimar la supuesta superioridad angloamericana. Estas referencias a la raza no tenían limitaciones regionales, pues al referirse a los anglosajones o angloamericanos, como de hecho lo hacían durante la primera mitad del siglo XIX, los estadounidenses hablaban de todos los ciudadanos (varones blancos) de la Unión, quienes constituían la raza blanca de los Estados Unidos de América, sin distinciones entre el Norte, el Sur y el Oeste, ni entre los estados. Por eso, a pesar de los regionalismos que imperaron en aquella época en Estados Unidos, existió allí

⁶⁵ Shelley Streeby, *American Sensations: Class, Empire, and the Production of Popular Culture*, San Diego, University of California Press, 2002, p. 29. Takako Sudo, "La novela popular norteamericana y la Guerra del 47", *Anglia. Anuario de estudios angloamericanos*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, v. 5, 1972, p. 69 y 70. José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 38. Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 233.

⁶⁶ Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 28.

una comunidad imaginada ligada por las creencias religiosas, románticas y racistas, que se concebía a sí misma como la comunidad elegida de Dios.⁶⁷

Como ya lo hemos adelantado, las acciones de los nacionalistas estadounidenses estuvieron dirigidas a la satisfacción del “interés nacional”, y sus juicios se encontraban atravesados por la profunda y arraigada creencia de la misión y el destino del pueblo estadounidense. Por lo tanto, en general, los anhelos de los nacionalistas no fueron meras expresiones de cinismo ni de demagogia, aunque no faltaron los casos en que sí lo fueron.⁶⁸

La prensa barata (*penny press*) y las novelas populares fungieron como los principales medios de difusión del nacionalismo durante las primeras décadas del siglo XIX. En parte, la consolidación de éstas y otras creencias se debe a la circulación de dichos medios masivos de comunicación. En las páginas de esta prensa se representó a la comunidad imaginada de la nación estadounidense como una democrática, republicana, angloparlante y anglosajona (caucásica). Por su parte, el alto índice de alfabetización de la sociedad estadounidense de aquella época, y el arraigado hábito de la lectura, permitió que estas ideas se propagaran más allá de las élites políticas y económicas. En consecuencia, los textos que establecían como un hecho el destino estadounidense, podían leerse en prácticamente todos los rincones de la Unión.⁶⁹

Los estadounidenses heredaron del pensamiento ilustrado tanto la idea del progreso como el optimismo con respecto al futuro. Por su parte, el mito de la modernidad, el romanticismo, el racismo y el incipiente nacionalismo, los cuales se imbricaron y se influyeron recíprocamente, reforzaron la creencia de los propios estadounidenses de que su país constituía un pueblo elegido con una misión especial y un destino particular. En mayor o menor medida, todos estos fenómenos históricos de la modernidad nutrieron al concepto de destino manifiesto.

⁶⁷ William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 63. Fabiola García Rubio, *op. cit.*, p. 43 y 44.

⁶⁸ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 156 y 157.

⁶⁹ Benedict Anderson, *op. cit.*, p. 47 y 67. Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 14. El ministro plenipotenciario de España en Estados Unidos, Luis de Onís, consideró que, además de que prácticamente todos los estadounidenses sabían leer, la prensa llegaba hasta los rincones más recónditos de la Unión. Según los datos recogidos por José Fuentes Mares, tan sólo entre 1810 y 1820 se publicaron en Estados Unidos alrededor de 1000 periódicos. Esto lo convertía en el país con mayor número de periódicos per cápita del mundo, además de ser el que más consumía los productos de la prensa. Si consideramos que la producción de publicaciones periódicas había mejorado y se había abaratado hacia 1840, podemos inferir que la cantidad de periódicos y revistas publicadas en Estados Unidos, durante esta última década, y más aún, el número de lectores, debió de ser más cuantioso que veinte años antes. *Vid.* José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 159. Shelley Streeby, *op. cit.*, p. 11. Frederick Merk, *op. cit.*, p. 55 y 56.

1.3. La creencia del pueblo elegido hacia 1845

La creencia en un destino particular era común entre las potencias colonialistas de Europa hacia la década de 1840. Aunque aún faltaban algunos años para que Estados Unidos comenzara su carrera colonial en ultramar, la creencia del pueblo elegido ya estaba consolidada en el horizonte estadounidense por esos años. Ésta había adquirido fuerza desde la época de la guerra con Gran Bretaña (1812-1815), y se fortaleció en las tres décadas posteriores.⁷⁰

En 1835, el novelista estadounidense James Fenimore Cooper ya se preguntaba lo siguiente, menos con dudas que en un sentido retórico: “¿A dónde voltearemos para encontrar un paralelo con nuestro progreso, nuestra energía y nuestro poder creciente?” Dos años después, el entonces presidente Andrew Jackson afirmó con seguridad que “La Providencia ha escogido al pueblo americano como guardián de la libertad, para que la preserve en beneficio del género humano”.⁷¹

Para 1845, la creencia del pueblo elegido y su misión constituía una teleología. Ésta suponía que la historia tenía un sentido providencial, y que su principal protagonista era la nación estadounidense, cuya causa se entendía como la causa de la humanidad. Quienes creían lo anterior, sostenían también que el sistema democrático estadounidense representaba el último estadio de la historia universal. De alguna manera, aquellos creyentes pretendían que su país era la tierra prometida, la cual había sido reservada para ellos, el pueblo elegido de Dios. Y a pesar de sus propias diferencias políticas e ideológicas, los defensores de esta creencia consideraban que tenían un destino común trazado por la Providencia desde y para siempre.⁷²

Como lo habíamos adelantado, la creencia del pueblo elegido, su destino y su misión, adquirió connotaciones racistas desde la década de 1830. Estas últimas estaban ya arraigadas en torno al año de 1845, y designaban el papel preponderante de la raza blanca en el progreso

⁷⁰ George Winston Smith, *et al.* (eds.), *Chronicles of the gringos: The U.S. Army in the Mexican War, 1846-1848, Accounts of Eyewitnesses & Combatants*, Albuquerque, University of New Mexico, 1968, p. XVI. José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 87. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 69.

⁷¹ “Where shall we turn to find a parallel to our progress, our energy, and our increasing power?” Citado en Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 7. Las palabras de Jackson se encuentran citadas en José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 46.

⁷² Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 40. Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 61. Fabiola García Rubio, *op. cit.*, p. 11, 12, 18, 31, 42, 44, 50 y 51. Norman Graebner (ed.), *op. cit.*, p. XVIII.

de la civilización, en contraste con la supuesta inferioridad y la gradual desaparición de las demás razas. En otras palabras, por aquellas fechas se consideraba que el destino estadounidense era el destino de la raza caucásica de América del Norte.⁷³ Sin embargo, aunque en mayor o menor medida la sociedad estadounidense era plenamente racista, la creencia del pueblo elegido y su misión no fue asimilada de igual modo, ni en el mismo grado, por toda ella. Como la propia sociedad, dicha creencia era dinámica y heterogénea.

En la palestra política, particularmente en los discursos de la década de 1840, las alusiones a la singularidad y la superioridad de la raza angloamericana fueron numerosas. Tanto *whigs* como demócratas, nortños, sureños y estadistas del medio oeste, expansionistas y pacifistas, esclavistas y abolicionistas, creían a su modo en el destino de los Estados Unidos, aunque en sentidos distintos. A final de cuentas, con sus respectivos matices, todos ellos eran hombres de la llamada “época de Jackson”.⁷⁴ En este punto, y antes de revisar un ejemplo de los discursos mencionados, conviene hacer un breve paréntesis para describir a los dos principales partidos políticos de aquellos años: los demócratas y los *whigs*.

El Partido *Whig* de los Estados Unidos constituyó la principal oposición a los demócratas durante las décadas de 1830 y 1840. Los *whigs* propugnaban por la intervención del gobierno federal en los planos político y económico, aunque limitando el poder del ejecutivo en los asuntos de Estado. Estaban a favor de la expansión del comercio estadounidense hacia otros países, pero se oponían, en términos generales, a la expansión territorial, sobre todo a través del uso de las armas. Sin embargo, como los demócratas, los *whigs* creían en la superioridad moral y racial de los estadounidenses, así como en el sentido providencial de su historia. Por su parte, el Partido Demócrata, cuya figura más sobresaliente en las décadas arriba mencionadas fue Andrew Jackson, se inclinaba por una mínima participación del gobierno federal, sobre todo en materia económica. Aunque este partido favorecía la soberanía de los estados, propugnaba también por la existencia de un poder ejecutivo federal fuerte. Asimismo, dicho partido favoreció la expansión territorial

⁷³ Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 55.

⁷⁴ Richard Winders, *Mr. Polk's Army: The American Military Experience in the Mexican War*, College Station, Texas, Texas A&M University Press, 1997, p. XII y 13. Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 15 y 57. Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 17. Adam Gomez, *op. cit.*, p. 238. Frederick Merk, *op. cit.*, p. 61, 262 y 263. Shelley Streeby, *op. cit.*, p. 22 y 23. Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 362 y 363.

estadounidense, incluso a través de medios violentos.⁷⁵ Habiendo hecho esta breve descripción de las dos principales fuerzas políticas constituidas en Estados Unidos hacia 1845, pasemos a revisar parte del discurso aludido arriba.

En su último mensaje como presidente de los Estados Unidos, el 3 de diciembre de 1844, John Tyler hizo una abierta alusión al papel de Dios en el devenir estadounidense: “El mundo ha sido testigo del rápido crecimiento de los Estados Unidos en riqueza y población, y bajo la guía y dirección de una Providencia superintendente los desarrollos del pasado no podrán ser vistos sino como la sombra del poderoso futuro”.⁷⁶

Por otro lado, poetas como Ralph Waldo Emerson, y religiosos como Theodore Parker, creían a su manera en la predilección divina. Para ellos, Dios había favorecido y seguía favoreciendo a la nación estadounidense.⁷⁷ Emerson expresó que siendo “la tierra de los trabajadores, de los demócratas, de los filántropos, de los creyentes, de los santos, Estados Unidos debería hablar por la raza humana”. A lo cual agregó: “Es el país del Futuro [...] Caballeros, hay un Destino sublime y amigable al cual está dirigida la raza humana [...] a resultados que afectarán masas y épocas”.⁷⁸

Por su parte, las creencias y los prejuicios de las clases populares estadounidenses eran expresadas en las novelas conocidas como *steam novels* o *yellow covered literature*. Se trataba de textos cuya producción, que era de muy bajo costo, se realizaba en imprentas que funcionaban con prensas rotativas a base de vapor de la más alta tecnología de aquellos años. Junto con la prensa barata (*penny press*), estas novelas constituían los medios masivos de

⁷⁵ Vid. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 102 y 103. Frederick Merk, *op. cit.*, p. 39 y 40. María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 69. Richard Winders, *op. cit.*, p. 4. Robert D. Sampson, *John Louis O'Sullivan and his Times*, Kent, Ohio, The Kent State University Press, 2003, p. 35, https://books.google.com.mx/books?id=d1y5ew93xxIC&pg=PA27&source=gbs_toc_r&cad=2#v=onepage&q&f=true (consulta: 19 de agosto de 2017).

⁷⁶ “The world has witnessed its [United States’] rapid growth in wealth and population, and under the guide and direction of a superintending Providence the developments of the past may be regarded but as the shadowing forth of the mighty future.” Vid. “John Tyler: President’s Annual Message (December 3, 1844)”, en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 788, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://go.galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>. (consulta: 5 de diciembre de 2016).

⁷⁷ María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 10. Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 14, 90 y 125. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 54 y 55.

⁷⁸ “the land of the laborer, of the democrat, of the philanthropist, of the believer, of the saint, she [America] should speak for the human race. It is the country of the Future... Gentlemen, there is a sublime and friendly Destiny by which the human race is guided... to results affecting masses and ages.” Vid. Ralph Waldo Emerson, *The Young American* (sitio web), Emerson Central, <http://www.emersoncentral.com/youngam.htm>. (consulta: 6 de septiembre del 2016).

comunicación de la época y, en parte gracias a ellas, las clases populares asimilaron la creencia del destino de Estados Unidos. Por supuesto que este tipo de literatura no estaba aislada, pues formaba parte de una cultura literaria más amplia, y tenía puentes de comunicación con otro tipo de publicaciones que igualmente declararon el supuesto destino nacional.⁷⁹

La producción de la literatura sensacionalista se transformó con los avances tecnológicos de la época. Entre 1831 y 1860, este tipo de publicaciones alcanzó el 60% del total de las novelas publicadas en Estados Unidos. Los precios de estos textos eran bajos; iban de 5 a 6 centavos, en el caso de las novelas publicadas en los periódicos, y de entre 12 y 25 centavos para los panfletos. También había libros que costaban un décimo de dólar (*dime*). En consecuencia, este tipo de literatura era más accesible para un público sumamente amplio, y llegaba incluso a los granjeros pobres y a los obreros más miserables. Por su parte, en 1846, la *Associated Press*, fundación en la que se aglutinó un grupo de publicaciones periódicas estadounidenses, contribuyó al abaratamiento y a la difusión masiva de la prensa y de la literatura. No es casual que Estados Unidos haya sido, por aquellos años, uno de los países con mayor número de periódicos del planeta.⁸⁰

La novela popular titulada *Legends of Mexico*, de George Lippard, constituye un buen ejemplo de aquel tipo de literatura. El siguiente fragmento del texto nos da una idea de la forma en que los estadounidenses eran representados en estas novelas: “A este Pueblo audaz—este pueblo creado a partir de los peregrinos y los errantes de todas las naciones—este pueblo amamantado en pleno vigor por largas y sangrientas guerras indias, y curtido en acero por la más larga y la más sangrienta de todas, la Revolución, a este Pueblo de América del Norte, Dios todopoderoso le ha otorgado el destino de todo el continente americano”.⁸¹

Esta última alusión a la expansión territorial estadounidense nos lleva a plantear la siguiente cuestión: si bien es cierto que la creencia del pueblo elegido y su misión no era nueva para la década de 1840, sí lo era el sentido expansionista que adquirió entonces.

⁷⁹ Takako Sudo, *op. cit.*, p. 53, 54 y 67. Shelley Streeby, *op. cit.*, p. 21, 29 y 32. Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 14. María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 94 y 99.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 94 y Shelley Streeby, *op. cit.*, p. 11, 28 y 29.

⁸¹ “To this hardy People -this people created from the pilgrims and wanders of all nations- this people nursed into full vigor, by long and bloody Indian wars and hardened into iron, by the longest and bloodiest war of all, the Revolution, to this People of Northern America, God Almighty has given the destiny of the entire American Continent.” Citado en Takako Sudo, *op. cit.*, p. 55. Se pueden leer textos similares de la época en *ibid.*, p. 68 y 69.

Quienes suponían que la expansión territorial era parte del destino estadounidense, creían también que aquella implicaba la defensa y la extensión de las instituciones republicanas o, en palabras de Andrew Jackson, la expansión del “área de la libertad”. Aunque es discutible que la ideología expansionista haya tenido alcances nacionales, es un hecho que al menos una parte de la sociedad creía que la expansión territorial era una faceta del destino estadounidense. Lo que parece más claro es el hecho de que los expansionistas no consideraban que sus ambiciones territoriales fueran mezquinas, pues tenían la certeza de que Dios favorecía la expansión como parte del destino nacional. Asimismo, aquellos hombres y mujeres creían que la anexión de nuevos territorios implicaba regenerarlos, pues se les consideraba tierras desaprovechadas por los supuestos bárbaros, ya fueran indígenas o hispanoamericanos.⁸²

El expresidente estadounidense John Quincy Adams, por ejemplo, expresó lo siguiente en torno al territorio de Oregon: “Reclamamos esas tierras –¿para qué? Para hacer florecer las comarcas salvajes, como la rosa, para establecer leyes, para incrementar, multiplicar y sojuzgar la tierra, lo que estamos mandados a hacer por el primer mandato de Dios todopoderoso...”.⁸³ Asimismo, Theodore Parker, quien años más tarde se opondría a la invasión estadounidense a México porque creía que la guerra era mala y cruel, llegó a asegurar, sin embargo, que todo el continente sería ocupado, tarde o temprano, por los Estados Unidos: “Pero esto será hecho justamente; sin injusticias para nadie; por medio del firme avance de una raza superior, con ideas superiores y una civilización mejor; a través del comercio, el intercambio y las artes; siendo mejor que México, más sabios, más humanos, más libres...”.⁸⁴ El poeta Walt Whitman, por su parte,⁸⁴ escribió lo siguiente en la revista *Democratic Brooklyn Eagle*, de la que era editor: “¿Qué tiene el miserable e ineficiente México, con su superstición, su parodia sobre la libertad, su actual tiranía de los pocos sobre

⁸² Norman Graebner (ed.), *op. cit.*, p. xx. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 69 y 446. Frederick Merk, *op. cit.*, p. 10, 11, 39 y 40. Ray Allen Billington, *La expansión hacia el oeste. Historia de la frontera norteamericana*, 3ª ed., trad. de Flora Setaro, 2 v., Buenos Aires, Bibliográfica en Letras, 1971, v. II, p. 205. Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 62.

⁸³ “We claim that country –for what? To make the wilderness blossom as the rose, to establish laws, to increase, multiply, and subdue the earth, which we are commanded to do by the first behest of God Almighty...” Citado en Frederick Merk, *op. cit.*, p. 31.

⁸⁴ “But this may be had fairly; with no injustice to any one; by the steady advance of a superior race, with superior ideas and a better civilization; by commerce, trade, arts; by being better than Mexico, wiser, humaner, more free...” Citado en Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 54. Para ver un discurso de Parker similar al anterior, *vid.* Edward McNall Burns, *op. cit.*, p. 260 y 261.

los muchos, qué tiene que hacer con respecto a la gran misión de poblar el Nuevo Mundo con una raza noble? ¡Sea nuestra la realización de esa misión!”⁸⁵

Es importante mencionar que el hecho de que haya habido un rechazo a la expansión territorial estadounidense, por una parte de la sociedad de los Estados Unidos no significó, en la mayoría de los casos, un repudio a la creencia del destino y la misión. Por el contrario, expansionistas o no, los estadounidenses de la década de 1840 creían, cada uno a su manera, en la superioridad étnica y moral de su país, así como en el lugar protagónico que Dios le había asignado, en la historia humana, a la nación estadounidense.⁸⁶

* * * * *

Estuviera o no influenciada por la ideología expansionista, la creencia del destino de Estados Unidos estaba ya consolidada a mediados de la década de 1840. En cualquier caso, esta creencia implicaba la certeza de que la cultura y la raza estadounidenses eran superiores a todas las demás, y suponía una interpretación teleológica de la historia. Hacia 1845, los estadounidenses estaban convencidos de ser individuos nuevos, afines a una época que consideraban brillante, desde la cual vislumbraban el futuro con entusiasmo. En consecuencia, aquellos hombres vivieron su tiempo con optimismo, y creyeron que el final de la historia estaba cerca. Éste llegaría cuando el presunto pueblo elegido de Dios cumpliera su destino y extendiera por todo el planeta la libertad y la democracia, o más bien, lo que dicho pueblo entendía por libertad y democracia.

⁸⁵ “What has miserable, inefficient Mexico- with her superstition, her burlesque upon freedom, her actual tyranny by the few over the many- what has she to do with the great mission of peopling the New World with a noble race? Be it ours, to achieve that mission!” Citado en Robert Walter Johannsen, *op. cit.*, p. 8.

⁸⁶ Shelley Streeby, *op. cit.*, p. 31.

2. El expansionismo estadounidense: 1783-1848

I have seen this splendid Juggernaut rolling on, and beheld its sweeping desolation...

George Catlin. *The North American Indians*

2.1. La ideología expansionista

A principios del siglo XVII, con la fundación de las colonias británicas en el Nuevo Mundo, se comenzó a hablar de una marcha de la civilización anglosajona hacia el oeste.¹ Un siglo después, el obispo anglicano George Berkeley escribió un significativo poema en el que hizo alusión a dicho movimiento, así como al destino del pueblo anglosajón:

Allí se cantará la nueva edad dorada,
el nacimiento de un nuevo imperio de las artes
que los poetas futuros alabarán
con extraordinario y épico ardor.
Nuevas cabezas más sabias, buenas y nobles,
No como las que hoy engendra Europa en su decadencia,
sino como las que engendraba cuando era joven y fresca,
cuando la celestial flama animaba su arcilla.
El rumbo del imperio dirígese al Oeste
después de terminar los cuatro actos primeros,
el quinto pondrá fin al drama con el día;
el último es el hijo más glorioso del tiempo.²

De forma similar se expresó el escritor inglés Andrew Burnaby, después de visitar las colonias británicas de Norteamérica a finales de la década de 1750: “una idea, tan extraña como visionaria, ha penetrado en los espíritus de la generalidad de los hombres; que el imperio avanza hacia el oeste, y todo el mundo aguarda con impaciente expectación y ansia aquel momento destinado en que América dictará leyes al resto del mundo”.³

¹ Reginald Horsman, *La raza y el Destino Manifiesto: orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*, trad. de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 119 y 120.

² Juan Antonio Ortega y Medina, *Destino manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Alianza Editorial Mexicana/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, p. 27.

³ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 122.

Pocos años después, durante la guerra de independencia de los Estados Unidos, el jurista y poeta angloamericano Jonathan Mitchell Sewall manifestó el hambre territorial, y la ambición de expansión continental, de una forma similar a la que lo harían los expansionistas estadounidenses de las décadas posteriores: “No existe refrenada Utica que limite tus poderes. ¡El íntegro, ilimitado continente es tuyo!”.⁴

Desde el punto de vista de los calvinistas angloamericanos, la expansión colonial y, posteriormente, el crecimiento territorial de los Estados Unidos hacia el oeste, constituyó la extensión del Reino de Dios en la tierra. A su vez, desde la época de la independencia, la nación estadounidense fue considerada por dichos calvinistas como el epicentro de la regeneración del mundo. Por lo tanto, las tierras del oeste norteamericano fueron concebidas por el cristianismo estadounidense como el espacio otorgado por Dios para el avance de la civilización, y los Estados Unidos, como el paladín de dicha civilización.⁵

Los testimonios de la época nos permiten afirmar que, en las décadas que siguieron a la independencia, buena parte de la sociedad estadounidense creía que la libertad y la democracia iban a ser difundidas por todo el mundo gracias al ejemplo que Estados Unidos le había dado con la promulgación de su constitución y con el establecimiento de un gobierno republicano. Se creía que dicho ejemplo sería imitado por otros pueblos, mas no que sería establecido, en otras latitudes, por medio de la expansión territorial. Thomas Jefferson, por ejemplo, concebía que los pioneros estadounidenses fundarían repúblicas hermanas en el oeste, las cuales estarían ligadas a Estados Unidos por sus instituciones políticas y por su cultura anglosajona, pero no por un Estado o un gobierno común. Todavía hacia 1800 se consideraba que la expansión territorial podría poner en peligro a la república y a la democracia. Sin embargo, con la compra de Luisiana en 1803, el antiexpansionismo fue relegado a una esfera periférica de la política estadounidense, lo mismo que el temor generalizado a las consecuencias negativas de la expansión territorial.⁶

⁴ Albert Katz Weinberg, *Destino Manifiesto: el expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, trad. de Anibal C. Leal, Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 69. Para conocer a detalle quienes eran los expansionistas estadounidenses *vid. infra*. “Anexo 1. Los expansionistas estadounidenses”, p. 186.

⁵ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 119. Anders Stephanson, *Manifest Destiny: American Expansionism and Empire of Right*, New York, Hill and Wang, 1996, p. 18 y 19.

⁶ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 106-111. Los testimonios a los que me refiero arriba pueden encontrarse en *ibid.*, p. 49, Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 118, 119, 123 y 127, Anders Stephanson, *op. cit.*, p. XII, María del Rosario Rodríguez Díaz, *El Destino manifiesto en el discurso político norteamericano*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, p. 95, Edward McNall Burns, *The American Idea of Mission. Concepts of National Purpose and Destiny*, New Brunswick, New

En 1820, el ministro plenipotenciario de España en Estados Unidos, Luis de Onís, escribió sus impresiones sobre lo que ya era una faceta expansionista de la creencia del destino estadounidense: “Si los americanos se creen ahora superiores a todas las naciones, y llamados por el destino a extender su dominación desde luego hasta el istmo de Panamá, y en lo venidero a todas las regiones del Nuevo Mundo, su gobierno calcula sobre esas mismas ideas y sostiene la ilusión de estas lisonjeras esperanzas en el curso constante de su política”.⁷

Tres años después, el Secretario de Estado, John Quincy Adams, consideró lo siguiente con respecto al territorio de Oregon: que “los Estados Unidos deban formar establecimientos allí... no es sólo previsible, sino que se encuentra señalado por el dedo de la naturaleza”. Así, durante las primeras tres décadas del siglo XIX, comenzaron a confluír, en el seno de la sociedad estadounidense, las viejas creencias providencialistas de origen calvinista, la convicción del progreso y la fe en que la expansión territorial formaba parte del destino nacional.⁸

Desde el inicio de la colonización británica en Norteamérica, entre los siglos XVI y XVII, hasta las disputas estadounidenses por Texas y Oregon, en la década de 1840, hubo elementos comunes que motivaron, al menos teóricamente, el avance de los anglosajones hacia el oeste. Cuando las condiciones socioeconómicas eran desfavorables en la tierra natal, y las adyacentes parecían lugares propicios para rehacer la vida, grupos de inmigrantes partían hacia occidente en busca de nuevas oportunidades. Así, cuando se consideraba que la

Jersey, Rutgers University Press, 1957, p. 65 y 80, Richard Winders, *Mr. Polk's Army: The American Military Experience in the Mexican War*, College Station, Texas, Texas A&M University Press, 1997, p. XII y 13, Takako Sudo, “La novela popular norteamericana y la Guerra del 47”, *Anglia. Anuario de estudios angloamericanos*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, v. 5, 1972, p. 55, 68 y 69, George Winston Smith, et al. (eds.), *Chronicles of the gringos: The U.S. Army in the Mexican War, 1846-1848, Accounts of Eyewitnesses & Combatants*, Albuquerque, University of New Mexico, 1968, John James Peck, *The Sign of the Eagle: A View of Mexico -1830 to 1855*, San Diego, Copley, 1970, George Wilkins Kendall, *Dispatches from the Mexican War*, Lawrence Delbert Cress (ed.), Norman, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1999, Ralph Waldo Emerson, *The Young American* (sitio web), Emerson Central, <http://www.emersoncentral.com/youngam.htm>., Spencer C. Tucker, et al. (eds.), *The Encyclopedia of the Mexican-American War: A Political, Social, and Military History*, 3 v., Santa Barbara, California, ABC-CLIO/Gale Virtual Reference Library, 2013, v. III, <http://pbi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://go.galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>.

⁷ José Fuentes Mares, *Génesis del expansionismo norteamericano*, México, El Colegio de México, 1984, p. 161.

⁸ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 121. “That the United States should form establishments there [Oregon]... is not only to be expected, but is pointed out by the finger of nature...” Citado en William Earl Weeks, *Building the Continental Empire: American Expansion from the Revolution to the Civil War*, Chicago, Ivan R. Dee, 1996, p. 97.

frontera política impedía el equilibrio de la sociedad estadounidense, se hacía necesario ampliarla, siguiendo otras fronteras, las naturales, para evitar así el desequilibrio social.⁹



Mapa 1 “Las trece colonias británicas de América del Norte en 1775”, Arch C. Gerlach (ed.), *The National Atlas of the United States of America*, Washington D.C., United States Department of the Interior, United States Geological Survey, 1970, <https://legacy.lib.utexas.edu/maps/histus.html#growth.html> (consulta: 5 de marzo de 2019). La información y los nombres presentes en el mapa fueron traducidos del inglés al español.

Consumada la independencia, la cuestión de las llamadas “fronteras naturales” comenzó a fungir como un argumento de la expansión. Como ya hemos adelantado, los expansionistas estadounidenses no reconocían que sus intereses territoriales fueran el resultado de la pura ambición. Por el contrario, consideraban que estos intereses eran legítimos, pues respondían, supuestamente, al cumplimiento de leyes naturales o divinas. Desde esta lógica, que Estados Unidos se expandiera siguiendo dichas fronteras era algo natural.¹⁰

⁹ Ray Allen Billington, *La expansión hacia el oeste. Historia de la frontera norteamericana*, 3ª ed., 2 v., trad. de Flora Setaro, Buenos Aires, Bibliográfica en Letras, 1971, v. II, p. 161. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 68 y 78.

¹⁰ William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 83.

El concepto de fronteras naturales formó parte de la historia estadounidense por lo menos desde la época de la independencia y cambió según los intereses de cada generación. Después de 1783 se consideraba que la frontera natural de los Estados Unidos era el río Misisipi. Luego de la compra del vasto territorio de Luisiana, en 1803, se decía que dicha frontera estaba constituida por las Montañas Rocallosas. Y hacia la década de 1840, se sostenía que la naturaleza había marcado los límites de la república estadounidense en el Océano Pacífico, e incluso, en los confines del continente.¹¹

En buena medida, la idea de las fronteras naturales estuvo ligada a otro concepto afín, el de la “seguridad”. Éste ya estaba presente en la política internacional de la Corona Británica que, so pretexto de salvaguardar la seguridad del reino, intervino en los asuntos de otros pueblos. A su vez, con el paso de los años, el concepto de la seguridad se nutrió del llamado “derecho a la autopreservación”. Y así como los británicos apelaron a éste en sus guerras internacionales, así los estadounidenses lo invocaron contra los indígenas y contra la presencia europea en el continente americano. Como este derecho no definía con claridad cuál habría de ser la extensión pertinente de las fronteras de un país para asegurar su existencia, lejos de resultar un obstáculo para las ambiciones de los expansionistas estadounidenses, fungió como un arma discursiva para legitimar la expansión.¹²

En términos generales, este concepto establecía que la autopreservación implicaba repeler no sólo los ataques reales o inminentes contra la propia seguridad, sino evitar cualquier atentado potencial contra ésta. En este contexto, se concebía “a la seguridad como... la salvaguardia de todos los intereses vitales; y los intereses vitales son, de acuerdo con este criterio, la suma de todos los intereses importantes para el bienestar nacional”.¹³ Por arbitrario que parezca, pues nunca queda del todo claro dónde se encuentra el límite entre los “intereses vitales” y el resto de ellos, el derecho a la seguridad ha sido esgrimido a lo largo de la historia estadounidense como un argumento para legitimar el intervencionismo yanqui

¹¹ Frederick Merk, *Manifest Destiny and Mission in American History: A Reinterpretation*, New York, Vintage, 1966, p. 33 y 83. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 13. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 31 y 57.

¹² Juan Antonio Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 69-71, 131 y 132. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 32 y 33. El concepto de “seguridad” también se nutrió, aunque en menor medida, de otros derechos naturales, como el de la guerra justa o el de la libre navegación, así como de aquel invocado por Jefferson en la Declaración de Independencia, a saber, el de “la persecución de la felicidad”. *Vid. ibid.*, p. 33-35 y 42.

¹³ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 365 y 381.

en otros países. Y durante la primera mitad del siglo XIX, y también después, fungió como una justificación de la expansión territorial de los Estados Unidos.¹⁴

Entre 1783 y 1815, la presencia británica en Canadá, en los Grandes Lagos y a lo largo de las riberas del Misisipi, representó una amenaza real para la supervivencia de Estados Unidos. Sin embargo, a partir de esta última fecha, las amenazas externas hacia la república estadounidense han sido más imaginarias que reales. Aun así, la paranoia nacional en torno a la seguridad se ha mantenido hasta nuestros días. De ahí que la presencia de las potencias europeas en la América del siglo XIX llevara a los estadounidenses a asumir una posición supuestamente defensiva frente a aquellas, y así salvaguardar la seguridad de la nación.¹⁵

El siguiente texto, aparecido en el *New York Evening Post* el 10 de enero de 1803, apenas unos meses antes de la compra de Luisiana, sirve para ilustrar todo lo dicho hasta ahora con respecto a las fronteras naturales y a los conceptos de la seguridad y la autopreservación:

En vano la naturaleza prescribe a las naciones tanto como a los individuos el cuidado de su autopreservación y la promoción de su propia perfección y de su felicidad, si no les otorga el derecho de defenderse de todo lo que pueda quitar eficacia a dicho cuidado. Por lo tanto, poseemos en general el derecho de hacer cuanto sea necesario para el cumplimiento de nuestras obligaciones. Todas las naciones así como todos los hombres poseen el *derecho* de no tolerar que nadie estorbe su preservación, su perfección y su felicidad —es decir, la autopreservación frente a todo agravio. Este derecho de autopreservación frente a todo agravio se llama *derecho a la seguridad*.¹⁶

Por su parte, en 1817, John Quincy Adams justificó la invasión encabezada por Andrew Jackson a las Floridas españolas, so pretexto de perseguir a un grupo de indios seminolas y a unos esclavos fugitivos. Adams sostuvo que España, los indígenas y los prófugos habían tenido la culpa de lo acontecido, pues éstos habían violentado primero a los Estados Unidos, mientras el gobierno español no había hecho nada por detenerlos. En respuesta, los estadounidenses sólo se habían defendido. Este argumento sería repetido hasta el cansancio para justificar el proceso de la expansión territorial estadounidense.¹⁷

¹⁴ José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 99 y 153.

¹⁵ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 358- 363.

¹⁶ *Ibid.*, p. 42.

¹⁷ William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 46 y 120. Frederick Merk, *op. cit.*, p. 69-71. “Chronology”, en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 1029-1038, pbidi.unam.mx/cgi-

Así, para los expansionistas estadounidenses de la primera mitad del siglo XIX, la ampliación de las fronteras de los Estados Unidos suponía una cuestión de seguridad, de defensa y hasta de supervivencia frente a Europa. Por lo tanto, la seguridad nacional implicaba eliminar la presencia extranjera de los alrededores de la Unión, lo que a su vez conllevaba la agresión contra las supuestas amenazas, aunque vista por los agresores como una actitud defensiva. Bajo el amparo del concepto de las fronteras naturales, los expansionistas fueron trazando de a poco lo que para ellos eran los límites de su país, moldeados también por el derecho a la seguridad. De hecho, la Doctrina Monroe, de la que hablaremos más adelante, fue una expresión de esta amalgama entre el derecho a la seguridad y el concepto susodicho.¹⁸

Evidentemente, este tipo de argucias pusieron en tela de juicio el derecho internacional. El historiador Albert Katz Weinberg se preguntó alguna vez: “¿Por qué, con independencia de lo que ello pueda costar a otra nación o a la sociedad internacional, se considera moralmente irrefutable el derecho de preservar a la propia nación y de defender todos sus derechos vitales?”¹⁹ La respuesta no es tan evidente como podría parecer. Desde la perspectiva del expansionismo estadounidense, la Divina Providencia había otorgado a Estados Unidos un destino y una misión particulares, por lo que la seguridad de esta nación debería de prevalecer por sobre la de cualquier otro pueblo, pues en ella iba en juego el bienestar de la humanidad, trazado desde la eternidad por el Dios cristiano.

bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc. (consulta: 15 de diciembre de 2016). En 1819 se oficializó la anexión de las Floridas a Estados Unidos a través del Tratado Adams-Onís, en el cual España cedió estos territorios. No es casual que después de la firma de este documento, el congresista David Trimble haya establecido que, “En sus mutuas relaciones las naciones son como individuos, y así como la defensa propia es la primera ley del hombre, la defensa nacional es la primera ley de la sociedad”. Citado en Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 361.

¹⁸ *Ibid.*, p. 54, 55, 359, 360, 364 y 420. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 47. Juan Antonio Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 133.

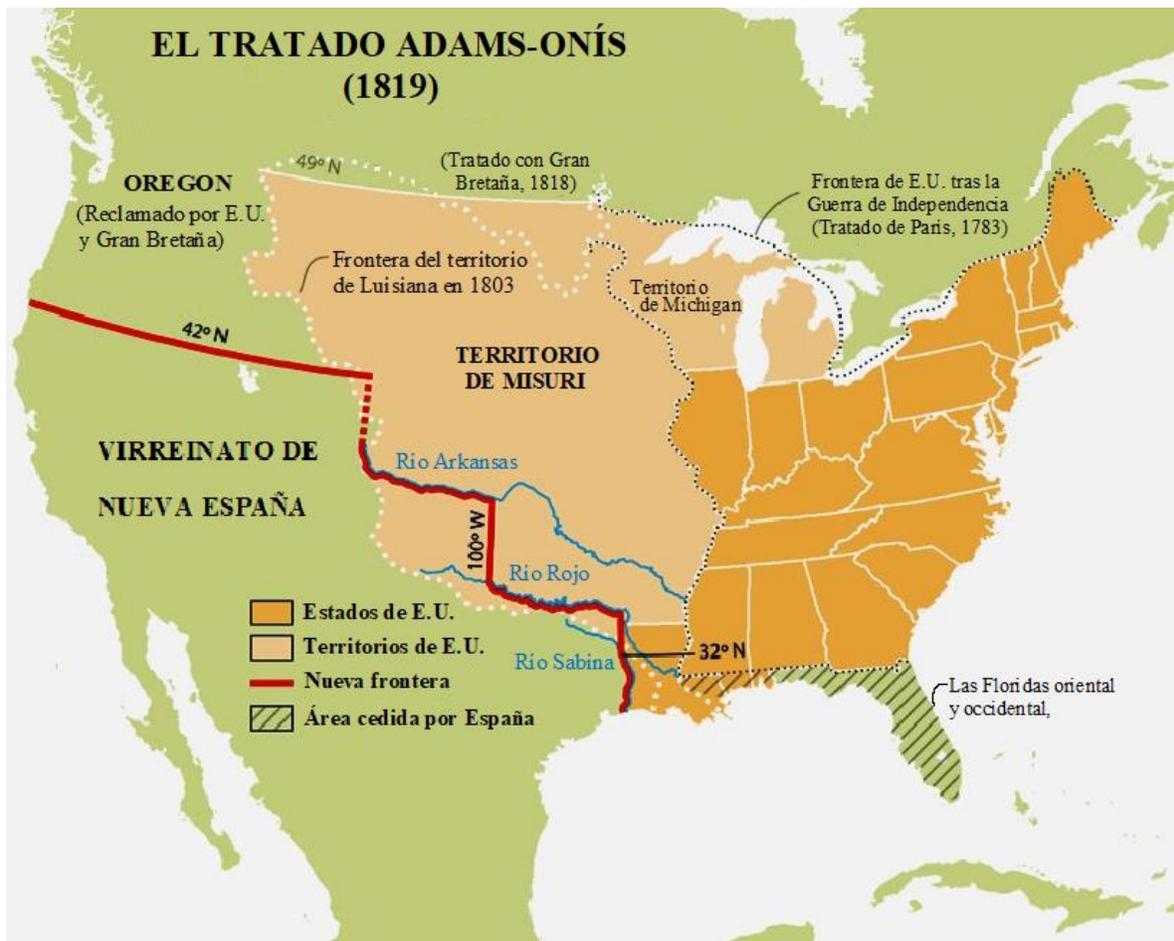
¹⁹ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 382. Los expansionistas estadounidenses no dudaron en violar los derechos naturales de otros pueblos cuando éstos se oponían a sus intereses. Recuérdese el caso de los habitantes de la Luisiana francesa, a quienes les fue negado el derecho de autodeterminación cuando este territorio fue incorporado a los Estados Unidos en 1803. *Vid. ibid.*, p. 45.



Mapa 2 “La compra de Luisiana y las exploraciones estadounidenses al oeste del Río Misisipi, 1803-1807”, Pearson Education, Inc., *Atlas Map: Louisiana Purchase and Exploration of the Trans-Mississippi West* (sitio web), Pearson Education, Inc., 2003, http://wps.pearsoncustom.com/wps/media/objects/2428/2487068/atlas/atl_ah2_m006.html (consulta: 10 de febrero de 2019). Las acotaciones, así como algunos nombres de lugares fueron traducidos del inglés al español.

Después de la compra de Luisiana, cuando los principios del derecho natural comenzaron a ser insuficientes para explicar y justificar el expansionismo estadounidense, la idea de una supuesta predestinación geográfica comenzó a ser empleada también por los expansionistas. Parece ser que este planteamiento tuvo su origen en los albores de la colonización británica, cuando los fracasos españoles por extender sus dominios al norte de las Floridas fueron interpretados por los anglosajones como una prueba de que Dios había reservado el norte del continente a Gran Bretaña. Sin embargo, esta idea sólo entró en auge siglos después, con la irrupción de las ideas románticas y nacionalistas, las cuales fueron mencionadas en el capítulo anterior.²⁰

²⁰ *Ibid.*, p. 65. Juan Antonio Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 30-33 y 37-39. El 14 de julio de 1803, el Senado estadounidense ratificó el tratado por el cual Estados Unidos compró a la Francia de Napoleón el territorio de



Mapa 3 “El Tratado Adams-Onís (1819)”, Historiando, *Tratado de Adams-Onís* (sitio web), Historiando, 2018, <https://www.historiando.org/tratado-de-adams-onis/> (consulta: 6 de marzo de 2019). Las acotaciones y los nombres fueron traducidos del inglés al español.

La idea de la predestinación geográfica suponía que la naturaleza había fijado límites (naturales) para las naciones. Aunque dichas fronteras solían estar marcadas por accidentes geográficos como ríos o montañas, éstas eran señaladas de forma arbitraria, y normalmente, resultaban ser las más convenientes, en términos geopolíticos, para los intereses de los expansionistas estadounidenses. Numerosos testimonios de la época, desde la compra de

Luisiana. Consultado en “Chronology”, en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 1029-1038, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX2688999999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>. (consulta: 15 de diciembre de 2016).

Luisiana (1803) hasta la invasión a México (1846-1848), confirman lo anterior.²¹ Sólo como ejemplo podemos citar un fragmento de una carta escrita a principios del siglo XIX, por el entonces secretario de Estado, James Madison, en torno a las Floridas españolas, territorios ambicionados entonces por el gobierno estadounidense:

Estas colonias, separadas de sus restantes territorios en el continente por Nueva Orleans, el Misisipi y toda la extensión de Luisiana occidental, son ahora para ella [España] de menor valor que nunca; por el contrario, para Estados Unidos conservan la peculiar importancia derivada de la posición que ocupan, y de sus relaciones con nosotros a través de los ríos navegables, que fluyen hacia el Golfo de México desde el territorio de Estados Unidos [...] En realidad, el gobierno español debe comprender que Estados Unidos nunca puede considerar definitiva y permanentemente aseguradas las relaciones amistosas entre él mismo y España si no se llega a un acuerdo sobre este tema, remplazando el artificial e inconveniente estado de cosas existente ahora por las indicaciones manifiestas de la naturaleza.²²

Junto a la idea de la predestinación geográfica otro viejo argumento fue utilizado para justificar la expansión territorial estadounidense, y particularmente, el despojo de las tierras indígenas. Se trató de la “regeneración”, concepto religioso incorporado a la ideología expansionista a partir de la teología calvinista. Aunque las principales acepciones de este concepto eran teológicas y morales, fue adaptado a la cuestión territorial, por lo que empezó a utilizarse para hablar de la regeneración de la tierra. Debemos recordar que a partir de la consolidación de las creencias racistas, la idea de regenerar a otros seres humanos (no caucásicos) se consideró improbable e indeseable, si bien no desapareció del todo.²³

De hecho, como consecuencia de la proliferación del racismo, la idea de regenerar la tierra solía expresar el interés por territorios escasamente poblados, como el norte de México (Alta California, Texas y Nuevo México) u Oregon. Los expansionistas creían que, sin la abundante presencia de población considerada inferior, la regeneración de la tierra se haría

²¹ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 52, 55, 57-59, 65, 72 y 73. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 24 y 25. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 23 y 24. Frederick Merk, *op. cit.*, p. 12 y 13. “James K. Polk: Speech Reaffirming Monroe Doctrine (December 2, 1845)”, en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 815 y 816, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX2688999999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>. (consulta: 7 de diciembre de 2016).

²² Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 56. Para ver más testimonio de la época referentes a la predestinación geográfica, *vid. ibid.*, p. 55 y 56, Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 125 y William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 60.

²³ Juan Antonio Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 44, 47, 118 y 119. Frederick Merk, *op. cit.*, p. 109 y 121. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 124, 159, 160 y 181-183. Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 41, 42, 154 y 155. George Winston Smith, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. XVII.

rápidamente, resultando benéfica para “la humanidad”, es decir, para el hombre blanco. En palabras de un periódico de la época, se esperaba que los estadounidenses “redimieran de manos impías una región particularmente favorecida por el cielo y que la retuvieran para el beneficio de un pueblo que sabe cómo deben ser los mandatos celestiales”. Y en palabras de Albert K. Weinberg: “No hay duda de que a veces los mandatos celestiales son sumamente prácticos”.²⁴

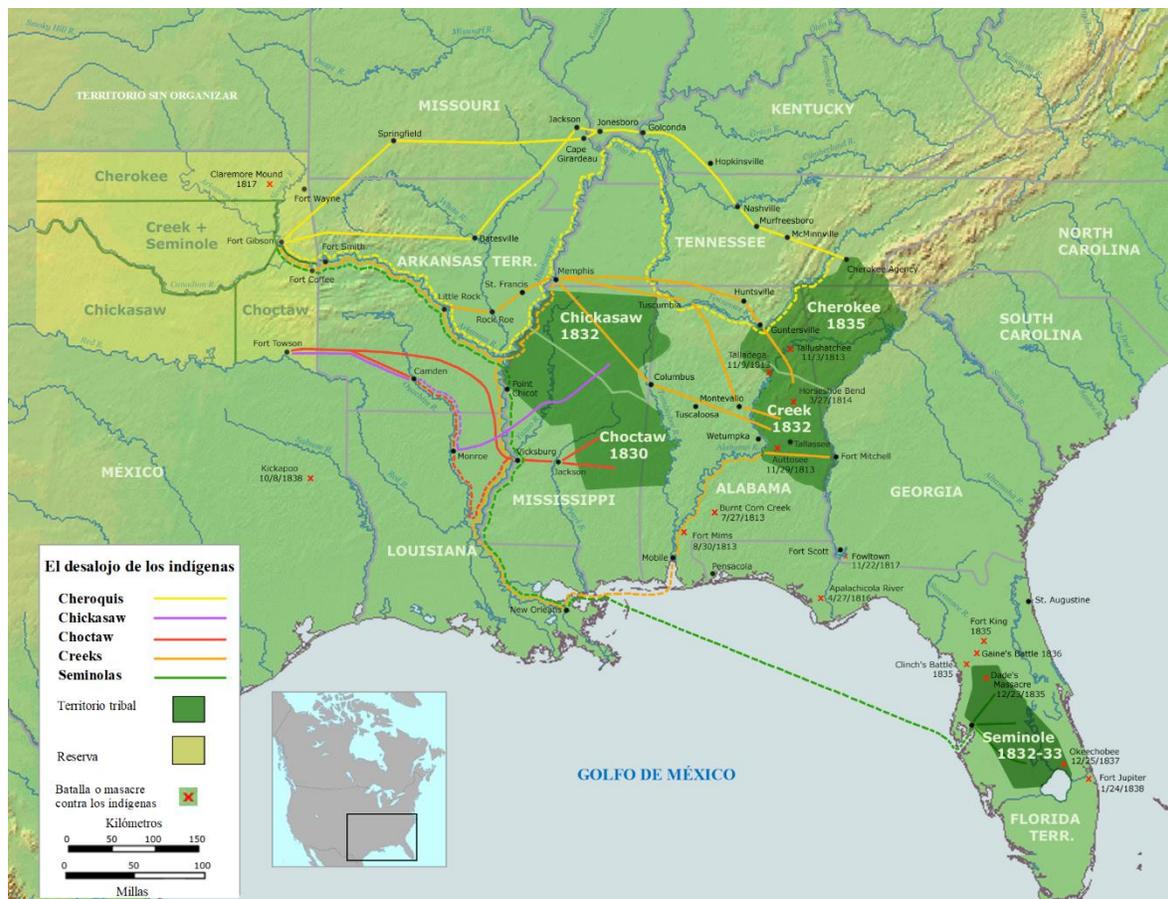
Para los expansionistas estadounidenses, regenerar la tierra significaba seguir un mandato bíblico (Génesis, 1, 28). En otras palabras, había que someterla y hacerla productiva por medio de la agricultura. Por lo tanto, para un cristiano (calvinista), que la tierra se mantuviera improductiva en manos de los bárbaros era inmoral, pues contradecía la palabra de Dios.²⁵ Tradicionalmente, los angloamericanos consideraron que los pueblos originarios habían mantenido a la tierra infecunda, pues se suponía que éstos se dedicaban sólo a la caza, a la pesca, a la recolección y al comercio, lo cual nunca fue del todo cierto. Aunque es verdad que había grupos indígenas que no labraban la tierra, otros habían practicado la agricultura desde mucho antes del arribo de los europeos al continente que hoy conocemos como América.

En las décadas de 1820 y 1830, cuando las tierras de los indígenas creek (*muscogui*) y cheroqui que se encontraban en el estado de Georgia fueron codiciadas por los grandes plantadores de algodón, los expansionistas sureños estuvieron a favor del despojo, empezando por el gobernador del estado, George Gilmer, quien sostuvo que las tierras indias debían ser regeneradas para que se cumpliera el mandato bíblico del *Génesis*. El senador de Misuri, Thomas Hart Benton, así como John Quincy Adams, también fundamentaron el robo de dichos territorios en las escrituras bíblicas. No está de más decir que el saqueo, además de injusto, no era coherente con los argumentos expansionistas, pues la mayoría de los indígenas despojados eran agricultores, y sus tierras eran todo menos improductivas. Así, cuando las

²⁴ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 272. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 161 y 163. Fragmento de un texto publicado en el periódico *Hartford Times*, el 7 de agosto de 1845, citado en *ibid.*, p. 162. La segunda cita de Weinberg puede consultarse en *ibid.*, p. 163.

²⁵ *Ibid.*, p. 94. Juan Antonio Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 75, 76 y 112-116. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 25. Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 153 y 163. Recuérdese que, para los calvinistas, el trabajo, la productividad y el éxito intramundano eran señales de que un individuo era un elegido de Dios. De ahí la importancia de hacer de la tierra un espacio productivo.

argucias no alcanzaban para justificar el robo, la violencia racista fue el medio del cual se valieron los expansionistas estadounidenses para satisfacer su hambre de nuevos territorios.²⁶



Mapa 4 “El desalojo de los indígenas”, Mary Beth Norton *et al.*, *A People and a Nation. A History of the United States*, 2 v., Boston, Houghton Mifflin Company, 1982, v. 1, p. 299. Las acotaciones fueron traducidas del inglés al español. El llamado “Sendero de lágrimas” (*Trail of Tears*) no fue sino el camino que los cheroquis, los chickasaw, los choctaw, los creeks y los seminolas fueron obligados a recorrer tras ser despojados de sus tierras por los colonos blancos estadounidenses.

El argumento esgrimido contra los nativos también fue utilizado para justificar el pillaje de las tierras mexicanas (Texas, Nuevo México y Alta California). Aunque los mexicanos sí eran agricultores, los expansionistas los consideraban indolentes y poco

²⁶ William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 81 y 82. María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 75-77. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 25 y 26. Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 260 y 279. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 80 y 91-94. Los despojos de tierras indígenas se repitieron a lo largo y ancho de la Unión, durante todo el siglo XIX, bajo el argumento de la “regeneración” de la tierra. *Vid.*, por ejemplo, la justificación del despojo en Nueva Inglaterra, en *ibid.*, p. 81. A pesar de que el presidente de la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos, John Marshall, opuso barreras legales contra el despojo de las tierras indígenas (*Worcester vs Georgia*, 1832), los gobiernos de Georgia, Alabama, Misisipi y Tennessee, buscaron con ahínco la expulsión de los indígenas hacia el oeste del Río Misisipi, lo cual finalmente sucedió. *Vid.* Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 276.

laboriosos, y suponían que, en manos de los estadounidenses, aquellos territorios serían mucho más productivos. Así, el desprecio anglosajón hacia la cultura hispánica, que se remonta a la rivalidad entre España e Inglaterra del siglo XVI, se hizo presente en las disputas territoriales de Estados Unidos con España y México en el siglo XIX. De hecho, los expansionistas estadounidenses consideraron que adueñarse de las tierras hispanoamericanas era un triunfo de la libertad angloamericana sobre la tiranía hispánica.²⁷

Como podemos observar, los expansionistas estadounidenses sostenían que las tierras contiguas a las fronteras de su país, que según su propio criterio marcaban los límites naturales (predestinados geográficamente) de la nación, debían de ser anexadas a la Unión como una medida de seguridad. De tal forma, los principios del derecho a la seguridad, las fronteras naturales, la predestinación geográfica, la regeneración y el desprecio al mundo hispánico fueron amalgamados en una ideología con la que se justificó la expansión territorial de los Estados Unidos, al menos durante la primera mitad del siglo XIX.²⁸

Antes de 1830, la expansión territorial no era concebida en sí misma como algo deseable, sino como un medio para preservar la seguridad de los Estados Unidos. Hacia las dos décadas subsecuentes, los expansionistas estadounidenses empezaron a creer que Dios ya los había provisto de las herramientas necesarias para completar su destino, el cual implicaba, según ellos mismos, la expansión del pueblo estadounidense por todo el continente. No es casual que, durante estos años, la expansión territorial haya formado parte de la agenda política de los gobiernos que se sucedieron entre las administraciones de Andrew Jackson (1829-1837) y de James Knox Polk (1845-1849). Asimismo, la fiebre

²⁷ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 36, 94, 95 y 151. Juan Antonio Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 11, 66 y 69. José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 15. Pekka Hämäläinen ha demostrado que el fracaso de la colonización hispánica en Nuevo México y Texas, tanto en el periodo novohispano tardío como en la época mexicana se explica en parte por el sometimiento de las comunidades hispánicas de dichas regiones al imperio comanche. Asimismo, Hämäläinen ha expuesto de forma convincente que el éxito de la invasión estadounidense de 1846-1848 a México es producto, en buena medida, del debilitamiento que este país sufrió ante los embates comanches. *Cfr.* Pekka Hämäläinen, *The Comanche Empire*, New Haven & London, Yale University Press/Southern Methodist University, The William P. Clements Center for Southwest Studies, 2008, p. 68-106 y 141-238.

²⁸ *Ibid.*, p. 67. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 34 y 35. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 142. La postura de los expansionistas estadounidenses respecto a la anexión de tierras contiguas encaja con lo que Bernard Porter llama la “falacia del agua salada” (*salt water fallacy*). Esta falacia supone que sólo se puede hablar de imperialismo cuando un poder imperial atraviesa el mar (agua salada) para conquistar otros territorios. Desde esta perspectiva falaz, las conquistas territoriales de Estados Unidos de la primera mitad del siglo XIX no podrían ser catalogadas como imperialistas. Por otro lado, esta falacia ha reforzado la idea del excepcionalismo estadounidense. *Vid.* Bernard Porter, *Empire and Superempire. Britain, America and the World*, New Haven & London, Yale University Press, 2006, p. 64.

expansionista vivida en estas décadas fue concebida por los propios expansionistas como parte de la defensa de los Estados Unidos ante la supuesta amenaza francesa y británica a los intereses estadounidenses en Texas, Oregon y Alta California.²⁹

Hacia la década de 1840, las ideas expansionistas fueron ligadas a la creencia del destino y la misión estadounidenses, si bien es cierto que la ideología expansionista no era compartida por todos los sectores de la sociedad yanqui. A la luz del sentido teleológico de aquella creencia, la expansión territorial de los Estados Unidos era para los expansionistas una consecuencia de la inescrutable voluntad divina.³⁰ Así, los estadounidenses que esgrimieron esas argucias para defender el expansionismo no lo hicieron, en la mayoría de los casos, como una mera justificación de sus ambiciones, sino como expresión de sus prejuicios más arraigados. Con esta afirmación no pretendo eximir ni al expansionismo ni sus consecuencias funestas, que sin duda las tuvo. Lo que procuro es entender sus razones históricas, a fin de comprender también las connotaciones expansionistas del concepto de destino manifiesto, y aclarar así su origen y su sentido.

2.2. La Doctrina Monroe (1823-1845)

En 1808, cuando el mundo atlántico se convulsionó a causa de la invasión napoleónica a la Península Ibérica, las colonias españolas de América vivieron una agitación inusual. Esta tensión no pasó desapercibida en los Estados Unidos, donde el entonces presidente, Thomas Jefferson, le escribió una carta al gobernador de Luisiana, William C. Claiborne, el 1º de noviembre de dicho año, estableciendo en ella los principios de lo que después sería la Doctrina Monroe: “Consideramos que nuestros intereses y los de México y Cuba son los mismos, y su objetivo tendrá que ser la expulsión de la influencia europea de este hemisferio”.³¹

²⁹ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 363. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 21-23. Frederick Merk, *op. cit.*, p. 8 y 9. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 85. Ray Allen Billington, *op. cit.*, p. 205 y 206. Frederick Merk, *La doctrina Monroe y el expansionismo norteamericano 1843-1849*, trad. de Eduardo Goligorsky, Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 244. El historiador José Fuentes Mares incluso consideró que el eje de la política de los gobiernos estadounidenses, entre 1789 y 1898, fue la expansión territorial. *Cfr.* José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 162-164.

³⁰ *Ibid.*, p. 14. *Vid. supra.*, p. 51 y 52. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 128-130 y 361. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 50-52.

³¹ Citado en José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 17.

En cierta medida, las ideas que dieron forma a la Doctrina Monroe estuvieron presentes en la palestra política estadounidense desde los primeros años de vida de la república, tanto en la doctrina de neutralidad de George Washington, como en las pretensiones aislacionistas de Jefferson. Posteriormente, el pensamiento de John Quincy Adams, quien vislumbró la hegemonía estadounidense en el mar Caribe, también estuvo permeado por ideales similares. De hecho, fue éste último quien redactó, junto con el entonces presidente James Monroe, el discurso que dio origen a la famosa doctrina Monroe.³²

El mensaje de Monroe ha sido asimilado en varios momentos de la historia del pensamiento político estadounidense. La pluma del periodista John Louis O'Sullivan, quien acuñó el concepto de destino manifiesto, es un ejemplo de dicha asimilación. No fue ninguna casualidad que las ideas implícitas en la Doctrina Monroe hayan repercutido en el significado original de dicho concepto, como veremos más adelante. De ahí la importancia de revisar brevemente, pero a consciencia, el texto de Adams y de Monroe, a fin de entender a cabalidad su sentido y sus implicaciones.

En términos generales, la de Monroe fue una doctrina defensiva que rechazó la intervención armada de la Santa Alianza en América, cuyo propósito era recuperar para España sus antiguas colonias, recién emancipadas. Para Monroe, cualquier intervención sería una afrenta para los Estados Unidos. Sin embargo, aunque el entonces presidente repudió nuevas colonizaciones europeas en el continente americano, dejó abierta la puerta al expansionismo y al colonialismo estadounidense en el hemisferio occidental. En cierto sentido, Monroe expresó a manera de anhelo lo que después sería, de hecho, la hegemonía estadounidense en las Américas.³³

Como se acaba de señalar, la principal coyuntura que motivó el discurso del presidente Monroe de 1823, fue la amenaza de una invasión europea que buscaría recuperar para España sus antiguas colonias americanas. En palabras de Monroe: “la ocasión ha sido

³² *Ibid.*, p. 150 y 160. María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 57 y 58. James Monroe fue presidente de Estados Unidos entre 1817 y 1825. Durante esos años, el gobierno estadounidense temía posibles intervenciones de Rusia e Inglaterra en Norteamérica, *vid. ibid.*, p. 56 y 61.

³³ Merk, *La doctrina Monroe y el expansionismo...*, p. 11. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 56 y 57. María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 60.

Se conoce como Santa Alianza al pacto formado por Rusia, Prusia y Austria, en 1815, para restaurar y proteger el absolutismo europeo de los embates liberales promovidos a partir de la Revolución Francesa. En América, se temía una posible intervención armada de la Santa Alianza para restaurar en el continente el dominio español. *Vid.* William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 53 y 54.

juzgada propicia para asegurar, como un principio en el que los derechos y los intereses de los Estados Unidos están en juego, que las Américas, por la condición libre e independiente que han asumido y mantenido, no serán consideradas de ahora en adelante como sujetos de una futura colonización por parte de ninguna potencia europea”.³⁴ En primera instancia, llama la atención el hecho de que Monroe no se opuso a la colonización *per se*, sino a nuevas colonizaciones europeas en América. Como se ha mencionado, esto dejaba abierta la puerta al expansionismo estadounidense en dicho continente.

A continuación, y de acuerdo a los principios del derecho a la seguridad o a la autopreservación, Monroe asumió que la posición estadounidense era defensiva. Dice Monroe: “Es sólo cuando nuestros derechos son vulnerados o seriamente amenazados que resentimos los agravios o que hacemos preparativos para nuestra defensa”.³⁵

En sintonía con lo dicho anteriormente, el discurso de Monroe puso énfasis en que cualquier tentativa de colonización europea en el Nuevo Mundo pondría en peligro la paz y la seguridad de los Estados Unidos. De acuerdo con el entonces presidente: “Debemos, por lo tanto, a la franqueza y a las relaciones amistosas que existen entre los Estados Unidos y dichas potencias, declarar que deberíamos considerar cualquier intento de su parte de extender su sistema [político] a cualquier porción de este hemisferio como peligroso para nuestra paz y nuestra seguridad”.³⁶

³⁴ “the occasion has been judged proper for asserting, as a principle in which the rights and interests of the United States are involved, that the American continents, by the free and independent condition which they have assumed and maintain, are henceforth not to be considered as subjects for future colonization by any European powers....”. *Vid.* “Monroe Doctrine (December 2, 1823)”, en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 754, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>. (consulta: 5 de diciembre de 2016).

³⁵ “It is only when our rights are invaded or seriously menaced that we resent injuries or make preparation for our defense.” *Idem.*, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>. (consulta: 5 de diciembre de 2016).

³⁶ “We owe it, therefore, to candor and to the amicable relations existing between the United States and those powers to declare that we should consider any attempt on their part to extend their system to any portion of this hemisphere as dangerous to our peace and safety.” *Ibid.*, p. 755, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>. (consulta: 5 de diciembre de 2016).

Enseguida, reiteró que Estados Unidos no interferiría en los asuntos europeos, pero reafirmó también la convicción de que cualquier ataque a las naciones independientes del continente americano sería considerado como una actitud hostil hacia aquel país:

Con las actuales colonias o dependencias de cualquier potencia europea no hemos interferido y no interferiremos. Pero con los gobiernos que han declarado y mantenido su independencia, la cual hemos reconocido con gran consideración y en justos principios, no podríamos ver cualquier interposición con el propósito de oprimirlos o de controlar en cualquier otra manera sus destinos, por cualquier potencia europea, de ninguna otra forma que como una manifestación de una disposición hostil hacia los Estados Unidos.³⁷

Como podrá percatarse el lector, Monroe volvió a dejar abierta la posibilidad de la colonización estadounidense, pues no rechazó el colonialismo en sí mismo, sino la interferencia europea en los asuntos de las naciones independientes de América.

Y finalmente, consideró que cualquier intento de reconquista, o del restablecimiento del sistema político europeo (monarquía) en Hispanoamérica, por parte de España o de la Santa Alianza, no podría ser visto con pasividad por los Estados Unidos. Dice Monroe: “Es imposible que las potencias aliadas extiendan su sistema político a cualquier parte del continente sin poner en peligro nuestra paz y nuestra felicidad [...] Es igualmente imposible, por tanto, que contemplemos dicha interposición, de cualquier forma, con indiferencia”.³⁸

En la idea de aislar al continente americano de la influencia europea estaba implícito el concepto de la “determinación geográfica”. Adams y Monroe creían que Europa, separada de América por el océano Atlántico, no tenía ningún derecho de intervenir en sus asuntos. Como una extensión del “principio de proximidad”, ambos consideraban que, si las fronteras

³⁷ “With the existing colonies or dependencies of any European power we have not interfered and shall not interfere. But with the governments who have declared their independence and maintained it, and whose independence we have, on great consideration and on just principles, acknowledged, we could not view any interposition for the purpose of oppressing them, or controlling in any other manner their destiny, by any European power in any other light than as the manifestation of an unfriendly disposition toward the United States.” *Idem.*, pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX2688999999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc. (consulta: 5 de diciembre de 2016).

³⁸ “It is impossible that the allied powers should extend their political system to any portion of either continent without endangering our peace and happiness... It is equally impossible, therefore, that we should behold such interposition in any form with indifference.” *Idem.*, pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX2688999999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc. (consulta: 5 de diciembre de 2016). Por “potencias aliadas” Monroe se refiere a los países que integraban la Santa Alianza.

estadounidenses no avanzarían más allá de Norteamérica, o del Istmo de Panamá, entonces, al menos, mantendrían bajo su influencia al resto del continente, con el consecuente alejamiento de las potencias europeas. Así, los demás países americanos se convertirían, para Estados Unidos, en aliados potenciales, pero también, en naciones que deberían someterse a la voluntad de los gobiernos estadounidenses.³⁹

A pesar de su tono aparentemente amenazador, la Doctrina Monroe fue, durante el siglo XIX, más una cuestión teórica y defensiva que un plan de acción ofensivo. En dicha época, Estados Unidos aún no podía competir ni económica ni militarmente con las grandes potencias europeas, quienes siguieron entrometiéndose en los asuntos del continente americano sin darle mucha importancia a las advertencias estadounidenses.⁴⁰

A pesar de lo anterior, la Doctrina Monroe pasó a ser un referente para los gobiernos estadounidenses, consolidándose como un principio a partir del cual se establecerían relaciones diplomáticas con Europa. Su afianzamiento fue posible, en buena medida, gracias a la postura asumida por James Knox Polk, presidente de Estados Unidos entre 1845 y 1849, durante las tensiones que este país tuvo con Francia y Gran Bretaña por aquellos años. De hecho, en el primer discurso que dirigió al Congreso (2 de diciembre de 1845), Polk ratificó abiertamente la Doctrina Monroe, rechazando la interferencia europea en América, y citando el mensaje de su célebre antecesor.⁴¹

La ratificación de la Doctrina Monroe por parte de Polk fue motivada, fundamentalmente, por un discurso del ministro francés François Guizot, del 10 de junio de 1845. En él, Guizot hizo alusión al “equilibrio de fuerzas” en el continente americano, es decir, expresó su deseo que no existiera una potencia hegemónica en América, contraviniendo con ello los intereses estadounidenses en el hemisferio occidental. En particular, Guizot temía que los Estados Unidos se convirtieran en una potencia continental que pusiera en entredicho los intereses de Francia en América. Por ello, el ministro francés deseaba que Texas no se anexara a la Unión.⁴²

³⁹ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 70 y 71.

⁴⁰ María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 62.

⁴¹ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 370. Merk, *La doctrina Monroe y el expansionismo...*, p. 18.

⁴² *Ibid.*, p. 55. Anticipándose al mensaje de Polk del 2 de diciembre de 1845, varios periódicos y revistas estadounidenses, sobre todo de filiación demócrata, respondieron al mensaje de Guizot, rechazando un supuesto equilibrio de poder en el continente americano. Entre dichas publicaciones estuvo el artículo “Annexation”, escrito por John Louis O’Sullivan y publicado en la edición de julio-agosto de 1845 de la revista *The United Magazine and Democratic Review*. En este artículo apareció por primera vez el concepto de destino manifiesto.

Aunque Polk no mencionó explícitamente a Guizot en su discurso, sí se refirió como tal al “equilibrio de fuerzas” postulado por el ministro francés, principio que de hecho rechazó, como podemos ver a continuación:

La envidia entre los diferentes soberanos de Europa, a fin de que ninguno de ellos se vuelva demasiado poderoso para el resto, les ha causado desear con ansiedad el establecimiento de lo que ellos llaman “el equilibrio de fuerzas”. No puede permitirse que éste tenga alguna aplicación en el continente norteamericano, y especialmente para los Estados Unidos. Debemos siempre mantener el principio de que sólo el pueblo de este continente tiene el derecho de decidir su propio destino [...] Nunca podemos consentir que las potencias europeas interfieran para prevenir dicha unión porque ésta pueda perturbar el “equilibrio de fuerzas” que ellos desean mantener en este continente.⁴³

En cuanto al problema de Oregon, Polk refirió que había ofrecido a los británicos dividir definitivamente dicho territorio en el paralelo 49, pero que éstos se habían negado. En consecuencia, el entonces presidente se pronunció contra el colonialismo europeo en América del Norte (que no en el continente entero), y advirtió que cualquier intento de nuevas colonizaciones llevaría a la potencia colonialista en cuestión a confrontarse con Estados Unidos. De forma textual, Polk estableció que “El pueblo de los Estados Unidos no puede, por lo tanto, mirar con indiferencia los intentos de las potencias europeas de interferir en los actos independientes de las naciones de este continente”.⁴⁴

Se estima que el mensaje de Polk estuvo permeado por todo lo que se dijo en la prensa en torno a la declaración de Guizot. *Vid.* Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 57, 58, 60, 63 y 140.

⁴³ “Jealousy among the different sovereigns of Europe, lest any one of them might become too powerful for the rest, has caused them anxiously to desire the establishment of what they term the “balance of power”. It cannot be permitted to have any application on the North American continent, and especially to the United States. We must ever maintain the principle that the people of this continent alone have the right to decide their own destiny [...] We can never consent that European powers shall interfere to prevent such a union because it might disturb the “balance of power” which they may desire to maintain upon this continent.” *Vid.* “James K. Polk: Speech Reaffirming Monroe Doctrine (December 2, 1845)”, en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 815-816, pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://g

o.galegroup.com/ps/i.do?p=GURL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc. (consulta: 7 de diciembre de 2016). Polk se refiere aquí a la unión de Texas a los Estados Unidos.

⁴⁴ Merk, *La doctrina Monroe y el expansionismo...*, p. 78. “The people of the United States cannot, therefore, view with indifference attempts of European powers to interfere with the independent action of the nations on this continent.” *Vid.* “James K. Polk: Speech Reaffirming Monroe Doctrine (December 2, 1845)”, en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 815-816, pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://g

o.galegroup.com/ps/i.do?p=GURL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc. (consulta: 7 de diciembre de 2016).

Enseguida, el presidente citó el famoso mensaje de Monroe, remarcando la importancia de la tesis de no intervención europea en América que éste había establecido: “Este principio se aplicará con mayor fuerza si cualquier potencia europea intenta establecer una nueva colonia en América del Norte. En las actuales circunstancias del mundo, el presente es juzgado como adecuado para reiterar y reafirmar el principio declarado por el Sr. Monroe, y para declarar mi cordial concurrencia con su sabiduría y con su firme política”. Así, al amparo de la Doctrina Monroe, Polk asumió una posición defensiva frente al colonialismo europeo, y al mismo tiempo, orquestó una política expansionista sobre América del Norte y el Caribe.⁴⁵

Antes de emitir su mensaje, Polk ya había expresado en su diario sus intenciones de reafirmar la Doctrina Monroe. El 24 de octubre de 1845 escribió lo siguiente: “Le comenté al coronel [Thomas Hart] Benton que yo estaba fuertemente inclinado a reafirmar la Doctrina Monroe contra cualquier colonización extranjera, al menos en lo que respecta a este continente [...] no puede permitirse ninguna nueva colonización extranjera en ninguna parte del continente norteamericano”.⁴⁶

Unos meses después, en el umbral de la invasión estadounidense a México, y en un tono beligerante, Polk reafirmó en su diario su adhesión a la Doctrina Monroe: “Haría la guerra tanto a Inglaterra como a Francia o a todas las potencias de la Cristiandad que la puedan sostener [...] Soportaría y pelearía hasta que el último de nuestros hombres cayera en el combate [...] ni como ciudadano ni como presidente permitiría o toleraría ninguna intermediación de ninguna potencia europea en este continente”.⁴⁷

⁴⁵ María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 62 y 63. “This principle will apply with greatly increased force should any European power attempt to establish any new colony in North America. In the existing circumstances of the world the present is deemed a proper occasion to reiterate and reaffirm the principle avowed by Mr. Monroe and to state my cordial concurrence in its wisdom and sound policy”, *vid.* “James K. Polk: Speech Reaffirming Monroe Doctrine (December 2, 1845)”, en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 815-816, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://go.galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>. (consulta: 7 de diciembre de 2016).

⁴⁶ “I told Col. Benton that I was strongly inclined to reaffirm Mr. Monroe’s doctrine against permitting foreign colonization, at least so far as this Continent was concerned [...] no new Foreign Colony could be permitted on any part of the North American Continent...” *Vid.* James K. Polk, *The Diary of James K. Polk during his Presidency 1845 to 1849*, 4 v., Milo Milton Quaife (ed.), New York, Kraus, 1970, v. I, p.70-72.

⁴⁷ “... I would meet the war which either England or France or all the Powers of the Christendom might wage... I would stand and fight until the last man among us fell in the conflict... neither as a citizen nor as President would I permit or tolerate any intermeddling of any European Power in this Continent.” Cita del 13 de mayo de 1846, en *ibid.*, p. 398.

Es verdad que existen diferencias entre los mensajes de Monroe y de Polk. El primero es netamente defensivo, pues rechazó la hipotética invasión de la Santa Alianza a Hispanoamérica, en tanto que el segundo, aunque lo era también en parte, implicó intereses territoriales muy puntuales de Estados Unidos en Norteamérica, como la anexión de Texas. Sin embargo, es claro que ambos rechazaron tajantemente los intentos europeos por llevar a cabo nuevas colonizaciones en América, al tiempo que vislumbraron la supremacía estadounidense en el continente americano.⁴⁸

Así, el proceso de expansión territorial estadounidense, durante la década de 1840, estuvo intrínsecamente ligado, por un lado, a una ideología en la que estaban sintetizados dogmas teológicos y derechos naturales con los intereses económicos, políticos y sociales de sus promotores y, por el otro, con la Doctrina Monroe, utilizada por los gobiernos estadounidenses como principio de sus relaciones diplomáticas con las potencias europeas y con las demás naciones americanas. América fue vislumbrada como nunca antes, al menos por los expansionistas estadounidenses, como un espacio de influencia e interés exclusivos de los Estados Unidos.

2.3. El expansionismo estadounidense en la “época del hombre común” (1828-1848)

El historiador William Earl Weeks definió al periodo de la historia estadounidense, comprendido entre 1815 y 1861, como la “época del Destino manifiesto”. Años más, años menos, la historiografía yanqui ha denominado tradicionalmente a esta etapa de su pasado como la época “del hombre común”, “de Jackson” o “jacksoniana”. Más allá del nombre, es un hecho que fue durante estos años que la vieja creencia del destino y la misión estadounidenses fue vinculada con la expansión territorial de los Estados Unidos.⁴⁹

⁴⁸ Merk, *La doctrina Monroe y el expansionismo...*, p. 243. “James K. Polk: Speech Reaffirming Monroe Doctrine (December 2, 1845)”, en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 815-816, consultado en <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://go.galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>. (consulta: 7 de diciembre del 2016).

⁴⁹ William Earl Weeks, *op. cit.*, p. IX y 58. María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 67. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 110 y 128-130. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 32, 51 y 52. Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *Manifest Destiny and Empire: American Antebellum Expansionism*, College Station, Texas, University of Texas at Arlington, 1997, p. 162. George Winston Smith, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 106. John Christopher

Es más apropiado situar la “era jacksoniana” o del “hombre común” entre 1824 y 1849, porque entre esos años el Partido Demócrata fue hegemónico en la palestra política estadounidense, de la mano de Andrew Jackson, su figura más carismática e influyente. Jackson fue presidente de los Estados Unidos entre 1829 y 1837, pero su influencia ya era patente antes de dichos años, y se dilató, en el ambiente político de los Estados Unidos, hasta su muerte, en 1845.⁵⁰

La “época de Jackson” fue un periodo donde los estadistas del Partido Demócrata pretendieron adelgazar al gobierno federal con la intención de proteger las libertades individuales, sobre todo la de movimiento o movilidad, de la interferencia gubernamental. En el contexto de la época, la libertad de movimiento estuvo intrínsecamente ligada a la expansión territorial, o en palabras de Jackson, a la “extensión del área de la libertad”, que, en estos términos, implicaba la expansión y el perfeccionamiento de las instituciones democráticas estadounidenses. No es casual que la venta de tierras públicas de los territorios del oeste, que estaban en manos del gobierno federal, fuera facilitada y acelerada en dichos años.⁵¹

Por lo tanto, el individualismo fue un poderoso incentivo ideológico del expansionismo de la época. A partir de la expansión territorial, muchos estadounidenses creyeron estar protegiendo sus derechos e intereses individuales, principalmente los de movilidad y libertad económica, de la intromisión gubernamental. Así, sostiene Weinberg, el estadounidense promedio “de la década de 1840 vio en la tierra la clave misma de la felicidad”. No se trató entonces de un expansionismo altruista, si se nos permite la expresión, que pretendiera efectivamente difundir la libertad, sino de uno individualista y egoísta, cuyo

Pinheiro, *Crusade and Conquest: Anti-Catholicism, Manifest Destiny, and the U.S.-Mexican War of 1846-1848*, Ann Arbor, Michigan, Pro Quest Company, 2001, p. 16 y 17.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 17 y 18. María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 67. Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 50. Durante la “época de Jackson”, la figura del presidente fue mucho más estimada que el poder legislativo, pues se creía que aquel representaba a las mayorías, en tanto que los congresistas encarnaban los intereses particulares de los Estados de la Unión. John Christopher Pinheiro, *op. cit.*, p. 27. Como se mencionó en el apartado 1.3. “La creencia del pueblo elegido hacia 1845”, el gran opositor del Partido Demócrata, durante aquellos años, fue el Partido Whig. *Vid. supra*, p. 49.

⁵¹ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 104, 105 y 117. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 31. La frase “extensión del área de la libertad” fue acuñada por Andrew Jackson en una carta que éste le escribió a Aaron V. Brown, en 1843, y que fue publicada un año después. En ella, Jackson expresó su preocupación por la supuesta interferencia del absolutismo europeo en Texas. Según Jackson, para evitar el peligro de la intromisión europea en Norteamérica, había que “extender el área de la libertad”, anexando Texas. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 103. Robert Walter Johannsen, *To the Halls of the Montezumas: The Mexican War in the American Imagination*, New York, Oxford University Press, 1985, p. 56. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 112 y 113.

único interés era ampliar el “área de la libertad” para el disfrute de los propios estadounidenses (de los varones blancos), incluso a costa de otros habitantes del continente, como los pueblos indígenas o los mexicanos.⁵²

En términos generales, los “hombres comunes” de la época de Jackson, quienes se supone se beneficiarían de la expansión territorial, y los cuales constituyeron la base social del Partido Demócrata, no eran sino granjeros anglófobos y antimonárquicos, así como obreros ciudadanos, que normalmente eran inmigrantes europeos o hijos de inmigrantes europeos (*offspring immigrants*). Se trataba de varones humildes con arraigadas ideas republicanas y democráticas, aunque también de pensamiento racista, clasista y machista. Estos hombres se oponían a las élites urbanas, al Partido Whig, y a las instituciones promovidas por éste, como los grandes bancos y las fábricas. Por su parte, los plantadores esclavistas del sur, aunque poco tenían de “comunes”, al menos en un sentido económico, también apoyaban al partido de Jackson, que de hecho, también era propietario de plantaciones y de esclavos.⁵³

Estos “hombres comunes”, que se encontraban dispersos por todo Estados Unidos, tenían ideas fuertemente arraigadas a partir de las cuales proyectaban una expansión ilimitada para su país, por lo que eran firmes partidarios del expansionismo territorial estadounidense. Los políticos y periodistas afines a esta ideología hicieron eco de ella por diversos medios. El congresista Andrew Kennedy de Indiana, por ejemplo, expresó en 1846, que llegaría el día en que la población estadounidense se multiplicaría hasta ocupar todo el territorio comprendido entre el estrecho de Bering y Panamá.⁵⁴ Poco antes, se leyó lo siguiente en un editorial del *New York Morning News*, titulado *The Popular Movement* (“El movimiento popular”), en torno al avance de los pioneros estadounidenses hacia el oeste: “Más recientemente, ellos han sido la vanguardia del avance de la civilización, como la espuma en una ola que avanza, señal de su acercamiento irresistible. Este es el curso natural e inmutable

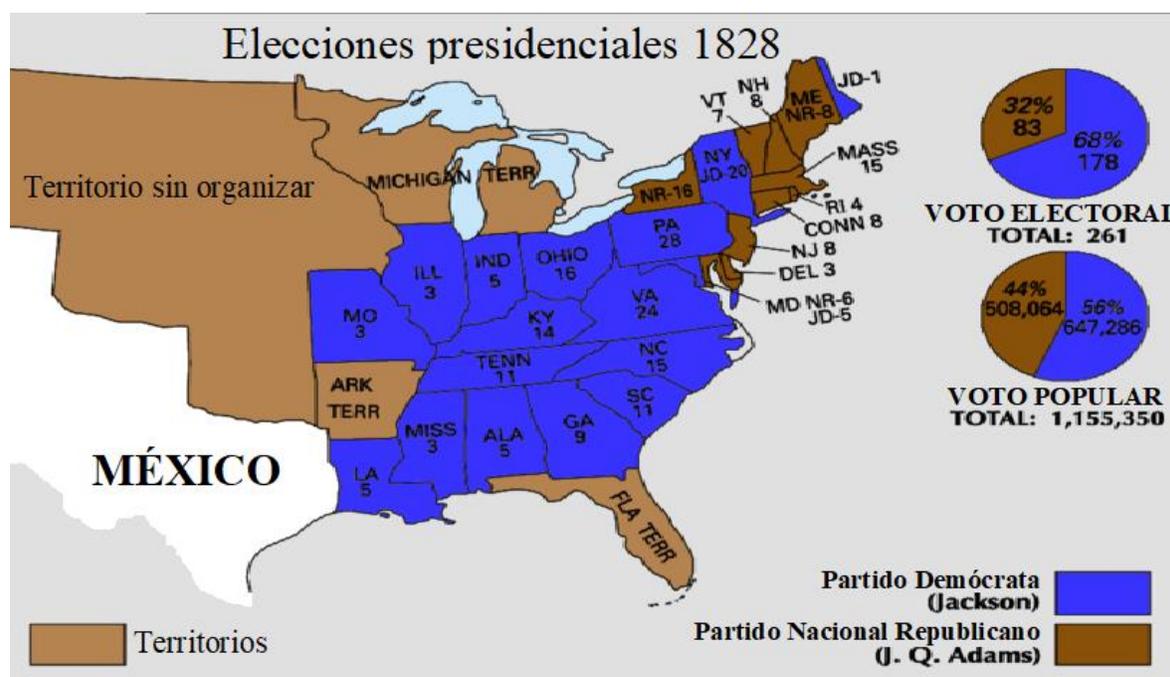
⁵² *Ibid.*, p. 118, 119, 126 y 127. Para la década de 1830 los estados del oeste, y muchos de los estados de la costa atlántica, habían otorgado el derecho a voto a todos los varones blancos mayores de edad, eliminando el elemento de la propiedad como un requisito para poder votar. Según Eric Foner, esta ampliación del sufragio fue otro incentivo de la expansión territorial. *Vid.* Eric Foner, *The Story of American Freedom*, New York, WW Norton, 1999, p. 51 y 52.

⁵³ Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 144 y 145. Amy S. Greenberg, *A Wicked War. Polk, Clay, Lincoln, and the 1846 U.S. Invasion of Mexico*, New York, Alfred A. Knopf, 2012, p. 26. John Christopher Pinheiro, *op. cit.*, p. 20.

⁵⁴ Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 29 y 41.

hasta que las olas del Pacífico hayan cerrado y restringido el movimiento progresivo”.⁵⁵ En un sentido similar, James Gordon Bennett, editor del *New York Herald*, escribió lo siguiente el 25 de septiembre de 1845:

La mente de los hombres ha despertado a la clara convicción del destino de esta gran nación de hombres libres. Ya sin los límites que la naturaleza marcó para aquellos individuos de poca fe de la última generación, y designados al dominio del republicanismo en este continente, los pioneros de la civilización y las instituciones libres anglosajonas, ahora buscan territorios distantes, extendiéndose incluso a las costas del Pacífico; y está claro para todos los hombres de sobrio entendimiento, que los blasones de la república deberán pronto envolver el hemisferio entero, desde las heladas tierras salvajes del norte hasta las más prolíficas regiones del alegre y prolífico sur.⁵⁶

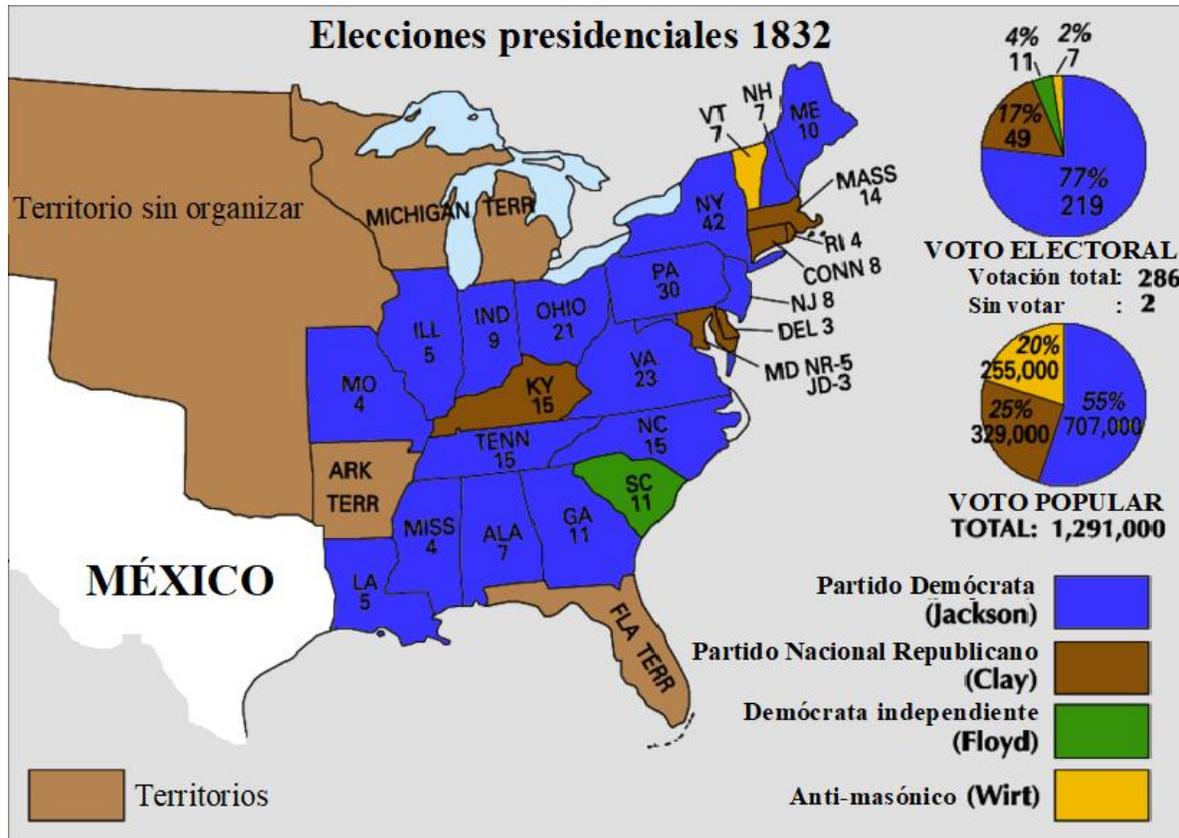


Mapa 5 “Elecciones presidenciales, 1828”, The National Atlas of the United States of America, *Presidential Elections 1828-1840. Electoral Votes* (sitio web), United States of America, U.S. Department of the Interior/U.S. Geological Survey, 2009, https://nationalmap.gov/small_scale/printable/images/pdf/elections/elect03.pdf (consulta: 3 de marzo de 2019). Alguna información fue traducida del inglés al español. Como lo ilustra el mapa, Andrew Jackson se impuso en las elecciones

⁵⁵ “Those later have rolled forward in advance of civilization, like the surf on an advancing wave, indicative of its resistless approach. This is the natural, unchangeable continue until the waves of the Pacific have hemmed in and restrained the onward movement.” Editorial del 24 de mayo de 1845, citado en *ibid.*, p. 22.

⁵⁶ “The minds of men have been awakened to a clear conviction of the destiny of this great nation of freemen. No longer bounded by those limits which nature had in the eye of those of little faith [in] last generation, assigned to the dominion of republicanism on this continent, the pioneers of Anglo-Saxon civilization and Anglo-Saxon free institutions, now seek distant territories, stretching even to the shores of the Pacific; and the arms of the republic, it is clear to all men of sober discernment, must soon embrace the whole hemisphere, from the icy wilderness of the North to the most prolific regions of the smiling and prolific South.” Citado en *ibid.*, p. 46.

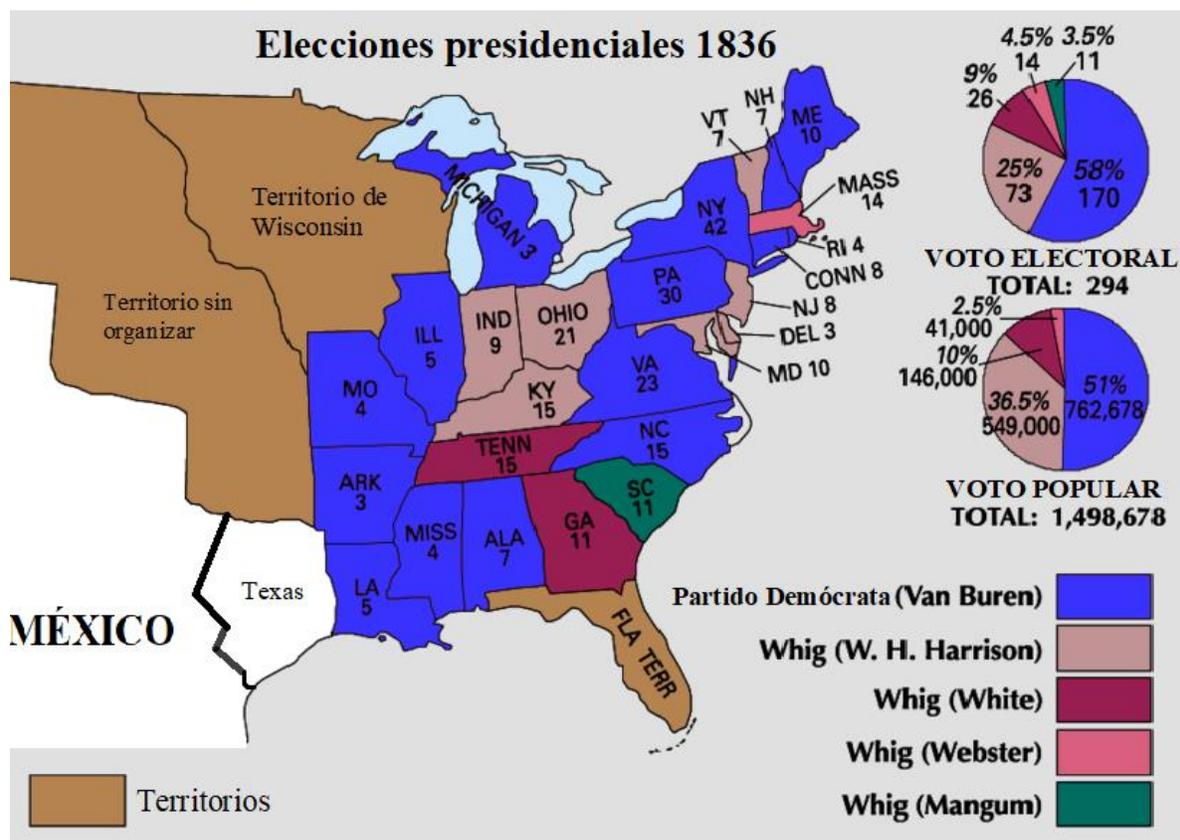
presidenciales de 1828, tanto en el voto electoral como en el popular a su rival, John Quincy Adams, del Partido Republicano. El sistema de elección presidencial de Estados Unidos es indirecto. Esto quiere decir que, con sus votos, los estadounidenses no eligen al presidente sino a los miembros del Colegio Electoral, o electores, en cada estado de la Unión. Éstos son los encargados de votar por tal o cual candidato. El número de votos de cada estado corresponde al número total de sus representantes y de sus senadores, lo cual se traduce en que el número de votos por estado varía de entidad a entidad. Vid. USAGov en Español, *Proceso electoral presidencial* (sitio web), Gobierno de Estados Unidos, <https://www.usa.gov/espanol/proceso-electoral#item-212370> (consulta: 4 de abril de 2019). Este mapa, junto con los que le siguen a continuación (mapas 6-9), muestran la afinidad de cientos de miles de electores estadounidenses con la plataforma política del Partido Demócrata, dentro de la que destacaba la expansión territorial. Asimismo, estos documentos dan cuenta de la hegemonía política de dicho partido por más de una década.



Mapa 6 “Elecciones presidenciales, 1832”, The National Atlas of the United States of America, *Presidential Elections 1828-1840. Electoral Votes* (sitio web), United States of America, U.S. Department of the Interior/U.S. Geological Survey, 2009, https://nationalmap.gov/small_scale/printable/images/pdf/elections/elect03.pdf (consulta: 3 de marzo de 2019). Alguna información fue traducida del inglés al español. Como lo muestra el mapa, Andrew Jackson consiguió su reelección, en 1832, con un amplio margen de ventaja, tanto en los votos populares como en los del Colegio Electoral. La plataforma demócrata seguía teniendo entonces un amplio respaldo social.

Por su parte, la sensibilidad expansionista fue expresada en forma poética por Ralph Waldo Emerson. En un artículo aparecido en 1844, titulado *The Young American*, Emerson consideró que no sólo el continente americano era patrimonio estadounidense. Dice el autor: “El fecundo continente es nuestro, estado por estado, y territorio por territorio, hasta las olas del Océano Pacífico; nuestro jardín es la tierra inconmensurable”. Asimismo, el poeta declaró

la importancia de la tierra, apuntando entrelíneas la necesidad de la expansión territorial estadounidense: “La tierra es el remedio señalado para cualquier falsedad y alucinación presentes en nuestra cultura [...] Al mismo tiempo, con tierra barata, y la disposición pacífica del pueblo, todo invita a las artes de la agricultura, la jardinería y la arquitectura doméstica”.⁵⁷

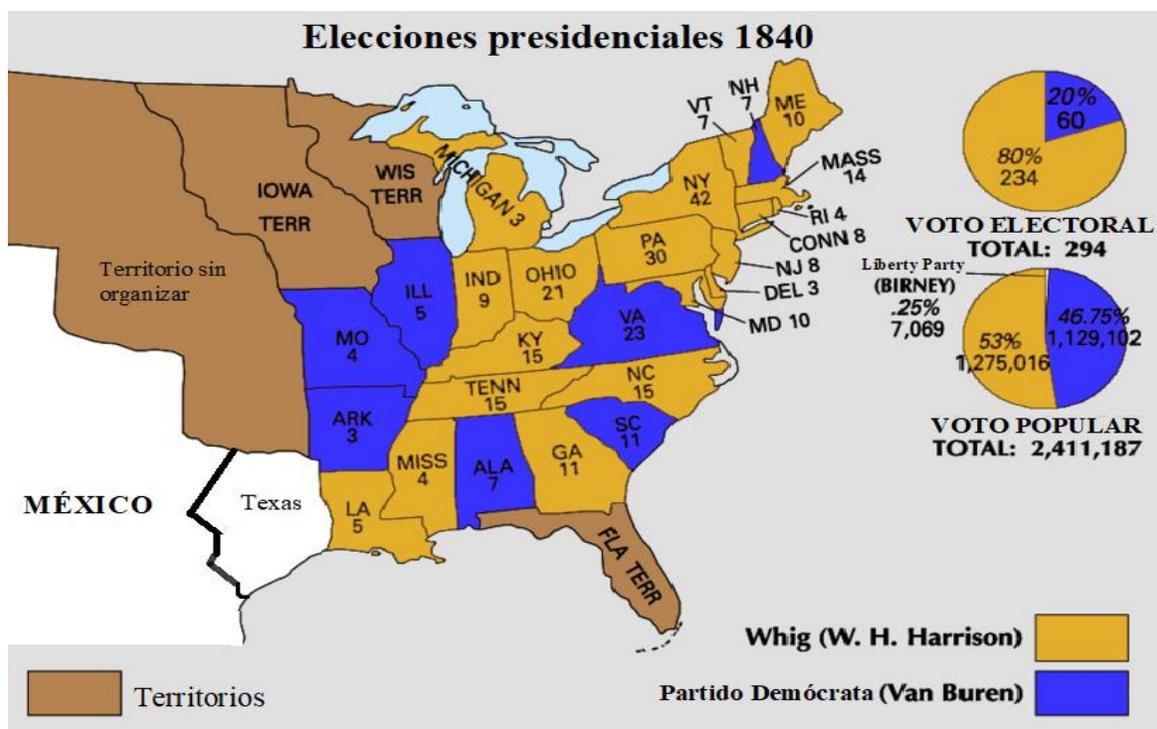


Mapa 7 “Elecciones presidenciales, 1836”, The National Atlas of the United States of America, *Presidential Elections 1828-1840. Electoral Votes* (sitio web), United States of America, U.S. Department of the Interior/U.S. Geological Survey, 2009, https://nationalmap.gov/small_scale/printable/images/pdf/elections/elect03.pdf (consulta: 3 de marzo de 2019). Alguna información fue traducida del inglés al español. Martin Van Buren, del Partido Demócrata, se impuso en esta contienda electoral contra los cuatro candidatos del entonces recién fundado Partido Whig, el cual fue creado para hacer frente a los demócratas.

De forma paralela, los gobiernos demagogos y populistas de Andrew Jackson y sus sucesores demócratas promovieron el despojo de las tierras indígenas, así como la expansión

⁵⁷ “The bountiful continent is ours, state on state, and territory on territory, to the waves of the Pacific sea; our garden is the immeasurable earth...”; “The land is the appointed remedy for whatever is false and fantastic in our culture [...] Meantime, with cheap land, and the pacific disposition of the people, every thing [sic] invites to the arts of agriculture, of gardening, and domestic architecture”. *Vid.* Ralph Waldo Emerson, *The Young American* (sitio web), Emerson Central, <http://www.emersoncentral.com/youngam.htm>. (consulta: 6 de septiembre de 2016).

territorial estadounidense a costa de México, incluso por medios violentos.⁵⁸ Desde la perspectiva del propio Jackson, cuyas palabras recuerdan en cierta medida a las de Emerson, la expansión “siempre sería necesaria si los Estados Unidos permanecen, en buena medida, como una república agraria según la línea de Jefferson, con una región entera del país sostenida por una economía de plantaciones basada en el trabajo esclavo”.⁵⁹



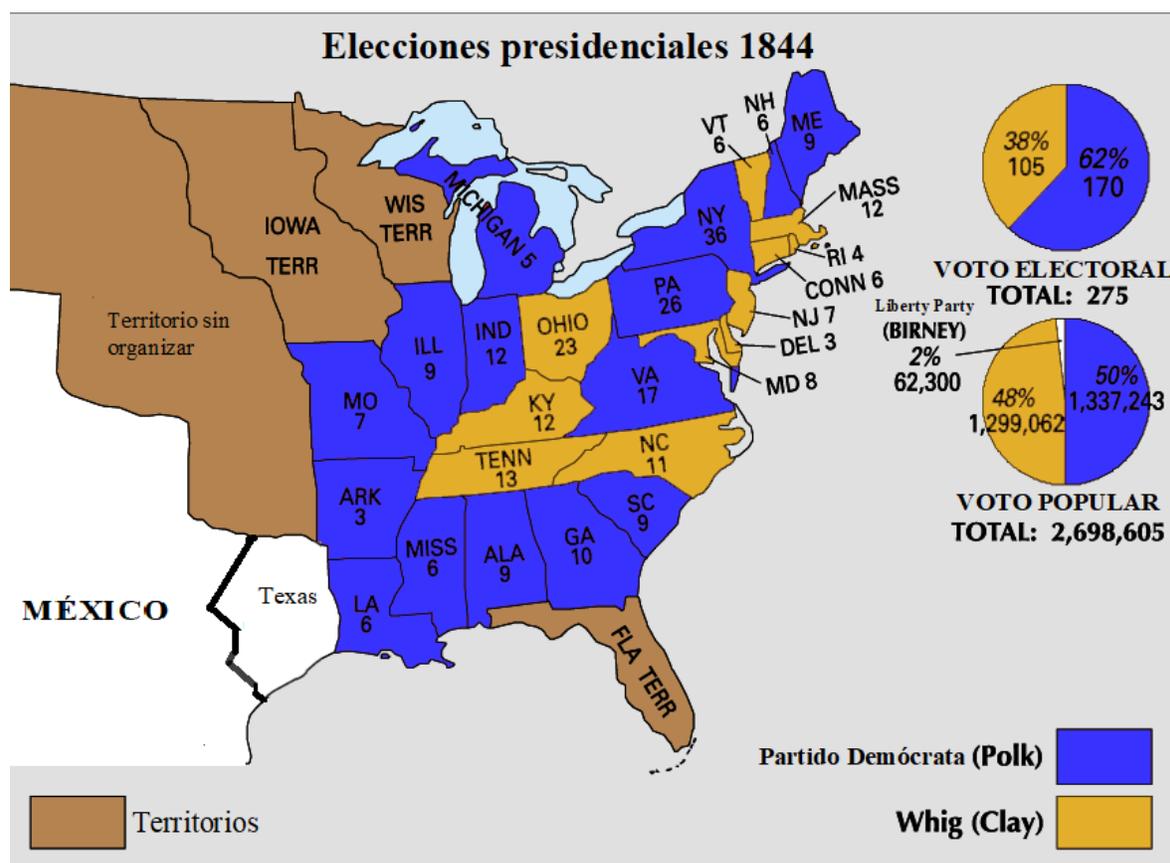
Mapa 8 “Elecciones presidenciales, 1840”, The National Atlas of the United States of America, *Presidential Elections 1828-1840. Electoral Votes* (sitio web), United States of America, U.S. Department of the Interior/U.S. Geological Survey, 2009, https://nationalmap.gov/small_scale/printable/images/pdf/elections/elect03.pdf (consulta: 3 de marzo de 2019). Alguna información fue traducida del inglés al español. Aunque los demócratas perdieron las elecciones de 1840 obtuvieron casi la mitad del voto popular. Esto indica que, a pesar de su derrota, la plataforma política del Partido Demócrata seguía siendo atractiva para buena parte del electorado estadounidense.

En cierta medida, el hambre de tierras de la década de 1840 puede explicarse como consecuencia de un renovado temor a una intervención británica o francesa en Norteamérica.

⁵⁸ John Christopher Pinheiro, *op. cit.*, p. 18-21 y 71. María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 75 y 76. *Vid. ibid.*, p. 76 y 77. *Vid. supra* p. 65, nota 26.

⁵⁹ “would always be necessary if the United States was to remain a largely agrarian republic along Jeffersonian lines, with one whole region of the country supported by a slave-based, plantation economy.” Citado en John Christopher Pinheiro, *op. cit.*, p. 19. El ideal de Thomas Jefferson era el de hacer a Estados Unidos una república de pequeños propietarios agrícolas. De ahí la importancia de la tierra en el ideal de república de Jefferson y Jackson. Por otro lado, durante la presidencia de James Knox Polk (1845-1849), el hambre de tierras creció como nunca antes en la historia estadounidense. *Vid. Anders Stephanson, op. cit.*, p. 41.

El miedo a que alguna de esas dos potencias europeas atrajera a su zona de influencia o anexara Texas, Oregon y/o Alta California, reavivó el ánimo expansionista que se había mantenido estable durante los primeros años del periodo jacksoniano. “Extender el área de la libertad” implicaba entonces acabar con el supuesto peligro europeo (monárquico). Por eso, en términos generales, la expansión territorial de aquellos años fue, para los expansionistas, una forma de reafirmar la doctrina Monroe y de proteger la democracia, la libertad y la seguridad de la nación estadounidense.⁶⁰



Mapa 9 “Elecciones presidenciales, 1844”, The National Atlas of the United States of America, *Presidential Elections 1844-1856. Electoral Votes* (sitio web), United States of America, U.S. Department of the Interior/U.S. Geological Survey, 2009, https://nationalmap.gov/small_scale/printable/images/pdf/elections/elect04.pdf (consulta: 3 de marzo de 2019). Alguna información fue traducida del inglés al español. Aunque las elecciones fueron muy cerradas, los demócratas recuperaron la presidencia a través de James Knox Polk, un expansionista que había prometido “re-anexar” Texas y “re-ocupar” Oregon.

Cabe señalar que, entre 1803, cuando el gobierno estadounidense compró el vasto territorio de Luisiana, y 1819, año en que se firmó el Tratado Adams-Onís entre España y

⁶⁰ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 112-116.

Estados Unidos, el territorio de la Unión se duplicó. Asimismo, como ya lo habíamos anticipado, tras la Guerra anglo-estadounidense (1812-1815), la república quedó menos expuesta a una posible invasión británica, y sus fronteras fueron aseguradas como nunca antes.⁶¹

Por otro lado, existió una fuerte contradicción entre la supuesta “extensión del área de la libertad” y las implicaciones del expansionismo. Esta situación, que fue señalada por los abolicionistas del norte, puede ser expresada a manera de pregunta: ¿cómo extender el área de la libertad, y al mismo tiempo, difundir la esclavitud? No debe olvidarse que muchos de los colonos angloamericanos de Texas llevaron consigo a sus esclavos negros. Como república independiente, Texas permaneció como un estado esclavista, y al incorporarse a los Estados Unidos, se mantuvo como tal.

Según Andrew Jackson, anexar Texas sería ampliar la zona de la libertad porque de tal forma se mantendría a raya al “absolutismo” europeo, al tiempo que se extendería la democracia estadounidense. Para los sureños esclavistas, por su parte, no existía ninguna contradicción entre la libertad del hombre blanco y la esclavitud del afroamericano, pues a partir sus creencias religiosas y racistas, el angloamericano consideraba que la esclavización de los negros era legítima y natural. En el fondo, cuando los estadounidenses de la primera mitad del siglo XIX hablaban de libertad, se referían a la libertad del varón blanco, ni más ni menos.⁶² Por eso, lo que para nosotros es incongruente, era inobjetable y conveniente para los expansionistas racistas de aquella época. Yo, por mi parte, seguiré sosteniendo que la libertad es incompatible con la esclavitud, y que la explotación de cualquier ser humano no es justa ni justificable desde ninguna perspectiva y bajo ninguna circunstancia.

A partir de la cesión española de las Floridas, en 1819, el proceso de expansión territorial estadounidense implicó siempre el avance de la población angloamericana antes que la incorporación oficial de nuevos territorios a los Estados Unidos. En otras palabras, los pioneros estadounidenses penetraron las tierras antes de que su gobierno las adquiriera o

⁶¹ William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 58. Se estima que entre 1804 y 1814, llegaron a Nueva Orleans cerca de 10 mil inmigrantes angloamericanos. Para 1820, el estado de Luisiana contaba ya con 153 mil habitantes. *Vid.* Ray Allen Billington, *op. cit.*, p. 93 y 94.

⁶² Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 118 y 124.

anexara.⁶³ Esto se explica en parte por el crecimiento demográfico de la sociedad estadounidense durante la primera mitad del siglo XIX.

Hacia 1820, la mayoría de los estadounidenses aún vivía al este de los montes Apalaches. Sin embargo, en los años subsecuentes, la explosión demográfica, y la densidad de población, motivaron a miles a migrar hacia el oeste.⁶⁴ Entre 1830 y 1850, la población de los Estados Unidos casi se duplicó, pasando de 12.9 millones de habitantes en 1830, a 23 millones dos décadas después. Esta situación propició el flujo de nuevas olas migratorias. En consecuencia, no es sorprendente que, durante la década de 1840, las ciudades estadounidenses hayan crecido con una rapidez nunca antes vista en la historia de aquel país.⁶⁵

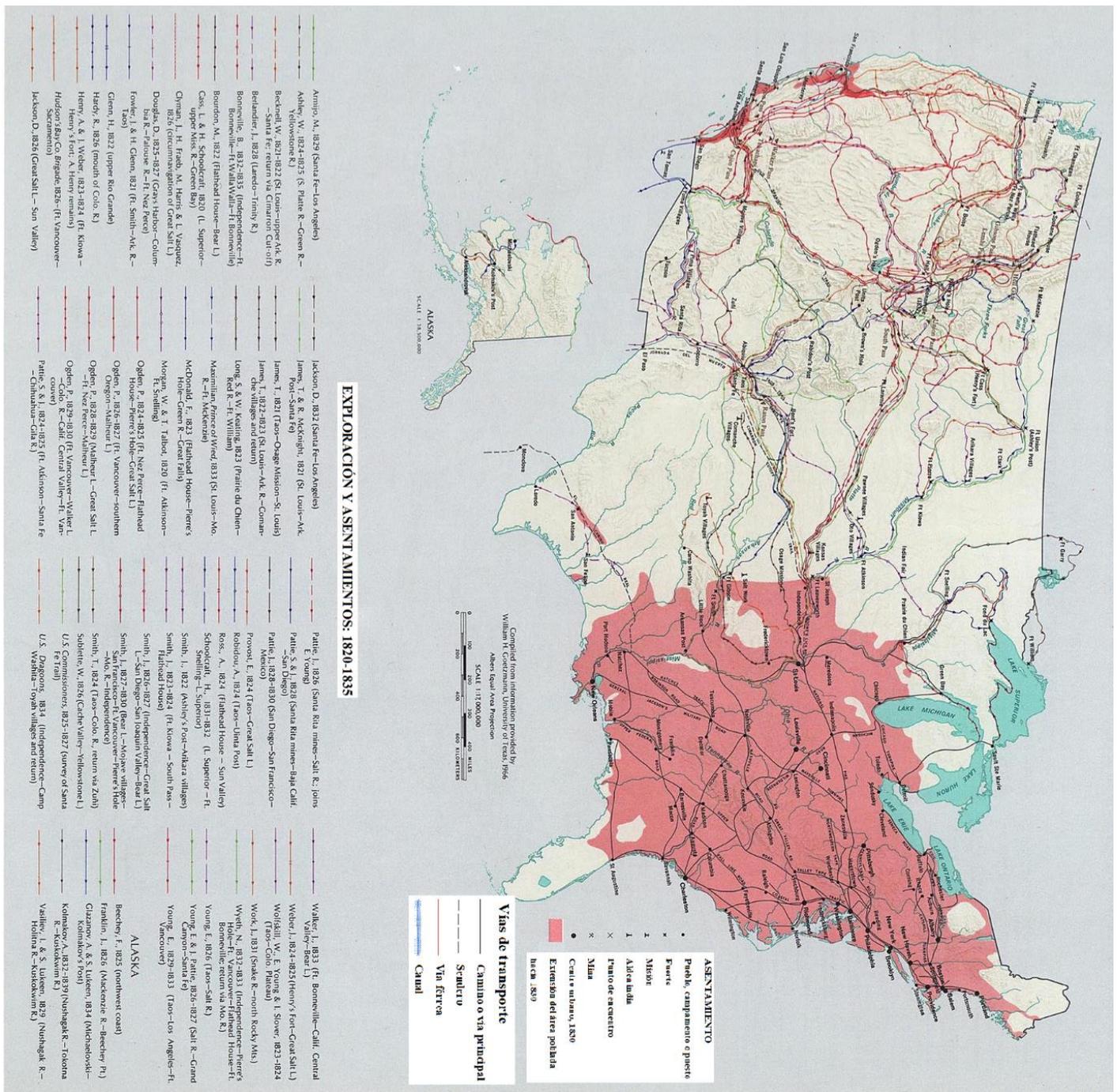
Claro está que, junto al crecimiento exponencial de la población estadounidense de las primeras décadas del siglo XIX, había intereses económicos que también motivaron la expansión territorial de los Estados Unidos. Los grandes capitalistas de la costa este, por ejemplo, vieron al expansionismo con buenos ojos, pues la adquisición de más territorios, y su poblamiento, abriría nuevos mercados para sus productos. De igual forma, estos empresarios estaban interesados en las tierras occidentales por la cantidad de materias primas que éstas les ofrecían. Asimismo, los comerciantes de Nueva Inglaterra y Nueva York ansiaban la apertura de puertos comerciales en el Pacífico, los cuales beneficiarían sus actividades lucrativas en ultramar.⁶⁶

⁶³ Ray Allen Billington, *op. cit.*, p. 184.

⁶⁴ En 1893, el historiador estadounidense Frederick Jackson Turner sostuvo que la historia de Estados Unidos era en gran medida la historia de la colonización del oeste norteamericano y que el desarrollo de dicho país se explicaba como una causa de este movimiento. Esta tesis ha sido de las más influyentes en la historia de la historiografía estadounidense. *Vid.* Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History*, 5ª reimp., Tucson, The University of Arizona Press, 2003, p. 1-3. Por su parte, Eric Foner ha planteado que las tierras del oeste fueron esenciales para mantener las condiciones sociales de lo que los estadounidenses (varones blancos) entendían como libertad. *Vid.* Eric Foner, *op. cit.*, p. 50.

⁶⁵ *Cfr.* Shelley Streeby, *American Sensations: Class, Empire, and the Production of Popular Culture*, San Diego, University of California Press, 2002, p. 11. María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 67. Se estima que el 27% de la población estadounidense vivía al oeste de los Apalaches hacia 1820, lo que representaba poco más de 2,600,000 personas. Entre 1810 y 1821, se formaron seis nuevos estados al oeste de dichas montañas: Luisiana (1812), Indiana (1816), Misisipi (1817), Illinois (1818), Alabama (1819) y Misuri (1821). *Vid.* William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 59 y 60. José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 87. Para 1835, el territorio de Arkansas contaba con 70 mil pobladores, número que le valió su ingreso a la Unión como estado en 1836. Mientras tanto, al norte del valle del Misisipi, en el territorio de Iowa, vivían alrededor de 43 mil colonos hacia 1840. María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 71.

⁶⁶ Ray Allen Billington, *op. cit.*, p. 16 y 17. Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 52. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 28.



Mapa 11 "Exploración y asentamientos: 1820-1835", Arch C. Gerlach (ed.), *The National Atlas of the United States of America*, Washington D.C., United States Department of the Interior, United States Geological Survey, 1970, <https://legacy.lib.utexas.edu/maps/histus.html#growth.html> (consulta: 5 de marzo de 2019). Las acotaciones fueron traducidas del inglés al español.

incertidumbre comercial por cerca de diez años. Poco antes, entre 1834 y 1836, el costo de la vida ya se había incrementado en un 66%. El precio de un barril de harina, por ejemplo, pasó de 6 a 12 dólares en esos años. Por su parte, los salarios reales de los trabajadores urbanos no aumentaron al nivel de la inflación y, para colmo, la desconfianza que siguió a la crisis provocó que muchos comerciantes rechazaran el papel moneda con que miles de los obreros de la época veían remunerado su trabajo. Tan sólo en la ciudad de Nueva York, 6 mil trabajadores de la construcción perdieron sus empleos en 1837, y mientras muchos menesterosos mendigaban en sus calles, se multiplicaron los hospicios. Asimismo, entre la mitad y dos tercios de los comerciantes y vendedores de Filadelfia se sumaron a las filas del desempleo. Se estima que la crisis fue en parte consecuencia de la creación de una burbuja financiera, que a su vez fue el resultado de la excesiva circulación de papel moneda, producto de la proliferación de nuevos bancos que lo emitían sin tener reservas metálicas que lo sustentaran. Sin embargo, se cree que el factor determinante de aquella crisis se gestó del otro lado del Atlántico, cuando el Banco de Inglaterra detuvo el flujo de monedas hacia los Estados Unidos.⁶⁷

En el otoño de 1839, cuando aún se sentían los efectos de la crisis del 37, una nueva depresión golpeó la economía estadounidense. Al parecer, el colapso del Segundo Banco de Estados Unidos (*The Second Bank of the United States*) provocó la nueva crisis. Se estima que sólo en la ciudad de Nueva York, alrededor de 50 mil personas perdieron sus empleos, mientras que, en los estados del sur, muchos plantadores se declararon en bancarrota. Los efectos negativos de esta nueva crisis se sintieron, por lo menos, durante toda una década.⁶⁸

Si consideramos que, en su conjunto, tanto los campesinos estadounidenses que migraron del campo a las ciudades, como los inmigrantes europeos que llegaron a Estados Unidos, fundamentalmente irlandeses y alemanes, constituían el 40% de la fuerza de trabajo del país, a finales de la década de 1840, entonces podremos hacernos una idea del impacto

⁶⁷ En contraparte, durante la década de 1830 los especuladores y los grandes industriales y banqueros se beneficiaron con la creación de nuevas instituciones bancarias. Entre 1834 y 1837 fueron creados 194 bancos por medio de actas constitutivas del Congreso, a pesar de la férrea oposición del presidente Andrew Jackson. Cfr. Robert D. Sampson, *John Louis O'Sullivan and his Times*, Kent, Ohio, The Kent State University Press, 2003, p. 17 y 34-37, https://books.google.com.mx/books?id=d1y5ew93xxIC&pg=PA27&source=gbs_toc_r&cad=2#v=onepage&q&f=true (consulta: del 19 al 23 de agosto de 2017).

⁶⁸ *Ibid.*, p. 74, https://books.google.com.mx/books?id=d1y5ew93xxIC&pg=PA27&source=gbs_toc_r&cad=2#v=onepage&q&f=true (consulta: 26 de agosto de 2017).

que las crisis económicas tuvieron sobre esta población ya de por sí vulnerable. Si también tomamos en cuenta que las condiciones laborales de estas personas eran, por lo general, precarias, entonces comprenderemos también su necesidad de buscar nuevos medios de subsistencia. En una época de crisis, la expansión representó para dicho sector de la población, al menos en teoría, una oportunidad de salir adelante.⁶⁹

Una de las consecuencias de las crisis de finales de la década de 1830 fue la avidez de reformas políticas, económicas, sociales y hasta espirituales, por parte de la sociedad estadounidense, para paliar las condiciones desfavorables en que vivía la mayoría. De entre estas exigencias destaca la de la expansión territorial. Esto significa que una parte de la población consideró que, a través de aquella, se podrían revertir los efectos de las crisis económicas, pues se creía que las nuevas tierras proporcionarían techo y sustento a quienes habían sido golpeados por las depresiones. De hecho, esta fue una de las causas del triunfo electoral de James Knox Polk en las elecciones presidenciales de 1844, cuya plataforma política era básicamente expansionista.⁷⁰

Por otro lado, la crisis económica de 1837, aunada a la sobrepoblación del valle del Misisipi, obligó a muchos de los habitantes del sur a buscar oportunidades en las tierras del oeste. Como muchos de los territorios contiguos a las fronteras del suroeste eran poco fértiles, como las grandes llanuras, o las mejores tierras ya se encontraban ocupadas, los inmigrantes se vieron obligados a trasladarse más lejos, hacia Texas, e incluso hasta Nuevo México y Alta California, en territorio mexicano, así como a Oregon.⁷¹ No es casual que antes de la anexión de Texas a los Estados Unidos, en 1845, miles de pioneros estadounidenses ya habitaban el vasto septentrión mexicano, desde el Golfo de México hasta las costas del océano Pacífico, así como Oregon. Por todo lo anterior podemos sostener que las condiciones que dieron pie a la migración hacia el oeste fueron tanto coyunturales como estructurales.

⁶⁹ Shelley Streeby, *op. cit.*, p. 11. Como vimos en el capítulo anterior, las clases populares asimilaron en parte la creencia del destino y la misión estadounidenses a través de la prensa y la literatura baratas. Algo similar sucedió con las ideas expansionistas, las cuales fueron transmitidas en buena medida a través de estos mismos medios de comunicación. *Vid. supra*, Capítulo 1, p. 47.

⁷⁰ Por medio de eufemismos, Polk prometió anexar Texas y Oregon a Estados Unidos. Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 53. John Christopher Pinheiro, *op. cit.*, p. 25. Richard Winders, *op. cit.*, p. 7 y 8. Ray Allen Billington, *op. cit.*, p. 132. Robert D. Sampson, *op. cit.*, p. 34, https://books.google.com.mx/books?id=d1y5ew93xxIC&pg=PA27&source=gbs_toc_r&cad=2#v=onepage&q&f=true (consulta: 19 de agosto de 2017).

⁷¹ Ray Allen Billington, *op. cit.*, p. 108 y 135.

Mención aparte merece la migración de los mormones llevada a cabo durante la década de 1840. Los mormones penetraron en Alta California, y se instalaron en las tierras del actual estado de Utah. A diferencia de otros grupos de estadounidenses, los mormones marcharon hacia el oeste huyendo de las persecuciones religiosas que sufrieron durante aquella época. Sin embargo, si en algo se asemejaron a otros migrantes estadounidenses fue en creer que, como pueblo elegido, debían construir el reino de Dios en el oeste.⁷²

Aunque las condiciones económicas y sociales explican en buena medida la marcha hacia el oeste de miles de estadounidenses, la ideología expansionista no dejó de utilizarse como bandera para legitimar la expansión territorial, tanto por ciudadanos comunes y corrientes, como por los políticos demócratas y uno que otro *whig*. En síntesis, los ya conocidos principios de “extender el área de la libertad”, la predestinación geográfica, la seguridad nacional, la anglofobia, el antihispanismo, el destino providencial y la pretendida superioridad moral y biológica de la raza angloamericana y sus instituciones, fueron utilizados como argucias para legitimar la invasión, ocupación y anexión de los territorios poblados contiguos a las fronteras estadounidenses. Texas fue el primer gran escenario donde se pusieron en juego todos estos elementos de la ideología expansionista.⁷³

Tener en cuenta la anexión de Texas a los Estados Unidos es fundamental para entender la coyuntura que dio pie al concepto de destino manifiesto, pues ésta motivó a John L. O’Sullivan a escribir el artículo “Annexation”, que fue donde lo acuñó. De ahí la importancia de describir, al menos de forma breve, el proceso de incorporación de Texas a la república estadounidense.

Aunque hubo varios reclamos e intentos de anexar Texas por parte de filibusteros, aventureros y políticos estadounidenses, desde 1817, poco se logró al respecto en términos oficiales. De hecho, el proceso de anexión de Texas, ya en la década de 1840, fue el catalizador de las fuerzas expansionistas que se mantuvieron más o menos estables durante las dos décadas anteriores.⁷⁴

⁷² *Ibid.*, p. 161.

⁷³ María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 89 y 90. Norman Graebner (ed.), *op. cit.*, p. XXVI y XLVI. Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 292 y 302.

⁷⁴ “Chronology”, en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 1029-1038, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>. (consulta: 15 de diciembre de 2016). Norman Graebner (ed.), *op. cit.*, p. XXVII.

Tras la ratificación del Tratado Adams-Onís, en 1819, en el cual se fijaron las fronteras entre la Nueva España y Estados Unidos, muchos expansionistas yanquis quedaron insatisfechos, pues consideraron que Texas formaba parte de Luisiana y, por lo tanto, que pertenecía a Estados Unidos desde 1803, lo que desde luego era falso. Un ejemplo de esta postura es el texto que apareció el 9 de junio de 1819, en el *Natchez Independent* de Natchez, Misuri: “Texas no pertenece a México y nunca será suya... Texas forma parte de la Louisiana [sic] que recibimos de Francia. Hemos reclamado a España esa porción de nuestro territorio, y no lo cederemos a los independientes mexicanos”.⁷⁵

Un año después, aludiendo al mismo tema, el representante de Kentucky David Trimble expresó que “El título nada significaba. Las fronteras y las barreras naturales eran todo.” Estos testimonios son sólo un par de ejemplos de la forma en que los principios de la ideología expansionista comenzaron a ser utilizados como argumentos de la expansión territorial estadounidense.⁷⁶

Desde la consumación de la independencia de México, en 1821, las leyes mexicanas favorecieron la inmigración de miles de estadounidenses, que con o sin permiso penetraban cada año en territorio mexicano. Se estima que la población de Texas era de 20 mil habitantes a comienzos de la década de 1830, siendo angloamericanos 9 de cada 10. Asimismo, se calcula que entonces había en Texas un millar de esclavos negros. No es casual que la ley mexicana del 6 de abril de este último año, relativa a la inmigración, haya buscado detener el flujo de angloamericanos a suelo texano.⁷⁷

En noviembre de 1835, tras la disolución de la república federal mexicana, los colonos angloamericanos de Texas formaron una junta de gobierno y demandaron el restablecimiento

⁷⁵ Texto citado en José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 113. “Chronology”, en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 1029-1038, [http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc](http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc). (consulta: 15 de diciembre de 2016). La idea de que Texas formaba parte de Luisiana motivó parte del lema expansionista de la posterior campaña presidencial de James Knox Polk, a saber “re-anexar Texas”. La otra parte del lema expansionista de Polk era “re-ocupar Oregon”. *Vid.* Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 138.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 136 y 138.

⁷⁷ Ray Allen Billington, *op. cit.*, p. 118. “Chronology”, en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 1029-1038, [http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc](http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc). (consulta: 15 de diciembre de 2016).

de la Constitución federal de 1824, la renuncia de Antonio López de Santa Anna como presidente y el establecimiento de un estado texano separado de Coahuila. Meses después, Santa Anna en persona se presentó en Texas, con parte del ejército mexicano, para someter a los rebeldes. Durante el asedio mexicano de la antigua misión de El Álamo, el 2 de marzo de 1836, los delegados texanos (angloamericanos en su aplastante mayoría) declararon la independencia de Texas. Finalmente, el 22 de abril de ese año, los texanos triunfaron en la Batalla de San Jacinto, capturando a Santa Anna, y obligándolo a firmar el Tratado de Velasco, donde aquel reconoció, sin potestad para ello, la independencia de Texas.⁷⁸

Aunque muchos de los rebeldes angloamericanos impulsaron la anexión inmediata de Texas a los Estados Unidos, y a pesar de que los expansionistas estadounidenses hicieron lo mismo, sus esfuerzos fueron vanos por casi una década. Sin embargo, la independencia texana fue reconocida pronto por el gobierno estadounidense, el 3 de marzo de 1837. Esta fue una de las últimas acciones de la administración de Andrew Jackson, quien un día después dejó la presidencia. Durante su gobierno (1829-1837), Jackson había optado por una política de negociación para poder comprar o anexar Texas de forma pacífica, aunque no faltó quien se expresara a favor de su anexión violenta. De cualquiera de las dos formas se anhelaba, según la retórica de la época, “la extensión del área de la libertad”.⁷⁹

Por otro lado, quienes deseaban la anexión de Texas a Estados Unidos, más allá de la esfera gubernamental, no dudaron en expresar abiertamente este anhelo. De hecho, muchos expansionistas llegaron a decir que ese era el destino de la república de la estrella solitaria. En 1844, por ejemplo, se leyó lo siguiente en la *United States Magazine and Democratic Review*: “Durante mucho tiempo hemos creído que la inclusión de Texas en la Unión es [...] un hecho indeleblemente inscrito en el libro del destino y la necesidad futuros”.⁸⁰

Asimismo, el principio de seguridad nacional, o el temor de una intervención británica o francesa en Norteamérica, estimularon el deseo de anexar Texas a los Estados Unidos. Por

⁷⁸ *Idem*, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX2688999999http://go.galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>. (consulta: 15 de diciembre de 2016).

⁷⁹ *Idem*, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX2688999999http://go.galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>. (consulta: 15 de diciembre de 2016). Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 91. John Christopher Pinheiro, *op. cit.*, p. 29.

⁸⁰ Citado en Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 221.

un lado, el gobierno temía que los europeos utilizaran a esta república como un dique contra la expansión territorial estadounidense. Por el otro, los plantadores sureños sospechaban que los británicos presionarían a los texanos para abolir la esclavitud si Texas permanecía en la órbita de influencia de Gran Bretaña, lo cual perjudicaría el sistema económico de los estados del sur. De cualquier forma, y en función de su ideología, los expansionistas estadounidenses ansiaban anexas Texas cuanto antes.⁸¹

John Tyler, presidente de los Estados Unidos entre 1841 y 1845, insistió también en la anexión de Texas. En un tono similar al que después expresaría John Louis O'Sullivan, Tyler trató esta cuestión como un asunto diplomático exclusivo de los Estados Unidos y la república texana. Y como lo haría su sucesor, James Knox Polk, el entonces presidente rechazó cualquier intervención de las potencias europeas en dicho asunto.⁸²

Por su parte, desde su primer discurso presidencial, Polk consideró que la anexión de Texas sería sólo el primer paso para la realización del destino providencial de los estadounidenses. Como Tyler, Polk supuso que la anexión sería un proceso pacífico que sólo competiría a Texas y a Estados Unidos. Asimismo, desde aquel mensaje inaugural dirigido al Congreso, Polk estableció los ejes de una política expansionista que llevaría a cabo sin dilación.⁸³

Aunque otras administraciones ya habían intentado incorporar Texas a Estados Unidos, fueron los gobiernos de Tyler y de Polk los que dieron los pasos definitivos en este sentido. La llamada Acta de Anexión, documento en el cual los Estados Unidos invitaron a Texas a integrarse a la Unión, fue aprobada en el Congreso estadounidense el 1º de marzo de 1845. Por su parte, el gobierno texano aceptó la susodicha invitación el 4 de julio de ese

⁸¹ *Ibid.*, p. 364 y 365. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 97-98 y 101. Merk, *La Doctrina Monroe y el expansionismo...*, p. 22-33.

⁸² "John Tyler: President's Annual Message (December 3, 1844)", en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 793, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://go.galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>. (consulta: 6 de diciembre de 2016).

⁸³ Amy S. Greenberg, *op. cit.*, p. 33. "James K. Polk: Inaugural Address (March 4, 1845)", en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 807, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://go.galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>. (consulta: 7 de diciembre de 2016).

año, aunque la anexión no se hizo oficial sino casi medio año después, el 29 de diciembre. De esta forma, Texas se convirtió en el vigesimooctavo estado de la Unión.⁸⁴



Mapa 13 "La república de Texas, 1836-1845", Ch1902, *La República de Texas (en amarillo) de 1836 a 1845. El territorio disputado entre la República y México aparece en verde* (sitio web), Wikipedia, 2008, https://es.wikipedia.org/wiki/Historia_de_Texas#/media/File:Wpdms_republic_of_texas.svg (consulta: 5 de marzo del 2019). Este mapa se basa en otro consultado en Cambridge Modern History Atlas, *Map 71. Mexico and Texas 1845-1848* (sitio web), Cambridge University Press, 1912, https://legacy.lib.utexas.edu/maps/historical/ward_1912/mexico_texas_1845.jpg (consulta: 5 de marzo de 2019). La información del mapa fue traducida del inglés al español. De facto, Texas se mantuvo como república independiente entre 1836 y 1845, aunque México no reconoció su independencia. El territorio disputado entre México y Texas pasó a Estados Unidos con el Tratado de Guadalupe-Hidalgo de 1848.

⁸⁴ Amy S. Greenberg, *op. cit.*, p. 15. Norman Graebner (ed.), *op. cit.*, p. xxxv. "Chronology", en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 1029-1038, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX2688999999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400826&it=r&asid=fdc99f34ec97a7fe3462994c54227dcc>. (consulta: 15 de diciembre de 2016).

Desde el principio, el proceso de anexión de Texas fue problemático para los estadounidenses. Además de polarizar a la sociedad, sobre todo por las implicaciones que la incorporación texana tenía en función de la esclavitud, también provocó tensiones con México, que no había reconocido la independencia de su otrora estado.⁸⁵ Cuando la incorporación se hizo oficial, la falta de un acuerdo sobre la frontera entre Texas y México tensó aún más la situación. Hasta antes de su independencia, en 1836, pocos pusieron en duda que la frontera sur de Texas era el Río Nueces. Sin embargo, durante los diez años de vida independiente que tuvo la república texana y, sobre todo, después de su anexión a los Estados Unidos, los angloamericanos reclamaron el Río Bravo como el límite suroccidental de Texas.⁸⁶ A la larga, esta disputa fronteriza le sirvió a Polk como excusa para invadir México en 1846. Como esta no es propiamente una historia de la expansión territorial estadounidense, a partir de este punto sólo mencionaré los rasgos del proceso expansionista, después de la incorporación de Texas, que repercutieron en la formulación del concepto de destino manifiesto, dejando el resto del relato para otra ocasión.

Consumada la anexión de Texas, el gobierno de Polk se concentró en la obtención de otros territorios ambicionados tiempo atrás, empezando por Oregon. Oficialmente, la colonización de Oregon se remonta a 1818, cuando los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña firmaron un tratado de ocupación conjunta, el cual fue renovado en 1827. Ya desde aquellos años, políticos del noreste estadounidense, como John Quincy Adams, habían expresado su interés en incorporar Oregon a la Unión, sin que esto llegara a ser aún un tema de alcance nacional. La disputa por Oregon alcanzó su clímax entre 1845 y 1846, cuando finalmente se establecieron fronteras definitivas para dicho territorio. Poco antes, en 1845,

⁸⁵ Los colonos angloamericanos de Texas, en su mayoría provenientes de los estados del sur de Estados Unidos, llevaron consigo la esclavitud. Aunque el movimiento abolicionista fue pequeño durante las décadas de 1830 y 1840, fungió como una importante resistencia a la expansión territorial cuando ésta implicó la extensión de la esclavitud hacia nuevos territorios, como sucedió en el caso de Texas. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 89-91.

⁸⁶ Merk, *La Doctrina Monroe y el expansionismo...*, p. 125 y 126. Una investigación realizada por el bibliotecario y traductor del Departamento de Estado, Robert Greenhow, durante la presidencia de James K. Polk (1845-1849), titulada *History of Florida, Louisiana Texas and California, and of the Adjoining Counties, Including the Whole Valley of Mississippi*, reveló la falsedad de las pretensiones de los expansionistas estadounidenses. Por medio de una exhaustiva revisión y crítica de fuentes, Greenhow concluyó que Texas jamás había pertenecido a Luisiana, como éstos suponían. Asimismo, demostró que la pretendida frontera texana del Bravo era una invención, como lo era también la supuesta re-anexión de Texas. *Cfr. ibid*, p. 129 y 130. Por sus implicaciones, no es extraño que el texto de Greenhow haya sido publicado hasta 1856, siete años después de que Polk dejara la Casa Blanca. Ese mismo año (1849), Polk abandonó también este mundo.

una gran oleada de inmigración estadounidense había llegado a Oregon; unos 3 mil colonos provenientes de Estados Unidos arribaron a dicho territorio, duplicando así su población.⁸⁷



Mapa 14 “Oregon 1818-1846”, Karl Musser, *File: Oregon Country* (sitio web), Wikimedia Commons, August 2008, <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Oregoncountry.png> (consulta: 6 de marzo de 2019). Mapa elaborado por el geógrafo estadounidense Karl Musser y publicado en Wikimedia Commons. Algunos nombres fueron traducidos del inglés al español. Después de varias controversias, Estados Unidos y Gran Bretaña fijaron la frontera de Oregon, en 1846, en el paralelo 49 norte. Sin embargo, la isla de Vancouver permaneció por completo bajo la jurisdicción británica. Con este tratado quedaron atrás las pretensiones estadounidenses de ocupar todo Oregon (desde el paralelo 42° norte al 54° 40’ norte).

⁸⁷ Ray Allen Billington, *op. cit.*, p. 137, 138 y 157. Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 147 y 148. Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 16 y 22. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 91-93, 106-108 y 112.

Como lo hicieron en otros episodios de su historia expansionista, los estadounidenses asumieron que tenían, con respecto a Oregon, un derecho providencial. Para ellos, las reclamaciones británicas sobre este territorio eran absurdas, pues figuraban que Dios, por medio de la proximidad geográfica, y para salvaguardar su seguridad, le había otorgado a Estados Unidos un “título más válido” que cualquier otro sobre aquellas tierras. Y como si una licencia divina no bastara para inclinar la balanza, los expansionistas estadounidenses consideraban además que la “extensión del área de la libertad” hacia Oregon justificaba sus demandas territoriales. Así, aquellos expansionistas supusieron que este territorio era parte del botín que el destino les habría deparado.⁸⁸

Para ilustrar lo anterior, cito a continuación un fragmento de un texto escrito por el ex gobernador de Illinois, John Reynolds, del 29 de agosto de 1845. Dice Reynolds: “Pero con independencia de estos derechos de descubrimiento anterior y de ocupación previa, la naturaleza determinó que fuese necesario, justo y propio que Oregon formase parte de Estados Unidos. Con independencia de pergaminos o de títulos sobre papel, Oregon está destinado a formar parte de esta confederación”. Estas falacias, utilizadas como argumentos para anexar Oregon a los Estados Unidos, no eran exclusivas de los políticos estadounidenses, sino que eran también acreditadas y difundidas por la prensa de filiación expansionista de aquella época.⁸⁹

En 1844, una de las promesas de la campaña presidencial de James Knox Polk fue la de “re-ocupar” Oregon. Aunque este territorio nunca había sido realmente ocupado en su totalidad, por una mayoría de colonos estadounidenses, los expansionistas pretendían que Estados Unidos tenía más derechos sobre él que los británicos. Ya como presidente, Polk escribió en su diario, el 26 de agosto de 1845, que los Estados Unidos tenían “derecho a todo el territorio de Oregon”, es decir “desde el paralelo 42 norte hasta la latitud 54°40’”. Días después, Polk se refirió a las negociaciones con Gran Bretaña asumiendo, según los principios de la ideología expansionista mencionados previamente, que los derechos estadounidenses sobre aquella región eran justos, y que los británicos serían los únicos responsables de un hipotético desenlace violento entre ambas naciones. Dice Polk: “Estados

⁸⁸ Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 132 y 146.

⁸⁹ Citado en *ibid.*, p. 140. Otros testimonios de la época, similares al de John Reynolds, se encuentran en *ibid.*, p. 145-148, Norman Graebner (ed.), *op. cit.*, p. XXXIX y XLI, Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 38, y Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 32 y 36.

Unidos se mantendrá en lo justo ante la mirada de todo el mundo civilizado, y si la guerra fuera la consecuencia, Inglaterra estaría equivocada [...] si entramos en guerra [con Inglaterra] no será nuestra culpa”. El 24 de octubre del mismo año, el presidente reiteró su posición: “Ahora estaba dispuesto a hacer valer nuestro extremo derecho a todo el territorio [de Oregon]”.⁹⁰

Aunque algunos expansionistas radicales deseaban apoderarse de todo Oregon por medio de las armas, Polk propuso que el territorio fuera dividido en el paralelo 49, quedando las tierras del norte en posesión de los británicos, y el sur en manos de Estados Unidos. Después de algunos desencuentros, finalmente se firmó el Tratado de Oregon el 15 de junio de 1846. En él se estableció que la frontera entre ambos países sería el susodicho paralelo, con excepción de la isla de Vancouver, la cual quedó como territorio británico.

Después de anexar Texas e incorporar buena parte de Oregon a los Estados Unidos, Polk se dispuso a seguir extendiendo las fronteras estadounidenses. Por los testimonios escritos que dejó el entonces presidente, es claro que Alta California era la región que más codiciaba. Desde 1845, y hasta el término de la invasión a México, en 1848, el presidente instruyó a miembros del gobierno, el ejército y la marina para hacerse de Alta California y Nuevo México. En principio, el 16 de septiembre de 1845, Polk envió a John Slidell a la capital mexicana para negociar la compra de ambos territorios. El presidente deseaba que la frontera entre Estados Unidos y México fuera fijada en el Río Bravo, hasta la ciudad de El Paso, y de ahí, siguiendo una línea recta hacia el oeste, sobre el paralelo 32, hasta el océano Pacífico. Dichas propuestas fueron rechazadas por el gobierno mexicano.

En consecuencia, el presidente optó por invadir México para poder arrebatarse tanto Alta California como Nuevo México. Oficialmente, Estados Unidos le declaró la guerra a México el 13 de mayo de 1846 y la invasión duró cerca de dos años. El despojo fue finalmente concretado en febrero de 1848, con la Firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo, en el que además de ceder Alta California y Nuevo México, México renunció también a los territorios en disputa con Texas, al noreste del Río Bravo.⁹¹

⁹⁰ “right to the whole Oregon territory from 42° to 54°40’ North Latitude [...]”; “the U. States will stand in the right in the eyes of the whole civilized world, and if war was the consequence England would be in the wrong [...] if we do have war [with England] it will not be our fault.”; “I was now disposed to assert our extreme right to the whole [Oregon] country...” *Vid.* James K. Polk, *op. cit.*, t. I, p. 2-4 y 69.

⁹¹ *Ibid.*, t. I, p. 34, 35 y 307, t. II, p. 16, 57, 76, 77, 438 y t. III, p. 194. Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 72-80, 82 y 85. John Christopher Pinheiro, *op. cit.*, p. 27.



Mapa 15 “Negociación de la frontera mexicano-estadounidense (1845-1848)”, Reynaldo Sodro Cedeño y María Julia Sierra Moncayo, *Atlas conmemorativo 1810, 1910, 2010*, México, Siglo XXI Editores, p. 84 y 85. Con la ratificación del Tratado de Guadalupe-Hidalgo por los senados estadounidense y mexicano, en 1848, se consumó el despojo territorial perpetrado por los Estados Unidos a México.

Como ya lo hemos adelantado, las ansias expansionistas de la “época del hombre común” con respecto a los territorios mexicanos, así como a Oregon, no fueron compartidas por toda la sociedad estadounidense. De hecho, entre los propios expansionistas había matices. Algunos preferían la anexión pacífica de nuevos territorios, mientras otros estaban dispuestos a llegar hasta las últimas consecuencias con tal de hacerse de las ambicionadas

tierras. Asimismo, ciertos expansionistas anhelaban anexar todo México, en tanto que el resto sólo quería los territorios poco poblados del norte.⁹² Pero, ¿quiénes eran los expansionistas?

En general, los demócratas del noroeste y de los estados de Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania estaban a favor de la expansión territorial, aunque con sus respectivos matices, pues ni todos querían incorporar México entero ni deseaban la anexión de su heterogénea población, la cual era densa en el centro y en el sur del país. Estas diferencias no se dieron sólo entre *whigs* y demócratas, sino entre miembros de un mismo partido. Por su parte, en estados y territorios del medio oeste, como Ohio, Indiana, Illinois, Kentucky, Iowa y Wisconsin, buena parte de sus habitantes, incluidos los demócratas de la región, impulsaron la expansión por toda Norteamérica.⁹³

Aunque la mayor parte de los miembros del Partido Whig no compartía estas ambiciones, sus miembros nortños no veían con malos ojos la obtención de algún puerto mexicano del Pacífico, como San Francisco, en la Alta California. Por su parte, los miembros sureños de este partido estaban a favor de la anexión de Texas, pero se adherían más a la idea jeffersoniana de que se crearan repúblicas afines a los “principios estadounidenses”, pero independientes, en los territorios contiguos a Estados Unidos. A causa de su racismo, los *whigs* se oponían a la anexión de tierras densamente pobladas por indígenas y mestizos.⁹⁴

En la cuestión de Oregon, los *whigs* y los demócratas del este y del sur estaban a favor de una resolución pacífica. Ellos creían que, a la larga, sucedería con este territorio algo similar a lo acontecido en Texas, o sea, que se organizaría un gobierno independiente que, con el tiempo, solicitaría su anexión a los Estados Unidos. Por su parte, los demócratas del oeste preferían, salvo algunas excepciones, la incorporación incondicional de todo Oregon, aun poniendo en riesgo la paz con Gran Bretaña.⁹⁵

⁹² Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 108, 109, 112 y 113. El movimiento “Todo México” (*All Mexico Movement*) surgió durante la invasión estadounidense a México (1846-1848). Como su nombre lo dice, este movimiento buscaba la anexión de todo México a Estados Unidos. Éste fracasó en buena medida a causa del racismo y el anticatolicismo arraigados entonces en el grueso de la población estadounidense. *Vid.* John C. Pinheiro, “‘Religion without Restriction’: Anti-Catholicism, All Mexico, and the Treaty of Guadalupe Hidalgo”, en *Journal of the Early Republic*, University of Pennsylvania Press, v. 23, n. 1, Spring 2003, p. 69-96.

⁹³ Shelley Streeby, *op. cit.*, p. 20. John Christopher Pinheiro, *Crusade and Conquest...*, p. 37. Ramón Eduardo Ruíz (ed.), *The Mexican War. Was it Manifest Destiny?*, New York, Holt, 1967, p. 41-45. Para conocer a detalle quienes eran los expansionistas estadounidenses *vid. infra*. “Anexo 1. Los expansionistas estadounidenses”, p. 186.

⁹⁴ John Christopher Pinheiro, *Crusade and Conquest...*, p. 80.

⁹⁵ Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 63 y 64.

Los más críticos de la expansión territorial eran los protestantes de Nueva Inglaterra, que veían en la anexión de Texas y en la invasión a México una conspiración de la “esclavocracia” para extender la esclavitud. Sin embargo, la idea de colonizar Oregon con gente del noreste fue valorada por los novoiingleses como la difusión de los valores cristianos (calvinistas). Como la mayoría de sus compatriotas, los protestantes de Nueva Inglaterra se opusieron a la anexión de territorios habitados por millones de indígenas y mestizos mexicanos. Este hecho denota la fuerza que tenían las creencias racistas en la mentalidad de aquellos hombres.⁹⁶



Mapa 16 “Expansión territorial estadounidense, 1783-1898”, Pearson Education, Inc., *Atlas Map: US Territorial Expansion, 1783-1898* (sitio web), Pearson Education, Inc., 2003, http://wps.pearsoncustom.com/wps/media/objects/1693/1733989/atlas/atl_ah3_m004.html (consulta: 7 de marzo de 2019). Las acotaciones y algunos nombres fueron traducidos del inglés al español. En este mapa está resumido el proceso expansionista de los Estados Unidos hasta 1898.

⁹⁶ Shelley Streeby, *op. cit.*, p. 20. Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 16 y 22. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 91-93, 106-108 y 112.

* * * * *

La explosión demográfica de la sociedad estadounidense, aunada a sus necesidades e intereses económicos, así como a la ambición territorial de la década de 1840, fueron importantes factores que dieron pie a un movimiento social y político que desembocó en una agresiva expansión territorial. En menos de un lustro, Estados Unidos casi duplicó su tamaño, realizando lo que en otra época era poco más que una fantasía: la extensión de sus fronteras desde el océano Atlántico hasta las costas del Pacífico. Con sus respectivos matices y diferencias, hacia 1845 los estadounidenses creían que su país tenía un destino y una misión providenciales. Y ya fuera para justificar la expansión territorial, o para condenarla, apelaron a sus supuestas prerrogativas divinas.⁹⁷

⁹⁷ Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 49-52. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 90 y 91. Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 48 y 49. Amy S. Greenberg, *op. cit.*, p. 10 y 19.

3. John Louis O'Sullivan y el concepto de destino manifiesto

Los cielos, hombre, nos hacen girar en este mundo como ese
cabrestante, y el Destino es la palanca.

Herman Melville. *Moby Dick*

Todo lenguaje es un alfabeto de símbolos cuyo ejercicio
presupone un pasado que los interlocutores comparten.

Jorge Luis Borges. *El Aleph*

3.1. John Louis O'Sullivan (1813-1845)

No estoy revelando ningún secreto cuando digo que el paso implacable del tiempo se lleva todo consigo, y que los detalles de una vida suelen olvidarse con el andar de los años. Poco se ha dicho de John Louis O'Sullivan, y quizás por eso sabemos tan poco de él. Sostenemos, no sin tener dudas al respecto, que O'Sullivan acuñó el concepto de destino manifiesto en 1845. Tenemos la certeza, sin embargo, de que aquel hombre fue olvidado casi por completo, y que hoy pocos conocen su nombre y su historia.¹

Tal vez era 1779 cuando Thomas Herbert O'Sullivan, quien sirvió en ambos bandos durante la guerra de independencia de los Estados Unidos de América, se confrontó con el patriota angloamericano John Paul Jones. La subsecuente expulsión de O'Sullivan del

¹ En el 2003 se publicó la única biografía que existe de John Louis O'Sullivan, o al menos la única de la que yo tengo noticia. Según su autor, Robert D. Sampson, poco se había escrito entonces en torno a dicho personaje; algunos artículos de Julius Pratt y Sheldon Harris, y la tesis no publicada de este último, que data de 1958. Hoy en día, la información disponible sobre O'Sullivan sigue siendo escasa. El libro de Sampson ofrece datos valiosos, sin embargo, no se encuentra disponible en ninguna biblioteca del país, y sólo he podido consultarlo parcialmente en Internet. Por su parte, el libro de Edward L. Widmer, *Young America*, aporta información que me ayudó a llenar las lagunas dejadas por la revisión parcial del texto de Sampson. Cfr. Robert D. Sampson, *John Louis O'Sullivan and his Times*, Kent, Ohio, The Kent State University Press, 2003, p. xv, <https://www.questia.com/read/109346530/john-l-o-sullivan-and-his-times> (consulta: 13 de julio de 2017). Vid. Edward L. Widmer, *Young America. The Flowering of Democracy in New York City*, New York & Oxford, Oxford University Press, 1999.

ejército continental, y su partida a Europa no impidieron que su hijo, John Thomas O'Sullivan, obtuviera la nacionalidad estadounidense cuando recién nacía el siglo XIX. En 1806, John Thomas se embarcó junto con un grupo de compatriotas suyos hacia Nueva Granada, y buscando alzar aquel virreinato contra la autoridad española, casi encontró un lugar permanente en algún calabozo caribeño, lugar en el que seguramente hubiera terminado sus días, de no ser porque pudo escapar de las autoridades coloniales que lo habían apresado. En 1810, el viento del Atlántico llevó a John Thomas O'Sullivan a Gibraltar, lugar donde conoció a Mary Rowly, una joven inglesa de origen aristocrático, quien se convertiría en su esposa y en la madre de dos niñas y cuatro niños, entre ellos John Louis O'Sullivan.²

Tres años después, mientras una nueva guerra entre estadounidenses y británicos desangraba Norteamérica, una plaga azotó Gibraltar. Ironías de la historia: a pesar del conflicto, y para la buena suerte de la familia O'Sullivan, un almirante británico los invitó a resguardarse en su barco. Y así, al amparo del inclemente sol de los cielos bereberes y de la bandera británica, acunado por las aguas del Mediterráneo, nació John Louis O'Sullivan, el 15 de noviembre de 1813.³

El nacimiento de John Louis no puso fin a la vida de su padre en altamar. Hacia 1822, después de haber sido cónsul de los Estados Unidos en Marruecos, Argelia, Túnez y España, Thomas O'Sullivan se convirtió en capitán del buque estadounidense *Cantón*. Posteriormente, aprovechando la apertura de los puertos hispanoamericanos al comercio internacional, O'Sullivan se hizo de su propio barco, el *Dick*, sin sospechar lo que éste le acarrearía poco después. En 1825, luego de recuperar su embarcación de manos del cónsul estadounidense en Buenos Aires, un tal Mr. Forbes, quien lo había decomisado, O'Sullivan vio cómo ésta se hacía añicos al estrellarse en unas rocas cerca de la costa. Al intentar socorrer a su tripulación, el padre de John Louis murió ahogado, dejando en tierra una viuda, seis huérfanos, y una herencia poco cuantiosa.⁴

Mientras su padre navegaba hacia la muerte, John Louis, un joven de casi catorce años, se encontraba estudiando en Francia. Cuando Mary (Rowly) O'Sullivan se enteró del deceso de su esposo, en 1827, reunió a sus hijos en Londres, donde ella vivía entonces. Allí

² Robert D. Sampson, *op. cit.*, p. 1 y 2, <https://www.questia.com/read/109346530/john-l-o-sullivan-and-his-times> (consulta: 13 y 17 de julio de 2017).

³ *Ibid.*, p. 3, (consulta: 17 de julio de 2017).

⁴ *Ibid.*, p. 2-4.

pasaron el verano, en casa de Adreianne O’Sullivan, abuela de John Louis. No puedo dimensionar el impacto que aquellos meses tuvieron en la vida de este joven. Sin embargo, es probable que los relatos familiares de los O’Sullivan, contados por boca de la abuela, hayan estimulado la imaginación de aquel huérfano quien, por su parte, leyó en esos días las historias románticas de sir Walter Scott. Para el otoño de ese año, Mary O’Sullivan y su familia dejaron Londres, y cruzaron el océano, con destino a la ciudad de Nueva York.⁵

La otrora Nueva Ámsterdam, rebautizada por los británicos como Nueva York en el siglo XVII, era la ciudad más dinámica de Estados Unidos a mediados de la década de 1820. Por aquellos años, era común ver barcos de vapor surcar las aguas del Río Hudson y del Océano Atlántico, y a los estruendosos ferrocarriles entrar y salir de la ciudad cargados de gente y mercancías. El telégrafo magnético, recién inventado, permitió a los neoyorquinos una comunicación más efectiva con las poblaciones del oeste. Aquellas maravillas hicieron creer a más de uno que el Océano Pacífico estaba a tiro de piedra, y que nada detendría el avance de la civilización angloamericana, que se movía hacia el occidente a pasos agigantados. Entre el bullicio de las multitudes de Nueva York, y las luces fulgurantes de un alumbrado público como pocos en la época, el joven O’Sullivan se dispuso a continuar sus estudios, interrumpidos súbitamente por la muerte de su padre.⁶

El desempeño escolar de John Louis fue sobresaliente. En 1831, a sus 18 años, el joven O’Sullivan recibió el grado en artes por parte del Columbia College, que es donde estudiaba. Durante estos años formativos, aquel muchacho se hizo un lector empedernido de los clásicos, y complementó sus estudios trabajando como profesor de gramática. En 1835 su madre decidió mudar a la familia a Georgetown, a las afueras de Washington D.C. A pesar de ser la capital del país, Washington era apenas un caserío con calles de tierra, exceptuando, claro está, los conocidos edificios que siguen siendo la sede del gobierno federal estadounidense.⁷

⁵ *Ibid.*, p. 3.

⁶ *Ibid.*, p. 4. William Earl Weeks, *Building the Continental Empire: American Expansion from the Revolution to the Civil War*, Chicago, Ivan R. Dee, 1996, p. 83-85. Frederick Merk, *Manifest Destiny and Mission in American History: A Reinterpretation*, New York, Vintage, 1966, p. 50, 51 y 56. María del Rosario Rodríguez Díaz, *El Destino manifiesto en el discurso político norteamericano*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, p. 70. Se estima que, en 1820, la ciudad de Nueva York contaba con 152,056 habitantes, y con 391,114 hacia 1840.

⁶ Edward L. Widmer, *op. cit.*, p. 46.

⁷ Robert D. Sampson, *op. cit.*, p. 4 y 5, <https://www.questia.com/read/109346530/john-l-o-sullivan-and-his-times> (consulta: 17 de julio de 2017).

Unos años antes, a finales de 1827, Mary O’Sullivan había solicitado al gobierno federal, a través de la Cámara de Representantes, una indemnización de 100 mil dólares, en compensación por la gran pérdida provocada por Mr. Forbes, el cónsul estadounidense en Buenos Aires, responsable, a los ojos de la viuda, del hundimiento del *Dick*, y de la subsecuente muerte de su marido. En 1830, tras varios intentos infructuosos de que su solicitud fuera recibida, Mary O’Sullivan buscó el apoyo del entonces representante demócrata de Nueva York, Churchill C. Cambrelerg, para que defendiera su causa en el Congreso de los Estados Unidos. El Senado rechazó la petición de la señora O’Sullivan, en 1834, lo que al parecer la motivó a mudarse, junto con toda su familia, a los alrededores de la capital, donde podría continuar su lucha de manera más eficiente. Finalmente, después de dos años de litigios, la petición de Mary O’Sullivan fue aprobada por ambas cámaras, y firmada por el entonces presidente Andrew Jackson, el 3 de julio de 1836.⁸

Aunque estos detalles de la historia familiar de los O’Sullivan parecen anecdóticos, hay que señalar que tuvieron cierta importancia en la carrera de John Louis. El hecho de que su madre haya recibido parte de la indemnización que exigía se debió, en buena medida, a la influencia de dos políticos demócratas, uno de ellos, Churchill C. Cambrelerg, como ya lo hemos apuntado. El otro, de quien Cambrelerg era un incondicional, era Martin Van Buren, un influyente político neoyorquino muy cercano al presidente Jackson. Por lo tanto, no fue ninguna casualidad la relación que desde entonces sostuvo John Louis O’Sullivan con el Partido Demócrata, cuyos intereses serían defendidos con ahínco por la pluma de aquel, años después. De hecho, todo indica que parte de la indemnización recibida por Mary O’Sullivan habría sido utilizada por su hijo, John Louis, para fundar la revista *The United States Magazine and Democratic Review*, en cuyas páginas acuñaría el concepto de destino manifiesto.⁹

Desde su época como estudiante en el Columbia College de Nueva York, John Louis O’Sullivan había manifestado sus inquietudes literarias. Ávido lector de los clásicos, pasó al plano de la escritura, motivado en buena medida por su cuñado, el doctor irlandés Samuel D. Langtree. Para julio de 1835, O’Sullivan y Langtree compraron el *Metropolitan*, un periódico de Georgetown (D.C.), con la firme intención de publicar, entre otras cosas, “literatura selecta

⁸ *Ibid.*, p. 6 y 7, (consulta: 20 de julio de 2017). La compensación económica recibida por Mary O’Sullivan fue mucho menor de lo que originalmente pedía. De los 100 mil dólares que exigía, sólo recibió \$20,210. *Idem.*

⁹ *Ibid.*, p. 7.

y original". En sus páginas, John Louis dejó para la posteridad sus primeras líneas de raigambre expansionista. Allí expresó, por ejemplo, que la anexión de Texas a Estados Unidos sería algo inevitable.¹⁰

En la medida de lo posible, O'Sullivan y Langtree evitaron publicar en el *Metropolitan* textos que hablaran de la política local. Sin embargo, sí se refirieron a temas como la lucha de los republicanos europeos contra los sistemas monárquicos del viejo continente. En uno de sus comentarios sobre esta cuestión, O'Sullivan anunció el estilo romántico que asumiría después en la *United States Magazine and Democratic Review*. Asimismo, desde sus primeras publicaciones e intervenciones públicas en mítines y debates, O'Sullivan causó polémica, no sólo por las cuestiones que trató, como la esclavitud, la persecución contra los migrantes católicos y la pena de muerte en el estado de Nueva York, sino por su estilo mordaz.¹¹

Para 1837, el *Metropolitan* se incorporó a la esfera de los periódicos que eran voceros de las causas del Partido Demócrata y de sus grandes personalidades, como Andrew Jackson, James Buchanan y Martin Van Buren, a tal grado que otras publicaciones empezaron a considerarlo un órgano oficial de dicho partido. Aunque O'Sullivan y Langtree siempre mantuvieron una aparente distancia respecto a los demócratas, los artículos publicados en las páginas del *Metropolitan* sí eran afines, ideológicamente, a la democracia jacksoniana, y se oponían a rajatabla, como de hecho lo hacía el Partido Demócrata, a la existencia de un banco central estadounidense y a la circulación de papel moneda, al tiempo que apoyaban las causas del "hombre común", o sea, de los obreros y campesinos (varones blancos).¹²

En julio de ese año, O'Sullivan y Langtree vendieron el *Metropolitan* con el objetivo de fundar una revista donde pudieran desarrollar plenamente sus ideas y opiniones en torno a la política y a la literatura nacionales. Esa revista no sería sino la *United States Magazine and Democratic Review*, cuyo futuro nacimiento anunciaron en febrero de 1837, en las páginas del propio *Metropolitan*. En marzo, una alegre noticia tomó por sorpresa a O'Sullivan y a Langtree, aun propietarios del periódico de Georgetown. El presidente Andrew Jackson, quien entonces se preparaba para dejar la Casa Blanca, se interesó en el proyecto manifestado por aquellos jóvenes. Por medio de una carta publicada en el

¹⁰ *Ibid.*, p. 10.

¹¹ *Ibid.*, p. 8-13.

¹² *Ibid.*, p. 12-14.

Washington Globe, órgano oficial de su gobierno, Jackson les comunicó que con gusto se suscribiría a una revista que fuera vocera de las causas del “hombre común”, y que la promovería entre los “amigos demócratas a lo largo de la Unión”.¹³

Al parecer, tanto Jackson como el resto de la élite demócrata estaban interesados en que una revista del estilo proyectado por O’Sullivan y Langtree fungiera como contrapeso de las publicaciones que desdeñaban las políticas del Partido, y que a su vez promovían las de sus rivales *whigs*, como la *North American Review*, que de hecho era la principal revista de su tipo en Estados Unidos durante aquellos años. A diferencia de los demócratas, la *North American Review* consideraba que las distinciones sociales señaladas por ellos eran artificiales, y sostenía que el establecimiento de un sistema bancario central, y el empoderamiento de los grandes industriales, era una cuestión de interés nacional y no un ataque de ricos contra pobres.¹⁴

Para hombres como John L. O’Sullivan, la postura de los *whigs*, sobre todo la idea de que la división entre ricos y pobres era artificial, resultaba absurda. En el contexto del Pánico de 1837, la peor crisis económica que Estados Unidos había sufrido hasta entonces, donde los desempleados, los vagabundos y los hospicios se multiplicaron en las grandes ciudades, y donde los acaudalados banqueros e industriales no vieron afectada su posición económica de manera significativa, no había duda que la postura de los *whigs* era ridícula, por no decir cínica. Este hecho no pasó desapercibido para O’Sullivan, quien en dichas circunstancias fundó, junto con Samuel D. Langtree, la revista *The United States Magazine and Democratic Review*, que se asumiría desde entonces como vocera de las causas del “hombre común”. Como veremos más adelante, las páginas de la *Democratic Review*, como era conocida coloquialmente, también apoyarían el otro gran eje de la política demócrata, a saber, la expansión territorial. En consecuencia, la revista de O’Sullivan fue desde su creación un dispositivo de propaganda afín al Partido Demócrata.¹⁵

¹³ *Ibid.*, p. 14-17,

<https://books.google.com.mx/books?id=d1y5ew93xxIC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false> (consulta: 20 de julio de 2017).

¹⁴ *Ibid.*, p. 16.

¹⁵ *Ibid.*, p. 17, (consulta: 27 de julio de 2017). Robert J. Scholnick, “Extermination and Democracy: O’Sullivan, the Democratic Review, and Empire, 1837-1840”, *American Periodicals. A Journal of History, Criticism, and Bibliography*, The Research Society for American Periodicals/The Ohio State University Press, Athens, Ohio, v. XV, n. 2, 2005, p. 130. Scholnick considera que ninguna otra revista articuló con tanto éxito los principios ideológicos demócratas como la *Democratic Review*. Según este autor, uno de los objetivos de la revista era naturalizar el orden social establecido, legitimando la esclavitud, el exterminio de los indígenas y la expansión

A pesar de que Martin Van Buren había aconsejado no fundar una revista en un contexto económico desfavorable como el de 1837, pues temía que, en tales condiciones, dicho proyecto no sería redituable, O'Sullivan y Langtree asumieron el riesgo. Ambos pensaban que la revista era necesaria, pues no sólo sería un escaparate para los jóvenes talentos literarios de los Estados Unidos, sino que representaría una voz que acabaría con el silencio que hasta entonces había guardado el “genio democrático de la época y del país”. Así, en octubre de 1837, después de muchos esfuerzos, apareció el primer número. O'Sullivan mismo escribió varios de los artículos allí publicados, evidenciando su tendencia política demócrata, y reiterando su estilo romántico.¹⁶

En 1838, apenas un año después de su creación, la *Democratic Review* se encontraba en peligro de desaparecer. Esto se debió a una fuerte crisis financiera experimentada por los propietarios de la revista que, según O'Sullivan, era producto de que Martin Van Buren no había cumplido la supuesta promesa de financiar la publicación con fondos del gobierno federal, compromiso que el entonces presidente Van Buren siempre negó. Por su parte, el político y militar Benjamin F. Butler promovió, entre sus colegas demócratas, la necesidad de invertir en la revista que tanto y tan bien había servido al Partido Demócrata y a sus principios, aportando él mismo 5 mil dólares para salvarla de la ruina. A pesar de los graves problemas financieros, así como de la mala salud de O'Sullivan durante esos meses, la *Democratic Review* sobrevivió y se fortaleció.¹⁷

territorial, *ibid.*, p. 124, 125 y 131. Para Robert W. Johannsen, la *Democratic Review* formó parte de un horizonte literario romántico, *vid.* Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *Manifest Destiny and Empire: American Antebellum Expansionism*, College Station, Texas, University of Texas at Arlington, 1997, p. 7. Por su parte, Robert D. Sampson considera que esta publicación constituye una parte fundamental de la historia literaria y periodística estadounidense por su exitosa forma de combinar literatura y política, *vid.* Robert D. Sampson, *op. cit.*, p. 16 y 17, <https://books.google.com.mx/books?id=d1y5ew93xxIC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false> (consulta: 20 de julio de 2017).

¹⁶ “the democratic genius of the age and the country...” John L. O'Sullivan, citado en *ibid.*, p. 25, 26 y 39, (consulta: 31 de julio del 2017).

Robert D. Sampson considera que el “Introductory Statement”, escrito por O'Sullivan y publicado en el primer número de la *Democratic Review*, es un texto clásico del romanticismo estadounidense de la “época del hombre común”, así como del pensamiento democrático jacksoniano, *ibid.*, p. 26 y 27, (consulta: 25 de agosto del 2017).

O'Sullivan no se equivocó cuando sostuvo que la *Democratic Review* sería un escaparate para los nuevos talentos literarios estadounidenses. Basta con mencionar que escritores como Walt Whitman, Nathaniel Hawthorne y Edgar Allan Poe publicaron en dicha revista. *Vid.* Adam Gomez, “Deus Vult: John O'Sullivan, Manifest Destiny, and American Democratic Messianism”, *American Political Thought: A Journal of Ideas, Institutions and Culture*, The University of Chicago Press Journals, Chicago, v. 1, n. 2, Fall 2012, p. 237.

¹⁷ Robert D. Sampson, *op. cit.*, p. 65 y 66, <https://books.google.com.mx/books?id=d1y5ew93xxIC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false>

Sin embargo, la vida es siempre impredecible y está llena de altibajos. En el otoño de 1839, las ambiciones políticas de O'Sullivan fueron refrenadas por el presidente Van Buren, quien primero le negó un cargo diplomático en Francia, y luego, uno de alguacil en la ciudad de Nueva York. Aunque Benjamin F. Butler había abogado por O'Sullivan ante el presidente, recordándole los servicios que aquél había prestado a su administración desde la trinchera de la prensa, Van Buren consideró que nada justificaba el nombramiento de O'Sullivan a dichos puestos. Esto fue un duro golpe para la moral de John Louis, pues a pesar de ser afín al presidente y al Partido, no vio recompensado el apoyo brindado en horas difíciles.¹⁸

Podría pensarse que O'Sullivan, en esas circunstancias, rompería sus relaciones con Van Buren, y hasta con el Partido Demócrata, lo cual no hubiera sido descabellado. Lo cierto es que, aunque hubo un alejamiento entre ambos, las imágenes románticas y demócratas siguieron floreciendo en los artículos de O'Sullivan. Esto demuestra que su afinidad con las ideas demócratas, lejos de ser superficial, era auténtica, y estaba fundada en convicciones profundas y arraigadas. De hecho, fue justamente en 1839 cuando O'Sullivan publicó uno de sus textos más emblemáticos, "The Great Nation of Futurity", del que ya tendremos tiempo de hablar más adelante. Así, a pesar de los tiempos de infortunio, O'Sullivan seguía vislumbrando un futuro glorioso para su país, y manifestando las ideas a las que años después volvería en "Annexation", artículo donde acuñaría el concepto de destino manifiesto.¹⁹

Contrario a lo que podría pensarse, O'Sullivan apoyó la reelección de Martin Van Buren a la presidencia de Estados Unidos, en las elecciones de 1840. En dichos comicios, el propio John Louis participó como candidato demócrata al congreso de Nueva York, siendo elegido para el cargo. Y desde su escaño en la legislatura local, promovió las políticas demócratas con ahínco y, curiosamente, también apoyó el pacifismo.²⁰

(consulta: 26 de agosto de 2017). Se estima que, hacia 1838, la revista tenía una buena circulación, y un nada despreciable número de suscriptores, que rebasaba los 4 mil. *Vid. ídem.*

¹⁸ *Ibid.*, p. 68. Tanto los *whigs* como los demócratas conservadores habían criticado duramente las políticas implementadas por Van Buren para paliar la crisis económica de 1837. La *Democratic Review*, por su parte, las había defendido.

¹⁹ *Ibid.*, p. 73. Frederick Merk considera que toda la prensa de filiación demócrata e ideas expansionistas de aquella época constituía mera propaganda. Aunque la prensa puede ser utilizada con fines propagandísticos, como de hecho lo es, ésta expresa también creencias de una época y de una sociedad determinadas. En todo caso, una y otra cosa no se contraponen necesariamente. *Cfr. Frederick Merk, op. cit.*, p. 225.

²⁰ Edward L. Widmer, *op. cit.*, p. 45 y 46. Widmer señala un extraño viraje en la actitud de O'Sullivan con respecto al tema de la guerra, hacia 1845. Aunque a principios de la década de 1840, O'Sullivan había formado parte de un movimiento pacifista internacional, su obsesión por la expansión territorial lo habría llevado a ser poco crítico ante la beligerancia estadounidense. En 1846, se opuso a la invasión a México, pero poco después

En 1841 su reelección fue puesta en duda por una campaña anticatólica hecha en su contra. A pesar de su ascendencia irlandesa y católica, O'Sullivan había sido bautizado en la Iglesia Episcopal estadounidense, y aunque años después volvería al catolicismo de sus ancestros, siempre renegó de las religiones organizadas, de las cuales desconfiaba. Un ejemplo de este recelo hacia las iglesias es la actitud que asumió frente a los clérigos, en su lucha contra la pena de muerte en el estado de Nueva York. En dicho contexto, O'Sullivan atacó, en más de una ocasión, a los religiosos que defendían la pena capital. De hecho, en varios artículos de la *Democratic Review*, se expresó en un tono anticlerical que parece más propio de un ateo que de un ferviente creyente como él.²¹

Por estas fechas, y después de comprarle a Samuel D. Langtree su parte de la revista, O'Sullivan mudó la *Democratic Review* de Washington D.C. a Nueva York, con la intención de ampliar su esfera de influencia, lo que a la postre conseguiría. A pesar de las crisis económicas recientes, Nueva York seguía siendo el centro cultural más dinámico de los Estados Unidos. Allí confluían personas de todos los rincones de la Unión, y lo que podríamos llamar su "industria editorial", se encontraba en auge. En estos años, la revista llegó a tener suscriptores en prácticamente todo el país, e incluso más allá, pues ésta llegaba hasta la república de Texas. Gracias al éxito de la *Democratic Review* a principios de la década de 1840, O'Sullivan pudo delegar algunas de sus antiguas funciones de editor y se comenzó a codear con la crema y nata del Partido Demócrata, la cual lo recibió con beneplácito, pues la revista fungía como un importante mecanismo de propaganda de dicha institución.²²

En mayo de 1844, la convención del Partido Demócrata, celebrada en Baltimore, eligió como candidato a la presidencia a James Knox Polk y no a Martin Van Buren. A pesar de los desencuentros de otros tiempos, O'Sullivan, que había acudido a la convención en su papel de periodista, apoyó la candidatura de Van Buren, y junto con buena parte de los

cambió su postura. Aunque el editor de la *Democratic Review* esperaba que la expansión territorial fuera un proceso pacífico, no deja de ser contradictoria su posición a favor del expansionismo y en contra de la guerra en general. Cfr. *ibid.*, p. 50 y 51. Vid. Anders Stephanson, *Manifest Destiny: American Expansionism and Empire of Right*, New York, Hill and Wang, 1996, p. 42.

²¹ Edward L. Widmer, *op. cit.*, p. 46. A pesar de desconfiar de las religiones organizadas, las creencias de O'Sullivan denotan una profunda convicción religiosa en tanto que plantea una idea teleológica de la historia, basada en un principio providencial, como veremos más adelante.

²² *Ibid.*, p. 47 y 48. Según Frederick Merk, la ciudad de Nueva York contaba, hacia la década de 1840, con veinticuatro publicaciones periódicas de filiación demócrata y expansionista, siendo el lugar con más impresos de este tipo en todo Estados Unidos. Vid. Frederick Merk, *op. cit.*, p. 36 y 37.

demócratas de Nueva York, quedó decepcionado con la designación de Polk, así como con las divisiones internas del Partido. Sin embargo, para agosto de ese año, O'Sullivan y Samuel Tilden, otro joven demócrata, decidieron fundar un periódico, el *New York Morning News*, con el objetivo de apoyar la campaña de Polk. Después del triunfo electoral de éste último, el *Morning News* se mantuvo en circulación por dos años más.²³ Este periódico tuvo un papel importante en la historia del destino manifiesto, porque gracias a un artículo de O'Sullivan publicado allí, el 27 de diciembre de 1845, el concepto comenzó a difundirse y a utilizarse, a inicios de 1846, por otras publicaciones periódicas así como por algunos congresistas en los debates en torno a las disputas con los británicos por el territorio de Oregon.

Entre 1844 y 1846, O'Sullivan permaneció en constante comunicación con Martin Van Buren y con el presidente Polk, fungiendo como intermediario entre uno y otro. Sin duda, estos años representaron el clímax de la carrera del editor de la *Democratic Review*. Muchos le auguraban un futuro aún más brillante, como el entonces secretario de marina, George Bancroft, quien consideraba que John Louis estaba gastando su talento trabajando en una revista y en un periódico. Irónicamente, aunque se codeaba con la élite demócrata, O'Sullivan tenía problemas financieros, a tal grado que se llegó a rumorar que no le pagaba a los autores de los artículos que escribían para su revista.²⁴ Fue durante esta época, y en el contexto de la inminente anexión de Texas a los Estados Unidos, que O'Sullivan escribió "Annexation", un artículo publicado en la *Democratic Review*, en su edición de julio-agosto de 1845, el cual pasaría a la historia por ser el lugar donde fue acuñado el concepto de destino manifiesto.

La fama suele ser pasajera. Para 1846, O'Sullivan dejó morir el *New York Morning News*, y ese mismo año, le vendió la *Democratic Review* a un tal Henry Wikoff. Al parecer, fue entonces cuando comenzó el declive de un John Louis O'Sullivan que moriría en el anonimato, muchos años después, y cuyo nombre, de no ser por el historiador Julius W. Pratt,

²³ Edward L. Widmer, *op. cit.*, p. 48 y 49. Según Spencer C. Tucker, en la *Democratic Review* también se publicaron textos para apoyar la candidatura presidencial de James Knox Polk. *Vid.* Spencer C. Tucker, "John O'Sullivan: Manifest Destiny (July 1845)", en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *The Encyclopedia of the Mexican-American War: A Political, Social, and Military History*, 3 v., Santa Barbara, California, ABC-CLIO/Gale Virtual Reference Library, 2013, v. III, p. 809-813, <http://pbiid.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400845&it=r&asid=0b0dd58fb9e52d817f0d164c3bff001c>. (consulta: 7 de diciembre de 2016).

²⁴ Edward L. Widmer, *op. cit.*, p. 52 y 53.

probablemente hubiera sido olvidado del todo. Quizás ni el propio O'Sullivan vislumbró las diversas formas en que el concepto de destino manifiesto sería asimilado. En principio, éste serviría para describir el porvenir de los Estados Unidos, y a la larga, sería utilizado por los historiadores con el afán dar cuenta y analizar el pasado de dicho país.²⁵

3.2. La ideología de John L. O'Sullivan y su idea de *destino*

Desde mediados de la década de 1820, y hasta finales de la siguiente, tanto el Estado de Nueva York, como su gran metrópoli, estuvieron dominados en términos políticos por la llamada Albany Regency, un grupo de demócratas encabezado por Martin Van Buren. Esta facción constituía el ala radical del Partido Demócrata en Nueva York, pues se oponía tajantemente a la existencia de los bancos y de los monopolios, así como a la circulación de papel-moneda, el cual era considerado un medio de control económico utilizado por la burguesía contra los intereses del “hombre común”. Por el contrario, el grupo conservador de dicho partido aceptaba la existencia de instituciones bancarias controladas por los gobiernos de los estados, con el fin de dirigir las economías locales. Durante la presidencia de Van Buren (1837-1841), estas disidencias internas del Partido Demócrata neoyorquino cobraron una dimensión nacional.²⁶

²⁵ *Ibid.*, p. 53. Julius W. Pratt, “The Origin of ‘Manifest Destiny’”, *The American Historical Review*, The American Historical Association, Washington D.C., v. 32, n. 4, July 1927, p. 795-798. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. XII y 42.

Robert W. Johannsen y Adam Gomez consideran que O'Sullivan no “dejó morir” el *New York Morning News*, sino que fue echado del periódico por oponerse a la invasión a México. *Cfr.* Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 9, y Adam Gomez, *op. cit.*, p. 248. John L. O'Sullivan murió en la obscuridad, en 1895.

²⁶ Robert D. Sampson, *op. cit.*, p. 22 y 23, <https://books.google.com.mx/books?id=d1y5ew93xxIC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false> (consulta: 31 de julio de 2017).

Los demócratas radicales eran conocidos como “locofocos”. Esta facción surgió hacia 1835, en la ciudad de Nueva York. Eran un grupo de hombres de origen predominantemente obrero que se oponía a cualquier política gubernamental considerada elitista, antidemocrática y/o coercitiva, como las mencionadas arriba. *Vid.* The Editors of Encyclopaedia Britannica, *Locofoco Party* (sitio web), Encyclopaedia Britannica, <https://www.britannica.com/topic/Locofoco-Party> (consulta: 27 de julio de 2017). Para ver una descripción de los “locofocos” hecha por el poeta de la época Ralph Waldo Emerson *vid.* Bill Kauffman, “The Republic Strikes Back”, *The American Conservative*, April 20, 2009, <http://www.theamericanconservative.com/articles/the-republic-strikes-back/> (consulta: 27 de julio de 2017).

Desde sus años como estudiante en el Columbia College, John L. O'Sullivan había estado al tanto del debate interno del Partido Demócrata en Nueva York, identificándose a sí mismo con la facción radical.²⁷ En esta época de su vida, O'Sullivan, que ya era un lector voraz, quedó impresionado con los textos de William Leggett, entonces editor del *New York Evening Post*. Los escritos de Leggett fueron fundamentales en la formación ideológica de O'Sullivan. Según el biógrafo de este último, Robert D. Sampson, las opiniones de Leggett seguirían vivas años después en la pluma de O'Sullivan, quien heredaría de aquél las ideas en torno a los bancos, a la abolición de los monopolios, al papel que debería tener un gobierno democrático y al igualitarismo (entre hombres blancos). De hecho, tras la muerte de Leggett, en 1839, O'Sullivan dedicó a su memoria muchas páginas en más de una edición de la *Democratic Review*. En menor medida, el joven O'Sullivan se nutrió también de los textos de Thomas Jefferson, James Madison, John Taylor y John Randolph, así como de las ideas de otros demócratas, como Martin Van Buren y Benjamin F. Butler.²⁸

A pesar de sus diversas influencias, casi todo lo que se ha escrito sobre la ideología de John L. O'Sullivan está ligado al destino manifiesto, es decir, a temas relacionados con la expansión territorial estadounidense. Se ha dicho que O'Sullivan era “el ideólogo” del expansionismo jacksoniano, así como el “sumo sacerdote” y el “cabecilla periodístico” de la “doctrina” del destino manifiesto. Por otro lado, ha sido descrito como “el teórico” de dicha doctrina, y el “principal filósofo” de la “fe” expansionista. Y, sin embargo, tanto

²⁷ A pesar de ser un “locofoco”, algunos autores han considerado que O'Sullivan no era un expansionista beligerante, *cfr.* Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 45, 51 y 52, y Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 10. Sin embargo, esta postura no es unánime, *cfr.* Robert J. Scholnick, *op. cit.*, p. 127. Al menos discursivamente, O'Sullivan estaba a favor de que la democracia se extendiera por medio del ejemplo y el comercio estadounidenses y no a través de la guerra. Sin embargo, llegó a advertir que, en “defensa propia”, Estados Unidos estaría dispuesto a luchar. *Vid.* John L. O'Sullivan, “Territorial Aggrandizement”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Henry G. Langley, 8 Astor House, New York, v. XVII, October 1845, p. 248, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0017-3;didno=usde0017-3;view=image;seq=255;node=usde0017-3%3A2;page=root;size=50> (consulta: 24 de abril de 2016). Asimismo, *cfr.* el texto escrito por John L. O'Sullivan en el *New York Morning News*, el 15 de noviembre de 1845, citado en Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 104. Unos años después, al organizar una expedición filibustera contra Cuba, O'Sullivan traicionaría sus propios postulados pacifistas.

²⁸ Robert D. Sampson, *op. cit.*, p. 18, 19 y 21,

<https://books.google.com.mx/books?id=d1y5ew93xxIC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false> (consulta: 27 de julio de 2017). William Leggett fue un demócrata radical o “locofoco”, el “santo patrono ideológico” de toda una generación de demócratas radicales de Nueva York. *Ibid.*, p. 21.

Como demócrata radical, O'Sullivan polemizó tanto con los *whigs* como con algunos demócratas conservadores de renombre, como William Marcy y Silas Wright Jr. *Ibid.*, p. 59-63, <https://books.google.com.mx/books?id=d1y5ew93xxIC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false> (consulta: 25 de agosto de 2017).

“Annexation”, que fue donde O’Sullivan acuñó el concepto susodicho, como el resto de sus textos relativos a la expansión territorial, constituyen sólo una parte de su obra.²⁹

Para no reproducir los pre-juicios existentes en torno a O’Sullivan, y con la intención de entender su ideología en sus propios términos, así como la forma en que el concepto de destino manifiesto se inserta en ella, la cual no se limita al pensamiento expansionista, es conveniente ahondar en los textos escritos por quien acuñó el concepto susodicho. Asimismo, es importante establecer que los artículos de O’Sullivan aquí revisados no constituyen la totalidad de la obra del editor de la *Democratic Review*. Esto se debe, fundamentalmente, a que la única forma de consultar este material, desde la Ciudad de México, es a través de Internet, es decir, por medio de los documentos digitalizados que se encuentran disponibles en los repositorios electrónicos pertinentes. He de decir a mi favor que, así como la revisión exhaustiva de todos y cada uno de los textos de O’Sullivan no haría incontestable este trabajo, el uso de un número limitado de documentos no invalida, por sí mismo, la posibilidad de construir con ellos conocimiento histórico. En todo caso, los resultados de esta investigación tendrán que ser juzgados por la forma en que he utilizado la información disponible.³⁰

Como hombre de la época de Jackson, y como demócrata radical, John L. O’Sullivan creía que la democracia era “la última y la mejor revelación del pensamiento humano”.³¹ Para él, la democracia estadounidense implicaba “la supremacía del pueblo, circunspecta por una justa observancia de los derechos individuales”, cuya base era “la perfecta igualdad de derechos entre los hombres”. Según O’Sullivan, “el más grande deber, y casi el único del gobierno” democrático, era “el de definir claramente y respetar religiosamente esos

²⁹ Edward L. Widmer, *op. cit.*, p. 52. Cfr. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 38, Frederick Merk. *La Doctrina Monroe y el expansionismo norteamericano, 1843-1849*, trad. de Eduardo Goligorsky, Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 75 y 215, y Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 27 y 35.

³⁰ Todos los artículos de O’Sullivan consultados de forma íntegra para la realización de esta investigación fueron publicados en la revista *The United States Magazine and Democratic Review*, y actualmente se encuentran disponibles en el siguiente repositorio digital: HathiTrust. Digital Library, *The United States Democratic Review* (sitio web), HathiTrust, <https://catalog.hathitrust.org/Record/001717837>; hasta hace unos años se podía acceder a dicho repositorio desde el siguiente portal: Cornell University, *The Cornell University Library Windows on the Past* (sitio web), Cornell University, <http://ebooks.library.cornell.edu>; cito a continuación los títulos de los artículos señalados, junto con su respectiva fecha de publicación: "Introduction" (1837), "The Great Nation of Futurity" (1839), "The Course of Civilization" (1839), "Democracy" (1840), "The Progress of Society" (1840), "Annexation" (1845), "Territorial Aggrandizement" (1845).

³¹ "Democracy, in its true sense, is the last best revelation of human thought." John L. O’Sullivan, "Democracy", *The United States Magazine and Democratic Review*, S.D. Langtree, Washington D.C., v. VII, March 1840, p. 223, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0007-2;didno=usde0007-2;view=image;seq=0217;node=usde0007-2%3A5> (consulta: 4 de septiembre de 2016).

derechos”.³² Por otro lado, el editor identificaba a la democracia con el cristianismo, y consideraba que ambos tenían una relación intrínseca. De hecho, O’Sullivan sostenía que la democracia era la expresión mundana de esta religión, cuya esencia y objetivo eran, según el editor de la *Democratic Review*, la justicia y el progreso humano.³³

Como muchos de los hombres y mujeres que creían que los estadounidenses eran un pueblo elegido, con un destino y una misión particulares, O’Sullivan sostenía que la democracia era la causa de la humanidad, una causa filantrópica cuyo fin era “liberar la mente de los hombres de los degradantes y desalentadores grilletes de las distinciones sociales [...] atacándolos de raíz, para reformar la variedad infinita de las miserias humanas que han crecido de las viejas y falsas ideas con las que el mundo ha sido mal gobernado por tanto tiempo”.³⁴

Por otro lado, la definición de O’Sullivan del cristianismo era heterodoxa si la comparamos, claro está, con el común de los credos cristianos de su horizonte histórico-cultural. Esto no debe resultar extraño si consideramos que el editor de la *Democratic Review* desconfiaba de las religiones organizadas, pero que, a pesar de ello, era un creyente audaz que había esbozado una “teología política” a partir de sus creencias religiosas y de sus ideas políticas. Según O’Sullivan, el cristianismo era “un credo alegre, de gran esperanza y amor

³² “Democracy, therefore, is the supremacy of the people, restrained by a just regard of the individual rights... Its foundation is the fact of perfect equality of rights among men... Clearly to define and religiously to respect those rights, is the highest, almost the only duty of government.” John L. O’Sullivan, “The Course of Civilization”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Langtree and O’Sullivan, Washington D.C., v. VI, September 1839, p. 213 y 214, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0006-2;didno=usde0006-2;view=image;seq=0132;node=usde0006-2%3A4> (consulta: 29 de agosto de 2016).

³³ *Vid.* John L. O’Sullivan, “Introduction”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Langtree and O’Sullivan, Washington D.C., v. I, October 1837, p. 7 y 8, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0001-1;didno=usde0001-1;view=image;seq=0005;node=usde0001-1%3A2> (consulta: 29 de agosto de 2016), O’Sullivan, “The Course of Civilization”..., p. 216, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0006-2;didno=usde0006-2;view=image;seq=0132;node=usde0006-2%3A4> (consulta: 29 de agosto de 2016), y O’Sullivan, “Democracy”..., p. 23, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0007-2;didno=usde0007-2;view=image;seq=0217;node=usde0007-2%3A5> (consulta: 4 de septiembre de 2016).

³⁴ “For Democracy is the cause of humanity [...] It is the cause of philanthropy. Its object is to emancipate the mind of the mass of men from the degrading and disheartening fetters of social distinctions [...] by striking at their root, to reform all the infinitely varied human misery which has grown out of the old and false ideas by which the world has been so long misgoverned...” O’Sullivan, “Introduction”..., p. 11, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0001-1;didno=usde0001-1;view=image;seq=0005;node=usde0001-1%3A2> (consulta: 29 de agosto de 2016).

universal, noble y ennoblecedor”, que confiaba en la naturaleza humana. Nada más alejado de la tradicional concepción negativa que el calvinismo tenía del ser humano.³⁵

En “The Course of Civilization”, publicado en 1839, O’Sullivan profetizó que cuando los hombres de todo el mundo se dieran cuenta de que vivían como peones de los tiranos, y comprendieran el valor de la vida y de su alma inmortal, abrazarían los valores de la democracia y el cristianismo, pues estos implicaban la emancipación del hombre.³⁶ Como parte de esta interpretación teleológica y providencialista de la historia, O’Sullivan consideraba que la redención del mundo, que se encontraba en tinieblas, era parte del destino estadounidense, y que esto sólo sería posible por medio de la democracia (cristianismo mundano). De lo anterior se infiere que, con el concepto de destino manifiesto, cuyas características particulares revisaremos más adelante, O’Sullivan solamente expresó parte de una amplia concepción en torno al destino.³⁷

Como cualquier otro ser humano, John L. O’Sullivan nació, creció y se formó en un entorno lingüístico específico. Salvo el tiempo que pasó estudiando en Francia, antes de la muerte de su padre, vivió en un horizonte angloparlante, y como tal, se hizo poseedor de los saberes y valores propios de la tradición lingüística anglosajona. Este conocimiento, que “es el resultado de la experiencia colectiva de los que han hablado dicha lengua”, implica “actitudes fundamentales ante la vida y la realidad” que expresamos por medio de las palabras. “Poseer un lenguaje quiere decir, por tanto, estar inserto en una tradición de valores, de actitudes y de creencias que introduce al individuo... en una determinada relación con el mundo, con los otros hombres y consigo mismo”.³⁸

³⁵ “It is [Christianity]... a cheerful creed, a creed of high hope and universal love, noble and ennobling...”, *idem.*, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0001-1;didno=usde0001-1;view=image;seq=0005;node=usde0001-1%3A2> (consulta: 29 de agosto de 2016).

El concepto “teología política” es utilizado por Adam Gomez para referirse a la veta teológica del pensamiento político de O’Sullivan. *Vid.* Adam Gomez, *op. cit.* p. 240.

³⁶ O’Sullivan, “The Course of Civilization”..., p. 216 y 217, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0006-2;didno=usde0006-2;view=image;seq=0132;node=usde0006-2%3A4> (consulta: 29 de agosto de 2016).

³⁷ El destino ha sido un tema de reflexión para los filósofos occidentales desde la Antigüedad. Aquél ha estado vinculado a otros conceptos a lo largo de la historia de Occidente, como los de *azar*, *determinismo* y *predestinación*, sin ser propiamente sinónimo de estos. *Vid.* José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, 5ª ed., 2 t., Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1964, t. I, p. 429 y 430, t. II, p. 467 y 468. En el marco de la cultura anglosajona moderna el concepto de *predestinación* influyó notablemente el significado del de *destino*.

³⁸ Luis Garagalza, *Introducción a la hermenéutica contemporánea: cultura, simbolismo y sociedad*, Barcelona, Anthropos, 2002, p. 18.

Para el angloparlante estadounidense de la década de 1840, la palabra “destino” tenía connotaciones particulares, relacionadas con las creencias religiosas derivadas del calvinismo, las cuales abonaron el pensamiento de O’Sullivan. Como acabamos de ver, el sentido de un destino estadounidense, así como la propia palabra “destino”, abundan en los artículos escritos por O’Sullivan antes de la acuñación de su famoso concepto. Sin embargo, el editor de la *Democratic Review* formó parte de una tendencia general, pues en los testimonios escritos de la época, dicha palabra era utilizada con frecuencia.

A principios del siglo XIX, por ejemplo, el gobernador de Indiana, William Henry Harrison, formuló esta pregunta retórica haciendo alusión al destino estadounidense: “¿Acaso una de las mejores porciones del globo ha de permanecer en estado de naturaleza, dominio de unos pocos salvajes miserables, cuando parece destinada por el Creador para sostener una población numerosa y ser asiento de la civilización, de la ciencia y la verdadera religión?”³⁹

Por su parte, John Quincy Adams expresó en una carta de 1811 una idea que estaría implícita después en el concepto acuñado por O’Sullivan: “Todo el continente norteamericano parece estar destinado por la Divina Providencia a ser poblado por una nación, con un idioma, profesando un sistema general de principios religiosos y políticos, y habituado a un contexto general de usos sociales y costumbres”.⁴⁰ Asimismo, en la sesión del Congreso del 30 de diciembre de 1828, Joseph Richardson, de Massachusetts, sostuvo lo siguiente en un sentido similar al de Adams: estamos “destinados por la Providencia a llevar hacia el oeste, hacia los límites últimos, las bendiciones de la civilización y la libertad”.⁴¹

Parke Godwin, un contemporáneo de O’Sullivan, se refirió con un dejo racista al destino del pueblo estadounidense de la siguiente forma: “un instinto en el alma humana, más profundo que la sabiduría política... impulsa al pueblo [de los Estados Unidos] al cumplimiento de su gran destino que la Providencia claramente reservó a nuestra raza”.⁴² Por

³⁹ Citado en Albert Katz Weinberg, *Destino Manifiesto: el expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, trad. de Anibal C. Leal, Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 85.

⁴⁰ “The whole continent of North America appears to be destined by Divine Providence to be peopled by one nation, speaking one language, professing one general system of religious and political principles, and accustomed to one general tenor of social usages and costumes”. Citado en Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 59.

⁴¹ Citado en Reginald Horsman, *La raza y el Destino Manifiesto: orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 128.

⁴² “an instinct in the human soul, deeper than the wisdom of politics... impels the people [of the United States] on, to the accomplishment of that high destiny which Providence has plainly reserved for our race.” Citado en

su parte, el 14 de marzo de 1843, William A. Caruthers, novelista sureño y antiesclavista, escribió, en torno a los estadounidenses, que “Nuestra tendencia occidental es irrevocable y nuestro futuro progreso y destino están envueltos en la misma matriz del tiempo”. Y en su novela de 1845, *The Knights of the Horse-Shoe*, Caruthers consideró que “aquella raza anglosajona” estaba “destinada a apropiarse tan enorme porción del globo y a diseminar sus leyes, su idioma y su religión sobre incontables millones”.⁴³

Un año antes, el senador demócrata de Pensilvania, James Buchanan, se refirió al destino y a la misión de su país de la siguiente manera: “La Providencia le ha dado al pueblo americano una gran e importante misión, y está destinado a cumplir esa misión –difundir las bendiciones de la libertad cristiana y las leyes de un confín al otro de este inmenso continente”.⁴⁴ Poco antes de la aparición del concepto de destino manifiesto, James Gordon Bennett ya había acuñado y promovido el término “ultimate destiny” en las páginas del *New York Herald*, aunque sin éxito.⁴⁵

Como demuestran los ejemplos anteriores, el léxico utilizado por O’Sullivan, y el tema del destino, no eran nada extravagante en el medio en el que escribía. Así, sus textos y sus ideas formaban parte de una larga tradición temática y lingüística.⁴⁶ Por lo tanto, concuerdo con Edward L. Widmer cuando dice que el editor de la *Democratic Review* no acuñó de la nada “destino manifiesto”, pues como acabamos de ver, otros estadounidenses de la época ya utilizaban la palabra “destino” para expresar ideas similares a las del propio

Edward McNall Burns, *The American Idea of Mission. Concepts of National Purpose and Destiny*, New Brunswick, New Jersey, Rutgers University Press, 1957, p. 261.

⁴³ Ambas citas en Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 235.

⁴⁴ “Providence has given to the American people a great and important mission, and that mission they were destined to fulfill -to spread the blessings of Christian liberty and laws from one end to the other of this immense continent.” Citado en Norman Graebner (ed.), *Manifest Destiny*, Indianapolis, H.W. Sams, 1968, p. XXI.

⁴⁵ Edward L. Widmer, *op. cit.*, p. 50 y 51.

⁴⁶ Hay muchos más ejemplos de testimonios de la época, en torno al tema del destino, en la prensa, los discursos políticos y hasta en la literatura estadounidenses. Yo he podido revisar algunos de ellos en las siguientes obras: Albert Katz Weinberg, *op. cit.*, p. 42, Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 24, Norman Graebner (ed.), *op. cit.*, p. 36, 37, 56, 70, 71 y 73, Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 233, 298, 306, 307 y 313, Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 30, William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 109, Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 83, Begoña Arteta, *Destino manifiesto. Viajeros anglosajones en México (1830-1840)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco/Ediciones Gernika, 1989, p. 35, Ralph Waldo Emerson, *The Young American* (sitio web), Emerson Central, <http://www.emersoncentral.com/youngam.htm>. (consulta: 6 de septiembre de 2016), “John Tyler: President’s Annual Message (December 3, 1844)”, en Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 788, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400838&it=r&asid=77e82e35d932d87c6da37ffe3bcd780> (consulta: 6 de diciembre de 2016). Por lo tanto, tómense los ejemplos consignados arriba sólo como botones de muestra.

O'Sullivan. De cualquier modo, vale pena detenernos un momento para revisar la concepción de destino presente en la obra de éste.⁴⁷

Quizás la imagen más explícita del destino estadounidense presentada por el editor de la *Democratic Review*, que no es sino una utopía como otras formuladas en el seno de la cultura occidental, haya sido trazada en las páginas de “The Course of Civilization”. Reproduzco a continuación un fragmento de este artículo, el cual ayudará a ilustrar la idea utópica sostenida por O'Sullivan:

Los extraños contrastes creados por la creciente abundancia y la lastimosa pobreza dejarán su lugar a una distribución más equitativa de la propiedad, ajustada al mérito y la capacidad personales; mientras los pobres serán encumbrados, los ricos serán mejores; los implacables ardores del corazón dejarán de envenenar los lazos o de provocar la letal animadversión de clase [...] la arrogancia de unos no generará el rencor de otros; y la indigencia, que es el prolífico padre del crimen y de la miseria, sólo será la consecuencia de la ignorancia y el vicio. Todos los hombres comenzarán la vida en condiciones justas, ‘el mundo frente a ellos para elegir, y la Providencia su guía’ [...] A su vez, se proporcionarán los medios y el tiempo para actividades más nobles. Al aumentar las comodidades materiales, el gusto por los placeres elevados y refinados florecerá. La demanda de artistas, poetas y filósofos crecerá, la ciencia se hará una actividad manifiesta, la literatura será rentable, y todos los modos más delicados y ennoblecedores de ejercer las facultades humanas recibirán recompensas reconfortantes. Los descubrimientos y las invenciones ampliarán el entendimiento, el golpe maestro del genio estimulará el vigor, y la elevada educación moral refinará la naturaleza del pensamiento. Un sentimiento que humanizará se difundirá a sí mismo a través de la opinión pública. Elevadas nociones de justicia se suavizarán mientras dignifican los modales. La razón, acogiendo las intenciones de la generosidad, y fuertemente unida a la virtud, tomará el control de los movimientos sociales; en síntesis, contemplaremos un pueblo rico, poderoso, ilustrado y no menos feliz respecto a sí mismo como en la consideración universal del mundo.⁴⁸

⁴⁷ Edward L. Widmer, *op. cit.*, p. 50 y 51. Otra de las palabras comunes en la obra del editor de la *Democratic Review* era “manifiesto”, empleada como sinónimo de “evidente”. Anders Stephanson consideró que O'Sullivan sólo fue reconocido como el autor del concepto de destino manifiesto, hasta 1927, justamente porque las palabras “destino” y “manifiesto” eran habituales en el argot del periodo jacksoniano, por lo que el concepto no fue considerado como una novedad. *Cfr.* Anders Stephanson, *op. cit.*, p. XI y XII. Por su parte, Frederick Merk sostuvo que, aunque el sentido del concepto de destino manifiesto no había sido del todo nuevo, sí lo fue el uso de ambas palabras combinadas en una sola frase. *Cfr.* Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 24.

⁴⁸ “The strange contrasts created by overgrown affluence and wretched poverty would give place to apportionments of property more equitably adjusted to the degree of personal capacity and merit; whilst the poor would be raised, the rich would be made better; restless heart burnings would cease to embitter the intercourse or provoke the deadly animosity of classes [...] arrogance on one side would engender no spleen on other; and destitution, which is the fruitful parent of crime and misery, would occur only as the retributive consequence of ignorance and vice. All ranks of men would begin life on a fair field, ‘the world before them to choose, and the Providence their guide’ [...] At the same time, means and leisure for nobler pursuits would be provided. As physical comforts increase, the taste for elevated and refined enjoyments springs up. The demand for artists, poets and philosophers expands, science become a distinct pursuit, literature is made profitable, and all the more delicate and ennobling modes of exerting human faculties receive invigorating rewards. Discovery and invention enlarge the scope, master stroke of genius stimulate the activity, lofty moral instructions refine

Por otro lado, haciendo eco de la filosofía de la historia de Alexis de Tocqueville, quien creía que el establecimiento de la democracia en el mundo era inevitable, O'Sullivan consideraba que el destino del sistema democrático estadounidense era extenderse por todo el planeta. El editor de Nueva York así lo expresó en un artículo titulado "Democracy", de 1840, del cual cito un fragmento a continuación:

La democracia finalmente reinará. Hay en el hombre un principio eterno de progreso que ningún poder en la Tierra puede resistir. Cualquier costumbre, ley, ciencia, o religión que obstruya su curso caerá como las hojas frente al viento. Ya ha hecho mucho, pero hará aún más. El despotismo de la fuerza, el absolutismo de la religión, el feudalismo de la riqueza, yacen en el campo carmesí; mientras el principio, vivo, sin daño, vigoroso, aún está luchando contra la nobleza y los privilegios con robustecida fuerza. Está combatiendo por la extinción de la tiranía, por la abolición de las prerrogativas, por enmendar los abusos, por mejorar el gobierno, por destruir los monopolios, por instaurar la justicia, por encumbrar a las masas, por el progreso de la humanidad y por la dignidad y el mérito del individuo.⁴⁹

Por supuesto que estas no fueron las únicas alusiones que hizo O'Sullivan del destino, antes de acuñar su famoso concepto. Ya en su "Introducción" (1837), el editor expresó sus ideas generales respecto a este tema, de la siguiente manera: "Nos sentimos seguros bajo la bandera del principio democrático, llevada por una mano invisible de la Providencia, para

the nature of thought. A humanizing sentiment spreads itself through public sentiment. High notions of justice soften while they give dignity to manners. Mind, warm in purposes of generosity, strong in adherence to virtue, takes the control of social movements; in short, we behold a people rich, powerful, enlightened, and no less happy in self-respect than in the universal regard of the world." O'Sullivan, "The Course of Civilization"... , p. 215, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0006-2;didno=usde0006-2;view=image;seq=0132;node=usde0006-2%3A4> (consulta: 29 de agosto de 2016).

⁴⁹ "Democracy must finally reign. There is in man an eternal principle of progress which no power on earth may resist. Every custom, law, science, or religion, which obstructs its course, will fall as leaves before the wind. Already it has done much, but will do more. The despotism of force, the absolutism of religion, the feudalism of wealth, it has laid in the crimson field; while the principle, alive, unwounded, vigorous, is still battling against nobility and privilege with unrelaxing strength. It is contending for the extinction of tyranny, for the abolition of prerogative, for the reform of abuse, for the amelioration of government, for the destruction of monopoly, for the establishment of justice, for the elevation of the masses, for the progress of humanity, and for the dignity and worth of the individual man." O'Sullivan, "Democracy"... , p. 228, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0007-2;didno=usde0007-2;view=image;seq=0217;node=usde0007-2%3A5> (consulta: 4 de septiembre de 2016).

No puedo determinar la influencia que *La Democracia en América* de Alexis de Tocqueville, publicada entre 1835 y 1840, pudo haber tenido sobre el pensamiento de O'Sullivan. Sin embargo, hay notables similitudes entre ambos textos. La filosofía de la historia planteada por Tocqueville, así como la implícita en las líneas de O'Sullivan, sostenía que el establecimiento de la democracia era el fin de la historia. No debe pasar desapercibido el hecho de que las creencias providencialistas de O'Sullivan tenían raíces históricas comunes a otros pueblos del occidente moderno, como el francés. *Cfr.* Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, 2ª ed., 15ª reimp., trad. de Luis R. Cuéllar, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 31-41.

guiar a nuestra raza hacia los grandiosos destinos de los que cada alma humana contiene el germen implantado por Dios; y de cuya segura llegada, por muy distante que sea, ha existido un oscuro presentimiento profético, de una forma u otra, entre todas las naciones en todas las épocas”.⁵⁰

Sin ser del todo específico, O’Sullivan manifestó, en este mismo artículo, la creencia del destino estadounidense, como supuesto pueblo elegido. Cito a continuación el fragmento donde el editor de la *Democratic Review* expuso, entre otras cuestiones, el asunto del destino: “Las fuerzas morales del pensamiento nacional están, en buena medida, paralizadas por la división; y en lugar de adelantar el arca de la verdad democrática, confiada a nosotros como un pueblo elegido, hacia su glorioso destino futuro, debemos estar contentos si podemos detener con él el constante ataque que lo empuja hacia atrás, hasta las ideas y los hábitos de las edades oscuras del pasado”.⁵¹

De la mano de su concepción del destino estadounidense, O’Sullivan planteó una idea sobre el pueblo de Estados Unidos, al que sin duda consideraba único. En concordancia con el pensamiento ilustrado, juzgó a la tradición de forma negativa, al tiempo que ensalzó a sus compatriotas. Según el editor de la *Democratic Review*, “el pueblo estadounidense [...] tenía escasa conexión con la historia de otras naciones, y aún menos con la antigüedad”. Asimismo, sostuvo que el nacimiento de Estados Unidos había sido “el comienzo de una nueva historia”, y que su “novedoso” sistema político lo separaba del pasado y lo vinculaba sólo con el futuro. De esta forma, estableció que, en vista de “todo el desarrollo de los derechos naturales del hombre, en la moral, la política y la vida nacional, debemos asumir con seguridad que nuestro país está destinado a ser la gran nación del porvenir”.⁵²

⁵⁰ “We feel safe under the banner of the democratic principle, which is borne onward by an unseen hand of Providence, to lead our race toward the high destinies of which every human soul contains the God-implanted germ; and of the advent of which –certain, however distant- a dim prophetic presentiment has existed, in one form or another, among all nations in all ages.” O’Sullivan, “Introduction”..., p. 9, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0001-1;didno=usde0001-1;view=image;seq=0005;node=usde0001-1%3A2> (consulta: 29 de agosto de 2016).

⁵¹ “The moral energies of the national mind are, to a great extent, paralyzed by division; and instead of bearing forward the ark of democratic truth, entrusted to us as a chosen people, towards the glorious destiny of its future, we must fain be content, if we can but stem with it the perpetual tide of attack which would bear it backward towards the ideas and habits of past dark ages.” *Ibid.*, p. 13 y 14, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0001-1;didno=usde0001-1;view=image;seq=0005;node=usde0001-1%3A2> (consulta: 29 de agosto de 2016).

⁵² “The American people having derived their origin from many other nations, and the Declaration of National Independence being entirely based on the great principle of human equality, these facts demonstrate at once our disconnected position as regards any other nation; that we have, in reality, but little connection with the past

En este punto vale la pena detenernos para hacer una breve reflexión. El desdén con el que O’Sullivan juzgó a la tradición no se monta en la ausencia real de un pasado. En todo caso, su posición revela una postura frente a la historia y frente al futuro, pero no la carencia de una tradición histórica. La cultura estadounidense (y con ella O’Sullivan) fue heredera no sólo de la historia de los colonizadores británicos, y de su idioma, el inglés, sino de la milenaria cultura occidental. Basta con señalar que la Biblia, uno de los textos fundamentales de esta civilización, ha sido una de las piedras angulares de lo que son los Estados Unidos de América. No me refiero, por supuesto, al libro en un sentido literal, sino a las ideas y creencias que las interpretaciones angloamericanas (calvinistas) de la Biblia ayudaron a configurar a lo largo de la historia estadounidense, y que repercutieron directamente en la configuración de la cultura de los Estados Unidos tal y como la conocemos hoy en día. Y la Biblia, por cierto, no fue escrita ni en la Bahía de Massachusetts, ni es posterior a la Declaración de Independencia.

Al conocer ya las creencias del horizonte histórico-cultural de O’Sullivan, sabemos de antemano que el editor de la *Democratic Review* no inventó nada cuando afirmó que los Estados Unidos eran un pueblo único, sin vínculos con el pasado, y con un destino especial. Por lo tanto, no deja de ser irónico que, al negar la tradición histórica de su país, hiciera eco de ella. En el siguiente fragmento de “The Great Nation of Futurity”, por ejemplo, pueden identificarse las creencias heredadas de la Ilustración, en cuanto a su rechazo por el pasado y su fe en el progreso, así como las que procedieron del calvinismo: “El expansivo futuro es nuestra arena y la de nuestra historia. Estamos entrando en su espacio, el cual no ha sido transitado, con las verdades de Dios en nuestras mentes, propósitos benéficos en nuestros corazones y con una consciencia clara que no ha sido corrompida por el pasado. Somos la nación del progreso humano, ¿y quién o qué puede limitar nuestra marcha hacia adelante?”

history of any of them, and still less with all antiquity, its glories, or its crimes. On the contrary, our national birth was the beginning of a new history, the formation and progress of an untried political system, which separates us from the past and connects us with the future only; and so far as regards the entire development of the natural rights of man, in moral, political and national life, we may confidently assume that our country is destined to be the great nation of futurity.” John L. O’Sullivan. “The Great Nation of Futurity”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Langtree and O’Sullivan, Washington D.C., v. VI, November 1839, p. 1, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0006-4;didno=usde0006-4;view=image;seq=0350;node=usde0006-4%3A6> (consulta: 24 de abril de 2016).

La Providencia está con nosotros, y ninguna fuerza terrenal puede limitarla”.⁵³ O’Sullivan ignoró, o quiso ignorar, lo que para fines prácticos resulta igual, el hecho de que los humanos somos seres históricos, y que pertenecemos a determinadas tradiciones que condicionan nuestras vidas y nuestro quehacer en el mundo, y que sólo a partir de aquéllas, y nunca de la nada, podemos crear cosas nuevas. A final de cuentas, toda innovación, toda creación, es siempre una reinención de la tradición.

Cabe mencionar que “The Great Nation of Futurity” presenta una notable contradicción: en él, O’Sullivan describe al pueblo de Estados Unidos como único e inigualable, y al mismo tiempo, critica a los escritores, a los juristas y a los empresarios estadounidenses de la época por imitar los ejemplos y modelos literarios, jurídicos y empresariales de la aristocrática Europa, en lugar de crear arquetipos democráticos propios. Esto representaba una injuria para el demócrata y futurista editor de la *Democratic Review*.⁵⁴

Aunque no lo dijo explícitamente en las citas anteriores, es claro que consideraba que Estados Unidos era el paladín de la democracia, por la gracia de Dios. Esto lo sabemos por sus constantes alusiones a la Providencia, así como por su idea de que los estadounidenses eran el pueblo elegido. A su vez, y como ya lo he anticipado, las ideas expresadas por O’Sullivan denotan una concepción amplia del destino que sobrepasa por mucho los límites de la ideología expansionista. Sin embargo, como veremos más adelante, ésta última es una de las orientaciones fundamentales del concepto de destino manifiesto.

Por otro lado, anticipándose a lo que sería después uno de los sentidos fundamentales del concepto de destino manifiesto, dejó entrever su ambición territorial. Debemos tener presente que el editor de la *Democratic Review* era un demócrata radical y que, como tal, era un expansionista. Por lo tanto, que O’Sullivan haya promovido la expansión territorial, varios años antes de la acuñación de su célebre concepto, no debe parecernos extraño. Esto fue lo que expresó al respecto:

En su magnífico dominio del tiempo y el espacio, la nación de muchas naciones está *destinada a manifestar* a la humanidad la excelencia de los principios divinos; a establecer en la tierra el más noble templo jamás dedicado a la adoración del Altísimo –el Sagrado y el

⁵³ “The expansive future is our arena, and for our history. We are entering on its untrodden space, with the truths of God in our minds, beneficent objects in our hearts, and with a clear conscience unsullied by the past. We are the nation of human progress, and who will, what can, set limits to our onward march? Providence is with us, and no earthly power can.” *Ibid.*, p. 2.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 2-4.

Verdadero. Su suelo será un hemisferio –su techo el firmamento bañado de estrellas, y su congregación una Unión de muchas Repúblicas, compuesta por cientos de millones [de individuos] felices, sin llamar ni pertenecer a ningún amo, sino gobernada por la ley natural y moral de la igualdad de Dios, la ley de la hermandad– ‘de la paz y de la buena voluntad entre los hombres’.⁵⁵

Claro que las ideas de O’Sullivan en torno al destino no estuvieron libres de inconsistencias. En un artículo de 1840, titulado “The Progress of Society”, el editor consideró que la redención del ser humano era responsabilidad de los estadounidenses, aunque ésta hubiera sido delegada a ellos por Dios. Si la Providencia había establecido, desde y para siempre, un destino particular para Estados Unidos y, sin embargo, su realización o su fracaso estaba en manos de los yanquis, el destino no sería algo fijo y eterno, sino que estaría sujeto al libre albedrío de los estadounidenses. Esto, por supuesto, es un oxímoron, pues la semántica del concepto “destino”, en la tradición protestante, no admitía la injerencia del ser humano en la conformación del porvenir y, por el contrario, sometía al individuo a una potestad superior, llámese Dios, la Providencia, o el destino. Como ya sabemos, el calvinismo, a través del dogma de la doble predestinación, puso énfasis en la nula injerencia del hombre en la construcción del futuro, y aunque O’Sullivan renegara de las religiones organizadas, él pertenecía a una tradición histórica donde dichas creencias estaban arraigadas desde mucho tiempo atrás. Por eso resulta contradictoria, o por lo menos problemática, la idea planteada por O’Sullivan en el texto susodicho, del cual reproduzco ahora un fragmento:

Hemos sido colocados en la vanguardia de la batalla de la causa del Hombre contra los poderes del mal, que por tanto tiempo le han hecho morder el polvo [...] Permítannos establecer esto, y la raza habrá hecho un avance que sólo la mano de la Omnipotencia [Dios] puede hacer retroceder. A ningún otro le ha sido encomendada el arca de las esperanzas del

⁵⁵ “In its magnificent domain of space and time, the nation of many nations is *destined* to *manifest* to mankind the excellence of divine principles; to establish on earth the noblest temple ever dedicated to the worship of the Most High –the Sacred and the True. Its floor shall be a hemisphere –its roof the firmament of the star-studded heavens, and its congregation a Union of many Republics, comprising hundreds of happy millions, calling, owning no man master, but governed by God’s natural and moral law of equality, the law of brotherhood- of ‘peace and good will amongst men’.” O’Sullivan, *Ibid.*, p. 2. Las cursivas son mías. Nótese que, en la primera frase del texto citado, O’Sullivan emplea las palabras “destinada” y “manifestar”. Como ya ha sido anticipado, los vocablos que compondrían después el concepto de destino manifiesto ya formaban parte del léxico de O’Sullivan antes de su acuñación. Asimismo, en “The Course of Civilization”, O’Sullivan también insinuó la expansión territorial estadounidense por el continente americano. *Vid.* O’Sullivan, “The Course of Civilization”..., p. 211, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0006-2;didno=usde0006-2;view=image;seq=0132;node=usde0006-2%3A4> (consulta: 29 de agosto de 2016).

hombre [...] ¡Por supuesto que no podemos fallar en el éxito de tal causa! ¡Por supuesto que no podemos titubear cuando tanto depende de nuestra perseverancia hasta el final!⁵⁶

Como ya sabemos, la creencia del destino estadounidense implicaba un sentido misionero. Este sentido está presente en los artículos escritos por O'Sullivan. Si el destino del mundo era la implantación de la democracia, el destino estadounidense era difundirla por todo el mundo. Como los misioneros cristianos de otros tiempos, los estadounidenses llevarían la “buena nueva” a todas partes, y quienes la acogieran, se regenerarían. Pero esta vez, la supuesta palabra de Dios conllevaba un sentido democrático. El co-fundador de la *Democratic Review* mencionó lo siguiente con respecto al carácter regenerativo de la democracia:

... los anales veraces de cualquier nación proveen abundante evidencia de que su felicidad, su grandeza y su continuidad, fueron siempre proporcionales a la igualdad democrática en su sistema de gobierno [...] y el verdadero filósofo de la historia fácilmente distinguirá los principios de igualdad o privilegio, determinando su inevitable resultado. El primero es regenerativo, porque es natural y justo; el segundo es destructivo para la sociedad, porque no es natural y es injusto.⁵⁷

De manera mucho más explícita, O'Sullivan se refirió a la misión estadounidense al final de “The Great Nation of Futurity”. Por supuesto que esta nueva alusión al sentido misionero de la historia estadounidense estuvo acompañada de una referencia explícita al destino de los Estados Unidos:

⁵⁶ “We have been placed in the forefront of the battle in the cause of Man against the powers of evil which have so long crushed him to the dust... Let us but establish this, and the race will have made an advance from which nothing short of the hand of Omnipotence can force to recede. To no other has been committed the ark of man's hopes... Surely we cannot fail to success in such a cause! Surely we cannot falter when so much depends upon our perseverance to the end!” John L. O'Sullivan, “The Progress of Society”, *The United States Magazine and Democratic Review*, S.D. Langtree, Washington D.C., v. VIII, July 1840, p. 87 <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0001-1;didno=usde0001-1;view=image;seq=0005;node=usde0001-1%3A2> (consulta: 30 de agosto de 2016). O'Sullivan también expresó esta contradicción entre destino y libre albedrío en el editorial del *New York Morning News* del 1° de diciembre de 1845. Este texto se encuentra citado en Merk, *La Doctrina Monroe y el expansionismo...*, p. 77.

⁵⁷ “... the truthful annals of any nation furnish abundant evidence, that its happiness, its greatness, its duration, were always proportionate to the democratic equality in its system of government [...] and the true philosopher of history will easily discern the principle of equality, or of privilege, working out its inevitable result. The first is regenerative, because it is natural and right; the latter is destructive to society, because it is unnatural and wrong.” O'Sullivan, “The Great Nation of Futurity”..., p. 1, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0006-4;didno=usde0006-4;view=image;seq=0350;node=usde0006-4%3A6> (consulta: 24 de abril de 2016).

Sí, somos la nación del progreso, de la libertad individual, de la emancipación universal... Debemos avanzar hacia el cumplimiento de nuestra misión –hacia el pleno desarrollo del principio de nuestra organización [política]– libertad de consciencia, libertad personal, libertad comercial, universalidad de la libertad e igualdad. Este es nuestro gran destino, y en el eterno e inevitable decreto de la naturaleza de causa y efecto, debemos realizarlo. Y esta será nuestra historia futura, el establecimiento en la Tierra de la dignidad moral y la salvación del hombre –la inmutable verdad y beneficencia de Dios. Para esta misión bendita con respecto a las naciones del mundo, excluidas de la luz dadora de vida de la verdad, Estados Unidos ha sido elegido; y su gran ejemplo deberá golpear hasta la muerte a la tiranía de los reyes, jercas y oligarcas, y llevar las buenas nuevas de paz y buena voluntad... ¿Quién, entonces, puede dudar que nuestro país está destinado a ser la gran nación del porvenir?⁵⁸

Con todo lo dicho hasta ahora en torno a la concepción del destino expresada por O’Sullivan, puedo sostener que el editor de la *Democratic Review* interpretó la historia de forma teleológica. En los Estados Unidos de las décadas de 1830 y 1840, lo extraño hubiera sido no concebir la historia en términos providenciales, es decir, como un proceso controlado por Dios. Sin embargo, hay algunos rasgos particulares de la teleología de O’Sullivan que vale la pena señalar a fin de poder comprender cabalmente el concepto de destino manifiesto. En términos generales, O’Sullivan creía que la historia era un proceso progresivo. Para ilustrar esta afirmación, tómese el siguiente fragmento de su artículo “The Course of Civilization”:

La historia de la humanidad es el registro de una gran marcha, más o menos rápida, a veces entorpecida por obstáculos, y luego favorecida por la fuerza, siempre apuntando hacia un punto –el perfeccionamiento último del hombre [...] A la aceleración y la expansión de este progreso, las diversas naciones que han ido apareciendo sobre la Tierra han contribuido. Como miembros de la humanidad, ellas han tomado parte del movimiento general hacia adelante. Todas tuvieron una misión que cumplir, especial para ellas mismas, pero conectada con el desarrollo de toda la raza humana. Paso a paso, han removido de esferas de densa obscuridad regiones enteras donde gradualmente aumenta la luz. Individual y colectivamente, han emergido desde los abismos de la ignorancia y la degradación, al más grato ambiente de

⁵⁸ “Yes, we are the nation of progress, of individual freedom, of universal enfranchisement... We must onward to the fulfillment of our mission –to the entire development of the principle of our [political] organization– freedom of conscience, freedom of person, freedom of trade and business pursuits, universality of freedom and equality. This is our high destiny, and in nature’s eternal, inevitable decree of cause and effect we must accomplish it. All this will be our future history, to establish on earth the moral dignity and salvation of man – the immutable truth and beneficence of God. For this blessed mission to the nations of the world, which are shut out from the life-giving light of truth, has America been chosen; and her high example shall smite unto death the tyranny of kings, hierarchs and oligarchs, and carry the glad tidings of peace and good will [...] Who, then, can doubt that our country is destined to be *the great nation of futurity?*” *Ibid.*, p. 4 y 5, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0006-4;didno=usde0006-4;view=image;seq=0350;node=usde0006-4%3A6> (consulta: 24 de abril de 2016).

la inteligencia expansiva [...] Estamos capacitados, por una amplia visión de esta carrera de naciones, a agrupar las siguientes etapas de la sociedad por órdenes de civilización, todas tendiendo a mejorar la condición social del hombre, para cumplir con su destino, aunque la última ha sido siempre la más pura, la más liberal y la mejor.⁵⁹

Considerando lo anterior, es claro que para O'Sullivan todos los pueblos de la historia formarían parte del progreso de la humanidad y, por lo tanto, la misión y el destino de Estados Unidos constituiría sólo la última fase de la historia humana. La tendencia a entender la historia en un sentido teleológico forma parte de una larga tradición del pensamiento occidental que estaba aún vigente a mediados del siglo XIX. Se trata pues de las filosofías de la historia, las cuales dotaban con sentidos particulares a los procesos históricos. Aunque O'Sullivan no elaboró un sistema filosófico como tal, no sería errado establecer que su pensamiento sí implicó una filosofía de la historia, cuyo fin sería el establecimiento de la democracia (estadounidense) en todo el mundo, y cuya etapa final estaría protagonizada por los Estados Unidos de América, o que por lo menos, el sentido particular que O'Sullivan dio al proceso histórico estuvo fundamentado en una filosofía de la historia. El artículo "The Course of Civilization" es la pieza clave para entender las implicaciones histórico-filosóficas de la obra de O'Sullivan.⁶⁰

En dicho artículo, el editor de la *Democratic Review* dividió la historia de la humanidad, a la que concibe como el proceso del perfeccionamiento o progreso humano, en cuatro periodos diferentes. El primero de ellos, al que llamó "Teocrático", estaba regido por principios religiosos, y los sacerdotes tenían la preminencia social. Según O'Sullivan, esta etapa se desarrolló en la India, Judea y Persia. Aunque aquél consideró que fue una época sin

⁵⁹ "The history of humanity is the record of a grand march, more or less rapid, as it was now impeded by obstacles, and again facilitated by force, at all times tending to one point -the ultimate perfection of man... To the acceleration and extension of this progress, the various nations appearing upon the earth have contributed. As portions of humanity, they have taken part in the general onward movement. They have each had a mission to accomplish, special to themselves, though connected with the development of the entire human race. Step by step they have each removed from realms of thick darkness to regions of gradually increasing light. They have singly and collectively emerged from the abysses of ignorance and degradation, to the pleasanter atmosphere of expanding intelligence. [...] We are enabled, by a large view of this career of nations, to group the successive stages of society in the orders of civilization, all tending to improve the social condition of man, to accomplish his destiny, though the latest has always been the purest, the most liberal, and the best." O'Sullivan, "The Course of Civilization"... , p. 208 y 209, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0006-2;didno=usde0006-2;view=image;seq=0132;node=usde0006-2%3A4> (consulta: 29 de agosto de 2016).

⁶⁰ A pesar de sus diferencias, la filosofía de la historia implícita en la obra de O'Sullivan guarda similitudes con los esquemas histórico-filosóficos de algunos de sus contemporáneos, como el del ya mencionado Alexis de Tocqueville, así como con el de Georg Wilhelm Friedrich Hegel y el de Auguste Comte.

libertad, sostuvo también que se trataba de un escaño de la civilización superior al del “barbarismo egoísta de los salvajes”.⁶¹

La segunda etapa fue la que se llevó a cabo en Grecia y Roma, en donde el pensamiento político reemplazó en importancia al pensamiento religioso, y en la que el Estado fue más importante que el individuo, pues todos los registros de la cultura (arte, ciencia, política, educación) giraron alrededor de aquél. O’Sullivan afirma que en dicha época la supremacía del Estado fue tal que coartó la libertad individual, pues los más grandes esfuerzos de los hombres de entonces no se hicieron en busca de la propia emancipación, sino para beneficio y gloria del Estado.⁶²

La tercera etapa, la aristocrática, equivalió para O’Sullivan a la Edad Media, cuyas principales características eran el feudalismo y la prominencia de la nobleza sobre el resto de la sociedad. Consideró que este periodo había sido mejor que los dos anteriores, pues en los resquicios donde el poder de los señores no pudo llegar, se desarrollaron, según O’Sullivan, el comercio y la libertad y, con ellos, resistencias al sistema feudal que desembocaron en una reforma que trastocó todos los órdenes de la vida (arte, literatura, religión y conducta).⁶³

Finalmente, O’Sullivan sostuvo que la última etapa del progreso humano era la democrática. Consideró que los orígenes de esta época no habían estado en Inglaterra, sino en los peregrinos que llegaron al Nuevo Mundo huyendo de las persecuciones políticas y religiosas del viejo continente. Aquellos habían traído consigo las semillas de la democracia y la igualdad, aunque aún tendrían que pasar algunos siglos para que éstas florecieran. Así, pensó que gracias a la “naturaleza combativa” de los peregrinos, había nacido la resistencia contra la tiranía británica en las colonias angloamericanas, la cual desembocó en la

⁶¹ O’Sullivan, “The Course of Civilization”..., p. 209, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0006-2;didno=usde0006-2;view=image;seq=0132;node=usde0006-2%3A4> (consulta: 29 de agosto de 2016).

⁶² *Ibid.*, p. 210. En el artículo titulado “Territorial Aggrandizement”, O’Sullivan sostuvo que las democracias antiguas habían fracasado, pues no habían logrado emancipar a todos los individuos, como, según él, sí lo haría la democracia estadounidense. *Vid.* O’Sullivan, “Territorial Aggrandizement”..., p. 245, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0017-3;didno=usde0017-3;view=image;seq=255;node=usde0017-3%3A2;page=root;size=50> (consulta: 24 de abril de 2016).

⁶³ O’Sullivan, “The Course of Civilization”..., p. 211, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0006-2;didno=usde0006-2;view=image;seq=0132;node=usde0006-2%3A4> (consulta: 29 de agosto de 2016).

Declaración de Independencia de Estados Unidos, y en el inicio del periodo democrático de la historia.⁶⁴

En ese esquema, la historia anterior a la independencia de Estados Unidos sólo había sido el preámbulo de la etapa democrática, la cual llegaría a su fin, junto con el proceso histórico de la humanidad, “cuando cada hombre en el mundo sea final y triunfalmente redimido”. Para el editor de la *Democratic Review*, la Divina Providencia era la causa primera de esta sucesión de etapas en las que estaba dividido el devenir del hombre.⁶⁵

Como hemos visto, John L. O’Sullivan se asumió desde su juventud como un demócrata radical que expresó su ideología en las páginas de la *Democratic Review* y el *New York Morning News*, defendiendo desde allí los principios del Partido Demócrata con su particular estilo romántico. En los textos que antecedieron a la acuñación del concepto de destino manifiesto, y que se insertan en una tradición lingüística y temática donde el destino era un tema recurrente, desarrolló una idea del mismo que rebasó por mucho las fronteras de la doctrina expansionista a la que suele ser asociado. Finalmente, en el conjunto de su obra, pero de forma particular en “The Course of Civilization”, el joven demócrata expresó una filosofía de la historia cuyo estudio nos permitirá entender el lugar que el destino manifiesto ocupó en su sistema de pensamiento.

3.3. El concepto de destino manifiesto (1845)

El concepto de destino manifiesto expresó las expectativas de parte de una generación de estadounidenses que ansiaba la expansión territorial de su país. Sin embargo, los sentidos e implicaciones de este concepto ya estaban presentes en el lenguaje de los estadounidenses de la primera mitad del siglo XIX. En ese sentido, el destino manifiesto fue heredero de la tradición lingüística del idioma inglés, en la cual, las creencias de destino y misión de los

⁶⁴ *Ibid.*, p. 211-213.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 211. “when every man in the world should be finally and triumphantly redeemed.” *Ibid.*, p. 213. Según Adam Gomez, O’Sullivan plantea que la liberación o redención del ser humano es el fin del devenir. Sin embargo, la libertad o redención del hombre sólo sería la consecuencia del establecimiento de la democracia en todo el planeta. En consecuencia, la democracia y no la libertad sería el eje fundamental de la filosofía de la historia implícita en la obra O’Sullivan. *Cfr.* Adam Gomez, *op. cit.*, p. 246. Por otro lado, coincido con la interpretación de Gomez en cuanto a que O’Sullivan concibió a Estados Unidos como un ente esencialmente virtuoso, cuya misión era la difusión de la democracia por el mundo entero. *Ibid.*, p. 239 y 250-254.

anglosajones, así como las aspiraciones expansionistas, ya habían sido expresados. En consecuencia, el concepto susodicho fue una novedad sólo en tanto que manifestó experiencias inexistentes hacia 1845, como el dominio estadounidense del continente americano.⁶⁶

En 1845, año en que John L. O'Sullivan acuñó el concepto de destino manifiesto, Estados Unidos aún estaba a un siglo de distancia de convertirse en una súper potencia mundial. Por aquellas fechas, ni siquiera era seguro que la república estadounidense se extendiera hasta las costas del Océano Pacífico, y mucho menos que se convirtiera en el poder hegemónico de América. Sin embargo, dicho concepto estuvo cargado de un poderoso potencial semántico de índole utópico, expresado en el grueso de la obra de O'Sullivan, capaz de excitar la imaginación de los nacionalistas más visionarios y extravagantes. Esto no es fortuito, pues “cuanto menores son las experiencias contenidas” en un concepto, “mayores son las expectativas” en él implícitas. Y aunque todos los conceptos tienen una estructura temporal, el destino manifiesto estuvo claramente orientado, en principio, hacia el futuro.⁶⁷

El artículo titulado “Annexation”, que fue donde O'Sullivan acuñó el concepto de destino manifiesto, apareció en la *United States Magazine and Democratic Review* en su edición de julio-agosto de 1845. Este texto formó parte de las publicaciones que alzaron la voz contra la declaración del ministro francés François Guizot, del 10 de junio del mismo año, donde éste se refirió al “equilibrio de fuerzas” en América, y expresó su rechazo a la anexión de Texas a los Estados Unidos.⁶⁸

En pocas palabras, “Annexation” es una crítica de O'Sullivan contra a los detractores de la anexión de Texas. Recordemos que este artículo fue publicado, justamente, durante las gestiones que terminarían por incorporar aquella república a los Estados Unidos. En principio, el autor exhortó a los críticos de la anexión a dejar de lado las posturas partidistas o regionalistas y a dar la bienvenida al nuevo estado. Asimismo, O'Sullivan condenó, tanto la supuesta interferencia de Inglaterra y Francia en los asuntos estadounidenses, como la

⁶⁶ Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, trad. de Luis Fernández Torres, Madrid, Editorial Trotta, 2012, p. 20.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 38 y 46. Como veremos más adelante, la historiografía estadounidense se ha encargado de cambiar la orientación del concepto de destino manifiesto del futuro hacia el pasado.

⁶⁸ Hay una traducción al español de “Annexation” en la obra de Edgar Gabaldón Márquez. *Vid.* Edgar Gabaldón Márquez, *Los destinos manifiestos: exploración histórica de la doctrina, mítica y milenial, que ha promovido y justificado los imperialismos*, Caracas, Casuz, 1977, p. 147-150.

consecuente postura del Partido Whig, que, según el editor de la *Democratic Review*, apoyó aquella intervención al oponerse a la anexión texana.⁶⁹

Por otro lado, O'Sullivan descalificó a quienes consideraban injusta la anexión por violar los derechos territoriales de México. Para el autor, la independencia texana había sido justa y legítima y, por lo tanto, su integración a Estados Unidos era ajena a los intereses de cualquier país que no fuera Texas o la república estadounidense. Asimismo, O'Sullivan rechazó que la anexión hubiera respondido a la ambición expansionista de sus promotores, pues falazmente consideró que se trataba de la reincorporación de un territorio que pertenecía a la Luisiana francesa, integrada a la Unión en 1803, y que había sido cedido a España de forma “absurda” con el Tratado Adams-Onís de 1819.⁷⁰

Sorprendentemente, O'Sullivan rechazó cualquier hostilidad bélica contra México. A pesar de que consideró que California sería inevitablemente anexada a Estados Unidos de una forma similar a la de Texas, sostuvo que era necesario mantener la cordialidad y hasta la amistad con la república mexicana, sobre todo para evitar la intervención de las potencias europeas en el continente americano. Sin embargo, O'Sullivan desestimó cualquier reclamo que México pudiera hacer en torno a Texas. Y no sólo eso, pues también sostuvo que este país, al que calificó como “imbécil y distraído”, sería culpable de cualquier conflicto que pudiera desencadenarse con los Estados Unidos. Nótese lo ecos de la Doctrina Monroe, así como el antihispanismo y los principios de la “defensa propia” y la autopreservación, usados como argucias por la ideología expansionista.⁷¹

De igual forma, vituperó a quienes consideraban que la susodicha anexión había sido una medida en favor de la esclavitud. En este punto, O'Sullivan concluyó que debían tolerarse las diversas instituciones que coexistían en la Unión. Aunque el autor de “Annexation” no aceptó abiertamente la esclavitud, tampoco la rechazó y, por el contrario, en su llamado a la tolerancia de las instituciones estadounidenses, la defendió indirectamente. Acorde a los

⁶⁹ John L. O'Sullivan, “Annexation”, *The United States Magazine and Democratic Review*, J.L. O'Sullivan & O.C. Gardiner, 196 Nassau Street, New York, v. XVII, July-August 1845, p. 5 y 6, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pagevieweridx?c=usde&cc=usde&idno=usde0017-1&node=usde0017-1%3A3&view=image&seq=13&size=100> (consulta: 24 de abril de 2016).

⁷⁰ *Ibid.*, p. 6.

⁷¹ *Ibid.*, p. 6, 7, 9 y 10.

prejuicios racistas de la época, O'Sullivan sostuvo que, tarde o temprano, la raza negra desaparecería de los Estados Unidos.⁷²

El autor de "Annexation" concluyó su artículo de modo exaltado, haciendo referencia indirecta al discurso del ministro francés Guizot, y expresando los anhelos de los expansionistas estadounidenses. Dice O'Sullivan:

Basta, entonces, de esas vanas palabras francesas de "equilibrio de fuerzas" en el continente americano. ¡No hay crecimiento en Hispanoamérica! Cualquier progreso de la población que pueda haber en el Canadá británico será sólo por la pronta ruptura de su actual relación colonial con la pequeña isla a tres mil millas a través del Atlántico; pronto será anexado y está destinado a impulsar el ímpetu de nuestro progreso que aún se está acumulando. ¡Y quienquiera que apoye el equilibrio [de fuerzas], aunque apunte hacia el lado contrario todas las bayonetas y los cañones, no sólo de Francia e Inglaterra, sino de Europa entera, cómo podría equilibrar el simple y sólido peso de doscientos cincuenta, o trescientos millones —y millones estadounidenses— destinados a reunirse bajo la enseña de las barras y las estrellas en el vertiginoso año del Señor de 1945!⁷³

Ahora bien, ¿cómo se inserta el concepto de destino manifiesto en el texto de O'Sullivan? Volviendo al tema de la anexión de Texas, es fundamental mencionar que, para él, la división que se había generado al interior de Estados Unidos, con respecto a dicho asunto, había sido motivada y alimentada por Francia e Inglaterra. En ese sentido, sostuvo que dichas potencias europeas se oponían a los intereses estadounidenses en América, con "un ánimo de hostil interferencia contra nosotros, con el reconocido objetivo de anular nuestra política y obstruir nuestro poder, limitando nuestra grandeza y deteniendo el cumplimiento de nuestro *destino manifiesto* de extendernos por el continente asignado por la Providencia para el libre desarrollo de nuestros millones [de ciudadanos] que se multiplican anualmente".⁷⁴

⁷² *Ibid.*, p. 7 y 8.

⁷³ "Away, then, with all idle French talk of *balances of power* on the American Continent. There is no growth in Spanish America! Whatever progress of population there may be in the British Canadas, is only for their own early severance of their present colonial relation to the little island three thousand miles across the Atlantic; soon to be followed by Annexation, and destined to swell the still accumulating momentum of our progress. And whosoever may hold the balance, though they should cast into the opposite scale all the bayonets and cannon, not only of France and England, but of Europe entire, how would it kick the beam against the simple solid weight of the two hundred and fifty, or three hundred millions—and American millions—destined to gather beneath the flutter of the stripes and stars, in the fast hastening year of the Lord 1945!" *Ibid.*, p. 10.

⁷⁴ "in a spirit of hostile interference against us, for the avowed object of thwarting our policy and hampering our power, limiting our greatness and checking the fulfilment of our manifest destiny to overspread the continent allotted by Providence for the free development of our yearly multiplying millions." *Ibid.*, p. 5. En la traducción del texto, las cursivas son mías.

En estos términos, es claro que el destino manifiesto nació como un concepto expansionista y providencialista, pues expresaba que la expansión territorial de los Estados Unidos por el continente americano, además de ser inevitable, era propiciada nada más y nada menos que por Dios. O'Sullivan se encargó de reiterar estas ideas páginas más adelante:

Texas ha sido absorbido por la Unión en el inevitable cumplimiento de la ley general que está haciendo peregrinar a nuestra población hacia el oeste; la conexión con la proporción del crecimiento de la población destinada, dentro de cien años, a aumentar nuestros números a la enorme cantidad de doscientos cincuenta millones (si no es que más), es demasiado evidente para dejarnos lugar a dudas del diseño manifiesto de la Providencia con respecto a la ocupación de este continente. Texas fue disgregado de México en el curso natural de los acontecimientos.⁷⁵

Podemos establecer entonces que, por un lado, con el concepto de destino manifiesto O'Sullivan expresó un anhelo expansionista, así como algunas de las creencias providencialistas de su época; y, por el otro, la importancia del crecimiento demográfico estadounidense en sus expectativas del futuro, pues para él, serían los millones de ciudadanos de Estados Unidos, los de las generaciones futuras, los que ocuparían el continente que la Providencia les habría otorgado.

En términos generales, el concepto de destino manifiesto correspondió a dos cuestiones, una coyuntural y otra estructural o histórico-cultural. La primera de ellas fue el proceso de expansión territorial estadounidense o, más bien, las ambiciones expansionistas en torno a Texas, a Oregon, y a los territorios de Alta California y Nuevo México. La segunda fue la centenaria creencia del destino del pueblo elegido y su misión. Por supuesto que hubo otros elementos implícitos en el concepto de destino manifiesto, sin embargo, estos dos son fundamentales para entender su sentido original.

Asimismo, y como la Doctrina Monroe en su momento, al reclamar el continente para los Estados Unidos, el concepto acuñado por O'Sullivan expresó también una actitud defensiva frente a las potencias europeas, particularmente ante Inglaterra y Francia. Con la anexión de Texas aún por concretarse, y el sentimiento de anglofobia latente en el seno de la

⁷⁵ "Texas has been absorbed into the Union in the inevitable fulfilment of the general law which is rolling our population westward; the connection of which with that ratio of growth in population which is destined within a hundred years to swell our numbers to the enormous population of *two hundred and fifty millions* (if not more), is too evident to leave us in doubt of the manifest design of Providence in regard to the occupation of this continent. It was disintegrated from Mexico in the natural course of events..." *Ibid.*, p. 8.

sociedad estadounidense, muchos expansionistas ansiaron hacerse de Texas so pretexto de la seguridad nacional.⁷⁶ Como demócrata radical y, por lo tanto, como expansionista, no es extraño que O’Sullivan haya manifestado sus ambiciones territoriales sobre el continente americano, como lo hizo en “Annexation”. Y aunque su pluma haya estado impregnada de cierto desdén hacia Francia e Inglaterra, el temor ante una intervención europea en Norteamérica se alcanza a vislumbrar en las páginas de este artículo.

El concepto de destino manifiesto pasó prácticamente desapercibido en un primer momento. Esto se debió a que la anexión de Texas, que es el eje temático del texto de O’Sullivan, parecía irreversible cuando apareció el artículo. Asimismo, recordemos que “Annexation” fue sólo uno de los muchos textos que retomó la polémica generada, tanto por la anexión como por la declaración de François Guizot en torno al “equilibrio de fuerzas” en América. Por lo tanto, cualquier polémica que este artículo pudo haber provocado fue exigua. En cambio, le debemos la difusión del destino manifiesto, entendido como concepto, a otro artículo de O’Sullivan, titulado “The True Title”. Este texto fue publicado en el contexto de los debates en torno a Oregon, en el *New York Morning News*, el 27 de diciembre de 1845.

Una semana después de la publicación de “The True Title”, Robert C. Winthrop, de Massachusetts, empleó irónicamente el concepto de destino manifiesto en el Congreso, al criticar el expansionismo rapaz. A partir de entonces, ya fuera enarbolándolo o ridiculizándolo, tanto los políticos como los periodistas de la época incorporaron dicho concepto al argot del dominio público, el cual estaría en boga durante los debates en torno a la expansión territorial estadounidense de los años siguientes.⁷⁷ A partir de entonces,

⁷⁶ Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 115-141.

⁷⁷ Julius W. Pratt, *op. cit.*, p. 795 y 796. Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 301. Edward L. Widmer, *op. cit.*, p. 51. Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 42. William Earl Weeks, *op. cit.*, p. 111. Rosa Alicia Sotomayor, “Tres puntos de vista sobre el Destino manifiesto”, en *El Destino manifiesto en la historia de la nación norteamericana (6 ensayos)*, México, Universidad Iberoamericana/Editorial Jus, 1977, p. 109. Albert K. Weinberg, *Manifest Destiny. A Study of Nationalist Expansionism in American History*, Baltimore, The John Hopkins Press, 1935, p. 142-144, <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=mdp.39015062112365;view=1up;seq=7> (consulta: 30 de agosto de 2018).

No he podido consultar una versión completa de “The True Title”, pues no se encuentra disponible, en México, ni físicamente ni en formato electrónico. El fragmento más completo de este texto al que tuve acceso está reproducido en Merk. *Manifest Destiny and Mission...*, p. 32. En dicho artículo, haciendo eco de la ideología expansionista, O’Sullivan estableció que los derechos de exploración de las potencias europeas sobre Oregon no valían nada frente al “Título verdadero” de los Estados Unidos, el cual estaba fundamentado, según el autor, en “el derecho de nuestro destino manifiesto de extenderse y poseer todo el continente que la Providencia nos ha dado para el desarrollo a nosotros confiado”. [“the right of our manifest destiny to overspread and to possess the whole of the continent which Providence has given us for the development entrusted to us”]. Citado en *idem*.

comenzó la segunda fase del proceso semántico del destino manifiesto, en la cual, los políticos y los periodistas que comenzaron a utilizarlo lo dotaron de significados que rebasaron el sentido original adjudicado por O'Sullivan.

No ahondaré en esta segunda etapa de la historia del destino manifiesto, pues ésta rebasa los límites de mi investigación. Sin embargo, es importante mencionar que la difusión de dicho concepto sucedió justo entonces, y no antes, porque el desenlace en el asunto de Oregon aún no estaba claro, a diferencia de lo acontecido en Texas, donde la anexión estaba por consumarse. Asimismo, cabe mencionar que, quienes se apropiaron del concepto acuñado por O'Sullivan, compartían con él muchas de sus ideas en torno a la expansión territorial, además de las creencias providencialistas de la época. Esto último facilitó sobremanera la difusión de un concepto que, ya de por sí, tenía implícitas ideas vigentes en la sociedad estadounidense de 1845.⁷⁸

Como ya lo he anticipado, O'Sullivan acuñó un concepto a partir de dos palabras que no sólo eran comunes en el léxico de entonces, sino que expresaban ideas y creencias vigentes en su horizonte histórico-cultural. Es verdad que “destino manifiesto” fue una forma particular de expresar aquellas creencias e ideas, pues en él la creencia en el destino estaba imbricada con las ideas expansionistas. Para decirlo en términos de la época, el concepto susodicho implicaba que la “expansión del área de la libertad” era parte del destino provisto por Dios, no sólo para Estados Unidos, sino para toda la humanidad. Como ya se ha mencionado, este destino era, según el editor de la *Democratic Review*, el establecimiento del sistema democrático estadounidense en todo el planeta, y la subsecuente redención o regeneración del hombre a través de la democracia. Sin embargo, sería un error afirmar que los sentidos implícitos en el concepto de destino manifiesto fueron ocurrencias o invenciones improvisadas por O'Sullivan. Por el contrario, las creencias y las ideas que dieron forma a dicho concepto fueron el resultado de procesos históricos anteriores al nacimiento de O'Sullivan, y en muchos casos al de los propios Estados Unidos.

El autor de “Annexation” compartió con sus contemporáneos las creencias providencialistas vigentes en su época. Sin embargo, sus ideas en torno a la expansión territorial fueron comunes sólo a un grupo determinado de estadounidenses: los expansionistas. Entonces, destino manifiesto fue una expresión expansionista de la creencia

⁷⁸ Julius W. Pratt, *op. cit.*, p. 798.

del pueblo elegido, su destino y su misión. Por lo tanto, la clave para entender la particularidad de este concepto, en los términos de O'Sullivan, está justamente en la ideología expansionista. En consecuencia, el elemento principal del destino manifiesto es la idea de que las fronteras de Estados Unidos se extenderían por todo el continente, y que este proceso sería propiciado y auspiciado por Dios. De hecho, después de su acuñación, el concepto de destino manifiesto devino y se mantuvo, casi siempre, como sinónimo de expansión territorial (estadounidense).⁷⁹ Como veremos en breve, los historiadores han utilizado este concepto, fundamentalmente, con la intención de describir, analizar y explicar los procesos de expansionismo e imperialismo de los Estados Unidos.

La gran novedad que trajo consigo el concepto de destino manifiesto fue su capacidad para englobar creencias providencialistas centenarias (experiencias históricas) e ideas expansionistas (expectativas de futuro), sintetizándolas en sólo dos palabras. No es ninguna casualidad que el destino manifiesto, entendido como concepto, haya sido utilizado por los expansionistas estadounidenses para justificar sus intenciones y sus acciones, apelando a un destino que, según ellos, era evidente, manifiesto, y en consecuencia, inevitable.⁸⁰

Destino manifiesto es entonces el concepto fundamental dentro de las ideas expansionistas del editor de la *Democratic Review*. Sin embargo, este no es el concepto más importante del pensamiento de O'Sullivan. De hecho, aquel procede y forma parte de una idea mucho más amplia del destino, como vimos en el apartado anterior. Por lo tanto, el concepto en cuestión sólo denota un aspecto muy específico de dicho destino, la expansión territorial de Estados Unidos a lo largo y ancho de un continente, América, supuestamente otorgado a ellos por Dios. Para O'Sullivan, la expansión territorial de Estados Unidos era apenas una parte del destino del mundo, que no era sino el inevitable establecimiento del sistema democrático estadounidense.

* * * * *

⁷⁹ Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 3.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 12. Fabiola García Rubio, *El Daily Picayune de Nueva Orleans durante los años del conflicto entre Estados Unidos y México, 1846-1848: su postura ante la guerra y su recepción en la prensa mexicana*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2004, p. 44.

Como hemos visto, John L. O'Sullivan no inventó ni una doctrina ni una teoría política. Sólo acuñó un concepto que, como todo concepto, sintetizó una serie de experiencias históricas (las del pueblo angloamericano y de la república estadounidense), así como expectativas del futuro (de Estados Unidos); un concepto que daría nombre a la ambición expansionista y con el que el propio O'Sullivan interpretaría la expansión territorial estadounidense y el crecimiento demográfico de su país. Utilizando un ejemplo de la ciencia química, podemos decir que O'Sullivan hizo algo similar a lo que aquellos científicos que dieron nombre a los elementos de la tabla periódica. Ellos no crearon ningún elemento, sólo los denominaron y los incorporaron al esquema teórico de dicha disciplina. Con esto no quiero decir que el expansionismo estadounidense haya sido un fenómeno natural nombrado por O'Sullivan como "destino manifiesto". A lo que me refiero es que las experiencias históricas angloamericanas, las expectativas del futuro de Estados Unidos, las creencias providencialistas de la época y la ideología expansionista de entonces fueron expresadas sintéticamente a través del concepto acuñado por O'Sullivan, quien a su vez lo utilizó para dar cuenta de una parte sustancial de su realidad: la expansión territorial estadounidense.

Parece ser que el editor de la *Democratic Review* no fue consciente del tremendo potencial semántico del concepto que acuñó, el cual le ha permitido seguir vigente y tener más de un significado.⁸¹ En consecuencia, es improbable que O'Sullivan haya reflexionado sobre las formas en que este concepto sería asimilado, sobre todo en el campo de la historiografía estadounidense del siglo XX. Si consideramos que la historiografía es un medio a través del cual podemos conocer nuestro pasado o, por el contrario, encubrirlo, entonces habría que reconsiderar la importancia que tienen los conceptos utilizados por los historiadores, pues estos son parte de la argamasa que emplean en la construcción del conocimiento histórico. Comprender aquello que fuimos, a través de los conceptos, es acercarnos a parte de lo que hoy somos, y a lo que parcialmente nos constituye como seres humanos, independientemente de nuestro origen y de nuestro particular horizonte histórico-cultural.

⁸¹ Para explicar dicha inconsciencia son pertinentes las siguientes palabras del historiador alemán Reinhart Koselleck: "La transformación lingüística y la transformación de los conceptos producen más cosas, cosas distintas de lo que los hablantes eran capaces de percibir directamente o de admitir. A menudo utilizan el lenguaje de un modo muy ingenuo y espontáneo. Además, los hablantes no siempre son maestros de la definición reflexivos". Reinhart Koselleck, *op. cit.*, p. 204.

4. El destino manifiesto en la historiografía estadounidense: 1927-2013

Ésta es la ley de los precedentes; ésta es la utilidad de las tradiciones; ésta es la historia de la obstinada supervivencia de viejas creencias... ¡Ésta es la ortodoxia!

Herman Melville. *Moby Dick*

El caso es que sigo desde hace tiempo el principio metodológico de no emprender nada sin rendir cuentas de la historia que se esconde detrás de los conceptos.

Hans-Georg Gadamer. *El giro hermenéutico*

Nombrar algo es ya una forma de interpretarlo. Al decir y repetir el nombre que le damos a las cosas transmitimos en cierto modo las interpretaciones que de ellas hacemos. Cuando repetimos algo hasta el cansancio sus significados pueden cambiar, y podemos olvidarnos de su sentido original, si no es que ya lo ignoramos de antemano. Si esta repetición se vuelve automática, una mentira puede pasar por verdad. De esta forma, los pre-juicios y los estereotipos son y pueden ser reproducidos y consolidados, tanto en el pensamiento individual, como en la mentalidad de una sociedad en una determinada época.

Ni la ciencia en general ni la historia en particular han sido ajenas a esta situación.¹ Un pre-juicio, un estereotipo, un error o una mentira puede transmitirse a través de la historiografía, si en sus páginas se repiten, consciente o inconscientemente, conceptos que, sin haber sido sometidos a un examen previo, son utilizados de forma acrítica, arbitraria e irresponsable. Por eso, si el historiador no detecta los pre-juicios presentes en su obra, y al

¹ Martin Heidegger, *El concepto de tiempo: (tratado de 1924)*, trad. de Jesús Adrián Escudero, Barcelona, Herder, 2008, p. 49 y 50. Martin Heidegger, *Ontología: hermenéutica de la facticidad*, trad. de Jaime Aspiunza, Madrid, Alianza Editorial, 2008, p. 99.

contrario, los reafirma, puede contribuir al encubrimiento del pasado, y a la enajenación de quienes abren las páginas de un libro de historia en busca de conocimiento.

La historiografía estadounidense que se ha especializado en el estudio de la expansión territorial de Estados Unidos ha sido, en la mayoría de los casos, un ejemplo del uso indiscriminado de un concepto: “destino manifiesto”. Gran parte de los historiadores que ha escrito al respecto no ha ni siquiera reparado en los significados de aquel concepto, ni en el hecho de que el destino manifiesto es fundamentalmente eso, un concepto. Por eso, para entender tanto lo anterior como el sentido original del destino manifiesto ha sido necesario historizar el concepto, desmontando la tradición historiográfica en torno a él, y haciendo una indagación sobre su origen y sobre el horizonte histórico-cultural en el que fue acuñado. Esto sin olvidar su potencial semántico. Sólo así he podido analizarlo sin los encubrimientos de la historiografía.

Soy consciente de que el pasado sólo puede ser comprendido desde el horizonte histórico-cultural del historiador, es decir, desde su propio presente y por medio del lenguaje y los conceptos de su tiempo y de su disciplina. Por eso, el conocimiento histórico, como cualquier otro, depende de interpretaciones cuya condición de posibilidad es el susodicho horizonte, desde el cual el historiador orienta su mirada. Así, el modo en que miramos el pasado revela la forma en que nos relacionamos con el presente,² y en consecuencia, no debe suponerse que la historia, como “objeto de conocimiento”, es algo ajeno o externo al historiador, pues éste, como “sujeto cognoscente”, se encuentra implícito en el pasado que estudia.³

² Jean Grondin, *El legado de la hermenéutica*, trad. de Juan Manuel Cuartas R. y Juan Moreno Blanco, Cali, Programa Editorial Universidad del Valle, 2009, p. 57, 66, 70 y 85. Richard Tarnas, *La pasión de la mente occidental: para una comprensión de las ideas que han configurado nuestra visión del mundo*, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Girona, Atalanta, 2008, p. 500. Heidegger, *Ontología...*, p. 56. Heidegger. *El concepto de tiempo...*, p. 114, 118 y 119.

³ “Sujeto cognoscente” y “objeto de conocimiento” son categorías que deberíamos poner en tela de juicio, no sólo por sus implicaciones epistemológicas, y porque encubren la estructura de la existencia del ser humano, sino por sus presupuestos éticos y políticos, que como la historia lo demuestra, han justificado relaciones de dominación. Por otro lado, estos conceptos son inoperantes desde una perspectiva hermenéutica, pues “sujeto” y “objeto” no constituyen entes separados, sino que se encuentran interrelacionados. Por eso, el conocimiento histórico, como cualquier otro tipo de saber, es intersubjetivo y no objetivo ni subjetivo. El pasado, o lo que nos queda de él, no es un mero objeto. Son rasgos culturales, expresiones de lo que hemos sido, manifestación de nuestro quehacer en el mundo y de nuestra condición humana. No sólo podemos dialogar con el pasado, sino que nuestro conocimiento histórico es siempre intersubjetivo, pues implica un diálogo entre el presente y el pasado. *Vid.* Hans-Georg Gadamer, “Histórica y lenguaje: una respuesta”, en Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 98, 105 y 106 y Hans-Georg Gadamer, “La diversidad de las lenguas y la comprensión del mundo” en *Ibid.*, p. 118.

Aunque la historia del concepto de destino manifiesto tiene por lo menos tres etapas, esta investigación comprende solamente dos de ellas. La primera, que ya hemos revisado en el capítulo anterior, se refiere al origen del concepto. En este apartado, revisaremos las transformaciones que el destino manifiesto ha tenido en la historiografía estadounidense. Como lo anticipé en el capítulo anterior, la parte del proceso semántico del destino manifiesto que se desarrolló en los discursos políticos y en la prensa estadounidenses será tema de otra investigación.

Si bien el destino manifiesto no es, en términos generales, un concepto fundamental, pues ya no se utiliza para hablar de la realidad estadounidense ni de sus problemas actuales, sí ha sido primordial en los estudios de los procesos expansionista e imperialista de Estados Unidos. Por eso, el destino manifiesto pasó de ser un concepto ontológico, utilizado por John L. O'Sullivan para dar cuenta del ser de los estadounidenses y de su historia, a uno de tipo epistemológico, usado por la historiografía como herramienta para describir y explicar el pasado estadounidense, es decir, como un instrumento para la construcción del conocimiento histórico. Al menos esta ha sido la intención de los historiadores estadounidenses cuya obra expondremos más adelante. De cualquier forma, vale la pena mencionar que, aunque el concepto de destino manifiesto está en desuso en el discurso político estadounidense, las creencias implícitas en él, como la del pueblo elegido con un destino y una misión, siguen estando presentes en el pensamiento político de aquel país, aunque de forma menos evidente que antes.

En buena medida, el destino manifiesto se ha mantenido hasta nuestros días como un concepto vigente gracias a su estructura temporal interna, la cual le ha permitido ser utilizado para referirse tanto al futuro como al pasado. Asimismo, su potencial semántico le ha posibilitado transformarse, adquiriendo significados que originalmente no tenía.⁴

Por otro lado, junto al sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos, consideramos que “todo conocimiento es autoconocimiento”, y por lo tanto, la dicotomía epistemológica moderna es un principio que debe ser, por lo menos, cuestionado. *Vid.* Boaventura de Sousa Santos, “Un discurso sobre las ciencias”, en Boaventura de Sousa Santos, *Una epistemología del Sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social*, José Guadalupe Gandarilla (ed.), México, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales/Siglo XXI editores, 2015, p. 50-54.

⁴ Por “potencial semántico” entendemos la capacidad que tiene un concepto para transformarse, adoptando diferentes significados a lo largo del tiempo. *Vid.* Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, trad. de Luis Fernández Torres, Madrid, Editorial Trotta, 2012, p. 200, 203, 207, 214, 218, 228 y 296.

Actualmente, destino manifiesto tiene sentidos que no pueden encontrarse en los textos de O'Sullivan, pues han sido otros quienes, al utilizarlo, lo han dotado de nuevas significaciones.

El hecho de que la realidad sea cambiante obliga a cada generación de historiadores a replantearse problemas tratados por sus colegas de otros tiempos. Cada historiador vive circunstancias diferentes, y por ello, su relación con el presente y con el pasado varía según su época, sus experiencias vitales y sus intereses. Las distintas generaciones de historiadores estadounidenses han buscado entender su tiempo estudiando el pasado, y como el contexto de cada una de ellas no ha sido el mismo, sus interpretaciones históricas han sido diferentes. En consecuencia, el concepto de destino manifiesto, como herramienta de los historiadores, ha sido adaptado a diversas realidades e interpretaciones del pasado y el presente. Esto explica la supervivencia y las mudanzas de dicho concepto.⁵

El concepto de destino manifiesto ha sido uno de los pilares del llamado “excepcionalismo estadounidense”, que es una forma de interpretar a los Estados Unidos, la cual ha considerado a este país como un ente excepcional, único y superior al resto de las sociedades humanas, tanto contemporáneas como pasadas.⁶ En su momento, el concepto de destino manifiesto sirvió no sólo para legitimar el expansionismo y el imperialismo estadounidenses, sino también para describir un hipotético futuro de Estados Unidos. Sin embargo, lejos de constituir una realidad factual, el destino manifiesto es más bien, como ya lo hemos mencionado, un concepto. En consecuencia, su historia forma parte de la historia del lenguaje, no de la de los hechos concretos.

Asimismo, el concepto en cuestión ha sido utilizado por los historiadores para describir y explicar los procesos susodichos. Desafortunadamente, lejos de haber fungido como una herramienta útil para hacer comprensible el pasado estadounidense, el concepto de destino manifiesto ha representado, por el uso que se le ha dado, un impedimento para entender la historia de Estados Unidos. Esto se debe a que, en la mayoría de los casos, los

⁵ Es importante resaltar que esta variedad de respuestas a los problemas del presente y el pasado no implica de ninguna manera una posición relativista, sino que, como señala Koselleck, “sólo demuestra que debido a las cambiantes experiencias históricas, constantemente se elaboran nuevos enfoques que obligan retroactivamente a reescribir las anteriores historias. Esta reescritura no se lleva a cabo de forma arbitraria, sino científicamente y con el derecho de veto de” los documentos. Aunque los documentos “nunca nos dicen lo que debemos decir, sí nos impiden hacer afirmaciones arriesgadas que su contenido no permite, que sencillamente excluye como falsas”. *Ibid.*, p. 39.

⁶ Adam Gomez, “Deus Vult: John O’Sullivan, Manifest Destiny, and American Democratic Messianism”, *American Political Thought: A Journal of Ideas, Institutions and Culture*, The University of Chicago Press Journals, Chicago, v. I, n. 2, Fall 2012, p. 240.

historiadores han supuesto que el destino manifiesto ha formado parte de la realidad fáctica, y no que se trata de un concepto acuñado a mediados del siglo XIX, lo cual indica que el referido concepto ha sido usado de forma irreflexiva y que sus sentidos han sido dados por sentado.

En términos generales, y con sus respectivos matices, el concepto de destino manifiesto ha tenido seis acepciones en la historiografía estadounidense. Al proponer estos seis modelos semánticos puedo estar simplificando los usos que de hecho éste ha tenido en la historiografía yanqui. Por lo tanto, éstos deberán tomarse como propuestas teóricas y no como la última palabra de nada. De cualquier modo, se pueden confirmar los susodichos patrones semánticos en las obras historiográficas citadas en las siguientes páginas.

Sin embargo, antes de abordar los significados que los historiadores estadounidenses le han dado al destino manifiesto, conviene hacer una breve semblanza de la historia profesional en los Estados Unidos, pues los estadounidenses que han empleado este concepto no sólo fueron personas de su época, sino historiadores profesionales, académicos, con todas las implicaciones epistemológicas que eso conlleva.

4.1. La historia profesional estadounidense: una breve semblanza a partir del principio de la objetividad

Uno de los fundamentos de la ciencia occidental moderna fue la separación tajante entre el hombre y la naturaleza, entre un sujeto cognoscente y objetos de conocimiento. Los filósofos y científicos modernos creyeron que la esencia de la naturaleza sería descubierta sometiéndola a un análisis objetivo, es decir, a estudios libres de prejuicios. La objetividad, nombre que recibió esta postura frente al mundo y con respecto al conocimiento, fue desde entonces encumbrada, de forma arbitraria, como un principio necesario para alcanzar la verdad. Hacia el siglo XIX, las llamadas ciencias naturales alcanzaron un prestigio que les valió el ser reconocidas como la única vía confiable, segura y precisa hacia el conocimiento. De hecho, el producto de las ciencias naturales fue considerado como el conocimiento objetivo por antonomasia. Las ciencias sociales, que fueron instauradas por aquellos años a la sombra de sus homólogas de la naturaleza, con el fin de desentrañar las leyes de la

sociedad, fueron marcadas desde su origen por la necesidad de aplicar a sus quehaceres los métodos de la ciencia natural, así como el principio de la objetividad. La historia, tradicionalmente concebida como una actividad humanística o literaria, no escapó a dicha tendencia.

En el último tercio del siglo XIX, en los Estados Unidos de América, la historia profesional fue concebida con la marca de la objetividad. Desde entonces, la obra de los historiadores estadounidenses ha estado orientada por este principio, ya sea porque se ha adherido a él en mayor o menor medida, o ya sea porque lo ha criticado, e incluso rechazado, al menos en cierto sentido. Aunque es difícil establecer una definición de objetividad que sea generalmente aceptada, asumiré para esta parte de mi texto la siguiente propuesta, la cual se encuentra acotada a la disciplina histórica: “Los supuestos en que se basa [la objetividad] son el compromiso con la realidad del pasado y la verdad que corresponde a esa realidad: una tajante separación entre conocedor y conocido, entre hecho y valoración y, sobre todo, entre historia y ficción. Se considera que los hechos históricos son previos a la interpretación e independientes de ella [...] La verdad es una, no depende de la perspectiva”.⁷ Por supuesto que este principio no ha llegado hasta nosotros sin transformaciones, pues aunque de cierta forma sigue estando vigente hoy en día, e incluso sigue siendo hegemónico, desde el siglo XX ha sido cuestionado y reformulado en diferentes episodios de la historia estadounidense.

El inicio de la profesionalización de la historia en Estados Unidos se remonta a 1884, año en que fue fundada la American Historical Association. A través de esta institución, y al amparo del principio de objetividad histórica importado de Alemania, los historiadores estadounidenses dieron los primeros pasos por el camino de una disciplina profesional. Por aquellos años, una idea tergiversada que se tenía del historiador Leopold von Ranke sirvió como el modelo a seguir para los profesionales de la historia en Estados Unidos. Esta veneración por Ranke y por el principio de objetividad, ligado a la idea de una ciencia histórica pura y objetiva, tuvo su clímax en el tránsito de los siglos XIX y XX.⁸

⁷ Peter Novick, *Ese noble sueño: la objetividad y la historia profesional norteamericana*, trad. de Gertrudis Payas e Isabel Vericat, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997, p. 12.

⁸ *Ibid.*, p. 33, 39, 42-47. Irónicamente, y contrario a la inclinación idealista de Ranke, la gran mayoría de los historiadores estadounidenses vieron en él a un empirista que poco tenía que ver con el auténtico Ranke. *Cfr. Idem.*

La profesionalización de la historia implicó la implantación de la objetividad como condición de posibilidad del conocimiento histórico, y el establecimiento de este principio epistemológico conllevó, a su vez, la consolidación de dicha profesionalización. De hecho, durante los últimos años del siglo XIX, y los primeros del siguiente, hubo un consenso generalizado en torno a la objetividad como nunca después ha vuelto a haber. Por lo tanto, la mayoría de las obras historiográficas de la primera generación de historiadores profesionales estadounidenses fueron monografías supuestamente desapasionadas e imparciales frente al pasado y al presente.⁹ Sin duda, buena parte de los maestros de Julius Pratt, el historiador que identificó a John L. O'Sullivan como la persona que acuñó el concepto de destino manifiesto, fueron parte de aquella primera generación.

La aplastante mayoría de los primeros historiadores profesionales en Estados Unidos enfocó su atención en la historia política. Sin embargo, en los años que antecedieron a la Primera Guerra Mundial, unos pocos ampliaron la gama de los estudios históricos, comenzando a hacer investigaciones de historia económica, intelectual y cultural. Esta nueva generación de historiadores no sólo discrepaba con la generalidad de los miembros del gremio en los temas estudiados, sino también en el hecho de que estaba más interesada en la discontinuidad en los procesos históricos que en la continuidad.¹⁰

Es importante considerar que las transiciones generacionales nunca están bien delimitadas, y los cambios suscitados entre unas y otras son siempre paulatinos. Los historiadores no han sido ajenos a este hecho, pues “la profesión de historiador incluye a individuos” de muy diferentes edades, los cuales están “configurados por diferentes experiencias”.¹¹ En ese sentido, existe una “necesidad que cada generación tiene de una reinterpretación que coincida con sus preconcepciones, sus ideas y su modo de ver. Cada periodo tiene su propio clima de opinión”, y por lo regular, quienes forman parte de él creen

⁹ *Ibid.*, p. 69-71, 89. Aquellos historiadores tenían una abierta tendencia racista, así como un marcado posicionamiento a favor de la reconciliación entre el Norte y el Sur de Estados Unidos, regiones que se habían enfrentado durante la Guerra civil estadounidense (1861-1865). *Cfr. Ibid.*, p. 93-97. Esta generación de historiadores se inscribiría en lo que John Coatsworth denominó “escuela patriótica”, cuyas raíces se encontrarían en las obras de George Bancroft, historiador pre-profesional del siglo XIX. *Vid.* María Eugenia de Lara Rangel, *et al.*, “¿Hacia dónde va la historiografía norteamericana? Entrevista realizada por los integrantes del Proyecto de Historia de los Estados Unidos al Dr. John Coatsworth, el siete de septiembre de 1984, en México, Distrito Federal”, *Secuencia. Revista americana de ciencias sociales*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, n. 1, marzo 1985, p. 125 y 126.

¹⁰ Peter Novick, *op. cit.*, p. 110, 112-113, 118.

¹¹ *Ibid.*, p. 29.

saber “más que en el periodo anterior [...] Cada periodo, también, se ve afectado por acontecimientos cataclísmicos que cambian el punto de mira”, por lo que cada generación posee “un nuevo marco de referencia” con respecto a las demás.¹²

Aunque existieron algunos cuestionamientos al principio de objetividad en la primera generación de historiadores estadounidenses profesionales, éstos fueron periféricos y sus alcances muy limitados. No fue sino hasta la Primera Guerra Mundial, y particularmente con el ingreso de Estados Unidos al conflicto en 1917, que el grueso del gremio asumió abiertamente una posición (patriótica y antialemana) no sólo con respecto al presente, sino también frente al pasado. Es verdad que lo anterior se hizo buscando mantener intacta la objetividad que guiaba su labor profesional. Sin embargo, estos esfuerzos resultaron problemáticos, pues de hecho se apeló a la historia para promover la causa de los aliados (Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia), faltando con eso al ideal de imparcialidad y distanciamiento del historiador objetivo.¹³

Si bien algunos historiadores consideraron que no había contradicción alguna entre la postura patriótica y la objetividad del conocimiento histórico, hubo otros menos seguros que sin duda percibieron tensiones entre su posicionamiento frente a la guerra y su trabajo académico. De cualquier forma, la mayor parte del gremio osciló entre una posición y la otra, en búsqueda de equilibrio, y sólo pocos abrazaron los extremos. Esto quiere decir que, por un lado, solamente unos cuantos historiadores abandonaron por completo el principio tradicional de la objetividad, abrazando posturas relativistas, y que, por el otro, apenas unos pocos se aferraron ingenuamente a él, rechazando cualquier tipo de historia patriótica o propagandística.¹⁴

Sea como sea, la Gran Guerra minó la confianza ciega que los historiadores estadounidenses habían tenido hasta entonces en la objetividad como principio del conocimiento histórico. En palabras de Clarence W. Alvord, miembro de la “vieja escuela”, la Primera Guerra Mundial implicó toda una revolución para el gremio: “El lindo edificio de [...] la historia, diseñado y construido por mis contemporáneos, estaba hecho pedazos [...]

¹² *Ibid.*, p. 416. Esta cita corresponde a las palabras del historiador Allan Nevins, citado por Novick. Paradójicamente, Nevins era un historiador que defendía la idea de una disciplina histórica libre de prejuicios, ideologías y de cualquier tipo de relativismo.

¹³ *Ibid.*, p. 148.

¹⁴ *Ibid.*, p. 148 y 149. En este contexto se reprodujo parcialmente la creencia de que los intereses estadounidenses eran justos, en oposición a los intereses de otros países o pueblos, los cuales eran considerados como ilegítimos.

El significado que nosotros, los historiadores, habíamos leído en los acontecimientos era falso, cruelmente falso... [la] ciencia de la historia, tal como era practicada por mí y mis colegas, me parece mera ‘palabrería’”.¹⁵ Con el paso de los años, el disenso dentro del gremio se hizo más evidente, pues poco a poco comenzó a ser aceptado el uso de la historia con fines políticos.¹⁶

Durante la década de 1930, época de crisis económica y política en Estados Unidos, la polarización ideológica entre izquierda y derecha, sobre todo entre comunistas y fascistas, se hizo más patente en el seno del gremio histórico estadounidense. Esto impidió aún más el consenso historiográfico pretendido por los creyentes del conocimiento objetivo tal como se entendía a principios del siglo XX.¹⁷ Aunque la objetividad siguió siendo importante para el grueso de los historiadores estadounidenses, la confianza ingenua en este principio como fundamento del conocimiento histórico, había dejado su lugar a una postura suspicaz con respecto a él. Sin embargo, en el período entre guerras (1918-1939), la crítica a la postura “objetivista” tradicional no ofreció un programa realmente “relativista” que suplantara los principios epistemológicos que cuestionaba.¹⁸

Ante dicha crisis, los historiadores conservadores, aquellos que se negaban a abandonar el viejo ideal de objetividad como fundamento de los estudios históricos, reaccionaron contra las nuevas generaciones, acusándolas de “irracionalistas”, “relativistas”, “subjetivistas” y “nihilistas”. Cabe mencionar que, salvo alguna excepción, los llamados “relativistas” nunca se asumieron como defensores de tales posiciones, ni de cualquier otra que implicara el abandono de la objetividad como principio epistemológico.¹⁹

No deja de ser paradójico que, durante el periodo entre guerras, cuando el principio de la objetividad fue sometido a duras críticas como nunca antes en la historia de la historia profesional estadounidense, haya habido pocos trabajos importantes de teoría histórica. De hecho, la mayor parte de la producción historiográfica de esos años fue por demás

¹⁵ *Ibid.*, p. 164.

¹⁶ *Ibid.*, p. 289. Esta nueva generación de historiadores estadounidenses es denominada por John Coatsworth como “la escuela progresista”, la cual se caracterizó por mostrar un marcado interés por los estudios económicos, así como por la historia de los conflictos de clase. De hecho, esta escuela historiográfica estuvo influenciada por el marxismo. *Vid.* María Eugenia de Lara Rangel, *et al.*, *op. cit.*, p. 126.

¹⁷ Peter Novick, *op. cit.*, p. 292 y 293.

¹⁸ *Ibid.*, p. 165. La crisis de la objetividad, tal como se entendía a finales del siglo XIX y principios del XX, no fue un proceso exclusivo de la historia, sino que fue un fenómeno que englobó a toda la ciencia y la filosofía occidentales. *Cfr. Ibid.*, p. 167 y 168 y Boaventura de Sousa Santos, *op. cit.*, p. 21-31.

¹⁹ Peter Novick, *op. cit.*, p. 201, 201 y 204.

monográfica y descriptiva. Aunque esta tendencia parecería más coherente en un ambiente científico objetivista, y a pesar de los cuestionamientos en torno a la objetividad y de los esfuerzos de algunos por ampliar el campo de los estudios históricos hacia los ámbitos social y cultural, estos temas se trabajaron poco y de forma superficial.²⁰ Muestra de ello es que, entre 1918 y 1939 “no surgió ninguna conceptualización alternativa sobre el alcance de la historia estadounidense”.²¹

Las obras de Julius W. Pratt, “The Origin of ‘Manifest Destiny’” (1927), y de Albert K. Weinberg, *Manifest Destiny: a Study of Nationalist Expansionism in American History* (1935), en las cuales se utilizó el concepto de destino manifiesto, aparecieron en dicho periodo. Como veremos más adelante, mientras el primer texto coincide en estilo con la tendencia historiográfica de su época, pues es más descriptivo y monográfico que teórico, la obra de Weinberg es, en cambio, una interpretación que no se limitó a la mera descripción de hechos aparentemente estáticos, fijados en un pasado considerado como inamovible.

A principios de la década de 1940, la polarización ideológica de los años anteriores se dejó sentir en las polémicas entre los historiadores aislacionistas y los intervencionistas, quienes debatieron en torno al posible ingreso de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial. Aunque parece ser que estas disputas no minaron el principio de la objetividad con la misma fuerza que aquellas que habían enfrentado al gremio durante y después de la Primera Guerra Mundial, sí evidenciaron, una vez más, que el distanciamiento del historiador frente a su realidad y frente al pasado era imposible, y que, por lo tanto, la objetividad, entendida en los términos de finales del siglo XIX, parecía más una utopía que un ideal realizable.²² No es casual que “a las generaciones futuras de historiadores les” haya sido “inmensamente más difícil juzgar con la antigua confianza serena el valor de las estúpidas acumulaciones de hechos”.²³

Aunque en el umbral de la Segunda Guerra Mundial todo apuntaba a un resquebrajamiento irreversible del antiguo consenso en torno a la objetividad, el ingreso de Estados Unidos al conflicto, y el preámbulo de la Guerra Fría, desembocó, en el campo de la

²⁰ *Ibid.*, p. 216-218.

²¹ *Ibid.*, p. 290.

²² *Ibid.*, p. 297-300. En este periodo, las críticas contra la objetividad fueron esgrimidas, fundamentalmente, por la izquierda moderada, en tanto que su defensa vino, sobre todo, desde los historiadores conservadores. *Cfr. ibid.*, p. 318.

²³ *Ibid.*, p. 333.

historia, en un cuestionamiento general del relativismo. Esto sucedió porque se comenzó a creer que el relativismo epistemológico del periodo entreguerras había conducido a una pérdida de valores que había desgastado el patriotismo en la juventud estadounidense. Según los firmes defensores de la objetividad esto era peligroso, ya que la ausencia de aquel sentimiento debilitaría a Estados Unidos de cara a una confrontación con sus enemigos. Como en otras épocas, este movimiento oscilatorio entre objetividad y relativismo no fue exclusivo de la historia, sino que sucedió en todos los ámbitos de la ciencia occidental.²⁴

La “escuela del consenso”, como se le conoce a la tendencia historiográfica que dominó el horizonte de la historia estadounidense en los años que siguieron al desenlace de la Segunda Guerra Mundial, surgió como reacción al relativismo progresista de la generación anterior. Esta “escuela” restó importancia a los conflictos históricos de la sociedad estadounidense y apeló a un sentimiento patriótico como el medio para establecer un consenso historiográfico. En términos generales, los historiadores del consenso no le concedieron gran importancia a la economía como tema histórico e hicieron una apología del sistema democrático estadounidense, así como una “celebración del éxito de los reformistas de cada época, reformistas que trabajaban dentro del sistema político del país, en contraste con los radicales, los revolucionarios que trataban de cambiar fundamentalmente al país”.²⁵

Así, en el marco de la Guerra Fría, los historiadores “del consenso” se asumían como científicos objetivos con un compromiso con Estados Unidos y con el “mundo libre”. Por lo tanto, asumirse como un historiador objetivo en ese contexto tenía claras implicaciones políticas, pues la ciencia del llamado “mundo libre” se concebía a sí misma como objetiva, libre de cualquier ideología y opuesta a la ciencia “totalitaria” del mundo comunista. En consecuencia, el grueso del gremio estadounidense de la década de 1950 consideraba que las ideologías eran un fenómeno particular de los sistemas totalitarios, en tanto que la democracia estadounidense era, según esta concepción, ajena a las ideologías. Este rechazo a la ideología entendida como característica propia de los totalitarismos impulsó un regreso “a las antiguas normas de la objetividad” en la historiografía estadounidense.²⁶

Por supuesto que esta postura no era inocente, pues como acabamos de mencionar, tenía claras implicaciones políticas. En pocas palabras, la historiografía del “consenso”

²⁴ *Ibid.*, p. 343-347 y 357.

²⁵ María Eugenia de Lara Rangel, *et al.*, *op. cit.*, p. 126 y 127.

²⁶ Peter Novick, *op. cit.*, p. 362-365.

buscaba deslegitimar los paradigmas de izquierda, particularmente el marxismo. En el tenso ambiente político de las décadas de 1950 y 1960, la idea de que la presunta grandeza de Estados Unidos se debía a que el pensamiento estadounidense era “aideológico”, es decir, a que no se adscribía a ninguna ideología, era una manera de atacar cualquier forma de pensar que fuera considerada como disidente. En el mundo académico, ser un historiador disidente implicaba, en el mejor de los casos, ser marginado dentro del gremio.²⁷

Aunque publicada originalmente en 1963, la obra de Frederick Merk, *Manifest Destiny and Mission in American History: a Reinterpretation*,²⁸ hizo eco de la tendencia historiográfica estadounidense de la década de 1950, en tanto que consideró al expansionismo y al destino manifiesto como una ideología, es decir, como un aspecto negativo y ajeno a la mentalidad estadounidense. De hecho, todas las obras que señalaron al destino manifiesto como una ideología, escritas en el marco de la Guerra Fría, estuvieron de alguna manera influidas por esta propensión de la historiografía de la época a concebir la ideología como un rasgo particular del sistema comunista. Por lo anterior, estas obras consideraron que las implicaciones del destino manifiesto eran opuestas al “verdadero espíritu estadounidense”.

A pesar de las ilusiones de muchos historiadores estadounidenses de que su labor no era ideológica, sus trabajos formaron parte de la lucha político-ideológica de los primeros años de la Guerra Fría, y es claro en qué trinchera se encontraban. De hecho, en aquella época, la historia estuvo íntimamente ligada con las esferas desde donde se ejercía el poder, al grado de que buena parte de la élite de los historiadores trabajaron codo a codo con instituciones gubernamentales como el ejército y la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés), mientras que otros tantos de sus colegas, desde sus respectivas posiciones, “planearon su trabajo de modo que contribuyera, directa o indirectamente, a la movilización nacional” anticomunista.²⁹ Asimismo, los historiadores del “consenso” consideraron que la posición aislacionista que Estados Unidos había adoptado durante buena parte del siglo XX había sido un error, y que, desde el marco de la historia, ellos debían

²⁷ *Ibid.*, p. 366.

²⁸ Frederick Merk, *Manifest Destiny and Mission in American History: A reinterpretation*, New York, Vintage, 1966, 265 p.

²⁹ Peter Novick, *op. cit.*, p. 367.

combatir esta postura y promover en su lugar un abierto intervencionismo estadounidense en el plano internacional.³⁰

Pese a todo lo anterior, los historiadores “objetivistas” de aquellos años consideraban que los compromisos contraídos con el sistema no sólo no socavaban las bases de la supuesta objetividad, sino que, por el contrario, las fortalecían. Esto porque, según los criterios académicos hegemónicos de entonces, defender al “mundo libre” por medio del conocimiento histórico significaba ser objetivo. En contraste, adherirse o expresar algún principio marxista o disidente era concebido como síntoma de estar alienado y de ser imparcial. De hecho, para un historiador, formar parte del Partido Comunista valía un pase automático al desempleo.³¹

Irónicamente, la defensa de la objetividad, durante los años del “consenso”, fue realizada por historiadores con arraigados prejuicios, creencias e ideas anticomunistas. La ironía no es que dichos historiadores hayan tenido pre-juicios, pues a final de cuentas todos los tenemos, sino que hayan creído que estaban libres de ellos, que se consideraran ajenos a cualquier ideología, y que, a pesar de su compromiso con el sistema estadounidense, creyeran que los frutos de su trabajo eran el resultado de una actitud objetiva y desapasionada. O aquellos historiadores eran unos cínicos o incapaces de percatarse de sus propios pre-juicios, los cuales reprodujeron en la historiografía, creyeron de verdad que su lucha era justa y que los historiadores comunistas y su “ciencia totalitaria” eran unos enajenados, “los malos” de la historia. Las palabras del historiador estadounidense Daniel Boorstin ilustran muy bien esta postura maniquea, arraigada en buena parte del gremio durante las primeras dos décadas de la Guerra Fría: “No necesitamos filósofos americanos [...] porque ya tenemos una filosofía americana, implícita en ‘el modo de vida americano’ [...] ¿A qué hacer planes quinquenales cuando Dios parece habernos deparado un plan milenario?”³²

³⁰ *Ibid.*, p. 375.

³¹ *Ibid.*, p. 369, 396 y 397. En este contexto, no debe olvidarse la cacería de brujas (comunistas) implementada por el senador Joseph McCarthy. Durante la década de 1950, todos aquellos que fueran considerados sospechosos de tener alguna filiación comunista que pudiera representar una amenaza a la “seguridad nacional” fueron perseguidos por el gobierno estadounidense. Esta persecución alcanzó también al mundo académico estadounidense, y dentro de la comunidad de historiadores hubo una censura, una autocensura y una persecución paralelas a las llevadas a cabo por el gobierno. *Vid. ibid.*, p. 397 y 401.

³² *Ibid.*, p. 384, 385 y 389. Daniel Boorstin citado en *ibid.*, p. 405. Nótese los ecos de la creencia del pueblo elegido en las palabras de Boorstin.

Además del maniqueísmo de los historiadores del “consenso”, la historiografía de la década de 1950 se caracterizó por su sesgo pesimista, su tono irónico, las paradojas que planteaba, su ambigüedad y su rechazo por cualquier pensamiento utópico, así como por cualquier idea de perfectibilidad del ser humano. Por lo tanto, la historia ofrecida por esta generación tenía “implicaciones profundamente conservadoras” y era sumamente antiprogresista. Como ya se ha anticipado, esta historiografía se fundó sobre la idea de que el conocimiento histórico debería coadyuvar a una convergencia nacional que fortaleciera a Estados Unidos frente a la amenaza comunista encarnada por la Unión Soviética.³³ Por otro lado, aunque nunca hubo un consenso pleno en torno a lo que era la objetividad y sus implicaciones para el conocimiento histórico, los historiadores del “consenso”, en general, coincidieron en su rechazo al relativismo, así como en su postura a favor de una política internacional estadounidense que reflejara el carácter de potencia mundial de su país.³⁴

En la década de 1960 la cultura política estadounidense dio un giro a la izquierda, y el frágil consenso que se había mantenido entre los historiadores de la década anterior terminó por derrumbarse. Esta crisis implicó un profundo cuestionamiento de “la verdad”, sobre todo de la idea de una “verdad objetiva” defendida por los grupos que ejercían el poder en Estados Unidos, incluidos aquellos historiadores que defendían el consenso. Con la ruptura de éste último y, sobre todo, con la posterior fragmentación del conocimiento histórico, aparecieron tendencias historiográficas opuestas, algo que hasta entonces no se había visto en la historia profesional estadounidense. Este viraje vino de la mano del surgimiento de una nueva ola de historiadores de izquierda, la “escuela revisionista”, cuyas posiciones políticas iban desde la socialdemocracia hasta el comunismo, y “desde el liberalismo social hasta el marxismo”.³⁵

Paradójicamente, la idea de objetividad fue defendida por quienes rompieron el consenso de los años cincuenta, a saber, los historiadores marxistas, que acorde a su filiación ideológica, creían en la existencia de una realidad objetiva y, por lo tanto, en una verdad objetiva. Sin embargo, a diferencia de los conservadores objetivistas de otras generaciones, la nueva izquierda historiográfica planteaba que no eran excluyentes la objetividad y la toma de una clara posición política. En consecuencia, esta izquierda revisionista replanteó las

³³ *Ibid.*, p. 394, 395, 403-405, 421 y 433.

³⁴ *Ibid.*, p. 488 y 490.

³⁵ *Ibid.*, p. 500-502. María Eugenia de Lara Rangel, *et al.*, *op. cit.*, p. 127.

acepciones del concepto de objetividad, manteniendo su fe en la verdad objetiva, sin asumir por ello la posición ingenua de la vieja escuela objetivista, aquella de la neutralidad y el alejamiento del historiador frente a la historia.³⁶

Sin duda, dos sucesos marcaron los derroteros de esta generación de historiadores estadounidenses. El primero fue la Revolución Cubana (1956-1959); el segundo, y tal vez el más significativo, fue la Guerra de Vietnam (1959-1975).³⁷ Si en términos generales, este último conflicto provocó numerosos cuestionamientos en el seno de la sociedad estadounidense, en el ámbito historiográfico suscitó un cuestionamiento ontológico: ¿quiénes eran los estadounidenses? La tradición historiográfica de Estados Unidos sostenía hasta entonces que el país había sido históricamente aislacionista y hasta antiimperialista, con algunos episodios lamentables, como el de 1898, que sin embargo no reflejaban la tradicional posición estadounidense con respecto al mundo. Desde esta perspectiva, Estados Unidos había asumido involuntariamente, y por defensa propia, la hegemonía mundial. Lo sucedido en Vietnam puso en crisis tanto esta idea como aquella de que, en asuntos de política internacional, Estados Unidos siempre se había situado del lado “correcto”, a diferencia de sus enemigos, quienes eran los culpables de los males que aquejaban al mundo. En consecuencia, los historiadores revisionistas de la década de 1960 orientaron sus esfuerzos hacia el análisis de los orígenes de la Guerra Fría, que era el contexto en el que se insertó la Guerra de Vietnam.³⁸

De alguna manera, las obras de Frederick Merk *Manifest Destiny and Mission in American History*, de 1963, y *The Monroe Doctrine and American Expansionism, 1843–1849*, de 1967, así como *Manifest Destiny*, de Norman Graebner, publicada en 1968, expresan las preocupaciones ontológicas de la generación revisionista provocadas por la Guerra de Vietnam.³⁹ Esto a pesar de que ninguno de los dos historiadores era propiamente revisionista, como veremos más adelante.⁴⁰

³⁶ Peter Novick, *op. cit.*, p. 505-509.

³⁷ María Eugenia de Lara Rangel, *et al.*, *op. cit.*, p. 127.

³⁸ Peter Novick, *op. cit.*, p. 532-536.

³⁹ Frederick Merk, *La doctrina Monroe y el expansionismo norteamericano 1843-1849*, trad. de Eduardo Goligorsky, Buenos Aires, Paidós, 1968, 244 p., Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, Norman Graebner (ed.), *Manifest Destiny*, Indianapolis, H.W. Sams, 1968, 347 p.

⁴⁰ Aunque para la década de 1960 sólo una minoría de historiadores estadounidenses se dedicaban a hacer historia de Estados Unidos (*vid.* Peter Novick, *op. cit.*, p. 561), no es extraño que quienes lo hacían hayan buscado respuestas a las preocupaciones del momento en otros episodios críticos de la historia yanqui, como el proceso expansionista de la década de 1840.

Entre las décadas de 1960 y 1970 hubo una paulatina incorporación de historiadores afroestadounidenses e historadoras feministas al mundo académico. Desde sus respectivas trincheras, estas nuevas generaciones reivindicaron sus historias particulares, cuestionando y a la vez debilitando el ideal de que existía una sola verdad universal, así como un conocimiento objetivo, en un sentido tradicional. Mientras la historiografía feminista cuestionó sobremanera la idea convencional de la objetividad del conocimiento histórico, la cual consideraba que había servido para mantener una visión del pasado escrita no sólo desde una perspectiva masculina, sino desde una posición francamente machista, los historiadores negros impulsaron su propia historia, caricaturizando la usual interpretación histórica de los blancos. Por lo tanto, la tarea de buscar una verdad universal, desde los supuestos del rancio principio de la objetividad, resultó absurda tanto para los afroestadounidenses como para las feministas. En consecuencia, tanto los unos como las otras sintieron la necesidad de escribir sus propias historias, sin la intervención de los hombres blancos.⁴¹

Durante la década de 1960, los historiadores de izquierda asumieron un papel protagónico como nunca antes dentro del gremio, alejados de la periferia en que se habían encontrado en los años anteriores. Sin embargo, lejos de que hubiera un ambiente armónico entre los revisionistas hubo confrontaciones entre los más radicales, quienes reivindicaron la intervención directa del historiador en los planos político y social, y la izquierda moderada, que, entre otras cosas, se negó a vincular sus actividades académicas con su activismo político.⁴²

Aunque las historiografías revisionistas de aquellos años convergieron en su crítica al principio tradicional de la objetividad, no hubo entre ellas un consenso ni ideológico ni epistemológico. De hecho, en las dos décadas siguientes, hubo disensos en torno al conocimiento histórico y a su relación con el presente, inclusive entre los propios revisionistas. Faltó, pues, un centro de gravedad alrededor del cual gravitaran las diferentes corrientes historiográficas de entonces. Por otro lado, la izquierda historiográfica comenzó a contraerse en número y en fuerza en los departamentos de historia de las universidades estadounidenses a partir de los años setenta, mientras que la derecha del gremio recuperó

⁴¹ *Ibid.*, p. 561, 562, 567, 571, y 590.

⁴² *Ibid.*, p. 511-517.

algunos espacios dentro de la academia, aunque siguió siendo débil e incluso menos influyente que la izquierda.⁴³

Hacia los años ochenta, la interpretación tradicional de la historia estadounidense, es decir, la lectura teleológica y liberal del pasado, ya no resultaba satisfactoria para el grueso de los historiadores, sobre todo después de las rupturas ideológico-epistemológicas de las dos décadas anteriores. Aunque los grandes cambios dentro de la historiografía estadounidense se habían producido gracias a las críticas de la izquierda, y a las subsecuentes resistencias de la derecha, la mayoría de los historiadores se habían mantenido, durante dichas disputas, en una posición intermedia. Esto significó que continuaron creyendo en la idea de que la historia tenía un sentido: el progreso. En consecuencia, sus plumas siguieron reproduciendo la idea de que el pasado estadounidense era la historia de los triunfos del liberalismo. Por lo tanto, la crisis de esta interpretación fue una crisis que implicó a la mayor parte de los profesionales de la historia en Estados Unidos.⁴⁴

A la crisis, dispersión y confusión epistemológica que se vivieron en el mundo académico, a partir de la década de 1960, donde el principio de la objetividad fue asediado como nunca antes, suele llamársele “posmodernidad”. Es cierto que no hay un concepto que describa y explique satisfactoriamente todas las implicaciones de esta crisis epistemológica.⁴⁵ Lo que sí es claro es que, cien años después de que se dieran los primeros pasos hacia la profesionalización de la historia en Estados Unidos, sus fundamentos epistemológicos se estaban tambaleando más que nunca, en especial el principio susodicho.⁴⁶

En las últimas dos décadas no solamente han aparecido nuevos enfoques y temas de investigación en la historiografía, sino que el conocimiento histórico se encuentra más fragmentado que nunca, tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo académico. La hiper-especialización de los historiadores ha aislado las diferentes áreas de la historia, las cuales, a pesar de los estudios interdisciplinarios, parecen separarse cada vez más. Esta situación ha dificultado la construcción de puentes comunicativos, ya no sólo entre los historiadores y el gran público, sino entre los propios profesionales de la historia. Poco une

⁴³ *Ibid.*, p. 546-548 y 552-555. María Eugenia de Lara Rangel, *et al.*, *op. cit.*, p. 128 y 129.

⁴⁴ Peter Novick, *op. cit.*, p. 555.

⁴⁵ Vale la pena recordar que esta crisis no ha sido exclusiva de la historia, sino que ha implicado a todas las disciplinas de conocimiento científico. *Vid.* Boaventura de Sousa Santos, *op. cit.*, p. 17-59.

⁴⁶ Peter Novick, *op. cit.*, p. 623 y 640.

hoy al gremio de historiadores profesionales, pues ni siquiera existen en su seno intereses comunes por el pasado. Mientras unos buscan en él respuestas a las preguntas del presente, otros consideran que la historia tiene una o más funciones sociales, y algunos sólo estiman que el oficio de historiar es un ejercicio estético sin ninguna utilidad. Es probable que haya intentos por sintetizar estas y otras posiciones. Lo cierto es que si la disciplina histórica en Estados Unidos, y en cualquier otra parte del mundo, ha de tener nuevos principios epistemológicos que funjan como una referencia común de quienes a ella se dedican, estos no pueden ni deberían ser aquellos que presupusieron una división tajante entre el pasado y el historiador, así como la necesidad-posibilidad de una “sana” distancia entre nuestra postura ético-política, nuestro pasado, y nuestro presente, del que debemos hacernos responsables mientras nos hacemos responsables de nosotros mismos.

4.2. El concepto “destino manifiesto” en la historiografía estadounidense (1927-2013)

Como lo mencioné al principio de este capítulo, el concepto “destino manifiesto” ha tenido, por lo menos, seis acepciones en la historiografía estadounidense, las cuales menciono a continuación: frase, doctrina/filosofía/ideología expansionista, doctrina imperialista, tradición histórica, creencia y concepto. Algunos historiadores han considerado que el destino manifiesto ha tenido más de uno de estos significados a la vez, aunque, en la mayoría de los casos, le han dado más importancia a alguno de ellos por sobre el resto.

La frase

Hasta donde sabemos, la etapa historiográfica del concepto de destino manifiesto comenzó en 1927, cuando en un breve artículo, el historiador estadounidense Julius W. Pratt planteó un hecho novedoso para aquella época: que John L. O’Sullivan había acuñado la “frase” destino manifiesto, en 1845, para justificar la anexión de Texas a Estados Unidos. Pratt identificó que, ya desde 1839, en las líneas de “The Great Nation of Futurity”, O’Sullivan

había expresado sus ideas providencialistas y expansionistas, utilizando, de hecho, la palabra “destino”.⁴⁷

Concebir al destino manifiesto como una “frase” o un “término” ha sido lo más habitual entre los historiadores estadounidenses. Esto se volvió un lugar común en la historiografía yanqui desde la publicación del susodicho artículo de Pratt, quien fue el primero en considerar lo anterior. Sin embargo, aunque muchos historiadores han reproducido esta idea, pocos han sido los que han dotado a las palabras “término” y “frase”, para hablar del destino manifiesto, de significados que hayan rebasado su sentido más simple. Por lo tanto, la idea de que el destino manifiesto es una “frase” o un “término” se ha mantenido sin muchos cambios hasta nuestros días.

Podemos encontrar un ejemplo de lo anterior en el libro *Manifest Destiny and Empire*, el cual apareció setenta años después de la publicación del texto de Pratt. En esta antología, el autor y editor Robert W. Johannsen concibió al destino manifiesto como una “frase”, con la particularidad de que señaló que “la palabra operativa” de esta “frase” era “destino”. El adjetivo “manifiesto”, señaló el autor, había sido utilizado por O’Sullivan sólo para denotar el carácter de “evidente” que tenía el supuesto destino estadounidense. Por otro lado, Johannsen estableció que dicha “frase” tenía un sentido teleológico, y que en ella estaban vinculadas la creencia en la “misión” de Estados Unidos y su ambición territorial, al tiempo que expresaba un sentimiento nacionalista y romántico.⁴⁸ Así, a diferencia de Pratt, Johannsen explicitó el sentido de “la frase” acuñada por O’Sullivan.

Otro ejemplo de esta continuidad interpretativa es el libro de Richard Winders, *Mr. Polk’s Army: the American Military Experience in the Mexican War*, que de hecho fue publicado el mismo año que la obra de Johannsen. En *Mr. Polk’s Army* el autor sostuvo que el destino manifiesto era, tal cual, una “frase”. Según Winders, ésta expresaba el derecho de Estados Unidos, presuntamente otorgado por Dios, de extenderse por toda América del Norte.⁴⁹ A pesar de ello, Winders no hizo ninguna referencia a John L. O’Sullivan.

⁴⁷ Julius W. Pratt, “The Origin of ‘Manifest Destiny’”, *The American Historical Review*, The American Historical Association, Washington D.C., v. 32, n. 4, July 1927, p. 795 y 797.

⁴⁸ Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *Manifest Destiny and Empire: American Antebellum Expansionism*, College Station, Texas, University of Texas at Arlington, 1997, p. 10.

⁴⁹ Richard Winders, *Mr. Polk’s Army: The American Military Experience in the Mexican War*, College Station, Texas, Texas A&M University Press, 1997, p. 6.

Más recientemente, encontramos ejemplos de esta interpretación en las obras de Robert J. Scholnick y Adam Gomez. El primero estableció que el destino manifiesto era una “frase poderosa”, la cual promovió la expansión continental y derivó en el hecho de que las fronteras estadounidenses se duplicaran en apenas cuatro años.⁵⁰ Por su parte, Gomez sostuvo, sin ahondar en la cuestión, que destino manifiesto era una “frase”.⁵¹ Por supuesto que esta frase cobra sentido si la situamos en su contexto, ora los textos de O’Sullivan, ora los discursos expansionistas de 1846, pero eso fue algo que ni Scholnick ni Gomez mencionaron, por lo que no hay nada más que decir al respecto.

La “doctrina”, “filosofía” o “ideología expansionista”

Ya en su texto de 1927, Julius W. Pratt consideró que el destino manifiesto era una frase que había promovido “la filosofía de expansión territorial”, a lo largo la década de 1840, y que durante los debates en torno a la ocupación de Oregon, había sido provechosa para los confiados nacionalistas y expansionistas estadounidenses de la época, a tal grado que terminó por fijarse en el vocabulario nacional de forma permanente.⁵² Esta línea de interpretación tuvo continuidad en el libro de Albert Katz Weinberg, *Manifest Destiny: A Study of Nationalist Expansionism in American History*.⁵³ En pocas palabras, Weinberg sostuvo que el destino manifiesto había sido un “lema expansionista” que “expresaba un dogma de

⁵⁰ Robert J. Scholnick, “Extermination and Democracy: O’Sullivan, the Democratic Review, and Empire, 1837-1840”, *American Periodicals. A Journal of History, Criticism, and Bibliography*, The Research Society for American Periodicals/The Ohio State University Press, Athens, Ohio, v. XV, n. 2, 2005, p. 124.

⁵¹ Adam Gomez, *op. cit.*, p. 252 y 258.

⁵² Julius W. Pratt, *op. cit.*, p. 795 y 798. Ninguna de las acepciones de la palabra “filosofía” registradas en el Diccionario de la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE) considera que dicha voz implique creencias, conceptos ni actitudes. En cambio, una de las definiciones del vocablo “philosophy” dada por el diccionario *Merriam-Webster* de la lengua inglesa estima que las creencias, conceptos y actitudes de un individuo o de un grupo de personas, constituyen una filosofía. Entonces, la palabra filosofía tendría connotaciones diferentes en español y en inglés. Esto no es una mera curiosidad, pues el idioma en que pensaron y escribieron los historiadores estadounidenses, cuya obra he abordado en esta investigación, es justamente el inglés. *Vid.* Asociación de Academias de la Lengua Española, *filosofía* (sitio web), Diccionario de la Lengua Española, <http://dle.rae.es/?id=Hw9B3HA> (consulta: 1° de septiembre de 2017) y *Merriam-Webster, philosophy* (sitio web), the Merriam-Webster.com Dictionary, <https://www.merriam-webster.com/dictionary/philosophy> (consulta: 1° de septiembre de 2017).

⁵³ Aunque la primera edición en español de esta obra es de 1968, la versión original, en inglés, fue publicada en 1935, es decir, apenas ocho años después de la aparición del ya citado artículo de Julius W. Pratt. *Vid.* Albert Katz Weinberg, *Manifest Destiny: A Study of Nationalist Expansionism in American History*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1935, p. 559.

autoconfianza y ambición supremas: la idea de que la incorporación a Estados Unidos de todas las regiones adyacentes constituía la realización virtualmente inevitable de una misión moral asignada a la nación por la Providencia misma”.⁵⁴

Weinberg consideró también que el destino manifiesto era una “filosofía” o “doctrina” que defendía la idea “de que una nación posee cierto preminente valor social, una misión particularmente excelsa, y por lo tanto derechos especiales en la aplicación de los principios morales”.⁵⁵ Como lo mencioné en el capítulo tres, John L. O’Sullivan no elaboró ningún sistema filosófico y tampoco formuló ninguna doctrina. Sin embargo, su pensamiento sí implicó una filosofía de la historia y ésta no se limitaba a la cuestión de la expansión territorial. A pesar de que los textos de O’Sullivan demuestran lo anterior, historiadores como Weinberg se han empeñado en afirmar que el destino manifiesto fue un “doctrina” que además influyó en el proceso de la expansión territorial estadounidense.⁵⁶ Si bien Weinberg sostuvo que las implicaciones del destino manifiesto seguían vivas para cuando él escribió su *Manifest Destiny*, hacia 1935, consideró que esta “doctrina” ya no era uno de los motores de la historia estadounidense.⁵⁷ Treinta y dos años después de la publicación de su *Manifest Destiny*, Weinberg estableció, en una obra colectiva, que las implicaciones más importantes del destino manifiesto no estaban en el proceso expansionista, sino en el sentido de la expansión territorial, es decir, en la difusión de la libertad, o en palabras de la época, en la “extensión del área de la libertad”, pues esa era, según Weinberg, la misión estadounidense.⁵⁸

El concepto de destino manifiesto mantuvo el sentido de ser un estandarte del expansionismo estadounidense en otras obras historiográficas. En 1966, Frederick Merk sostuvo que el destino manifiesto era una “doctrina” en la que se encontraban mezclados elementos como el republicanism, la democracia, el “anglosajonismo”, el racismo, el

⁵⁴ Albert Katz Weinberg, *Destino Manifiesto: el expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, trad. de Anibal C. Leal, Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 16.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 21.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 389.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 448. En un discurso de 1932, el entonces candidato a la presidencia de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, declaró que la última frontera del país había sido alcanzada tiempo atrás y que ya no había más tierra disponible para los estadounidenses. En ese contexto, es probable que el sentido de expansión territorial ligada al destino manifiesto haya llevado a Weinberg a considerar que éste había dejado de ser uno de los motores de la historia estadounidense. Vid. Franklin Delano Roosevelt, *Commonwealth Club Address. September 23, 1932* (sitio web), United States of America, Ashland University, Ashbrook Center, Teaching American History, 2020, <https://teachingamericanhistory.org/library/document/commonwealth-club-address/> (consulta: 13 de diciembre de 2019).

⁵⁸ Ramón Eduardo Ruiz (ed.), *The Mexican War. Was it Manifest Destiny?*, New York, Holt, 1967, p. 56.

rechazo a la intervención europea en América y la idea estadounidense de libertad. A decir de Merk, esta doctrina fue utilizada para promover la expansión territorial de Estados Unidos en el continente americano.⁵⁹

Asimismo, Merk sostuvo que el destino manifiesto había sido una “doctrina expansionista” propia de una coyuntura particular. Por eso, este historiador consideró también que ciertas circunstancias, como los avances tecnológicos, la escasez de tierras y las crisis económicas de finales de la década de 1830 y sus efectos, explicaban en parte la “doctrina del destino manifiesto”.⁶⁰ Es verdad que se puede entender parcialmente el concepto acuñado por O’Sullivan apelando a la coyuntura histórica estadounidense de 1845. Sin embargo, las creencias de las que se nutrió el destino manifiesto tienen raíces que, como vimos, son más antiguas que los propios Estados Unidos.

El énfasis que Merk puso en la relación entre el destino manifiesto y la expansión territorial estadounidense lo llevó a prestar mayor atención a la segunda etapa del proceso semántico de dicho concepto, es decir, al momento en que los periodistas y políticos se apropiaron de él, a partir de 1846. De hecho, Merk estableció que, al atraer a un número importante de personas, el destino manifiesto constituyó un movimiento expansionista.⁶¹ Buena parte de la historiografía ha seguido los pasos de Merk en este sentido, pues al referirse al destino manifiesto, ésta ha prestado poca atención al origen y al significado original del concepto.

Resulta paradójico que, a pesar de la evidente relación entre el concepto de destino manifiesto y la creencia del pueblo elegido y su misión, Merk haya considerado que ambas

⁵⁹ Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. xvi, xvii, 29, 30, 34, 57, 59 y 60. En *La Doctrina Monroe y el expansionismo norteamericano 1843-1849*, que apareció poco después de *Manifest Destiny and Mission in American History*, Merk reiteró que el destino manifiesto era una doctrina, aunque también mencionó que era una teoría y un sentimiento. De cualquier forma, Merk mantuvo la idea de que el destino manifiesto, ya como doctrina, como teoría o como sentimiento, había sido utilizado para justificar la expansión territorial estadounidense en el continente americano. Vid. Frederick Merk, *La doctrina Monroe y el expansionismo norteamericano 1843-1849*, trad. de Eduardo Goligorsky, Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 11, 58, 63, 74, 75, 242 y 243. En esta última obra Merk cayó en un anacronismo al considerar que antes de la publicación del artículo “The True Tittle” (29 de diciembre de 1845, *New York Morning News*), el destino manifiesto era ya una “teoría popular”. Recordemos que, aunque el concepto fue acuñado en julio de 1845 (“Annexation”, *Democratic Review*), este no se popularizó sino hasta enero de 1846. Esto significa que, durante medio año, el concepto no sólo no era popular, sino que pasó prácticamente desapercibido. Vid. *supra*, capítulo 3, p. 134.

⁶⁰ Merk, *Manifest Destiny and Mission...*, p. 51 y 52.

⁶¹ *Ibid.*, p. 24. A pesar de que Merk consideró que el destino manifiesto era un “movimiento”, sostuvo también que éste fue efímero y minoritario; en palabras de Merk, “no reflejó el espíritu nacional”. Cfr. *ibid.*, p. 216, 217 y 219.

cosas eran opuestas. Sin embargo, esta idea es entendible dentro del marco interpretativo de este historiador, quien pensaba que la historia de Estados Unidos había sido un proceso dialéctico animado por la oposición entre los valores egoístas implícitos en el concepto de destino manifiesto y la creencia de la misión estadounidense. Para Merk, ésta última representaba el verdadero espíritu nacional y, por lo tanto, la expansión territorial defendida por el destino manifiesto no era sino una expresión minoritaria y hasta espuria. Por lo anterior, supuso que el destino manifiesto se había extinguido a principios del siglo XX, sobreviviendo únicamente, en el seno de la sociedad estadounidense, la creencia en una misión supuestamente filantrópica.⁶²

De alguna forma, Merk expresó entrelíneas preocupaciones propias y hasta comunes de su horizonte histórico-cultural. En una época en la que parte de la sociedad estadounidense se preguntaba qué eran los Estados Unidos, cuando la interpretación tradicional de la historia yanqui comenzó a resquebrajarse, y teniendo la Guerra de Vietnam como trasfondo, Merk defendió la idea de que su país tenía una misión, y que aún era “un faro iluminando el camino hacia las libertades políticas e individuales de igualdad de derechos frente a la ley, de igualdad de oportunidades económicas, e igualdad de todas las razas y todos los credos”; y sostuvo que Estados Unidos aún era, “como siempre en el pasado, la antorcha sostenida a las puertas de la nación, para el mundo y para ella misma”.⁶³

Preocupaciones similares a las de Frederick Merk que fueron consecuencia de las crisis política, social y epistemológica de la década de 1960, pueden percibirse en más de una obra historiográfica elaborada en aquellos años. El prólogo del libro *Manifest Destiny*, de 1968, escrito por Norman Graebner, es un buen ejemplo de lo anterior. Si bien Graebner no interpretó exclusivamente al destino manifiesto como una “doctrina expansionista”, esta idea tiene una importante presencia en su texto. Asimismo, y al igual que Merk, Graebner estableció cuál era para él el lugar de Estados Unidos en el mundo, en un momento en el cual era complicado definir la identidad estadounidense.

⁶² *Ibid.*, p. 261-265. En realidad, como hemos visto en el capítulo 3, tanto la creencia en una misión, como los anhelos expansionistas, formaban parte de la acepción original del concepto de destino manifiesto.

⁶³ “It is still the beacon lighting the way to political and individual freedoms to equality of right before the law, equality of economic opportunity, and equality of all races and creeds. It is still, as always in the past, the torch held aloft by the nation at its gate – to the world and to itself.” *Ibid.*, p. 266.

Graebner consideró que el destino manifiesto era una doctrina expansionista, o un “corpus” de pensamiento organizado y sentimientos que constituyeron una justificación de la expansión territorial estadounidense de la década de 1840.⁶⁴ Asimismo, sostuvo que “los conceptos del destino manifiesto” eran totalmente negligentes, tanto en sus fines como en sus medios, pues aunque en todo caso implicaban la expansión territorial, los expansionistas nunca definieron con claridad hasta dónde habrían de extenderse las fronteras de Estados Unidos.⁶⁵ De cualquier forma, Graebner estableció que, en su momento, el destino manifiesto se había convertido rápidamente en un “importante movimiento de reforma”, pues conllevaba la idea de que la libertad y las oportunidades para mejorar las condiciones socioeconómicas de los individuos estaban ligadas a la disponibilidad de tierras, es decir, a la expansión.⁶⁶

Ahora bien, a diferencia de otros historiadores estadounidenses, Graebner no sólo propuso que el destino manifiesto era una doctrina expansionista, sino que ésta estaba constituida por “doctrinas” que tuvieron un papel significativo en la anexión de Texas.⁶⁷ Estas “doctrinas” no eran sino las ideas promovidas por una sección del Partido Demócrata, a mediados de la década de 1840, que anhelaba la expansión territorial de Estados Unidos. Una de ellas, por ejemplo, era la de que sólo las poblaciones aptas para la democracia serían anexadas a la Unión.⁶⁸

A todo lo anterior, Graebner añadió que el destino manifiesto había sido la “racionalización” de los reclamos territoriales de los estadounidenses en Norteamérica, o la extensión del “área de la libertad”, en oposición a las ambiciones europeas en dicha región. Por lo tanto, consideró que el destino manifiesto había sido también el modo a través del cual los políticos estadounidenses de la década de 1840 expresaron su temor de que las potencias europeas, sobre todo Inglaterra, pudieran apoderarse de territorios colindantes a los Estados Unidos, como Texas y Oregon.⁶⁹

⁶⁴ Norman Graebner (ed.), *op. cit.*, p. XVII y XXIII.

⁶⁵ “Concepts of manifest destiny were as totally negligent of *ends* as they were of *means*.” *Ibid.*, p. XXIII y XXIV. Aunque llama la atención el hecho de que Graebner utilice la palabra “conceptos” para describir al destino manifiesto, se entiende que por “conceptos” dicho historiador se refiere a los distintos significados del destino manifiesto.

⁶⁶ *Ibid.*, p. XVII. Esta idea es muy similar a la que sostuvo décadas antes Frederick Jackson Turner en torno a la frontera. *Vid.* Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History*, 5ª reimp., Tucson, The University of Arizona Press, 2003, p. 32.

⁶⁷ Norman Graebner (ed.), *op. cit.*, p. XXXV.

⁶⁸ *Ibid.*, p. XXXVII.

⁶⁹ *Ibid.*, p. XXXI.

Por otro lado, Graebner sostuvo que el destino manifiesto expresaba la idea de que “Estados Unidos estaba destinado, por la voluntad del Cielo, a convertirse en un país eminente, política y territorialmente”; que Dios “había asignado al pueblo estadounidense la obligación de extender el área de la libertad hacia sus vecinos menos afortunados [...] a aquellos que estuvieran preparados para el autogobierno y que desearan genuinamente entrar a la Unión americana”.⁷⁰ En ese sentido, Graebner consideró que el destino manifiesto había sugerido que “el pueblo estadounidense estaba destinado a extender sus principios democráticos sobre América del Norte”.⁷¹

A diferencia de la mayoría de sus colegas, Graebner reconoció que la “frase” destino manifiesto había sido transformada no sólo por los historiadores, sino por los propios políticos y los editores de la época de O’Sullivan, quienes se apropiaron de ella a partir de 1846. “Eventualmente —dice Graebner— los editores y los políticos transformaron la idea del destino manifiesto en una expresión significativa de nacionalismo estadounidense”.⁷² Esto quiere decir que percibió la historicidad y el potencial semántico del concepto acuñado por O’Sullivan, diferenciando su sentido original de aquellos que le fueron dados posteriormente. A pesar de ello, Graebner no reconoció que el destino manifiesto es un concepto, y como Pratt y Merk, terminó por sostener que se trataba de una “frase”, si bien utilizada tanto por los contemporáneos de O’Sullivan como por la historiografía para “describir y explicar la expansión continental de Estados Unidos en la década de 1840”.⁷³

Graebner consideró que las distintas interpretaciones historiográficas del destino manifiesto han identificado a la expansión estadounidense de la década de 1840 con el concepto mismo de destino. Tal identificación es engañosa —dice Graebner— pues ignora que la política expansionista de los gobiernos de aquella época fue lo que de hecho provocó la expansión.⁷⁴ Independientemente de que la confusión entre el destino y la expansión haya llevado a equívocos, como creer que el destino manifiesto existió como una fuerza motora

⁷⁰ “the United States was destined by the will of Heaven to become a country of political and territorial eminence [...] It assigned to the American people the obligation to extend the area of freedom to their less fortunate neighbors, but only to those trained for self-government and genuinely desirous of entering the American Union.” *Ibid.*, p. XV.

⁷¹ “In essence... manifest destiny suggested that the American people were destined to extend their democratic principles over the North American continent.” *Ibid.*, p. XXI.

⁷² “Eventually editors and politicians transformed the idea of manifest destiny into a significant expression of American nationalism.” *Ibid.*, p. XV y XVI.

⁷³ “to describe and explain the continental expansion of the United States in the 1840’s...” *Ibid.*, p. XV.

⁷⁴ *Ibid.*, p. XXII y XXIII.

que influyó en el proceso expansionista estadounidense, esta idea, criticada en parte por Graebner, resulta peligrosa porque implica que la concepción de un destino peculiar ha sido tomada, defendida y difundida como verdad histórica por los historiadores que han interpretado la expansión no sólo como algo lógico, sino como un proceso natural e inevitable.

Como acabamos de ver, en principio Graebner no dio por sentado el sentido del destino manifiesto, pues sostuvo que se trataba de una “frase” cuyo significado original, dado por John L. O’Sullivan, había sido modificado por los contemporáneos de este último (políticos y editores), y posteriormente por los historiadores. Sin embargo, Graebner terminó por alejarse de dicha posición al tratar al destino manifiesto, casi de forma exclusiva, como la ideología expansionista de los políticos demócratas que promovieron la anexión de nuevos territorios a Estados Unidos durante la década de 1840.

La historiografía estadounidense ha puesto más atención a la segunda etapa del proceso semántico del destino manifiesto, es decir, al periodo en que los políticos y la prensa se apropiaron del concepto, a partir de 1846, que a su sentido original. Graebner es un ejemplo de lo anterior. En su texto, este historiador consideró que los políticos demócratas que proclamaron a James Knox Polk como su candidato para las elecciones presidenciales de 1845 eran “los verdaderos proponentes del destino manifiesto”.⁷⁵

Aunque Graebner fue consciente de la historicidad del destino manifiesto terminó por defender la idea de que era una doctrina expansionista y nacionalista, si bien insistió en que tuvo poca influencia en el proceso de expansión territorial de Estados Unidos.⁷⁶ Así, en su reflexión, Graebner puso particular atención al periodo en que los políticos y la prensa se apropiaron del concepto, a partir de 1846, y le dieron connotaciones que en principio no tenía. La siguiente cita, que forma parte de las conclusiones de Graebner, confirma lo anterior:

El destino manifiesto, en su evolución como un corpus de pensamiento estadounidense, expresó un espíritu de confianza y un sentido de poder. Estableció en un lenguaje extravagante una visión de la grandeza nacional en asuntos territoriales, políticos o diplomáticos. Proclamó una misión nacional con los oprimidos, diseñada para racionalizar, en términos de un bien superior el derecho de la nación, y aun su deber, de despojar a países vecinos de parte de sus territorios. Pero cualquiera que sea su forma y su fuerza, el destino manifiesto fue meramente la creación de editores y políticos, planteada para agitar los

⁷⁵ *Ibid.*, p. XXXI.

⁷⁶ *Ibid.*, p. LXVIII y LXIX.

sentimientos nacionalistas públicos, con el propósito de cosechar más mieses políticas. Aquellos que predicaron la cruzada [del destino manifiesto] crearon sueños extravagantes en torno al futuro de la república; ellos ignoraron los detalles y no tomaron en cuenta los medios. Ellos eran ideólogos, no estadistas.⁷⁷

Por otro lado, y como lo había hecho Frederick Merk en su momento, Graebner rechazó la influencia del destino manifiesto, entendido como doctrina expansionista, en la expansión territorial estadounidense. Para él, las ideas expansionistas implícitas en el destino manifiesto no eran sinónimo de las políticas gubernamentales que definieron la expansión de Estados Unidos. Por lo tanto, consideró que el destino manifiesto había muerto antes de la Guerra Civil, y que su último aliento había tenido lugar en 1859, cuando los expansionistas estadounidenses, sobre todo los sureños, ambicionaron anexar Cuba.⁷⁸

No es ninguna coincidencia el hecho de que historiadores como Graebner y Merk sostuvieran la idea de que el destino manifiesto tuvo escasa importancia en la historia estadounidense. No olvidemos que la crisis provocada por la Guerra de Vietnam implicó profundos cuestionamientos en torno al papel que Estados Unidos había ocupado hasta entonces en la historia mundial. La obra de ambos historiadores fue publicada, justamente, en este contexto. Y en ese sentido, los dos textos se insertan en una coyuntura en la que el viejo consenso político y epistemológico (en el caso del conocimiento histórico) se estaba resquebrajando. De alguna manera, su trabajo implicó un esfuerzo por sostener una idea sobre la historia de Estados Unidos que para entonces estaba siendo abandonada, por lo menos, por los sectores más críticos de la academia estadounidense; aquella que concebía al pasado de forma maniquea o como el progresivo triunfo del liberalismo y la democracia.

En obras historiográficas más recientes se ha seguido reproduciendo la idea de que el destino manifiesto fue una doctrina expansionista. En el crepúsculo del siglo XX, el historiador William Earl Weeks planteó que era un “complejo” de emociones e ideas que

⁷⁷ “Manifest destiny, in its evolution as a body of American thought, expressed a spirit of confidence and a sense of power. It set forth in extravagant language a vision of national greatness in territorial, political, or diplomatic concerns. It proclaimed a national mission to the downtrodden and oppressed, designed to rationalize in terms of a higher good the nation’s right, and even its duty, to dispossess neighboring countries of portions of their landed possessions. But whatever its form and strength, manifest destiny was purely the creation of editors and politicians, expounded to churn the public’s nationalistic emotions for the purpose of reaping larger political harvests. Those who preached the crusade created fanciful dreams of the Republic’s future; they ignored specifics and were unmindful of means. They were ideologues, not statesmen.” *Ibid.*, p. LXVIII.

⁷⁸ *Ibid.*, p. LXIX. De hecho, la ambición estadounidense sobre Cuba se mantuvo durante los siglos XIX y XX, y aunque en otro sentido, sigue vigente hasta nuestros días.

fungieron como una elaborada justificación de un potencial imperio estadounidense. Entre otras cosas, este complejo implicaba un sentido providencialista, en tanto que sostenía que la historia de Estados Unidos estaba trazada favorablemente por Dios.⁷⁹ Según Weeks, hacia la década de 1820, los estadounidenses creían que el deber sagrado de su país era “expandirse a través de Norteamérica, reinar en el hemisferio occidental, y servir como ejemplo para cualquier pueblo en el futuro”; creían, pues, que “Este era el Destino Manifiesto del pueblo estadounidense”.⁸⁰

Weeks mencionó, como Merk antes que él, que el destino manifiesto era un concepto. Sin embargo, no ahondó en esta cuestión, y terminó por caer en la tendencia historiográfica estadounidense de considerar al destino manifiesto como “una filosofía para explicar y justificar la expansión”.⁸¹ En particular, Weeks utilizó el concepto de destino manifiesto para explicar cómo históricamente los estadounidenses habían justificado el expansionismo.

Como sus antecesores, Weeks también puso mayor énfasis en la segunda etapa del proceso semántico del destino manifiesto, tal como lo deja ver el siguiente fragmento de su obra:

La retórica del Destino Manifiesto varió según las prioridades de las facciones o de los partidos, sin embargo, todos sus defensores asumieron que éste definía a Estados Unidos en formas que apelaron tanto al corazón como a la razón. El destino manifiesto fue fundado a priori en la convicción de la singularidad de la nación estadounidense y en la necesidad de un imperio estadounidense. Surgió de una discusión que se estaba llevando a cabo en torno a una idea sobre Estados Unidos, que tuvo lugar en la prensa, en el Congreso, en la taberna pública, e incluso en el arte y la literatura de la época.⁸²

Por otro lado, Weeks estableció tres ejes fundamentales de lo que él llamó la “filosofía del destino manifiesto”: a) las excepcionales virtudes estadounidenses, tanto del pueblo como de sus instituciones; b) la misión de redimir al mundo y de moldearlo a imagen y semejanza

⁷⁹ William Earl Weeks, *Building the Continental Empire: American Expansion from the Revolution to the Civil War*, Chicago, Ivan R. Dee, 1996, p. x.

⁸⁰ “It appeared to be America’s sacred duty to expand across the North American continent, to reign supreme in the West Hemisphere, and to serve as an example of the future to people everywhere. This was the Manifest Destiny of the American people.” *Ibid.*, p. 60.

⁸¹ “Manifest Destiny, in essence, was a philosophy to explain and justify expansionism.” *Ibid.*, p. 60.

⁸² “The rhetoric of Manifest Destiny varied according to sectional or partisan priorities, yet all its advocates presumed to define the meaning of America in ways that appealed to the heart as well as the head. Manifest Destiny was founded on the a priori conviction of the uniqueness of the American nation and the necessity of an American empire. It emerged from an ongoing discussion about the idea of America that took place in the press, the Congress, the public tavern, and even in the art and literature of the time.” *Ibid.*, p. 60 y 61.

de Estados Unidos; y c) la idea de un destino trazado por Dios. “Bajo los auspicios de la virtud, la misión y el destino, se desarrolló una poderosa mitología nacionalista a la que era prácticamente imposible hacerle frente” y frente a la cual, según Weeks, casi no había otra alternativa.⁸³

Weeks cayó en un anacronismo al hablar del destino manifiesto, pues consideró que éste ya existía hacia los años que siguieron a la guerra entre Estados Unidos e Inglaterra, peleada entre 1812 y 1815: “Aunque el término destino manifiesto no fue utilizado plenamente sino hasta la década de 1840, los sentimientos a los que se refiere surgieron como consecuencia de la Guerra de 1812”. En ese sentido, el hecho de que John Quincy Adams hubiera justificado la invasión de las Floridas españolas por parte de las tropas estadounidenses de Andrew Jackson, en 1818, fue para Weeks “una de las primeras y más estrepitosas declaraciones del destino manifiesto”.⁸⁴ Aunque las ideas y las creencias de las que se nutrió el concepto de destino manifiesto ya estaban presentes en el ambiente cultural estadounidense hacia 1815, se trata de un anacronismo porque, como ya sabemos, el concepto como tal no fue acuñado sino hasta 1845 y, por lo tanto, éste no existía antes de esta fecha.

En cierto sentido, Weeks siguió la interpretación de Frederick Merk pues, en su texto, el destino manifiesto se entiende como una ideología de tipo providencial y expansionista, y es considerada como algo “extravagante”, propio de una minoría.⁸⁵ Por otro lado, más allá de las semejanzas con la obra de Merk, Weeks dio por sentado el sentido del concepto de destino manifiesto, al que en términos generales concibió como una “filosofía expansionista”.

Este mismo sentido del concepto fue reproducido en una compilación de textos titulada *Manifest Destiny and Empire: American Antebellum Expansionism*, la cual fue publicada apenas un año después que el libro de Weeks. En uno de los ensayos de esta obra editada por Robert W. Johannsen, el historiador Robert E. May sostuvo que el destino

⁸³ “Under the aegis of virtue, mission, and destiny evolved a powerful nationalist mythology that was virtually impossible to oppose and, for many, almost without an alternative.” *Ibid.*, p. 61.

⁸⁴ “Although the term Manifest Destiny did not achieve wide usage until the 1840s, the sentiments to which it refers arose in the aftermath of the War of 1812. John Quincy Adams’s “great gun” in defending Jackson’s invasion of Florida had been one of the first and most ringing declarations of Manifest Destiny.” *Ibid.*, p. 60. Páginas más adelante, Weeks volvió a caer en el susodicho anacronismo. *Vid. ibid.*, p. 103. Por otro lado, en esta última página, Weeks también sostuvo que el destino manifiesto era una ideología.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 104 y 105.

manifiesto era una ideología expansionista que implicaba ambiciones continentales.⁸⁶ Este autor no dijo mucho más al respecto, aunque sí lo suficiente para caer en un lugar común de la historiografía del destino manifiesto.

Ya en el siglo XXI, Linda S. Hudson se encargó de reproducir la idea de que el destino manifiesto era una legitimación del expansionismo, sin prestar mucha atención a su sentido original ni a los cambios introducidos en él por los políticos y los editores estadounidenses a partir de 1846. Hudson consideró que el destino manifiesto, acuñado según ella por Jane McManus y no por John L. O'Sullivan, justificaba la búsqueda de nuevas fronteras so pretexto de la seguridad estadounidense. En otras palabras, la historiadora texana sostuvo que el destino manifiesto era una justificación de la expansión territorial de Estados Unidos.⁸⁷ En ese sentido, y a pesar de la polémica en torno a la autoría del destino manifiesto planteada por Hudson, su obra no implicó ninguna novedad.

La “doctrina imperialista”

La idea de que el destino manifiesto era una “doctrina imperialista” es en realidad una variante de la interpretación que lo considera una ideología expansionista, ya porque se ha considerado que imperialismo y expansionismo son sinónimos, ya porque se ha pensado que ambos fenómenos han formado parte de un mismo proceso histórico.

En un libro de 1963, el historiador William E. Dodd estableció que el destino manifiesto era una expresión o ideología imperialista, promovida fundamentalmente por los demócratas del oeste, y en menor medida por los del sur y los del norte, a partir de la Convención demócrata de Baltimore (1844), en la cual James Knox Polk fue elegido como candidato a la presidencia de los Estados Unidos. Según Dodd, aquellos demócratas estaban convencidos de que su nación tenía un “destino manifiesto” providencial, es decir, que Estados Unidos se expandiría por toda Norteamérica y anexaría Cuba, por gracia de Dios.

⁸⁶ Robert E. May, “Manifest Destiny’s Filibusters”, en Robert W. Johannsen, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 147.

⁸⁷ *Cfr.* Linda S. Hudson, *Mistress of Manifest Destiny: A Biography of Jane McManus Storm Cazneau, 1807-1878*, Austin, Texas State Historical Association, 2001, p. 203.

Este historiador no dudó en llamar imperialistas a dichos expansionistas, a los que también consideró extremistas, y a su política, imperialista.⁸⁸

Hay que señalar que Dodd cayó en un par de anacronismos, pues ni el fenómeno del imperialismo existía como tal en Estados Unidos hacia 1845, ni el destino manifiesto había sido acuñado en 1844, como él lo da a entender. Asimismo, vale la pena comentar que el libro en el que Dodd expresó su idea del destino manifiesto, *The Mexican War. Was it Manifest Destiny?*, salió a la luz en 1963, por lo que es contemporáneo de las obras de Frederick Merk y Norman Graebner. Consciente o inconscientemente, la postura de Dodd frente a la Guerra de Vietnam, y en torno al papel de Estados Unidos en dicho conflicto, influyeron en el hecho de que considerara imperialistas a los expansionistas estadounidenses de mediados del siglo XIX.

La “tradición histórica”

Uno de los pocos historiadores que explicitó el sentido dado por él al concepto de destino manifiesto fue Anders Stephanson, en el libro titulado *Manifest Destiny: American Expansionism and Empire of Right*. En principio, Stephanson expresó que entendía al destino manifiesto de la misma forma que el presidente Woodrow Wilson lo había hecho décadas atrás, es decir, como el sentido misionero a partir del cual Estados Unidos había intervenido en otros países so pretexto de regenerarlos.⁸⁹ Asimismo, Stephanson consideró que el destino manifiesto podía entenderse “como una idea o fuerza estadounidense marchando a lo largo de la historia y ‘expresándose’ a sí misma de muchas formas”.⁹⁰

Para Stephanson esta “idea” o “fuerza” ha sido importante porque consideró que había influido en la forma en que Estados Unidos se entendía a sí mismo en el contexto mundial. “En consecuencia —dice Stephanson— trataré al destino manifiesto como una tradición que creó un sentido del lugar y el rumbo de la nación en una variedad de escenarios históricos,

⁸⁸ Ramón Eduardo Ruiz (ed.), *op. cit.*, p. 41 y 43-46.

⁸⁹ Anders Stephanson, *Manifest Destiny: American Expansionism and Empire of Right*, New York, Hill and Wang, 1996, p. XII.

⁹⁰ Manifest Destiny, “can it be seen as an American Idea or Spirit marching through history and “expressing” itself in various ways.” *Ibid.*, p. XVI.

como concepto de anticipación y movimiento”;⁹¹ “anticipación” en tanto que “destino” implicaría una trayectoria espacial y temporal fijada por Dios desde la eternidad, para la nación elegida: Estados Unidos.⁹²

En ese sentido, la idea de un destino manifiesto habría servido como un marco de identidad para la nación estadounidense. Por lo tanto, aunque Stephanson no fue el primer historiador en sugerir que el destino manifiesto era un concepto, y aunque no profundizó en ello, su propuesta sí implicó un cambio con respecto al modo más convencional en que la historiografía estadounidense había interpretado dicho concepto, a saber, como doctrina utilizada para justificar el expansionismo o el imperialismo yanqui. Nótese que la obra de Stephanson pertenece ya a un período posterior al de la Guerra Fría, es decir, que su autor habló desde el umbral de un horizonte histórico-cultural que ya no coincidía del todo con el de un mundo cuya hegemonía era disputada por las dos grandes potencias de la segunda mitad del siglo XX, ni con la polarizada sociedad estadounidense de las décadas de 1960 y 1970. En ese contexto, un estudio sobre las implicaciones del destino manifiesto no podría haber sostenido las mismas conclusiones que otros realizados treinta años antes.

La “creencia”

El cambio de siglo trajo consigo una nueva forma de entender al destino manifiesto en la historiografía estadounidense. En el 2001, John C. Pinheiro sostuvo que la creencia del destino manifiesto había sido “una importante fuerza motriz detrás de la guerra” entre México y Estados Unidos. Pinheiro aseveró que “destino manifiesto” sirvió para denominar el sentimiento expansionista difundido en Estados Unidos durante la década de 1840, e incluso, llegó a afirmar que el destino manifiesto era el sentimiento mismo.⁹³ Según sus consideraciones, esta creencia o sentimiento implicaba “que los anglosajones estadounidenses, a causa de su superioridad cultural y racial, estaban destinados a expandirse,

⁹¹ “I shall treat manifest destiny, then, as a tradition that created a sense of national place and direction in a variety of historical settings, as a concept of anticipation and movement...” *Ibid.*, p. XVI.

⁹² *Idem.*

⁹³ John Christopher Pinheiro, *Crusade and conquest: anti-Catholicism, Manifest destiny, and the U.S.-Mexican War of 1846-1848*, Ann Arbor, Michigan, Pro Quest Company, 2001, p. 38 y 51.

y/o a expandir sus instituciones republicanas de libertad civil y religiosa por el hemisferio occidental, sino es que por el mundo [...] a través del ejemplo, pero por medio de una conquista si fuera necesario”.⁹⁴

Para Pinheiro, la creencia yanqui en un destino manifiesto era más que una mera justificación racista o político-religiosa de la expansión territorial, ya que se trataba de “una intrincada red de conceptos e ideas complementarias”.⁹⁵ Sin embargo, como otros historiadores antes que él, Pinheiro sostuvo que el destino manifiesto era también una doctrina, con la particularidad de que ésta tenía implicaciones anti-católicas.⁹⁶ Como habrá notado el lector, Pinheiro no fue del todo claro en su definición del destino manifiesto, pues consideró a dicho concepto una creencia, un sentimiento, o la forma de llamar a un sentimiento, y una red de conceptos e ideas de índole expansionista.

Otras de las diferencias entre la interpretación de Pinheiro y la de los historiadores que lo antecedieron, fue el protagonismo que éste le otorgó al destino manifiesto en la historia estadounidense. Si Merk y Graebner negaron las repercusiones prácticas del destino manifiesto, Pinheiro sostuvo que la invasión de Estados Unidos a México fue la puesta en marcha de aquella “creencia”.⁹⁷ Los diarios, las cartas y los despachos escritos por algunos estadounidenses, tanto militares como civiles, entre 1846 y 1848, revela que lejos de ser una creencia, los anhelos expansionistas expresados por John L. O’Sullivan a través del concepto de destino manifiesto no estaban tan arraigados como podría pensarse. En consecuencia, es difícil sostener con argumentos sólidos que la invasión estadounidense a México fue la materialización de una creencia a la que Pinheiro denomina como “destino manifiesto”. Sin embargo, dichos textos también muestran que la creencia del pueblo elegido estaba vigente, durante aquellos años, en el seno de la sociedad estadounidense.⁹⁸ De hecho, usando el

⁹⁴ “This belief, a major driving force behind the war [Mexican-American], held that American Anglo-Saxons, by reason of their cultural and racial superiority, were destined to extend themselves, and/or their republican institutions of civil and religion liberty, throughout the western hemisphere, if not the world. Americans would accomplish this feat preferably through example, but by conquest if necessary.” *Ibid.*, p. 3.

⁹⁵ “It emerges as an intricate web of complementary concepts and ideas.” *Ibid.*, p. 11.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 3, 13 y 51.

⁹⁷ *Cfr. ibid.*, p. 11. Pinheiro expresó también que la idea de que Estados Unidos estaba providencialmente destinado a ocupar Norteamérica y a difundir el gobierno republicano había ganado popularidad durante la década de 1840. *Ibid.*, p. 13

⁹⁸ *Cfr.* George Baker (ed.), *México ante los ojos del ejército invasor de 1847: Diario del coronel Ethan Allen Hitchcock*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978. George Winston Smith, et al. (eds.), *Chronicles of the gringos: The U.S. Army in the Mexican War, 1846-1848, Accounts of Lyewitnesses & Combatants*, Albuquerque, University of New Mexico, 1968. George Wilkins Kendall, *Dispatches from the*

concepto de destino manifiesto, Pinheiro denominó esta creencia, señalando en particular sus implicaciones anti-católicas.

No es anecdótico el hecho de que Pinheiro no haya mencionado ni de paso a John L. O'Sullivan, ni el episodio de la acuñación del concepto de destino manifiesto de 1845. El anacronismo de Pinheiro, quien utilizó “destino manifiesto” para denominar una creencia mucho más vieja que el concepto por él usado para designarla, es sólo un botón de muestra de la tendencia de los historiadores estadounidenses de emplear este concepto sin plena conciencia de estar usándolo como tal. Deberíamos recordar que, como toda palabra, el concepto de destino manifiesto tiene una historia y una carga semántica que no deberían ser ignoradas.

El empleo inconsciente e irresponsable del lenguaje es peligroso en un discurso que tiene pretensiones de expresar una verdad. Esto se debe en parte a los potenciales malentendidos que el uso indiscriminado del lenguaje puede suscitar, y porque, en el caso de la historiografía, se pueden construir castillos de arena susceptibles a derrumbarse con la primera ventisca, los cuales, lejos de hablarnos de nuestro pasado, lo encubren con el oropel de los discursos vacíos.

La obra de la historiadora Amy Greenberg, en la cual se defiende la idea de que el destino manifiesto es una creencia, también es un ejemplo de lo anterior. La única referencia que Greenberg hizo de la acuñación del concepto de destino manifiesto ni siquiera es una alusión directa a O'Sullivan ni a la *Democratic Review*, sino a los “editores demócratas”.⁹⁹ Greenberg, quien consideró la invasión estadounidense a México de 1846-1848 como “una guerra perversa”, estableció que el destino manifiesto era una importante creencia expansionista, difundida entre la heterogénea población de los Estados Unidos.¹⁰⁰

Mexican War, Lawrence Delbert Cress (ed.), Norman, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1999. John James Peck, *The Sign of the Eagle: A View of Mexico -1830 to 1855*, San Diego, Copley, 1970. James K. Polk, *The Diary of James K. Polk during his Presidency 1845 to 1849*, Milo Milton Quaife (ed.), 4 v., New York, Kraus, 1970. Spencer C. Tucker, et al. (eds.), *The Encyclopedia of the Mexican-American War: a Political, Social, and Military History*, 3 v., Santa Barbara, California, ABC-Clío/Gale Virtual Reference Library, 2013, v. III, pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX2688999999http://go.galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400970&it=r&asid=41b6394befd54ac5289c66d29c32d2e1.

⁹⁹ “Polk didn't really believe all-out combat [with Mexico] would be necessary to realize the expansionist agenda that Democratic editors had begun calling ‘Manifest Destiny’.” Amy S. Greenberg, *A Wicked War. Polk, Clay, Lincoln, and the 1846 U.S. Invasion of Mexico*, New York, Alfred A. Knopf, 2012, p. 76.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 35 y 36.

Como Pinheiro, Greenberg cayó en un anacronismo, pues consideró que el destino manifiesto existía aun antes de ser acuñado por O’Sullivan. Según Greenberg, “Polk identificó lo que Clay y Lincoln no hicieron: que el Destino Manifiesto era todo en 1844”. Asimismo, Greenberg aseguró que la mayoría de los discursos de la campaña presidencial de Polk se enfocaron en el “Destino Manifiesto”, lo cual terminó por inclinar la balanza a su favor en las elecciones de dicho año.¹⁰¹ No olvidemos que aunque las ideas y creencias implícitas en el concepto de destino manifiesto estaban vigentes en el ambiente cultural estadounidense en 1844, dicho concepto no fue acuñado sino hasta mediados de 1845, cuando la campaña de Polk ya era cosa del pasado.

Según Greenberg, el destino manifiesto era el anhelo expansionista que los estadounidenses tenían hacia 1844, el cual alcanzó su cúspide con la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo, en 1848.¹⁰² He aquí otro ejemplo de la forma en que dar por sentado el significado de las palabras repercute negativamente en la interpretación histórica. Al no pensar el concepto de destino manifiesto, Greenberg no reparó en los anacronismos de su obra. Así, la historiadora utilizó dicho concepto para denominar al expansionismo estadounidense de la década de 1840, sin mencionar que aquel fue acuñado hasta 1845.¹⁰³

El mismo año en que fue publicado el libro de Amy Greenberg apareció un artículo en el cual su autor, Adam Gomez, consideró que el destino manifiesto era la creencia según la cual los estadounidenses eran los instrumentos utilizados por Dios para realizar su voluntad.¹⁰⁴ Por un lado, Gomez reconoció que el concepto acuñado por O’Sullivan había sido heredero de una tradición providencialista dentro del pensamiento angloamericano, cuyas raíces estaban en el periodo colonial. Asimismo, estableció que con la “frase” destino manifiesto O’Sullivan dio nombre a una creencia que implicaba que la expansión territorial estadounidense por América del Norte era una consecuencia de la voluntad divina.¹⁰⁵

¹⁰¹ “Polk recognized what Clay and Lincoln did not: that Manifest Destiny was everything in 1844...” *Ibid.*, p. 55. “The greatest portion of his speech focused on Manifest Destiny, the issue that won his presidency.” *Ibid.*, p. 62.

¹⁰² *Ibid.*, p. 268. Además de las referencias susodichas al destino manifiesto, Greenberg estableció el carácter expansionista de dicho concepto. *Vid. ibid.*, p. 102, 115 y 248.

¹⁰³ Por un lado, Greenberg afirmó que el destino manifiesto existía ya en 1844. Por el otro, estableció que fue durante los primeros meses de la presidencia de James Knox Polk, en 1845, cuando el expansionismo comenzó a ser llamado “Destino manifiesto” por los “editores demócratas”. *Cfr. Ibid.*, p. 55, 62 y 76.

¹⁰⁴ Adam Gomez, *op. cit.*, p. 236 y 237.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 238.

El “concepto”

Aunque Norman Graebner, William Earl Weeks y Peter Guardino¹⁰⁶ señalaron que el destino manifiesto era un concepto, lo hicieron sin ahondar en ello, y no repararon en las consecuencias de dicha afirmación. No fue sino en un pequeño artículo del año 2000, titulado “Teaching about Manifest Destiny: Clarifying the Concept”, que John J. Chiodo, su autor, amplió esta cuestión.

Chiodo estableció que el destino manifiesto era un “concepto o emoción [...] expresado a sí mismo de muchas formas”.¹⁰⁷ Aunque también consideró que el destino manifiesto era un conjunto de justificaciones del expansionismo estadounidense por el continente americano,¹⁰⁸ no dejó de señalar que éste era “un concepto importante en la historia de” Estados Unidos.¹⁰⁹

Aunque en esta última afirmación Chiodo lleva razón, no es pertinente afirmar, como lo hizo él, que la comprensión del concepto de destino manifiesto “lleva a una comprensión de cómo nuestro país [Estados Unidos] se expandió de la costa este, a través de las grandes llanuras, y finalmente hasta la costa oeste”.¹¹⁰ Sin duda, tomar consciencia de que el destino manifiesto es un concepto, para luego analizarlo y poder comprenderlo, nos permite entender mejor la forma en que los estadounidenses han interpretado el lugar de su país en la historia, así como el modo en que han mirado su pasado. Sin embargo, la sola comprensión de este concepto no implica entender el expansionismo estadounidense de mediados del siglo XIX, pues el destino manifiesto no es la expansión territorial. Éste es un concepto y, como tal, tiene una historia propia, diferente a la historia de los hechos, si bien ambas se encuentran intrínsecamente relacionadas. En todo caso, un concepto es un medio para dar cuenta de

¹⁰⁶ Peter Guardino, *La marcha fúnebre: una historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, trad. de Mario Zamudio Vega, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Grano de Sal, 2018, p. 32.

¹⁰⁷ “concept or emotion... expressed itself in many ways”. *Vid.* John J. Chiodo, “Teaching about Manifest Destiny: Clarifying the Concept”, *The Social Studies*, Taylor & Francis Group, Oxford, v. XCI, Issue 5, September-October 2000, p. 203.

¹⁰⁸ Según Chiodo, la mejor descripción de dichas justificaciones se encuentra en el libro de Albert K. Weinberg, *Manifest Destiny*. *Ibid.*, p. 203.

¹⁰⁹ “Manifest Destiny is an important concept in our nation’s history.” *Ibid.*, p. 204.

¹¹⁰ “One’s comprehension of the concept leads to an understanding of how our country expanded from the east coast, across the Great Plains, and finally to the West Coast.” *Idem.*

algún aspecto de la realidad, pero ningún concepto puede, ni de cerca, aprehender ni agotar en su totalidad ninguna faceta de la realidad.

Aceptar la propuesta de Chiodo implicaría que, efectivamente, la expansión territorial estadounidense se debió a razones providenciales, y que la historia del concepto de destino manifiesto es también la historia del expansionismo estadounidense. Como el propio Chiodo lo entrevió, el destino manifiesto, entendido como concepto, tiene implícitas las creencias, las actitudes y los valores de la época¹¹¹, y no sólo de la de O'Sullivan, sino también la de los historiadores que lo han utilizado para dar cuenta del pasado de Estados Unidos.¹¹² Sin embargo, una cosa es la historia de este concepto y otra la del expansionismo estadounidense.

Como hemos visto, más de un historiador cayó en anacronismos al emplear el concepto de destino manifiesto. Chiodo no fue la excepción, tal como lo demuestran las siguientes palabras: “Destino Manifiesto proporciona la etiqueta para un concepto imperialista del siglo XIX que se convirtió en parte de la expansión de los Estados Unidos hacia el oeste”.¹¹³ Aunque existe un vínculo histórico entre el expansionismo y el imperialismo, éste fue un fenómeno del último tercio del siglo XIX, en tanto que la expansión estadounidense fue un proceso que antecedió al imperialismo yanqui. Chiodo consideró que el expansionismo de la década de 1840 era ya parte de un proceso imperialista, por lo que se valió del concepto de destino manifiesto para hablar de ello.

Por lo visto hasta ahora, es evidente que los historiadores estadounidenses mencionados aquí han convertido al destino manifiesto en un concepto fundamental para explicar la expansión territorial de su país, así como el imperialismo subsecuente. En consecuencia, es difícil soslayar este concepto cuando se estudian dichos procesos, y cuando se quiere dar cuenta de la historia de la historiografía yanqui. Sin embargo, es necesario inventar o reformular categorías que nos permitan comprender el pasado de Estados Unidos, y no encubrirlo, como ha sido el caso de más de un historiador estadounidense al utilizar el

¹¹¹ *Cfr. idem.*

¹¹² El artículo de Chiodo tiene como objetivo el desarrollo de estrategias didácticas para la enseñanza del tema “destino manifiesto” en la educación media-superior en Estados Unidos. Entonces, este texto se encuentra dirigido a los docentes estadounidenses que enseñan historia en su país, a quienes el autor exhorta a comprender el concepto de destino manifiesto. De hecho, el texto de Chiodo pretende la realización de uno de los objetivos de mi investigación, a saber, encontrar el sentido original del concepto de destino manifiesto, aunque sin apelar a la comprensión del horizonte histórico-cultural de John L. O'Sullivan como un paso necesario para encontrar dicho sentido, como yo lo he procurado en los primeros dos capítulos de este trabajo. *Vid. ibid.*, p. 203 y 204.

¹¹³ “Manifest Destiny provides the label for a nineteenth century imperialistic concept that became part of the westward expansion of the Unites States.” *Ibid.*, p. 204.

concepto de destino manifiesto de forma irreflexiva. Por ello, es preciso cobrar conciencia del carácter conceptual del destino manifiesto.

Dicho lo anterior, es importante señalar que Chiodo tuvo una conciencia histórica que no tuvieron varios de sus colegas. En pocas palabras, este historiador estableció una diferencia entre aquello que John L. O’Sullivan quiso decir en su momento, al acuñar el concepto de destino manifiesto, y lo que éste significaba cuando su artículo fue publicado en el año dos mil. Aunque Chiodo no ahondó en esta diferenciación, sí sostuvo que “Destino Manifiesto es el término usado para [denominar] la política de expansión imperialista del siglo XIX, que justificó los esfuerzos de los Estados Unidos por colonizar las tierras del oeste”.¹¹⁴ Así, Chiodo vislumbró el carácter conceptual del destino manifiesto, y su historicidad, pero como los objetivos de su artículo eran otros, no profundizó en estas cuestiones.

Spencer Tucker, el editor de *The Encyclopedia of the Mexican-American War*, publicada en el año dos mil trece, también reparó en el hecho de que el destino manifiesto es un concepto, aunque sin tanta audacia como Chiodo, y sin dejar de lado otras de las formas en que el destino manifiesto ha sido descrito en la historiografía estadounidense. En la introducción al mensaje inaugural del presidente James Knox Polk (4 de marzo de 1845), reproducido en el tercer tomo de dicha enciclopedia, Tucker no sólo estableció que el destino manifiesto era la creencia de que la expansión territorial estadounidense estaba favorecida por Dios, sino que nos dice también que aquél era un concepto: “Polk endosó el concepto del ‘Destino Manifiesto’, la creencia de que Estados Unidos estaba providencialmente proyectado a dominar el continente del Pacífico al Atlántico”.¹¹⁵

Asimismo, en la introducción al artículo “Annexation” de John L. O’Sullivan, recogido también en el tercer volumen de *The Encyclopedia of the Mexican-American War*, Tucker hizo una breve semblanza del destino manifiesto, desde su origen hasta su reconocimiento historiográfico por parte de Julius Pratt en 1927. Sin embargo, en este punto,

¹¹⁴ “Manifest Destiny is the term used for the nineteenth-century policy of imperialistic expansion, which justified U.S. efforts to settle the lands in the west.” *Idem*.

¹¹⁵ “Polk endorsed the concept of “Manifest Destiny,” the belief that the United States was divinely intended to rule the continent from the Atlantic to the Pacific...” *Vid.* Spencer C. Tucker, *et al.* (eds.), *op. cit.*, p. 803, <http://pbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX268899999http://go.galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400843&it=r&asid=080cd957e785f0f3a8b5e7e2a94ab7a1>. (consulta: 7 de diciembre de 2016).

Tucker consideró que el destino manifiesto era un “término”, una “frase”, un “lema” y un “eslogan”, pero no un concepto.¹¹⁶ “De cualquier forma —dice Tucker—, cristalizando una filosofía política en sólo dos palabras, ‘Destino Manifiesto’ resultó ser uno de los eslóganes más influyentes y memorables en la historia estadounidense”.¹¹⁷

* * * * *

Retomando las palabras de Boaventura de Sousa Santos, quien escribió que “todo el conocimiento científico es autoconocimiento”,¹¹⁸ podría decir que toda historiografía es autobiográfica en el sentido de que nos habla de la historia de la comunidad a la que pertenece. Ella constituye relatos a partir de los cuales los seres humanos han dado cuenta de sí mismos, de lo que fueron y de lo que creyeron ser, de lo que son y de sus expectativas del porvenir. La historiografía estadounidense no es la excepción.

En la mayoría de los casos, los historiadores estadounidenses que han estudiado los procesos de expansión territorial, y el imperialismo de su país (al menos los que han sido mencionados en esta investigación), han dado por sentado y han omitido un hecho evidente, que quizás por evidente ha pasado desapercibido: que el destino manifiesto es un concepto; que originalmente estaban en él implícitas las creencias de la época de John L. O’Sullivan y no sólo las ideas expansionistas de este último; que el potencial semántico de destino manifiesto le ha permitido sobrevivir, ya no en el plano de la política formal, pero sí en el de la historia; y que, sin reparar en las diversas etapas de su proceso semántico, se han ignorado sus raíces históricas y sus distintos significados e implicaciones. Entonces, destino manifiesto ha sido utilizado como un concepto para dar cuenta de la expansión territorial estadounidense de mediados del siglo XIX, así como del imperialismo de Estados Unidos, sin la conciencia de que es, justamente, un concepto, y que por lo tanto es histórico, cambiante, como cualquier rasgo lingüístico, y como lo es la cultura misma. Sin duda alguna, esta miopía historiográfica, que no es exclusiva de los historiadores yanquis, es también autobiográfica pues forma parte de la historia de la comunidad a la que pertenece.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 809.

¹¹⁷ “Regardless, by crystalizing a political philosophy in only two words, ‘Manifest Destiny’ proved one of the most influential and memorable slogans in American history.” *Idem.*

¹¹⁸ Boaventura de Sousa Santos, *op. cit.*, p. 52.

Conclusión

¿Quién no es esclavo? Contéstenme a esto.

Herman Melville. *Moby Dick*

Pensar la historia sigue siendo una empresa arriesgada,
comprenderla exige su constante reevaluación.

Reinhart Koselleck. *Historias de conceptos*

La tradición en la que nacemos delimita nuestra manera de relacionarnos con el mundo, de verlo, de entenderlo. Si menospreciamos el peso que tiene nuestra tradición en los conceptos que utilizamos y en nuestra manera de pensar, e ignoramos lo definitiva que es para nosotros, nos convertimos en sus esclavos. Por eso, toda interpretación que no es consciente de sí misma, de sus alcances y de sus límites, encubre su forma original de vincularse con el mundo y con los otros. Si somos incapaces de darnos cuenta de nuestra propia forma de interpretar las cosas reproducimos los pre-juicios de nuestra tradición, los encubrimos como tales y los convertimos en dogmas, consolidando así nuestra alienación. Los pre-juicios que pasan desapercibidos nublan nuestra vista y atrofian nuestra capacidad de escuchar voces diferentes a la nuestra; son nuestros tiranos invisibles porque nos impiden contemplar y escuchar al otro, comprenderlo. Saber quiénes somos y desde dónde hablamos es necesario si queremos que nuestras palabras valgan más que la mera habladería.

No es vergonzoso aceptar de antemano que siempre habrá partes del pasado que permanecerán oscuras al ojo avizor del historiador; que quedarán recodos donde la luz de la historia no pueda iluminar. Lejos de ser esto una razón que debiera desmotivar nuestro trabajo, debería ser un aliciente para defender con responsabilidad las conclusiones de nuestra investigación y alentarnos a sostener con firmeza aquello que constituye la base sobre la que se mantienen las verdades más caras del trabajo histórico: la honestidad, la rigurosidad, la claridad, la justicia y el compromiso con la libertad. Porque al final sabemos poco, pero aun

siendo limitados los alcances de nuestra tarea, estos no dejan de ser importantes, pues una comunidad sin consciencia histórica es siempre una comunidad enferma.

Como hemos visto, históricamente los estadounidenses se han considerado el pueblo elegido de Dios. Esta creencia tiene una raíz teológica, el calvinismo, la cual se nutrió después con las ideas del derecho divino-natural. Sabemos también que esta creencia tiene otras raíces, como el llamado “mito de la modernidad”, el pensamiento ilustrado, el romanticismo, el racismo y el nacionalismo con sus respectivos matices. Advertimos que estas ideas, y la creencia que ayudaron a configurar, fueron ampliamente difundidas por todo Estados Unidos a través de la prensa y la literatura sensacionalistas, las cuales llegaban a todos los rincones de aquel país hacia 1845. Sabemos, pues, que para la década de 1840 la creencia estadounidense del pueblo elegido y su misión estaba consolidada, y que había adquirido, al menos en parte, matices expansionistas. Por eso, quienes promovieron la expansión territorial estadounidense entre dicho año y 1848, consideraron también la adquisición de nuevas tierras como parte del destino providencial de Estados Unidos.

Asimismo, hemos señalado que, en el tránsito entre los siglos XVIII y XIX, se comenzó a configurar una ideología expansionista que se nutrió de las ideas de las fronteras naturales, la predestinación geográfica, la regeneración de la tierra, los conceptos de seguridad y autopreservación, y el desprecio a las culturas indígenas y al mundo hispánico. Si bien es cierto que la ideología expansionista no fue compartida por toda la sociedad estadounidense, la creencia del destino estadounidense y su misión sí adquirió un carácter expansionista, al menos parcialmente, durante las décadas de 1830 y 1840.

Por su parte, hemos apuntado la importancia de la Doctrina Monroe en el nacimiento del concepto de destino manifiesto como un concepto defensivo, con respecto a las potencias europeas, y expansionista, frente al continente americano. Como vimos, la Doctrina Monroe implicaba un rechazo a nuevos intentos de colonización europea en América, pero no un repudio a la colonización en sí misma, por lo que dejó abierta la puerta a la expansión territorial de Estados Unidos en el continente. A pesar de la poca importancia que los países europeos le dieron en su momento a la Doctrina Monroe, hemos advertido que ésta fue asimilada en la política internacional de gobiernos estadounidenses posteriores, como lo demuestra el caso del presidente James Knox Polk y su reafirmación de la doctrina en las tensiones que, entre 1845 y 1846, sostuvo el gobierno yanqui con sus similares de Francia y

Gran Bretaña, en las disputas territoriales de Texas y Oregon. Como hemos visto, el mensaje en el que el presidente Polk reafirmó la Doctrina Monroe formó parte de una serie de reacciones, provenientes sobre todo desde la prensa, contra la interferencia europea en los asuntos americanos. Y como también hemos advertido, el artículo “Annexation”, escrito por John Louis O’Sullivan, fue una de dichas reacciones.

Lejos de ser sólo una ideología, el expansionismo estadounidense fue un proceso que derivó en la espectacular expansión territorial de Estados Unidos en apenas 65 años, desde la consumación de su independencia (1783) hasta la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo (1848), por mencionar sólo la parte de la expansión que corresponde a los años considerados en esta investigación. Como hemos señalado, este proceso permeó la creencia del destino estadounidense y su misión, durante la llamada “época de Jackson” o del “hombre común”. Fue entonces, con el Partido Demócrata en pleno auge, que los expansionistas estadounidenses hicieron eco del llamado de Andrew Jackson de “extender el área de la libertad”, promoviendo la expansión a costa de México y de los pueblos indígenas.

En buena medida, como en su momento lo indicamos, la expansión de Estados Unidos se explica como consecuencia de la explosión demográfica experimentada por la sociedad estadounidense durante la primera mitad del siglo XIX, así como por la densidad de población existente en la costa atlántica de dicho país, la cual se incrementó también por la llegada de miles de inmigrantes europeos a territorio yanqui. Asimismo, mencionamos que los intereses económicos de los industriales y los comerciantes del noreste de Estados Unidos favorecieron la expansión hacia el oeste. Finalmente, señalamos que las crisis económicas de la década de 1830 obligaron a miles de estadounidenses a buscar fortuna en las tierras occidentales. En su conjunto, todas estas condiciones empujaron a cientos de miles a emigrar hacia el oeste.

Aunque hemos mencionado que dichas circunstancias socioeconómicas provocaron en buena medida la expansión, hemos advertido también que la ideología expansionista la promovió y fue utilizada para legitimar las conquistas territoriales de Estados Unidos, sobre todo en los despojos de tierras indígenas, durante el proceso de anexión de Texas, en las negociaciones con Gran Bretaña en torno al territorio de Oregon y en la invasión a México de 1846-1848. Asimismo, hemos señalado que, a pesar de los matices del expansionismo, y de que no toda la sociedad estadounidense era expansionista, la creencia del pueblo elegido

no menguó y, al contrario, se fortaleció en el debate político y social sostenido en torno a la expansión territorial de Estados Unidos.

En este punto de la investigación exploramos, hasta donde nuestros recursos nos lo permitieron, la biografía de John L. O'Sullivan con la intención de situar de manera más precisa el nacimiento del concepto de destino manifiesto y para entender su significado original. Para comprender la vida de una persona del pasado hace falta establecer un equilibrio entre sus particularidades biográficas y las características de la época en la que vivió dicha persona. Por eso, es tarea del historiador poner a dialogar al individuo histórico con su tiempo. Si bien es cierto que los vínculos entre el poder político del Partido Demócrata y la pluma de O'Sullivan son innegables, reducir la ideología de este último a una mera apología de la doctrina demócrata sería un error. Sin negar dichos vínculos e intereses, hay que decir que O'Sullivan también expresó las creencias de la época en la que vivió; que siendo un demócrata vinculado a los círculos que ejercieron el poder político en aquellos años, fue a su vez un hijo de su tiempo y de sus circunstancias, un estadounidense de la época del hombre común que creía en el destino tanto como sus contemporáneos; y que fue, como tantos seres humanos a lo largo de la historia, un hombre alienado por sus pre-juicios.

En cualquier proceso histórico hay una influencia recíproca entre las ideas, las creencias y las condiciones materiales del momento, por mencionar sólo algunos aspectos de la realidad. La explicación de un acontecimiento o de un proceso no debería prescindir ni de uno ni de otro aspecto para dar cuenta de manera veraz de la historia humana. Sin embargo, ningún historiador puede considerar con profundidad todos los ámbitos de la realidad sin desorientarse, o al menos no hay, en las condiciones actuales de la historiografía, la posibilidad de abarcar todos los aspectos de la realidad en una investigación realizada por un solo historiador. Por eso, aunque reconozco y considero la importancia de las condiciones socioeconómicas en la consolidación de la creencia del destino estadounidense, tan importante en la historia del concepto de destino manifiesto, no he podido sino mencionarlas de paso. No he querido omitir estos aspectos en mi exposición porque los considero necesarios para dar cuenta, de forma clara, del origen del concepto de destino manifiesto.

Dicho lo anterior, recalquemos algunos aspectos de John Louis O'Sullivan que hemos mencionado a lo largo del texto. O'Sullivan vivió en una época convulsa, entre crisis económicas, transformaciones sociales y tecnológicas notables y la agresiva expansión

territorial estadounidense. Desde antes de que iniciara su carrera como editor de la prensa, O'Sullivan estuvo ligado a los círculos demócratas más influyentes. Y ya como propietario del *Metropolitan*, pero sobre todo, como fundador y editor de la *United States Magazine and Democratic Review*, sus vínculos políticos, ideológicos y hasta económicos con el Partido Demócrata fueron innegables.

Como hemos revisado, la fundación de la *Democratic Review* respondió a los intereses políticos y literarios de O'Sullivan, quien se asumió desde 1837 como promotor de los jóvenes talentos de la literatura estadounidense, así como vocero de las causas del “hombre común”, es decir, de la ideología del Partido Demócrata. Aunque O'Sullivan moriría en el olvido, el concepto que acuñó quedó para la posteridad como uno de los conceptos más influyentes en la historia del discurso político estadounidense, así como en la historia de la historiografía sobre la expansión y el imperialismo de Estados Unidos.

Pese a que tradicionalmente la historiografía ha descrito a O'Sullivan como el paladín del destino manifiesto, es decir, como un férreo defensor del expansionismo, hemos señalado que la expansión es apenas uno de los muchos temas que el editor de la *Democratic Review* abordó en el grueso de su obra. Esto no quiere decir que no fuera un ferviente expansionista, sino que sus ideas expansionistas formaban parte de una ideología mucho más compleja, la cual abarcaba otras cuestiones, como la democracia, la libertad, la historia y el futuro. De hecho, O'Sullivan tenía una idea más amplia del destino, la cual, como vimos, compartía en buena medida con sus contemporáneos. Incluso, como también revisamos, su pensamiento implicó una filosofía de la historia en la cual Estados Unidos sería el encargado de ponerle punto final al devenir de la humanidad estableciendo su sistema democrático en todo el mundo. En ese sentido, nada de lo que O'Sullivan propuso era ajeno a su propia tradición lingüística y de pensamiento. Por el contrario, tanto su concepción de la historia como el concepto de destino manifiesto expresaron ideas, creencias y pre-juicios propios de su horizonte histórico-cultural. Y, sin embargo, O'Sullivan ignoró o soslayó el carácter histórico de los seres humanos, su pertenencia a determinadas tradiciones que condicionan sus vidas, pero que al mismo tiempo posibilitan la creación de cosas nuevas. No olvidemos que toda innovación es siempre una reinvencción de la tradición.

En síntesis, el concepto de destino manifiesto expresó originalmente los anhelos expansionistas de O'Sullivan, así como el temor de una intervención de Francia y Gran

Bretaña, en América del Norte, que limitara la expansión estadounidense. Con el adjetivo “manifiesto”, O’Sullivan puso énfasis en que la expansión territorial de Estados Unidos, como parte de su destino, era algo evidente. Asimismo, este concepto sintetizó una serie de experiencias históricas relacionadas a las creencias providencialistas del destino y la misión estadounidenses, así como expectativas del futuro de Estados Unidos compartidas por O’Sullivan y sus contemporáneos. Como vimos, el destino manifiesto formó parte de una tendencia y una temática común de la comunidad lingüística estadounidense de mediados de la década de 1840.

Hay que puntualizar que el destino manifiesto fue en principio un concepto de carácter ontológico, pues al menos parcialmente le sirvió a O’Sullivan, y a los expansionistas que lo integraron a su léxico, para dar cuenta del presunto ser estadounidense, de su carácter y de su porvenir. Por su parte, los historiadores que aquí hemos revisado lo han transformado en un concepto con pretensiones epistemológicas, ligado a la escritura de la historia y utilizado para describir la expansión y el imperialismo de Estados Unidos. Originalmente, el concepto de destino manifiesto estaba orientado hacia el futuro, pues proyectaba los anhelos y las expectativas de O’Sullivan y de los expansionistas que vislumbraban la expansión territorial de su país por el continente americano, y aún más allá. En la historiografía estadounidense, el concepto ha sido orientado hacia el pasado como parte del esfuerzo de los historiadores de explicar los procesos expansionista e imperialista de Estados Unidos. Sin embargo, lejos de contribuir al conocimiento histórico, el concepto de destino manifiesto ha servido para encubrir la historia estadounidense porque, además de que en términos generales han sido ignorados su origen y su carácter conceptual, se le ha considerado uno de los factores de la expansión estadounidense, y en el peor de los casos, se le ha confundido con la expansión misma. Por eso, vale la pena reiterar que el destino manifiesto no provocó la expansión. En todo caso, el concepto incentivó y justificó dicha expansión pero, en sí mismo, éste fue apenas un medio a través del cual O’Sullivan y los expansionistas de su época interpretaron el expansionismo y expresaron sus expectativas y anhelos territoriales. Por eso, es importante recalcar que, la mayoría de las veces, los historiadores estadounidenses a los que nos hemos referido en el cuarto capítulo de esta tesis han utilizado el concepto de destino manifiesto de manera indiscriminada, ignorando que se trata de un concepto, así como su origen, su significado original y sus transformaciones.

Como lo he señalado en el último capítulo de la tesis, el concepto de destino manifiesto ha tenido, por lo menos, seis acepciones en la historiografía estadounidense que ha estudiado la expansión y el imperialismo de Estados Unidos, las cuales reitero a continuación: frase, doctrina/filosofía/ideología expansionista, doctrina imperialista, tradición histórica, creencia y concepto. Dicha historiografía, en general, ha puesto mayor énfasis en la segunda etapa del proceso semántico del destino manifiesto, es decir, en el periodo en que la prensa y los políticos estadounidenses se apropiaron del concepto para justificar o rechazar la expansión territorial, en el contexto de los debates en torno a Oregon (1846) y durante la invasión a México (1846-1848).

A lo largo de este trabajo de investigación se ha demostrado que el destino manifiesto nació como un concepto orientado hacia el futuro; que como tal, forma parte de la filosofía de la historia implícita en el pensamiento de O'Sullivan y que, dentro de ella, no tiene un papel central; que hay una segunda etapa del proceso semántico de este concepto, que comienza con su difusión y popularización, y en la cual los políticos y la prensa de la época de O'Sullivan se lo apropiaron, transformándolo desde entonces; que la historiografía estadounidense, o al menos el grupo de historiadores aquí revisados, lo orientaron hacia el pasado, modificándolo al darle acepciones que originalmente no tenía; y que, aunque estos historiadores lo han utilizado con la intención de dar cuenta de la historia del expansionismo y del imperialismo estadounidenses, más bien ha servido para encubrir esa historia.

A diferencia de los trabajos que ya habían vislumbrado que el destino manifiesto es un concepto, esta investigación se ha esforzado por sostener esta afirmación y por demostrarla, no sin aceptar de antemano que estas conclusiones son provisionales, y que la aparición de nuevas preguntas en torno al destino manifiesto, surgidas a lo largo de esta búsqueda, nos obligan a seguir pensando el problema. Por otro lado, esta tesis se ha propuesto indagar el origen del concepto, cosa que había sido descuidada por la historiografía. Esto ha implicado proponer una sistematización del proceso semántico del destino manifiesto, al cual he dividido en tres etapas: 1) su origen, 2) su fase político-periodística y 3) su fase historiográfica. De la exploración de la primera y la tercera ha nacido esta tesis. La problematización de la fase político-periodística de la historia del concepto tendrá que ser el tema de otra investigación.

Un nuevo estudio del concepto de destino manifiesto podría partir de preguntas como las siguientes: ¿Qué tanto cambió el concepto de destino manifiesto en su segunda etapa, la político-periodística, y qué motivó su transformación? ¿Cuándo y por qué perdió vigencia este concepto en la prensa y en el discurso político estadounidenses? ¿Por qué los historiadores le han puesto más atención a la segunda etapa del proceso semántico del destino manifiesto que a su origen, o que a su fase historiográfica? Estas son algunas líneas de investigación, formuladas por medio de preguntas, que se han abierto a partir de los resultados de esta tesis. Por otro lado, esta pesquisa ha revelado la necesidad de escribir una historia del destino (entendido como concepto) en Estados Unidos, pues como hemos visto, el destino manifiesto sólo se entiende plenamente en función de una concepción más general de destino expresada por O'Sullivan a lo largo de su obra; concepción que, además, presenta semejanzas con las ideas de sus contemporáneos en torno al destino. De cualquier forma, las y los historiadores que aborden estos problemas, si es que alguno lo hiciera, serán los responsables de orientarlos como mejor les parezca, y de plantear nuevos problemas de investigación en torno al destino manifiesto. Sólo ellos juzgarán la pertinencia de los mismos a la luz de sus propias preocupaciones y las de su tiempo.

Este largo camino, esta búsqueda, me ha llevado a reafirmar mi convicción de que la historia debe ser mucho más que mera palabrería; que el compromiso de la ciencia histórica debe ser con la libertad, sobre todo en una época violenta y tan poco comprometida con el otro como la nuestra. De lo contrario, la historia seguirá contribuyendo a la alienación del ser humano por medio del encubrimiento del pasado, pues el predominio de la mentira es tan enfermizo como la ausencia de la memoria. Muchas dudas se vislumbran en el horizonte. Sin embargo, algo me ha quedado claro: a pesar todas sus diferencias, John L. O'Sullivan y los historiadores que han contribuido al ocultamiento del pasado tienen algo en común: ambos dejaron que sus pre-juicios orientaran el sentido de sus palabras. Esto no tendría ninguna importancia si las palabras no tuvieran un impacto en quien las lee o las escucha. Pero ellas han llegado hasta nosotros en forma de texto, ¿y quién nos dice que éstas no pueden ser tomadas como verdad aun siendo un medio a través del cual se ha encubierto la verdad? Una de las responsabilidades del historiador debería ser la de tomar conciencia del impacto de sus palabras, y no olvidar esto jamás. De cualquier forma, lejos de conformarnos con señalar el automatismo de nuestros vecinos estadounidenses, habría que preguntarnos qué tan

diferentes somos nosotros, qué tanto hemos contribuido al encubrimiento del pasado, y qué tanto somos o hemos sido, nosotros también, esclavos de nuestros pre-juicios y autómatas de nuestra historia.

Anexo 1. Los expansionistas estadounidenses

Este anexo, que no es sino un índice de nombres ligados al expansionismo estadounidense, acompañados de breves descripciones relativas a los personajes y publicaciones mencionados, está incompleto por tres razones fundamentales. La primera de ellas es el limitado número de documentos que he podido consultar. La segunda es que, de la información obtenida del material consultado, sólo he recogido los nombres de aquellas personas y publicaciones periódicas de las que pude corroborar alguna filiación con el expansionismo de la primera mitad del siglo XIX estadounidense. Finalmente, aunque hubiera tenido acceso a todos los archivos y repositorios del mundo en los que hubiera información disponible sobre los expansionistas, hay que señalar que millones, o por lo menos cientos de miles de nombres de hombres y mujeres desconocidos, con intereses o filiaciones expansionistas, se han perdido para siempre en el tiempo, por lo que es imposible incluirlos en esta lista por demás general y siempre susceptible de ser enriquecida.

Con la intención de facilitar la búsqueda de nombres, el presente anexo se encuentra dividido en cinco rubros: “Políticos”, “Escritores y periodistas”, “Militares y marinos”, “Otras personas” y “Publicaciones periódicas”. A su vez, cada uno de estos rubros está organizado por orden alfabético.

Políticos

Adams, John (1735-1826). Uno de los llamados “padres fundadores” de Estados Unidos. Fue el segundo presidente de dicho país (1797-1801). Desde la época de la independencia estadounidense (1776-1783) anhelaba que Canadá fuera anexado a los nacientes Estados Unidos.

Adams, John Quincy (1767-1848). Hijo del expresidente John Adams. Ocupó la presidencia de Estados Unidos entre 1825 y 1829. También fue representante, senador y diplomático de su país en Europa. Como Secretario de Estado, en el gobierno de James Monroe, negoció con España la cesión de las Floridas, y es reconocido como coautor de la Doctrina Monroe. A

pesar de oponerse a la anexión de Texas y a la invasión estadounidense a México (1846-1848), promovió la anexión de Oregon y el despojo de tierras indígenas.

Allen, William (1803-1879). Miembro del Partido Demócrata, gobernador de Ohio, senador y representante por dicho estado en el Congreso de Estados Unidos. Formó parte del movimiento “Todo México” (*All Mexico*), el cual propuso la anexión de toda la república mexicana a Estados Unidos tras el éxito de la invasión estadounidense a dicho país (1846-1848).

Baker, Edward Dickinson (1811-1861). Representante de Illinois por el Partido Whig entre 1845 y 1847. Fue el primer congresista en utilizar el concepto “destino manifiesto” para justificar el expansionismo de Estados Unidos, aunque no fue el primero en usarlo en general. Participó en la invasión estadounidense a México (1846-1848) como coronel del 4° Regimiento de infantería de voluntarios de Illinois.

Bancroft, George (1800-1891). Secretario de Marina (1845-1846) y ministro en Inglaterra (1846-1849) durante la presidencia de James Knox Polk (1845-1849). Llegó a expresar que la democracia y el republicanismo existían por voluntad de Dios, y que la tarea de diseminarlos había sido asignada por Él a los Estados Unidos. Además de estadista fue historiador, y su obra estuvo influenciada por la Escuela histórica alemana.

Barbour, James (1775-1842). Gobernador de Virginia (1812-1814) y senador federal por ese mismo estado (1815-1825). Militó en las filas de los partidos Demócrata Republicano, Nacional Republicano y Whig. Tenía filiaciones racistas y expansionistas.

Benton, Thomas Hart (1782-1858). Miembro del Partido Demócrata y senador federal por el estado de Misuri (1821-1851). Fue uno de los principales promotores de la expansión territorial estadounidense.

Breese, Sidney (1800-1878). Miembro del Partido Demócrata y senador federal por el estado de Illinois (1843-1849). En 1832 sirvió como teniente coronel de voluntarios en la guerra contra los indígenas sac liderados por Halcón Negro (*Black Hawk*). La principal motivación de este conflicto fue la ocupación de las tierras del pueblo sac.

Brown, William John (1805-1857). Militante del Partido Demócrata y representante federal por Indiana (1843-1845 y 1849-1851). Sostuvo que en menos de un siglo los estadounidenses ocuparían todas las tierras del continente americano hasta la Patagonia.

Buchanan, James (1791-1868). Representante federal entre 1820 y 1831. Fungió como secretario de Estado durante la presidencia de James Knox Polk (1845-1849). Jugó un papel importante en las negociaciones con Gran Bretaña en torno al territorio de Oregon. Fue presidente de los Estados Unidos entre 1857 y 1861.

Butler, Anthony Wayne (1787-1849). Especulador de tierras en el estado mexicano de Coahuila y Texas. Fue nombrado ministro estadounidense en México por Andrew Jackson para negociar la compra de Texas y Alta California. Ocupó dicho cargo entre 1829 y 1835.

Butler, Benjamin F. (1818-1893). Conocido por su participación en la Guerra Civil (1861-1865) por el bando de los Estados Unidos de América, fue un miembro del Partido Demócrata. Apoyó moral y económicamente la fundación de la revista de John L. O'Sullivan y Samuel D. Langtree, *The United States Magazine and Democratic Review*, con la intención de defender y difundir los principios de la democracia jacksoniana.

Calhoun, John C. (1782-1850). Vicepresidente de los Estados Unidos (1825-1832). Fue un nacionalista recalcitrante, y aunque no fue tan radical en la cuestión de la expansión territorial, propugnó por la anexión de los territorios mexicanos al norte del Río Bravo.

Cass, Lewis (1782-1866). Miembro del Partido Demócrata. Secretario de Estado en el gabinete del presidente Andrew Jackson (1831-1836) y senador federal por Michigan (1845-1848). Apoyó la política expansionista de James Knox Polk, sobre todo en cuanto a la invasión a México (1846-1848). Aunque llegó a manifestarse a favor de la anexión de toda la república mexicana apoyó la propuesta de establecer la frontera de este país y Estados Unidos en la Sierra Madre.

Chipman, John Smith (1800-1869). Formó parte del Congreso federal, como miembro del Partido Demócrata, entre 1845 y 1847, representando al estado de Michigan. En los debates del Congreso se expresó a favor de la expansión territorial estadounidense.

Cushing, Caleb (1800-1879). Diplomático estadounidense y representante federal de Massachusetts por los partidos Antijacksoniano (1835-1837) y Whig (1837-1843). Participó

en la invasión a México (1846-1848) como coronel de un regimiento de Massachusetts. A pesar de ser antiesclavista y antijacksoniano, también expresó ambiciones expansionistas.

Dallas, George Mifflin (1792-1864). Diplomático estadounidense y miembro del Partido Demócrata. Fue vicepresidente de Estados Unidos en la administración de James Knox Polk (1845-1849). Durante la invasión estadounidense a México (1846-1848) apoyó la idea de anexar por completo a este último país.

Dickinson, Daniel Stevens (1800-1866). Miembro del Partido Demócrata. Senador federal por dicho partido, representando al estado de Nueva York, entre 1844 y 1851. Se posicionó a favor de la anexión de todo México después del éxito militar de la invasión estadounidense a dicho país (1846-1848).

Douglas, Stephen Arnold (1813-1861). Conocido como “Little Giant” (“pequeño gigante”), este miembro del Partido Demócrata fue representante y senador por el estado de Illinois (1843-1861). Apoyó enérgicamente la anexión de Texas (1845), las reclamaciones estadounidenses en torno a Oregon y la invasión a México (1846-1848).

Ellis, Chesselden (1808-1854). Miembro del Partido Demócrata. Fue representante federal por el estado de Nueva York entre 1843 y 1845. Apoyó la anexión de Texas (1845) y las reivindicaciones estadounidenses en torno al territorio de Oregon.

Everett, Edward (1794- 1865). Miembro de los Partidos Nacional Republicano (1824-1834) y Whig (1834-1854). Fue gobernador de Massachusetts (1836-1840) y senador federal por dicho estado (1853-1854). A pesar de su militancia política, contraria al Partido Demócrata, Everett tenía filiaciones expansionistas. Fue el primero en exponer en el Congreso las peticiones de indemnización de Mary O’Sullivan por la muerte de su esposo John O’Sullivan, padre de John Louis O’Sullivan.

Franklin, Benjamín (1706-1790). Uno de los llamados “padres fundadores” de Estados Unidos. Más conocido por su actividad política y científica, Franklin también tenía inclinaciones expansionistas; desde la época de la independencia estuvo interesado en la anexión de Canadá al territorio estadounidense. Fue uno de los firmantes del Tratado de París (1783), por el cual Gran Bretaña reconoció la independencia de Estados Unidos y le cedió los territorios al oeste de los Apalaches hasta el río Misisipi.

Gallatin, Albert (1761-1849). Senador (1793-1794), representante (1795-1801) y Secretario del Tesoro (1801-1814) de los Estados Unidos. Creía que, como consecuencia del crecimiento demográfico estadounidense, tarde o temprano los territorios poco habitados del extremo norte de México terminarían por incorporarse a Estados Unidos sin la necesidad de que hubiera hostilidades entre ambos países.

Gilmer, George Rockingham (1790-1859). Sirvió como teniente de infantería en la campaña contra los indígenas creek entre 1813 y 1815. Fue gobernador de Georgia en dos ocasiones (1829-1831 y 1837-1839). Como miembro del Congreso de Estados Unidos (1833-1835) formó parte del Comité de asuntos indios (“Indian Affairs”) de dicha institución, y desde allí, favoreció el despojo de tierras indígenas.

Hannegan, Edward A. (1807-1859). Miembro del Partido Demócrata, y senador por el estado de Indiana. Después de la definitiva derrota militar de México frente a Estados Unidos (1847) favoreció la idea de anexar todo México a la república estadounidense.

Hardin, John Jay (1810-1847). Fue miembro de la milicia de Illinois en la guerra contra los indígenas sac liderados por Halcón Negro (*Black Hawk*) entre 1831 y 1832. Como parte del Partido Whig, fue representante de Illinois en el Congreso de Estados Unidos (1843-1845). Participó en la invasión estadounidense a México (1846-1848) como coronel de infantería del 1er regimiento de voluntarios de Illinois. Murió en la batalla de la Angostura (1847).

Harper, John Adams (1779–1816). Representante federal de Nuevo Hampshire por el Partido Republicano (1811-1813). Sostuvo, en una sesión del Congreso, que los límites de Estados Unidos habían sido marcados por Dios, y que estos iban del Golfo de México, al sur (en aquella época la mayor parte de la frontera sur de Estados Unidos no llegaba aún al Golfo), hasta “las regiones de las nieves eternas”, en el norte.

Harrison, William Henry (1773-1841). Primer gobernador del territorio de Indiana (1801-1813) y presidente de Estados Unidos entre marzo y abril de 1841. Durante su carrera política y militar participó en los despojos de tierras indígenas.

Hartley, O.C. (¿?-¿?). Al parecer se trataba de un filibustero texano que estuvo activo en las expediciones filibusteras estadounidenses a Nicaragua en la década de 1850. A causa de sus

ideas racistas sostuvo que toda América sería ocupada por Estados Unidos cuando los colonos blancos se extendieran por todo el continente.

Houston, Samuel (1793-1863). En 1817 participó en el desalojo de los cheroquis de Tennessee, y en su reubicación en una reserva de Arkansas. Fue comandante en jefe del ejército texano durante la revuelta de Texas contra México (1836) y el primer presidente de la república de Texas. Respaldó las expediciones expansionistas de esta república hacia Nuevo México, y después, secundó la anexión de Texas a los Estados Unidos (1845).

Hunter, Robert Mercer Taliaferro (1809-1887). Senador de los Estados Unidos, por el estado de Virginia, entre 1847 y 1861. Poco antes, como representante demócrata en el Congreso (1845-1846), se manifestó a favor de la anexión de Oregon. Fue uno de los políticos que utilizó, en esta coyuntura, el concepto “destino manifiesto” como eslogan expansionista.

Jackson, Andrew (1767-1845). Militar y político estadounidense. Fundó junto con Martin Van Buren el Partido Demócrata en 1829. Fue presidente de Estados Unidos entre este año y 1837. Aún después de su administración, y hasta su muerte, siguió ejerciendo una gran influencia dentro del Partido Demócrata. Durante su presidencia promovió el despojo de las tierras de los cheroqui y choctaw (1830) de Georgia, y en la década de 1840 apoyó la anexión de Texas a Estados Unidos. En 1844 publicó una carta en la que se refirió a la expansión territorial estadounidense como la extensión del “área de la libertad”. Esta frase se consolidaría como un lema expansionista durante los años subsecuentes.

Jefferson, Thomas (1743-1826). Uno de los llamados “padres fundadores” de Estados Unidos y coautor de la Declaración de independencia (1776). Fue el tercer presidente de ese país (1800-1808). Durante su gobierno Estados Unidos le compró a Francia el territorio de Luisiana (1803), duplicando con ello el tamaño de la república. El expansionismo, como ideología, estaba implícito en su ideal de una sociedad agraria de pequeños propietarios; a la luz de esta concepción, la continua disponibilidad de tierras para los estadounidenses era necesaria.

Johnson, Herschel Vespasian (1812-1880). Senador de Georgia en el Congreso estadounidense (1848-1849). Justificó la expansión territorial estadounidense, a costa de

México (1848), argumentando que “la extensión del área de la libertad y la felicidad humana” serían favorecidas con el expansionismo de Estados Unidos.

Kennedy, Andrew (1810-1847). Miembro del Partido Demócrata y representante de Indiana en el Congreso de los Estados Unidos, por dicho partido, entre 1841 y 1847. Respaldó enérgicamente los intereses territoriales estadounidenses en Oregon.

Lamar, Mirabeau Bounaparte. (1798-1859). Segundo presidente de la República de Texas (1838-1841). Pretendió extender, por medio de la conquista militar, las fronteras texanas hasta el territorio mexicano de Nuevo México. Posteriormente abogó por la anexión de dicha república a Estados Unidos (1845), y participó en la invasión estadounidense a México (1846-1848) con las tropas del general Zachary Taylor.

Langtree, Samuel D. (?-?). Cuñado de John L. O’Sullivan y cofundador, junto con este último, de la *United States Magazine and Democratic Review*. Compartía intereses tanto políticos como literarios con O’Sullivan.

Levin, Lewis Charles (1808-1860). Cofundador del Partido Americano (1842) y editor del *Philadelphia Daily Sun*. Representante federal de Pensilvania por el Partido Americano (1845-1851). A causa de su racismo se opuso a la anexión de alguna parte de México, pero apoyó una hipotética anexión de Canadá.

Livingston, Robert R. (1746-1813). Coautor de la Declaración de independencia de Estados Unidos (1776). Fue ministro plenipotenciario de este país en Francia entre 1801 y 1804. En 1803 se encargó de negociar con el gobierno francés de Napoleón Bonaparte la compra de Luisiana, con la cual Estados Unidos duplicó su territorio.

Madison, James (1751-1836). Uno de los llamados “padres fundadores” de Estados Unidos. Es considerado el “Padre de la Constitución” de dicho país. Fue el cuarto presidente estadounidense (1809-1817). Desde la primera década del siglo XIX Madison ambicionaba la anexión de las Floridas españolas a Estados Unidos.

Marcy, William Learned (1786-1857). Uno de los líderes de la llamada “Albany Regency”, el grupo del Partido Demócrata que mantuvo la hegemonía política, en el estado de Nueva York, durante las décadas de 1820 y 1830. Fue miembro del Senado, por dicho estado, entre

1831 y 1833, así como Secretario de Guerra en el gabinete de James Knox Polk (1845-1849). Fue uno de los expansionistas más extremos de la época.

Monroe, James (1758-1831). Estadista y diplomático estadounidense. Negoció junto con Robert R. Livingston la compra del territorio de Luisiana en 1803. Fue el quinto presidente de Estados Unidos (1817-1825) y padre de la llamada “Doctrina Monroe”. Dicha doctrina fue un exhorto a las potencias europeas a no interferir en los asuntos de las nacientes naciones americanas. Durante el gobierno de Monroe las Floridas españolas fueron incorporadas al territorio estadounidense (1819).

Polk, James Knox (1795-1849). Miembro del Partido Demócrata. Fue el 11vo presidente de Estados Unidos (1845-1849). Su administración estuvo marcada por la anexión de Texas (1845), por el acuerdo en torno a Oregon con Gran Bretaña (1846), y por la invasión a México (1846-1848). Una de las consecuencias de esta invasión fue la obtención, por parte de Estados Unidos, de los territorios de Alta California, Nuevo México y la zona en disputa entre México y Texas, así como la renuncia de México a cualquier pretensión sobre el territorio texano.

Reynolds, John (1788-1865). Gobernador de Illinois entre 1830 y 1834, y representante de dicho estado, en el Congreso de los Estados Unidos, entre 1834 y 1837, y 1839 y 1843. Como gobernador jugó un papel importante en la guerra contra los indígenas sac liderados por Halcón Negro (*Black Hawk*), y en el subsecuente despojo de las tierras de dicho pueblo (1832). Posteriormente, apoyó la completa ocupación estadounidense de Oregon.

Richardson, Joseph (1778-1871). Representante de Massachusetts, en el Congreso de Estados Unidos, entre 1827 y 1831. A pesar de su tendencia política anti-demócrata, creía que los estadounidenses terminarían por ocupar todo el territorio hasta las costas del Pacífico.

Sawyer, William (1803-1877). Miembro del Partido Demócrata y representante del estado de Ohio, en el Congreso de Estados Unidos, entre 1845 y 1849. A principios de 1846 abordó el tema del destino para justificar los intereses expansionistas de Estados Unidos en Oregon.

Slidell, John (1793-1871). Miembro del Congreso estadounidense entre 1843 y 1845. En noviembre de 1845 fue enviado en secreto a México, por el presidente James Knox Polk, como ministro plenipotenciario de los Estados Unidos. Su misión era negociar el establecimiento de la frontera entre Texas y México en el Río Bravo, y ofrecer hasta 25

millones de dólares por el territorio de Alta California. Al parecer, su informe sobre la negativa mexicana en ambas cuestiones influyó en la decisión de Polk de enviar tropas a la zona disputada entre Texas y México, y declararle la guerra a este último país en 1846.

Stanton, Frederick Perry (1814-1894). Miembro del Partido Demócrata y representante por el estado de Tennessee entre 1845 y 1855. Como otros de sus contemporáneos retomó el tema del destino para justificar los intereses expansionistas de Estados Unidos en Oregon.

Stone, Alfred Parish (1813-1865). Representante de Ohio, por el Partido Demócrata, entre 1844 y 1845. Secundó la invasión a México (1846-1848), y en ese contexto, invocó a la Providencia y al destino estadounidense para que se edificaran templos dedicados a la libertad sobre las tumbas de los “Moctezumas”.

Thompson, Waddy Jr. (1798-1868). Como miembro de los partidos Anti-jacksoniano y Whig, respectivamente, formó parte de la Cámara de representantes en dos ocasiones (1835-1837 y 1837-1841). Fue enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Estados Unidos en México entre 1842 y 1844. Aunque rechazó la invasión estadounidense a este último país (1846-1848), así como la hipotética anexión de todo su territorio, estuvo a favor de incorporar a Estados Unidos Alta California y Nuevo México.

Trimble, David, (1782-1842). Representante federal de Kentucky entre 1817 y 1827. Consideraba que Texas era parte de Luisiana, y en consecuencia, se opuso a la frontera establecida entre Estados Unidos y Nueva España, a partir del Tratado Adams-Onís (1819), pues suponía que en esta negociación se estaba cediendo Texas a dicho virreinato español.

Turner, Thomas Johnston (1815-1874). Representante demócrata del estado de Illinois, en funciones entre 1847 y 1849. Creía que Alta California y Nuevo México terminarían siendo parte de Estados Unidos a pesar de la negativa de México de cederlos.

Tyler, John (1790-1862). Décimo presidente de Estados Unidos (1841-1845). Durante su administración fue fijada parte de la frontera estadounidense con algunas de las colonias británicas que forman parte del actual Canadá (*Webster-Ashburton Treaty*, 1842), y prácticamente se consumó la anexión de Texas a Estados Unidos (1845). Tyler mostró un abierto interés por adquirir el territorio mexicano de Alta California.

Walker, Robert (1801-1869). Miembro del Partido Demócrata, senador federal por el estado de Misisipi, entre 1835 y 1845, y Secretario del Tesoro durante la presidencia de James Knox Polk (1845-1849). Durante la invasión estadounidense a México (1846-1848) respaldó la idea de anexar todo el territorio de este país a Estados Unidos.

Webster, Daniel (1782-1852). En diferentes periodos fue miembro de los partidos Federalista, de Adams, Anti-jacksoniano y Whig. Fue representante de Nuevo Hampshire (1813-1817), de Massachusetts (1823-1827), y senador por este último estado entre 1827 y 1841. A pesar de su filiación política anti-demócrata, creía que nada detendría a los estadounidenses en su marcha hacia el Océano Pacífico.

Winthrop, Robert Charles (1809-1894). Miembro del Partido Whig. Fue el primer congresista en utilizar el concepto “destino manifiesto”, pero no para justificar la expansión sino para burlarse de los argumentos de los expansionistas. A partir de su intervención, dicho concepto pasó a formar parte del léxico político de la época, iniciándose así la segunda etapa de la historia del “destino manifiesto”. Esto sucedió el 3 de enero de 1846, en los debates del Congreso en torno al territorio de Oregon.

Escritores y poetas

Bennett, James Gordon (1795-1872). Editor estadounidense de origen escocés. Entre 1833 y 1834 fue el editor en jefe del periódico *The Pennsylvanian*, de Filadelfia, y en 1835 fundó el *New York Herald*. Ambos periódicos fueron voceros del expansionismo de Estados Unidos.

Brown, Charles Brockden (1771-1810). Escritor considerado como uno de los más importantes novelistas de los primeros años de la república estadounidense. Llegó a expresar que los Estados Unidos se extenderían desde el Océano Atlántico al Pacífico, y del Polo norte hasta el istmo de Panamá.

Bryant, William Cullen (1794-1878). Poeta, traductor y editor originario de Massachusetts. Entre 1829 y 1832 fue el editor en jefe del periódico expansionista *New York Evening Post*. Durante un tiempo fue miembro del Partido Demócrata.

Caruthers, William Alexander (1802-1846). Novelista romántico nativo de Virginia. En su novela titulada *The Knights of the Horse-Shoe* (1845), Caruthers escribió que la “raza anglosajona... estuvo y está destinada a apropiarse tan enorme porción del globo y a diseminar sus leyes, su idioma y su religión sobre incontables millones”.

Clemens, Jeremiah (1814-1865). Escritor y senador demócrata del estado de Alabama (1849-1853). Participó en la independencia de Texas (1836) y en la invasión a México (1846-1848). En su novela titulada *Bernard Lile: Historical Romance embracing the Periods of the Texas Revolution and the Mexican War* (1856), Clemens describió y exaltó de forma poética el expansionismo estadounidense.

Coleman, William (1766-1829). Editor del *New York Evening Post* en 1803. Este periódico, originalmente fundado por uno de los “padres fundadores” de Estados Unidos, Alexander Hamilton, se convertiría en un vocero del expansionismo. Como editor de dicha publicación, y en el contexto de la compra de Luisiana (1803), Coleman expresó sus ideas expansionistas.

Dwight, Timothy (1752-1817). Poeta, teólogo y educador de Massachusetts. Participó en la independencia de Estados Unidos. Como se puede leer en su poema titulado “America: or a Poem of the Settlement of British Colonies” (1780), Dwight vislumbró la expansión estadounidense desde los primeros años de la república.

Emerson, Ralph Waldo (1803-1882). Poeta, ensayista y profesor de Massachusetts. Líder del movimiento poético-filosófico conocido como “Trascendentalismo”. En un artículo titulado *The Young American* (1844), Emerson enalteció y describió de forma poética el destino y la expansión territorial de los Estados Unidos.

Everett, Alexander Hill (1790-1847). Escritor, traductor, político y diplomático de Massachusetts ligado al “Trascendentalismo” estadounidense. Everett tenía una ideología providencialista y expansionista.

Freneau, Philip Morin (1752-1832). Poeta, ensayista y editor de la época de la independencia conocido como “el poeta de la Revolución estadounidense”. Desde los primeros años de la república Freneau vislumbró la expansión continental de Estados Unidos.

Guilliam, Albert (?-?). Originario de Virginia. Aunque fue nombrado cónsul estadounidense del puerto mexicano de San Francisco, Alta California, en 1843, nunca pudo ejercer dicho cargo. En su libro *Travels in Mexico during the years 1843-44* (1847) sostuvo que parte del destino estadounidense era ocupar las tierras de la Alta California.

Ingersoll, Charles Jared (1782-1862). Escritor, político demócrata y diplomático originario de Filadelfia, Pensilvania. En la década de 1850 comenzó a preparar una historia sobre la expansión territorial estadounidense. Como otros escritores demócratas de la época tenía filiaciones expansionistas.

Kendall, George Wilkins (1809-1867). Periodista oriundo de Nuevo Hampshire. En 1837 fundó con Francis Lumsden, en Nueva Orleans, el periódico *Daily Picayune*, que con el tiempo se convertiría en un vocero de la expansión estadounidense. Participó en la expedición texana contra Nuevo México (1841), organizada por el presidente de Texas Mirabeau B. Lamar, y fue voluntario en la invasión estadounidense a México (1846-1848). Desde los frentes de batalla envió sus reportes de guerra, los cuales fueron publicados en el *Picayune*.

Leggett, William (1802-1839). Poeta, escritor y editor nativo de la ciudad de Nueva York. En 1829 colaboró como editor, junto con William Cullen Bryant, en el *New York Evening Post*, y en 1834 quedó a cargo de la edición de dicha publicación. Líder intelectual del ala radical del Partido Demócrata en Nueva York, cuyos miembros eran conocidos como “locofocos”. Sus textos influenciaron, entre otros, a Walt Whitman y a John L. O’Sullivan.

Lippard, George (1822-1854). Uno de los autores de novelas sensacionalistas más populares de la década de 1840. En 1843 trabajó como editor del *Philadelphia Citizen-Soldier*, donde publicó algunos de sus trabajos. En concordancia con sus ideas agraristas (jeffersonianas) y anticapitalistas, era un ferviente expansionista, pues como Thomas Jefferson, Lippard creía que la disponibilidad de tierras era necesaria para la existencia de una sociedad de pequeños propietarios agrarios.

McManus (Storm Cazneau), Jane (1807-1878). Escritora originaria de Nueva York. Especuló tierras en Texas antes de su independencia, y en sus textos abogó por la independencia texana y, posteriormente, por su anexión a Estados Unidos. Durante la invasión a México (1846-1848) fue enviada en secreto a dicho país, con consentimiento de James Knox Polk, para negociar la paz. Linda S. Hudson sostiene que McManus es la autora del artículo “Annexation” y, por lo tanto, quien acuñó el concepto “destino manifiesto”.

Nourse, James Duncan (1817-1854). Escritor oriundo de Kentucky. En su libro titulado *Remarks on the Past and Its Legacies to American Society* (1847) Nourse sostuvo que la expansión anglosajona hacia el oeste no era sino el tránsito por “el sendero iluminado de la histórica Providencia de Dios”.

O’Sullivan, John Louis (1813-1895). Editor y escritor estadounidense de ideología demócrata y expansionista. Co-fundador de la revista *The United States Magazine and Democratic Review* (1837). Acuñó el concepto “destino manifiesto” en un artículo publicado en esta revista (“Annexation”, julio-agosto, 1845). A otro texto de su autoría, titulado “The True Title”, y publicado el 27 de diciembre de 1845 en el periódico *New York Morning News*, se le debe la difusión de dicho concepto. Además de apoyar y promover desde la prensa la anexión de Texas, los intereses estadounidenses en Oregon, y la adquisición de los territorios de Alta California y Nuevo México, O’Sullivan estuvo ligado al filibusterismo. En 1851 organizó una expedición filibustera a Cuba, pero fue arrestado antes de zarpar.

Paine, Thomas (1737-1809). Escritor estadounidense de origen inglés cuya obra, en particular el panfleto titulado *Common Sense* (1776), influyó ideológicamente en la independencia de los Estados Unidos. Desde aquella época vislumbró la expansión continental estadounidense.

Sewall, Jonathan Mitchell (1748-1808). Poeta y abogado originario de Massachusetts. Sus poemas aluden en buena medida a temas patrióticos. En uno de ellos, referente a la independencia y a la expansión de los Estados Unidos, se lee lo siguiente: “No existe refrenada Utica que limite tus poderes/ ¡El íntegro, ilimitado continente es tuyo!”

Simms, William Gilmore (1806-1870). Novelista, poeta, editor y traductor de Carolina del Sur. Defensor de la esclavitud, de la conquista territorial y de la expansión estadounidense. Apoyó la anexión de Texas (1845) y la invasión a México (1846-1848).

Whitman, Walt (1819-1892). Poeta y editor neoyorquino que hasta nuestros días cuenta con un gran prestigio. Durante la década de 1840 publicó algunas de sus ficciones en la *Democratic Review* de John L. O'Sullivan. Entre 1846 y 1848 fue editor en jefe del periódico *Brooklyn Eagle*. A pesar de ser un abolicionista, creía que Estados Unidos tenía la “gran misión” de “poblar el Nuevo Mundo con una noble raza”, y en consecuencia celebró la invasión estadounidense de México (1846-1848) al considerarla como parte de dicha misión.

Militares y marinos

Frémont, John Charles (1813-1890). Capitán del ejército estadounidense y explorador de las tierras del oeste norteamericano. Durante la invasión a México (1846-1848) fue comisionado por el comodoro Robert F. Stockton como comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses en Alta California. Secundó la revuelta de la “República de la bandera del oso” (California), en la que un grupo de estadounidenses proclamó la independencia de Alta California, y después, su incorporación a Estados Unidos.

Henry, William Seaton (1816-1851). Militar oriundo de Albany, Nueva York. Participó en la segunda guerra contra los indígenas seminolas de Florida (1841-1842), y en su subsecuente desalojo, así como en la ocupación estadounidense (militar) de Texas, después de su anexión (1845). Como capitán del ejército formó parte de la invasión a México (1846-1848). Consideraba que la incorporación de los territorios del norte de este último país a Estados Unidos sería algo benéfico.

Kearny, Stephen Watts (1794-1848). Oficial del ejército estadounidense, oriundo de Nueva Jersey. Comandó la conquista de Nuevo México y participó en la de Alta California, durante la invasión de Estados Unidos a México (1846-1848).

Lee, Richard B. (¿?-¿?). Mayor del ejército estadounidense. El 4 de septiembre de 1845, es decir, varios meses antes de que diera inicio la invasión de Estados Unidos a México (1846-1848), Lee le propuso al general Roger Jones un proyecto para conquistar Nuevo México.

Peck, John James (1821-1878). Teniente del ejército estadounidense nativo del estado de Nueva York. Participó en la invasión a México (1846-1848). Consideraba que California y “las islas del Pacífico” estaban “destinadas” a ser ocupadas por los estadounidenses, y que la invasión implicaba la expansión del “área de la libertad”.

Perry, Matthew Calbraith (1794-1858). Comodoro de la marina estadounidense. Durante la invasión de Estados Unidos a México (1846-1848), Perry participó en la captura de los puertos de Veracruz y de la costa de Tabasco.

Quitman, John Anthony (1798-1858). Militar y político del estado de Misisipi. Formó parte de la invasión estadounidense a México (1846-1848) como general y general brigadier. Después de que los invasores capturaron la capital mexicana, en septiembre de 1847, Quitman estuvo a favor de anexar todo México a Estados Unidos.

Smith, Persifor (1798-1858). General estadounidense que participó en la invasión a México (1846-1848) como el segundo al mando en las tropas del general Winfield Scott. Después de que el ejército estadounidense tomó la Ciudad de México, en septiembre de 1847, apoyó la propuesta de anexar todo México a Estados Unidos.

Stockton, Robert F. (1795-1866). Oficial de la marina estadounidense nativo de Nueva Jersey. Comandante en jefe de las fuerzas que invadieron el territorio mexicano de Alta California (1846-1847). Se encargó de anexar dicho territorio a Estados Unidos.

Sloat, John Drake (1781-1867). Comodoro y comandante en jefe del escuadrón estadounidense del Océano Pacífico durante la invasión de Estados Unidos a México (1846-1848). Participó en la conquista del territorio mexicano de Alta California.

Wilkes, Charles (1798-1877). Explorador y oficial de la marina estadounidense. Fue el capitán de la expedición oficial de los Estados Unidos por las costas del Océano Pacífico, realizada entre 1838 y 1842. De dicho viaje Wilkes concluyó que “la raza anglo-normanda” debía poseer el territorio de Alta California.

Worth, William Jenkins (1794-1849). Oficial del ejército estadounidense. Participó en la segunda guerra contra los indígenas seminolas (1840-1842), así como en la invasión a México (1846-1848). Después de que las tropas estadounidenses tomaron la capital mexicana, en septiembre de 1847, se mostró a favor de anexar todo México a Estados Unidos.

Otras personas

Barclay, Thomas (¿?-¿?). Sargento de infantería de un cuerpo de voluntarios de Pennsylvania durante la invasión de Estados Unidos a México (1846-1848). Consideraba que una ola de migrantes estadounidenses ocuparía todo México.

Beecher, Lyman (1775-1863). Ministro presbiteriano de Nueva Inglaterra que formó parte de la tradición revivalista. En su libro *A Plea for the West* (1842) escribió que, para alcanzar su destino providencial, los estadounidenses debían marchar hacia el oeste y combatir a los católicos, es decir, a los mexicanos que allí habitaban.

Bellows, Henry Whitney (1814-1882). Reverendo oriundo de Boston. En un artículo que escribió para la *American Whig Review* sostuvo que el crecimiento y la expansión de la población estadounidense haría de México y de América del sur territorio anglosajón.

Bowman, Francis Loring (1813-1856). Inspector de la segunda brigada de milicias de Pensilvania, la cual se organizó para participar en la invasión estadounidense a México (1846-1848). En una arenga dirigida a los hombres para que se enlistaran en la brigada, Bowman sostuvo que “el honor de esa guerra” extendería a “México los beneficios de la civilización y de la libertad civil y religiosa”.

Combe, George (1788-1858). El frenólogo más influyente en Gran Bretaña y los Estados Unidos durante la década de 1840. Combe justificaba el expansionismo estadounidense apelando a las teorías racistas de la frenología, según las cuales los indígenas y los mexicanos retrocedían al avance anglosajón porque pertenecían a una raza inferior a la caucásica.

M'Vickar, John (1787-1868). Reverendo y profesor de moral, filosofía y economía política en el *Columbia College* de Nueva York. Arengó a los soldados estadounidenses que invadirían Alta California (1846) diciéndoles que eran “los mensajeros destinados a introducir en regiones menos favorecidas una civilización más elevada y más pura”.

Parker, Theodore (1810-1860). Teólogo, pastor y profesor de Massachusetts ligado al movimiento trascendentalista por sus postulados teológicos. Aunque era abolicionista, y se opuso a la invasión estadounidense a México (1846-1848), Parker creía firmemente que los Estados Unidos se expandirían por todo el continente americano.

Smith, Franklin (?-?). Capitán de voluntarios de Misisipi durante la invasión a México (1846-1848). Smith afirmó que, con el avance estadounidense sobre el Río Bravo, “la pereza, la cobardía y la ignorancia serían hechas a un lado frente a la industria, el valor y la inteligencia”.

Stewart, R.A. (?-?). Reverendo metodista y comandante de los voluntarios de Luisiana durante la invasión estadounidense a México (1846-1848). Stewart creía que la ocupación llevaría la luz a México, y en ese sentido, defendía la idea de que el destino estadounidense no era sólo extenderse por América del Norte, sino “influir y modificar el carácter del mundo” para bien.

Publicaciones periódicas

Albany Atlas. Periódico semi-semanal publicado entre 1844 y 1853, en Albany, Nueva York. De tendencia política demócrata, esta publicación respaldó el expansionismo estadounidense.

American Star. Diario estadounidense publicado originalmente en Puebla, y editado después en la Ciudad de México por John H. Peoples y Jas R. Barnard. Era una publicación bilingüe (inglés-español) que fungió en parte como vocero expansionista durante la ocupación estadounidense de la capital mexicana (1847-1848). Aunque este diario estaba sobre todo

dirigido a las tropas estadounidenses, también pretendió influir en la opinión pública mexicana. De ahí su sección publicada en español.

American Whig Review. Revista publicada mensualmente, entre 1844 y 1852, en la ciudad de Nueva York. A pesar de su tendencia whig, y de su rechazo a la invasión a México (1846-1848), en sus páginas se publicaron artículos a favor de la expansión territorial.

Baltimore American. A pesar de ser un periódico de filiación whig, durante los años de la invasión estadounidense a México (1846-1848) su editor se expresó a favor de la anexión de los territorios de Alta California y Nuevo México.

Baltimore Sun. Periódico fundado en Baltimore, Maryland, en 1837, que se ha mantenido en circulación hasta nuestros días. Durante la invasión estadounidense a México (1846-1848) las páginas del *Sun* abogaron por la anexión de este último país. Entre otras cuestiones, quienes escribieron en este periódico consideraron que la anexión de Alta California era inevitable.

Bay State Democrat. Diario de tendencia demócrata publicado con este nombre, entre 1840 y 1844, en Boston, Massachusetts. Fue un portavoz del expansionismo estadounidense.

Boston Times. El historiador Frederick Merk recupera un artículo de este periódico, publicado el 22 de octubre de 1847, en el cual se expresa el sentido misionero de la invasión estadounidense a México (1846-1848). Por lo que ahí se puede leer esta publicación abogaba, al menos en parte, por la anexión de México a los Estados Unidos.

Chicago Democrat. Periódico semanal de tendencia demócrata, publicado por John Calhoun entre 1833 y 1846, en Chicago, Illinois. Forma parte del grupo de periódicos de ideología expansionista identificados por el historiador estadounidense Frederick Merk.

Cincinnati Daily Enquirer. Diario publicado en Cincinnati, Ohio, entre 1841 y 1843. Según el historiador Frederick Merk, esta publicación “defendía el Destino Manifiesto”, es decir, la expansión territorial.

Daily Missouri Republican. Diario publicado en San Luis, Misuri, entre 1837 y 1869. A partir de 1847 apoyó la idea de anexar todo México a Estados Unidos.

Daily Plebeian. Diario de tendencia demócrata publicado entre 1842 y 1845, en la ciudad de Nueva York. Es uno de los periódicos de ideología expansionista referidos por el historiador Frederick Merk.

Daily Union. Diario publicado en Washington D.C. entre 1845 y 1857. Durante la invasión estadounidense a México (1846-1848) respaldó la idea de anexar a este país por completo a los Estados Unidos.

Georgetown Metropolitan. Periódico publicado entre 1820 y 1837 en Georgetown, Distrito de Columbia (D.C.). Fue adquirido por John L. O’Sullivan y Samuel D. Langtree en 1835. A partir de entonces, y hasta su desaparición (1837), el *Metropolitan* fue vocero del Partido Demócrata y de la anexión de Texas a Estados Unidos.

Hartford Times. Diario publicado entre 1837 y 1846, en Hartford, Connecticut. Forma parte del grupo de periódicos de ideas expansionistas identificados por el historiador estadounidense Frederick Merk.

Illinois State Register. Semanario publicado en Springfield, Illinois, entre 1839 y 1869. Es una de las publicaciones a las que el historiador Frederick Merk identificó como vocera del expansionismo estadounidense.

Indiana State Centinel. Periódico demócrata publicado en Indianápolis, Indiana, entre 1841 y 1853. Durante el tiempo en que circuló fue el principal órgano periodístico afín al Partido Demócrata en dicho estado de la Unión.

Merchants’ Magazine and Commercial Review. Revista especializada en temas relacionados al comercio publicada en Nueva York por Freeman Hunt, entre 1839 y 1870. El 14 de mayo de 1846 se leyó lo siguiente en una de sus páginas: “Cada porción de este continente, desde el soleado Sur hasta el helado Norte, en unos cuantos años estará ocupada por industriales y prolíficos anglosajones”; por “anglosajones” se refería a los estadounidenses.

Morning Courier and New-York Enquirer. Periódico publicado semi-semanalmente, en la ciudad de Nueva York, entre 1829 y 1861. A pesar de su tendencia política whig, y de rechazar una hipotética anexión de todo México, esta publicación expresó su beneplácito por

los territorios obtenidos a costa de este país por medio del Tratado de Guadalupe-Hidalgo (1848).

Natchez Independent. Periódico de Natchez, Misuri. El 9 de junio de 1819, con motivo de la firma del Tratado Adams-Onís entre España y Estados Unidos, esta publicación sostuvo que Texas pertenecía a este último país al considerarlo parte de Luisiana. El *Independent* expresó sus ambiciones sobre Texas de la siguiente manera: “Texas no pertenece a México y nunca será suya... Texas forma parte de la Louisiana [sic] que recibimos de Francia. Hemos reclamado a España esa porción de nuestro territorio, y no lo cederemos a los independientes mexicanos”.

New Englander and Yale Review. Periódico de New Haven, Connecticut, publicado entre 1843 y 1892. A pesar de oponerse a la invasión a México (1846-1848), en sus páginas se leyó que el mundo se beneficiaría de la expansión estadounidense.

New Hampshire Patriot and State Gazette. Gaceta publicada semanalmente en Concord, Nuevo Hampshire, entre 1819 y 1862. Forma parte del grupo de periódicos de ideología expansionista identificados por el historiador estadounidense Frederick Merk.

New York Daily Globe. Diario de la ciudad de Nueva York publicado entre 1847 y 1851. Es uno de los periódicos expansionistas referidos por el historiador Frederick Merk.

New York Evening Post. Diario publicado en la ciudad de Nueva York, entre 1801 y 1839. Esta publicación fue editada entre 1829 y 1832 por el escritor y poeta estadounidense William Cullen Bryant. En dicho periódico colaboró también el ideólogo demócrata William Leggett. Desde 1802 el *Evening Post* defendió los intereses expansionistas de Estados Unidos. Es una de las publicaciones que el historiador Frederick Merk señala como vocera del expansionismo estadounidense.

New York Herald. Diario publicado en la ciudad de Nueva York, entre 1840 y 1920. Su editor, James Gordon Bennett (1795-1872), era un ferviente expansionista. Este periódico pertenece al grupo de publicaciones expansionistas señalado por el historiador Frederick Merk.

New York Morning News. Diario cofundado por John Louis O’Sullivan, en la ciudad de Nueva York, para apoyar la candidatura presidencial de James Knox Polk (1844). En su

edición del 27 de diciembre de 1845 se publicó en él un artículo escrito por el propio O'Sullivan, titulado "The True Title", al cual se debe la difusión del concepto "destino manifiesto".

New York Sun. Periódico sensacionalista publicado en la ciudad de Nueva York entre 1833 y 1916. En 1834 fue la publicación periódica de mayor circulación en todo Estados Unidos. En el contexto de la invasión estadounidense a México (1846-1848), en el *New York Sun* se expresó el deseo de que Estados Unidos anexara por completo a aquel país.

Nile's Weekly Register. Periódico publicado por Hezekiah Niles entre 1811 y 1836, y desaparecido en 1849. En 1820, adhiriéndose a la idea de las "fronteras naturales", esta publicación expresó su beneplácito por la anexión de las Floridas españolas.

Public Ledger. Diario publicado en Filadelfia, Pensilvania, entre 1836 y 1925. En sus páginas se apoyó la idea de anexar todo México a Estados Unidos (1848), y se sostuvo que este último país se extendería por todo el continente (1847).

Richmond Whig and public advertiser. Periódico publicado de forma semi-semanal, entre 1833 y 1867, en Richmond, Virginia. Aunque esta publicación se opuso a la conquista militar, y por su postura racista, a la anexión de territorios poblados por población mexicana, no era contrario a la expansión territorial per se.

Saint Louis Enquirer. Publicación semanal editada en San Luis, Misuri, al parecer entre 1816 y 1829. Poco después de que fue ratificado el Tratado Adams-Onís (1819), y con la anexión de las Floridas españolas a Estados Unidos, este semanario justificó los intereses expansionistas estadounidenses en las "dependencias" del continente, es decir, en Cuba.

Southern Quarterly Review. Publicación de tendencia racista editada en Nueva Orleans, Luisiana, entre 1842 y 1857. El 15 de julio de 1849 se leyó en sus páginas que la misión de la "imperial raza anglosajona" era "someter la tierra y poseerla".

The Albany Argus. Periódico de tendencia demócrata publicado en Albany, Nueva York, entre 1828 y 1856. Forma parte del grupo de periódicos que promovían ideas expansionistas identificados por el historiador estadounidense Frederick Merk.

The Brooklyn Eagle and Kings County Democrat. Diario demócrata publicado en Brooklyn, Nueva York, de 1841 a 1846, y editado este último año por el poeta Walt Whitman. Es uno de los periódicos que el historiador Frederick Merk ha señalado como vocero del expansionismo.

The Daily Picayune. Periódico de Nueva Orleans fundado por Francis A. Lumsden y George Wilkins Kendall, en 1837, y publicado con ese nombre hasta 1914. A pesar de su tendencia política whig, esta publicación apoyó la invasión estadounidense a México (1846-1848) y expresó su beneplácito por los territorios obtenidos de dicho país con el Tratado de Guadalupe-Hidalgo (1848). Entre 1846 y 1847, su cofundador, Kendall, fue el corresponsal de guerra de este periódico en México.

The Flag of Our Union. Serie de historietas sensacionalistas publicada semanalmente en Boston, Massachusetts, entre 1846 y 1870, por Frederic Gleason y Matourin M. Ballou.

The National Era. Revista abolicionista publicada en Washington D.C. entre 1847 y 1860. Estaba a favor de la anexión de todo México, siempre y cuando este país fuera incorporado a Estados Unidos como territorio libre, es decir, como territorio donde la esclavitud estuviera proscrita.

The National Whig. Periódico publicado semanalmente en Washington D.C. Continuó publicándose hasta 1849 con el nombre de *The Daily National Whig*. Aunque apoyó la anexión de todo México a Estados Unidos, expresó satisfacción por los territorios obtenidos por este último país mediante el Tratado de Guadalupe-Hidalgo (1848).

The New York Journal of Commerce. Periódico publicado semanalmente, en la ciudad de Nueva York, entre 1827 y 1856. Durante la invasión estadounidense a la república mexicana (1846-1848) se posicionó a favor de la anexión de todo México.

The Ohio Statesman. Periódico demócrata publicado semanalmente en Columbus, Ohio, entre 1837 y 1846. Pertenece al grupo de publicaciones expansionistas identificado por el historiador Frederick Merk.

The Pennsylvanian. Periódico publicado en Filadelfia, Pensilvania, entre 1832 y 1855. Esta publicación apoyó la idea de anexar todo México a Estados Unidos.

The Sun. Periódico publicado en Baltimore, Maryland, entre 1837 y 2008. Durante la invasión estadounidense a México (1846-1848) fue uno de los voceros de la anexión de toda la república mexicana a Estados Unidos. Es una de las publicaciones de ideología expansionista consignadas por el historiador Frederick Merk.

The True Sun. Diario demócrata que se comenzó a publicar en la ciudad de Nueva York, en 1843, y que estuvo en circulación, por lo menos, hasta 1848. Se trata de uno de los periódicos que promovían ideas expansionistas identificados por el historiador estadounidense Frederick Merk.

The United States Magazine and Democratic Review. Popularmente conocida sólo como *Democratic Review*, esta revista político-literaria fue fundada por John Louis O’Sullivan y Samuel D. Langtree, en 1837, y publicada en Washington D.C. y posteriormente en la ciudad de Nueva York. Si bien fue vocera de la ideología del Partido Demócrata, en esta revista no sólo se publicaron artículos de tipo político, sino que también sirvió de escaparate para escritores estadounidenses como Edgar Allan Poe, Walt Whitman y Henry David Thoreau. Para su edición de julio-agosto de 1845 O’Sullivan escribió un artículo titulado “Annexation”, donde defendió la anexión de Texas a Estados Unidos y acuñó el concepto “destino manifiesto”. En 1846 O’Sullivan vendió la revista, la cual se siguió publicando hasta 1851.

The Weekly Herald. Semanario editado por James Gordon Bennett y publicado entre 1836 y 1896, en la ciudad de Nueva York. A partir de que las tropas estadounidenses tomaron la Ciudad de México, en septiembre de 1847, esta publicación se manifestó a favor de la anexión de todo México a los Estados Unidos.

Washington Globe. Periódico fundado en 1830 que fungió como órgano oficial de la administración de Andrew Jackson (1829-1837). Era publicado semanalmente, en Washington D.C., y desapareció después de 1845. Este diario promovió entre sus lectores a la *United States Magazine and Democratic Review* de John L. O’Sullivan. Es una de las publicaciones expansionistas señaladas por el historiador Frederick Merk.

Documentos consultados y bibliografía

Testimonios de la época

Baker, George (ed.), *México ante los ojos del ejército invasor de 1847: Diario del coronel Ethan Allen Hitchcok*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, 150 p.

Kendall, George Wilkins, *Dispatches from the Mexican War*, Lawrence Delbert Cress (ed.), Norman, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1999, 448 p., ils.

O'Sullivan, John L., "Introduction", *The United States Magazine and Democratic Review*, Langtree and O'Sullivan, Washington D.C., v. I, October 1837, p. 1-15, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0001-1;didno=usde0001-1;view=image;seq=0005;node=usde0001-1%3A2>

_____, "The Course of Civilization", *The United States Magazine and Democratic Review*, Langtree and O'Sullivan, Washington D.C., v. VI, September 1839, p. 208-217, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0006-2;didno=usde0006-2;view=image;seq=0132;node=usde0006-2%3A4>

_____, "The Great Nation of Futurity", *The United States Magazine and Democratic Review*, Langtree and O'Sullivan, Washington D.C., v. VI, November 1839, p. 426-430, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0006-4;didno=usde0006-4;view=image;seq=0350;node=usde0006-4%3A6>

_____, "Democracy", *The United States Magazine and Democratic Review*, S.D. Langtree, Washington D.C., v. VII, March 1840, p. 215-229, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0007-2;didno=usde0007-2;view=image;seq=0217;node=usde0007-2%3A5>

_____, "The Progress of Society", *The United States Magazine and Democratic Review*, S.D. Langtree, Washington D.C., v. VIII, July 1840, p. 67-87, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0001-1;didno=usde0001-1;view=image;seq=0005;node=usde0001-1%3A2>

_____, "Annexation", *The United States Magazine and Democratic Review*, J.L. O'Sullivan & O.C. Gardiner, 196 Nassau Street, New York, v. XVII, July-August 1845, p. 5-10,

<http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pagevieweridx?c=usde&cc=usde&idno=usde0017-1&node=usde0017-1%3A3&view=image&seq=13&size=100>

_____, "Territorial Aggrandizement", *The United States Magazine and Democratic Review*, Henry G. Langley, 8 Astor House, New York, v. XVII, October 1845, p. 243-248, <http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pagevieweridx?c=usde;cc=usde;rgn=full%20text;idno=usde0017-3;didno=usde0017-3;view=image;seq=255;node=usde0017-3%3A2;page=root;size=50>

Peck, John James, *The Sign of the Eagle: A View of Mexico -1830 to 1855*, San Diego, Copley, 1970, 168 p., ils.

Polk, James K., *The Diary of James K. Polk during his Presidency 1845 to 1849*, 4 v., Milo Milton Quaife (ed.), New York, Kraus, 1970, v. I.

Smith, George Winston, et al. (eds.), *Chronicles of the gringos: The U.S. Army in the Mexican War, 1846-1848, Accounts of Lyewitnesses & Combatants*, Albuquerque, University of New Mexico, 1968, 523 p., ils.

Bibliografía secundaria

Libros

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, trad. de Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 315 p., (Colección popular, 498).

Arteta, Begoña, *Destino manifiesto. Viajeros anglosajones en México (1830-1840)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco/Ediciones Gernika, 1989, 146 p., (Colección Ensayos).

Billington, Ray Allen, *La expansión hacia el oeste. Historia de la frontera norteamericana*, 3ª ed., trad. de Flora Setaro, 2 v., Buenos Aires, Bibliográfica en Letras, 1971, v. II, mapas, (América en letras).

Bloom, Harold, *La religión americana*, trad., de Damián Alou, Madrid, Taurus, 2009, 288 p.

Burns, Edward McNall, *The American Idea of Mission. Concepts of National Purpose and Destiny*, New Brunswick, New Jersey, Rutgers University Press, 1957, 385 p.

Calvino, Juan, *Institución de la religión cristiana*, 2 t., trad. de Cipriano de Valera, Madrid, Visor Libros, 2003, t. II.

Domènech, Antoni, *El eclipse de la fraternidad: una revisión republicana de la tradición socialista*, Barcelona, Crítica, 2004, 473 p.

Dussel, Enrique, *1492 el encubrimiento del otro: hacia el origen del mito de la modernidad*, Santafé de Bogotá, D.C., Anthropos, 1992, 256 p.

_____, 1492. *El encubrimiento del Otro: Hacia el origen del “mito de la Modernidad”*, La Paz, Bolivia, Plural editores/Universidad Mayor de San Andrés, 1994, 186 p., ils., mapas, (Colección Academia, 1).

Echeverría, Bolívar, *La Modernidad de lo barroco*, 2a ed., México, Era, 2000, 231 p.

_____, *Modernidad y blanquitud*, México, Ediciones Era, 2010, 243 p.

Echeverría, Bolívar (comp.), *La americanización de la modernidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América del Norte/Ediciones Era, 2008, 307 p., ils.

El Destino manifiesto en la historia de la nación norteamericana (6 ensayos), México, Universidad Iberoamericana/Editorial Jus, 1977, 177 p., (Serie estudiantil, 1).

Fernández Sebastián, Javier y Gonzalo Capellán de Miguel (coords.), *Lenguaje, tiempo y modernidad. Ensayos de historia conceptual*, Santiago, Chile: Globo Editores, 2011, 245 p.

Ferrater Mora, José, *Diccionario de filosofía*, 5ª ed., 2 t., Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1964, t. I y II.

Foner, Eric, *The Story of American Freedom*, New York, WW Norton, 1999, 422 p.

Foner, Eric (ed.), *The New American History. Revised and Expanded Edition*, Philadelphia, Temple University Press, 1997, 396 p.

Fuentes Mares, José, *Génesis del expansionismo norteamericano*, México, El Colegio de México, 1984, 170 p.

Gabaldón Márquez, Edgar, *Los destinos manifiestos: exploración histórica de la doctrina, mítica y milenial, que ha promovido y justificado los imperialismos*, Caracas, Casuz, 1977, 158 p.

Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método I. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, 8ª ed., trad. de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca, España, Ediciones Sígueme, 1999, 696 p., (Hermeneia, 7).

Garagalza, Luis, *Introducción a la hermenéutica contemporánea: cultura, simbolismo y sociedad*, Barcelona, Anthropos, 2002, 233 p., (Autores, Textos y Temas. Hermeneusis, 18).

García Rubio, Fabiola, *El Daily Picayune de Nueva Orleans durante los años del conflicto entre Estados Unidos y México, 1846-1848: su postura ante la guerra y su recepción en la prensa mexicana*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2004, 110 p., (Historia internacional).

- Graebner, Norman (ed.), *Manifest Destiny*, Indianapolis, H.W. Sams, 1968, 347 p.
- Greenberg, Amy S., *A Wicked War. Polk, Clay, Lincoln, and the 1846 U.S. Invasion of Mexico*, New York, Alfred A. Knopf, 2012, 344 p., ils.
- Greenfield, Liah, *Nacionalismo: cinco vías hacia la modernidad*, trad. de Jesús Cuéllar Menezo, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005, 684 p., (Estudios políticos).
- Grondin, Jean, *El legado de la hermenéutica*, trad. de Juan Manuel Cuartas R. y Juan Moreno Blanco, Cali, Programa Editorial Universidad del Valle, 2009, 133 p.
- Guardino, Peter, *La marcha fúnebre: una historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, trad. de Mario Zamudio Vega, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Grano de Sal, 2018, 534 p., ils., mapas.
- Hämäläinen, Pekka, *The Comanche Empire*, New Haven & London, Yale University Press/Southern Methodist University, The William P. Clements Center for Southwest Studies, 2008, 500 p., ils., mapas.
- Heidegger, Martin, *El concepto de tiempo: (tratado de 1924)*, trad. de Jesús Adrián Escudero, Barcelona, Herder, 2008, 142 p.
- _____, *Ontología: hermenéutica de la facticidad*, trad. de Jaime Aspiunza, Madrid, Alianza Editorial, 2008, 160 p.
- Hodgson, Godfrey, *The Myth of American Exceptionalism*, New Haven & London, Yale University Press, 2009, 221 p.
<https://ebookcentral.proquest.com/lib/unam/reader.action?docID=3420632&query=>
- Horsman, Reginald, *La raza y el Destino Manifiesto: orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*, trad. de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 416 p.
- Hudson, Linda S., *Mistress of Manifest Destiny: A Biography of Jane McManus Storm Cazneau, 1807-1878*, Austin, Texas State Historical Association, 2001, 306 p., ils., mapas, <https://texashistory.unt.edu/ark:/67531/metaph296844/>
- Johannsen, Robert Walter, *To the Halls of the Montezumas: The Mexican War in the American Imagination*, New York, Oxford University Press, 1985, 363 p.
- Johannsen, Robert W., et al. (eds.), *Manifest Destiny and Empire: American Antebellum Expansionism*, College Station, Texas, University of Texas at Arlington, 1997, 179 p.
- Koch, Adrienne (ed.), *The American Enlightenment: The Shaping of the American Experiment and a Free Society*, New York, George Braziller, 1965, 669 p.
- Koselleck, Reinhart, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, trad. de Luis Fernández Torres, Madrid, Editorial Trotta, 2012, 347 p., (Colección Estructuras y Procesos).

Koselleck, Reinhart y Hans-Georg Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1997, 125 p., (Pensamiento contemporáneo, 43).

Lefebvre, Henri, *Introducción a la modernidad*, trad. de Dámaso Álvarez-Monteagudo Rizo, Madrid, Técnos, 1971, 340 p., (Colección Ciencias Sociales).

Merk, Frederick, *Manifest Destiny and Mission in American History: A reinterpretation*, New York, Vintage, 1966, 265 p.

_____, *La doctrina Monroe y el expansionismo norteamericano 1843-1849*, trad. de Eduardo Goligorsky, Buenos Aires, Paidós, 1968, 244 p., ils.

Norton, Mary Beth, et al., *A People and a Nation. A History of the United States*, 2 v., Boston, Houghton Mifflin Company, 1982, v. I, ils., mapas.

Novick, Peter, *Ese noble sueño: la objetividad y la historia profesional norteamericana*, trad. de Gertrudis Payas e Isabel Vericat, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997, 2 v., (Colección Itinerarios).

O'Gorman, Edmundo, *Historiología: teoría y práctica*, estudio introductorio y selección de Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1999, 206 p.

Ortega y Gasset, José, *Obras completas*, 12 v., Madrid, Revista de Occidente, 1966, v. V.

_____, *Historia como sistema*, Madrid, Espasa-Calpe, 1971, 346 p., (Colección Austral).

Ortega y Medina, Juan Antonio, *La evangelización puritana en Norteamérica. Delendi sunt indi*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, 342 p.

_____, *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Alianza Editorial Mexicana/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, 154 p., (Los Noventa).

Pinheiro, John Christopher, *Crusade and Conquest: Anti-Catholicism, Manifest Destiny, and the U.S.-Mexican War of 1846-1848*, Ann Arbor, Michigan, Pro Quest Company, 2001, 306 p.

Porter, Bernard, *Empire and Superempire. Britain, America and the World*, New Haven & London, Yale University Press, 2006, 211 p.

Rodríguez Díaz, María del Rosario, *El Destino manifiesto en el discurso político norteamericano*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, 121 p.

Ruiz, Ramón Eduardo (ed.), *The Mexican War. Was it Manifest Destiny?*, New York, Holt, 1967, 118 p., (American Problem Studies).

Sabine, George H., *Historia de la teoría política*, 3ª ed., trad. de Vicente Herrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, 697 p.

Sampson, Robert D., *John Louis O'Sullivan and his Times*, Kent, Ohio, The Kent State University Press, 2003, 304 p., https://books.google.com.mx/books?id=d1y5ew93xxIC&pg=PA27&source=gbs_toc_r&cad=2#v=onepage&q&f=true y <https://www.questia.com/read/109346530/john-l-o-sullivan-and-his-times>

Sellers, Charles, *The Market Revolution: Jacksonian America, 1815-1846*, New York, Oxford University Press, 1991, 502 p.

Sodro Cedeño, Reynaldo y María Julia Sierra Moncayo, *Atlas conmemorativo 1810, 1910, 2010*, México, Siglo XXI Editores, 345 p., ils., mapas.

Sousa Santos, Boaventura de, *Una epistemología del Sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social*, José Guadalupe Gandarilla (ed.), México, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales/Siglo XXI Editores, 2015, 368 p.

Stephanson, Anders, *Manifest Destiny: American Expansionism and Empire of Right*, New York, Hill and Wang, 1996, 144 p., (A Da Capo Paperback, 418).

Streeby, Shelley, *American Sensations: Class, Empire, and the Production of Popular Culture*, San Diego, University of California Press, 2002, 399 p., (American Crossroads, 9).

Tarnas, Richard, *La pasión de la mente occidental: para una comprensión de las ideas que han configurado nuestra visión del mundo*, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Girona, Atalanta, 2008, 701 p.

Tocqueville, Alexis de, *La democracia en América*, 2ª ed., 15ª reimp., trad. de Luis R. Cuéllar, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, 751 p.

Turner, Frederick Jackson, *The Frontier in American History*, 5ª reimp., Tucson, The University of Arizona Press, 2003, 377 p.

Weber, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, trad. de Luis Legaz Lacambra, Madrid, Sarpe, 1984, 227 p., ils., (Los grandes pensadores, 46).

Weeks, William Earl, *Building the Continental Empire: American Expansion from the Revolution to the Civil War*, Chicago, Ivan R. Dee, 1996, 177 p., ils., mapas.

Weinberg, Albert Katz, *Manifest Destiny. A Study of Nationalist Expansionism in American History*, Baltimore, The John Hopkins Press, 1935, 559 p., <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=mdp.39015062112365;view=1up;seq=7>

_____, *Destino Manifiesto: el expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, trad. de Anibal C. Leal, Buenos Aires, Paidós, 1968, 449 p.

Widmer, Edward L., *Young America. The Flowering of Democracy in New York City*, New York & Oxford, Oxford University Press, 1999, 290 p.

Winders, Richard, *Mr. Polk's Army: The American Military Experience in the Mexican War*, College Station, Texas, Texas A&M University Press, 1997, 284 p., ils., (Texas A&M University military history series, 51).

Zinn, Howard, *La otra historia de los Estados Unidos*, trad. de Toni Strubel, México, Siglo XXI, 1999, 510 p.

Artículos

Bello, Kenya, "The American Star: El Destino Manifiesto y la difusión de una comunidad imaginaria", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, v. 31, enero-junio 2006, p. 31-56.

Blanco Rivero, José Javier, "La historia de los conceptos de Reinhart Koselleck: conceptos fundamentales, Sattelzeit, temporalidad e histórica", *Politeia. Revista de Ciencias Políticas*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, v. 35, n. 49, julio-diciembre, 2012, p. 1-33.

Chiodo, John J., "Teaching about Manifest Destiny: Clarifying the Concept", *The Social Studies*, Taylor & Francis Group, Oxford, v. XCI, Issue 5, September-October 2000, p. 203-206.

Cohen, William, "Thomas Jefferson and the Problem of Slavery", *The Journal of American History*, Oxford University Press, Oxford, n. 3, 1969, p. 503-526.

Gomez, Adam, "Deus Vult: John O'Sullivan, Manifest Destiny, and American Democratic Messianism", *American Political Thought: A Journal of Ideas, Institutions and Culture*, The University of Chicago Press Journals, Chicago, v. I, n. 2, Fall 2012, p. 237-262.

Hofstadter, Richard, "William Leggett, Spokesman of Jacksonian Democracy", *Political Science Quarterly*, Academy of Political Science, New York, v. 58, n. 4, December 1943, p. 581-594.

Lara Rangel, María Eugenia, de *et al.*, "¿Hacia dónde va la historiografía norteamericana? Entrevista realizada por los integrantes del Proyecto de Historia de los Estados Unidos al Dr. John Coatsworth, el siete de septiembre de 1984, en México, Distrito Federal", *Secuencia. Revista americana de ciencias sociales*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, n. 1, marzo 1985, p. 125-129.

Palti, Elías José, "De la historia de 'ideas' a la historia de los 'lenguajes políticos' –las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano", *Anales*, Instituto Iberoamericano, Universidad de Göteborg, Göteborg, n. 7-8, 2004-2005, p. 63-81.

Pinheiro, John C., “‘Religion without Restriction’: Anti-Catholicism, All Mexico, and the Treaty of Guadalupe Hidalgo”, *Journal of the Early Republic*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, v. 23, n. 1, Spring 2003, p. 69-96.

Pratt, Julius W., “The Origin of ‘Manifest Destiny’”, *The American Historical Review*, The American Historical Association, Washington D.C., v. 32, n. 4, July 1927,

Scholnick, Robert J., “Extermination and Democracy: O’Sullivan, the Democratic Review, and Empire, 1837-1840”, *American Periodicals. A Journal of History, Criticism, and Bibliography*, The Research Society for American Periodicals/The Ohio State University Press, Athens, Ohio, v. XV, n. 2, 2005, p. 123-141.

Sudo, Takako, “La novela popular norteamericana y la Guerra del 47”, *Anglia. Anuario de estudios angloamericanos*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, v. 5, 1972, p. 51-70.

Documentos, libros y sitios electrónicos

Asociación de Academias de la Lengua Española, *filosofía* (sitio web), Diccionario de la Lengua Española, <http://dle.rae.es/?id=Hw9B3HA>

Cambridge Modern History Atlas, *Map 71. Mexico and Texas 1845-1848* (sitio web), Cambridge University Press, 1912, https://legacy.lib.utexas.edu/maps/historical/ward_1912/mexico_texas_1845.jpg

Center for Greater Southwestern Studies & The Library at the University of Texas at Arlington, *A Continent Divided: The U.S.-Mexico War* (sitio web), United States of America, The University of Texas Arlington, 2011, <https://library.uta.edu/usmexicowar/>

Ch1902, *La República de Texas (en amarillo) de 1836 a 1845. El territorio disputado entre la República y México aparece en verde* (sitio web), Wikipedia, 2008, https://es.wikipedia.org/wiki/Historia_de_Texas#/media/File:Wpdms_republic_of_texas.svg

Cornell University, *The Cornell University Library Windows on the Past* (sitio web), United States of America, Cornell University, <http://ebooks.library.cornell.edu>

Cornell University Library, *The Making of America* (sitio web), United States of America, Cornell University http://collections.library.cornell.edu/moa_new/index.html?c=usde;cc=usde;rgn=full%2520text;idno=usde0001-1;didno=usde0001-1;view=image;seq=0005;node=usde0001-1%253A2

Digital History, *The Mexican War. Persifor Smith 1847*, United States of America, The National Endowment for the Humanities, The Gilder Lehrman Institute of American History,

The Chicago History Museum, The Museum of Fine Arts (Houston), University of Houston, The National Park Service, 2019, http://www.digitalhistory.uh.edu/dispatch_textbook.cfm?smtID=3&psid=334

Emerson, Ralph Waldo, *The Young American* (sitio web), Emerson Central, <http://www.emersoncentral.com/youngam.htm>.

Gerlach, Arch C. (ed.), *The National Atlas of the United States of America*, Washington D.C., United States Department of the Interior, United States Geological Survey, 1970, <https://legacy.lib.utexas.edu/maps/histus.html#growth.html>

GovTrack, *GovTrack.us. Tracking the United States Congress* (sitio web), United States of America, GovTrack, 2004, <https://www.govtrack.us>

HathiTrust. Digital Library, *The United States Democratic Review* (sitio web), HathiTrust, <https://catalog.hathitrust.org/Record/001717837>

Historian of the United States House of Representatives, The Senate Historical Office & The Clerk of the House's Office of Art and Archives, *Biographical Directory of the United States Congress, 1774 – Present* (sitio web), United States of America, <http://bioguide.congress.gov>

Historiando, *Tratado de Adams–Onís* (sitio web), Historiando, 2018, <https://www.historiando.org/tratado-de-adams-onis/>

Humanities Texas, *Texas Originals. Jane McManus Storm Cazneau, April 6, 1807–December 10, 1878* (sitio web), United States of America, Humanities Texas, <https://www.humanitiestexas.org/programs/tx-originals/list/jane-mcmanus-storm-cazneau>

Instituto de Investigaciones Históricas, *Normas y políticas editoriales* (sitio web), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/lineaeditorial.html>

Kauffman, Bill, “The Republic Strikes Back”, *The American Conservative*, April 20, 2009, <http://www.theamericanconservative.com/articles/the-republic-strikes-back/>

Majewicz, Cary, *Charles Jared Ingersoll, 1812* (sitio web), United States of America, Historical Society of Pennsylvania, 2010, http://dla.library.upenn.edu/dla/pacscl/ead.pdf?id=PACSCL_HSP_Ingersoll1812

Merriam-Webster, *philosophy* (sitio web), the Merriam-Webster.com Dictionary, <https://www.merriam-webster.com/dictionary/philosophy>

_____, *Yankee* (sitio web), the Merriam-Webster.com Dictionary, <https://www.merriam-webster.com/dictionary/Yankee>

Musser, Karl, *File: Oregon Country* (sitio web), Wikimedia Commons, August 2008, <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Oregoncountry.png>

National Governors Association, *National Governors Association* (sitio web), United States of America, National Governors Association, <https://www.nga.org>

New York State Courts, *New York State Unified Court System* (sitio web), United States of America, New York State Courts, <http://www.nycourts.gov>

Oxford Reference, *Jonathan Mitchell Sewall (1748-1808)* (sitio web), United Kingdom, Oxford University Press, <https://www.oxfordreference.com/view/10.1093/oi/authority.20110803100457523>

Pearson Education, Inc., *Atlas Map: Louisiana Purchase and Exploration of the Trans-Mississippi West* (sitio web), Pearson Education, Inc., 2003, http://wps.pearsoncustom.com/wps/media/objects/2428/2487068/atlas/atl_ah2_m006.html

_____, *Atlas Map: US Territorial Expansion, 1783-1898* (sitio web), Pearson Education, Inc., 2003, http://wps.pearsoncustom.com/wps/media/objects/1693/1733989/atlas/atl_ah3_m004.html

Roosevelt, Franklin Delano, *Commonwealth Club Address. September 23, 1932* (sitio web), United States of America, Ashland University, Ashbrook Center, Teaching American History, 2020, <https://teachingamericanhistory.org/library/document/commonwealth-club-address/>

State of Illinois, *Illinois Courts* (sitio web), United States of America, State of Illinois, <http://www.illinoiscourts.gov>

The Editors of Encyclopaedia Britannica, *Locofoco Party* (sitio web), Encyclopaedia Britannica, <https://www.britannica.com/topic/Locofoco-Party>

The Library of Congress, *Chronicling America. Historic American Newspapers* (sitio web), United States of America, The Library of Congress, The National Endowment for the Humanities, <https://chroniclingamerica.loc.gov>

The National Atlas of the United States of America, *Presidential Elections 1828-1840. Electoral Votes* (sitio web), United States of America, U.S. Department of the Interior/U.S. Geological Survey, 2009, https://nationalmap.gov/small_scale/printable/images/pdf/elections/elect03.pdf

_____, *Presidential Elections 1844-1856. Electoral Votes* (sitio web), United States of America, U.S. Department of the Interior/U.S. Geological Survey, 2009, https://nationalmap.gov/small_scale/printable/images/pdf/elections/elect04.pdf

The Office of the Historian and the Clerk of the House's Office of Art and Archives, *History, Art and Archives. United States House of Representatives* (sitio web), United States of America, The Office of the Historian and the Clerk of the House's Office of Art and Archives, <https://history.house.gov>

The University of North Carolina, *Documenting the American South* (sitio web), United States of America, The University Library of the University of North Carolina at Chapel Hill, <https://docsouth.unc.edu>

The White House, *The White House* (sitio web), United States of America, The White House, <https://www.whitehouse.gov>

Tucker, Spencer C., *et al.* (eds.), *The Encyclopedia of the Mexican-American War: A Political, Social, and Military History*, 3 v., Santa Barbara, California, ABC-CLIO/Gale Virtual Reference Library, 2013, v. III, <http://pbbidi.unam.mx/cgi-bin/ezpmysql.cgi?url=http://galenet.galegroup.com/servlet/eBooks?ste=22&docNum=CX2688999999http://go.galegroup.com/ps/i.do?p=GVRL&sw=w&u=unam&v=2.1&id=GALE%7CCX2724400970&it=r&asid=41b6394befd54ac5289c66d29c32d2e1>

United States Senate, *United States Senate* (sitio web), United States of America, United States Senate, <https://www.senate.gov>

USAGov en Español, *Proceso electoral presidencial* (sitio web), Estados Unidos de América, Gobierno de Estados Unidos, <https://www.usa.gov/espanol/proceso-electoral#item-212370>